# SEÑOR DEL MUNDO

Robert Hugh Benson[1]

## PRÓLOGO

- Permítame antes meditar un momento - dijo el anciano, acomodándose en su sillón. Percy se reubicó en su silla y esperó, barbilla en mano.
Los tres hombres se encontraban sentados en una pieza de dimensiones medianas, muy silenciosa y amoblada con la extrema sobriedad de la época. No tenía ventanas, ni puerta, pues, desde hacía ya sesenta años, los hombres se habían percatado de que el espacio no se limita a la superficie de la tierra y habían empezado a construir habitaciones subterráneas: La casa del anciano señor Templeton estaba situada unos quince metros bajo el nivel de los muelles del Támesis, en un lugar considerado por todos como uno de los más cómodos: en efecto, él no tenía más que caminar unos cien pasos para llegar a la estación del segundo Círculo Central de los Automóviles, y la estación e las Naves Volantes de Blackfriars distaba apenas medio kilómetro de su casa. Sin embargo, habiendo cumplido más de noventa, años, el señor Templeton ya no salía nunca. El salón donde recibía a sus dos visitantes tenía los muros recubiertos de aquel pálido esmalte de jade verde prescrito por el Comité de Higiene y estaba iluminado por la luz-solar artificial descubierta por el gran Reuter cuarenta años antes. El color de la sala era agradable y fresco como el de un bosque en primavera, y el clásico radiador enrejado que la calefaccionaba y ventilaba a la vez, la mantenía a una temperatura de dieciocho grados centígrados. El señor Templeton era un hombre de gustos sencillos, que se contentaba con vivir tal como lo hiciera su padre antes que él. Los muebles de su salón, especialmente, eran algo pasado de moda, tanto en el dibujo como en su ejecución; sin embargo, todos habían sido fabricados según el sistema moderno, en esmalte ignífugo suave, sobre armazón de hierro, indestructibles, agradables al tacto e imitando la caoba. Algunas repisas cargadas de libros se alineaban a ambos costados de 1a chimenea eléctrica con pedestal de bronce ante la cual se encontraban sentados los tres hombres y en dos esquinas de la sala aguardaban los ascensores hidráulicos, uno de los cuales conducía al dormitorio y el otro al gran vestíbulo que daba acceso al muelle.
El padre Percy Franklin, el mayor de los dos visitantes, era un hombre de aspecto original y atrayente. No obstante contar escasamente

[1] Traducción del inglés de Leonardo Castellani. Edición revisada por Ricardo M. Román. "*La novela religiosa más grande de la lengua inglesa*" (L. C.). Buenos Aires, 2008

treinta y cinco años, su cabello era de un blanco inmaculado. Bajo las cejas oscuras; sus ojos grises tenían un brillo extraño y profundamente apasionado; pero su nariz y el mentón prominentes, así como el dibujo muy marcado de los labios, daban al observador un testimonio de su fuerza de voluntad y su dominio de sí mismo. Los extraños por lo común lo miraban dos veces.
En cambio su colega y amigo el padre Francis, sentado al otro lado de chimenea, se acercaba más al tipo corriente. No obstante la expresión viva e inteligente de sus grandes ojos oscuros, el conjunto de sus facciones revelaba un carácter falto de energía; indicaba incluso cierta tendencia a una melancolía femenina la comisura de sus labios y la marcada pesadez de sus párpados.
En cuanto al señor Templeton, no era más que un hombre muy anciano, con un rostro vigoroso sembrado de arrugas y completamente afeitado, como era costumbre, por lo demás, en todo el mundo. Reposaba muellemente en su amplio sillón, apoyado en sus cojines de agua caliente y con una manta extendida sobre los pies.
Finalmente habló, dirigiéndose primero a Percy, que se encontraba sentado a su izquierda.
- Es muy difícil para mí recordar con exactitud sucesos tan lejanos - dijo -. Pero he aquí, más o menos, cómo imagino el encadenamiento de los hechos:
- En Inglaterra la primera alarma seria que experimentó nuestro viejo Partido conservador fue a raíz del famoso “Parlamento Laborista” en 1917. Esa elección nos probó cuán profundamente había penetrado el “herveísmo” en todo el ambiente social. Sin duda, habían figurado ya numerosos teóricos socialistas, pero ninguno había ido tan lejos como Gustavo Hervé, sobre todo en los últimos años de su vida; tampoco nadie había obtenido resultados más efectivos. Hervé, como acaso lo hayan leído ustedes en los manuales de historia, predicaba el materialismo y el socialismo absolutos, llevando al extremo todas sus consecuencias lógicas. A su entender, el patriotismo era un último vestigio de barbarie; y el placer sensual constituía el único bien seguro. Al principio, naturalmente, todo el mundo se burló de él. En nuestro partido, sobre todo, se sostenía que sin una religión seria imposible dar a las masas un motivo adecuado para un orden social, por elemental que éste fuese. Pero al parecer él tuvo razón. Después de la ruina definitiva de la Iglesia en Francia a comienzos del siglo, y las matanzas populares de 1914, la burguesía del mundo entero se aplicó a una seria labor de reorganización. Fue entonces cuando se inició el movimiento extraordinario cuyos efectos presenciamos hoy; un movimiento que tendía a suprimir toda diferencia de patria o de clases sociales después de suprimir completamente las instituciones militares. La masonería - de más está decirlo - dirigía todo este movimiento. Originado en

Francia, se extendió bien pronto a Alemania, donde ya la influencia de Karl Marx….

- Sí, señor - le interrumpió respetuosamente Percy -, pero principalmente en Inglaterra…

- ¡Inglaterra! ¡Ah, sí…! Como le decía, en 1917 el Partido Laborista ascendió al poder, y ese fue el verdadero comienzo del comunismo. Aquello ocurrió en una época de la cuál no puedo conservar ningún recuerdo personal; pero sé que mi padre indicaba siempre esta fecha como el origen del nuevo estado de cosas. Sólo me asombra que la reforma no se produjera más rápido; supongo que se conservaba aún entre nosotros una fuerte proporción del antiguo fermento tory. Además, los siglos suelen correr más lentamente que lo anticipado, especialmente después de haber comenzado con un impulso fuerte. Pero el nuevo orden comenzó allí, y los comunistas no sufrieron nunca una seria derrota desde entonces, salvo el pequeño fiasco del ‘25. Blenkin fundó “*El Pueblo*” y cesó de publicarse el “*Times*”; pero resulta extraño observar que la Cámara de los Lores sólo en 1935 fue oficialmente suprimida. En cuanto a la Iglesia establecida, había dejado de existir en 1929.

- ¿Y los efectos religiosos de todo eso? - preguntó rápidamente Percy, mientras el viejo tosía suavemente y levantaba su inhalador. El sacerdote no quería salirse del tema.

- Esto es un efecto en sí mismo, - dijo el otro - más que una causa. Recuerde que los “ritualistas” - como se hacían llamar, después de un esfuerzo desesperado por entrar al Partido Laborista, acudieron en masa a la Iglesia católica después de la “Convocación” anglicana del ‘19, cuando se abandonó definitivamente el “Credo” de Nicea, y tal cosa no produjo ningún entusiasmo real salvo entre ellos. Pero si acaso hubo un efecto del “Desestablecimiento” final, pienso que fue éste: todo el resto de la Iglesia anglicana se congregó en la Iglesia Libre; y la Iglesia Libre, después de todo, no era nada más que un poco de sentimiento. La Biblia fue completamente dejada de lado como autoridad después de los renovados ataques alemanes en la década del ‘20; y la divinidad de Nuestro Señor, piensan algunos, existía sólo de nombre ya desde el principio del siglo. La “teoría kenótica” había conseguido eso. Además existió aquella extraña corriente entre los “Libreclesiales” aún antes, cuando pastores que no hacían más que seguir la corriente - sensibles a ver de dónde sopla el viento, podríamos decir - abandonaron sus antiguas posiciones. Es curioso leer en las crónicas de aquel tiempo cómo fueron aclamados como “pensadores independientes”. Es exactamente lo que no fueron… ¿Por dónde iba? Ah, sí… Bien, eso despejó el camino para nosotros, y la Iglesia católica hizo entonces progresos extraordinarios por un tiempo. Y digo extraordinarios atendiendo a las circunstancias, porque debe recordar

que las cosas eran muy distintas hace veinte o incluso diez años atrás. Yo pienso que, bien o mal, había comenzado la separación de las ovejas y los cabritos. Todos los espíritus religiosos eran católicos, e individualistas, en tanto que la gran masa de individuos repudiaban absolutamente lo sobrenatural y se convertían, hasta el último hombre, en materialistas y comunistas. Mas nosotros progresamos porque teníamos unos cuantos hombres excepcionales - Delaney el filósofo, McArthur y Largent, los filántropos, y otros. Pareció realmente que Delaney y sus discípulos se iban a llevar todo por delante. ¿Recuerda su "Analogía"? Oh, claro, está en todos los manuales…
- Al producirse la clausura del Concilio del Vaticano - abierto en el siglo XIX y que hasta entonces jamás se había disuelto -, perdimos un gran número de adherentes por las definiciones finales. El "Éxodo de los Intelectuales", lo llamó la prensa.
- Las decisiones bíblicas… - aportó el sacerdote más joven.
- En parte eso; y el entero conflicto que había comenzado con el auge del Modernismo al comienzo del siglo; pero mucho más por la condenación de Delaney y del Nuevo Trascendentalismo en general, como era entendido entonces. Él murió fuera de la Iglesia, usted sabe. Luego vino la condenación del libro de Sciotti sobre religiones comparadas… Después de eso el comunismo avanzó por oleadas, si bien muy lentas. No podrían imaginarse la emoción general cuando en 1960 se promulgó la *Ley de las Industrias Necesarias*. Muchos pensaron que esta nacionalización de las principales profesiones iba a sofocar todo espíritu de empresa; pero, como ustedes mismos han podido comprobarlo, no fue así. En el fondo, todo el país deseaba esta reforma.
- ¿En qué año se aprobó la Ley de *Mayoría-Dos-Tercios*? preguntó Percy.
- Oh, mucho antes; entre un año o dos antes de la caída de la Cámara de los Lores. Fue necesario, pienso, o los Individualistas se hubiesen puesto como locos… Bien, la *Ley de Industrias Necesarias* fue inevitable; la gente había comenzado a darse cuenta, ya desde que los ferrocarriles habían sido municipalizados. Por un tiempo hubo un auge explosivo del arte, porque todos los Individualistas que pudieron, allí se metieron (fue entonces que se fundó la escuela de Toller; pero pronto se reencaminaron hacia empleos del Gobierno; después de todo, el seis por ciento como máximo de ganancia para empresas privadas no era una gran tentación, y el Gobierno pagaba bien.
Percy meneó su cabeza.
- Sí, pero no puedo entender el presente estado de cosas. ¿No ha dicho usted que todo marchó muy lentamente?
- Sí - dijo el viejo -, pero no debe olvidar usted la *Ley de Pobres*. Eso estableció a los comunistas para siempre. Ciertamente Braithwaite sabía lo que hacía.
El sacerdote más joven miró inquisitivo.

- La abolición del viejo sistema de Asilos y Retiros… - dijo el señor Templeton -. Todo esto es historia antigua para ustedes, por supuesto, pero yo lo recuerdo como si fuera ayer. Eso fue lo que tiró abajo lo que todavía se llamaba la Monarquía y las Universidades.
- Ah - dijo Percy -. Me gustaría oírlo hablar de eso, señor.
- Ya mismo, Padre… Bien, esto es lo que hizo Braithwaite. Por el viejo sistema todos los pobres eran tratados igual, y se sentían molestos. En el nuevo sistema están los tres grados que tenemos ahora, y la emancipación de los dos grados superiores. Sólo los absolutamente inútiles eran asignados al tercer grado, y tratados más o menos como criminales - por supuesto después de un cuidadoso examen. Entonces vino la reforma de las pensiones a la vejez. Bueno: ¿no ven cuán fuertes tuvo que hacer todo esto a los comunistas? Los Individualistas - eran todavía llamados Tories cuando yo era niño - los Individualistas ya no tuvieron más chance. Hoy no son más que un trapo viejo. La totalidad de la clase obrera - y eso significa el noventa y nueve por ciento de la gente - estaba toda contra ellos.
Percy levantó la vista, pero el otro prosiguió.
- Después vinieron la *Ley de Reforma Carcelaria* bajo Macpherson, y la abolición de la pena de muerte; luego, la ley definitiva de 1959 para la enseñanza, donde sé estableció el secularismo dogmático; más tarde, la abolición efectiva de la herencia por la *Reforma del Derecho Testamentario* -
- He olvidado cuál era el antiguo sistema - musitó Percy.
- Y, parece increíble, pero el viejo sistema era que todos pagaban igual. Primero vino el *Acta de Herencia*, y luego el cambio por el cual la riqueza heredada pagaba tres veces la tasa de la adquirida; que condujo a la aceptación de las doctrinas de Karl Marx en el ‘89 pero lo primero vino en el ‘77… Bien, todo esto mantuvo a Inglaterra al nivel del continente; ella había llegado a gatas a alinearse con él con el esquema final del *Librecambio Occidental.* Ése fue el primer efecto, como recordarán, del triunfo de los socialistas en Alemania.
- ¿Y qué hemos hecho para mantenernos fuera de la guerra del Este? - preguntó Percy con ansiedad.
- ¡Oh! Esa es una larga historia. En una palabra, América nos lo impidió, y perdimos la India y Australia. Esto es lo que estuvo más cerca de hacer caer a los comunistas desde 1925. Pero nuestro ministro Braithwaite ha compensado hábilmente esta pérdida obteniendo, de una vez por todas, el protectorado de África. Era un anciano entonces…
El señor Templeton se detuvo para toser una vez más. El padre Francis suspiró y se reacomodó en su silla.
- ¿Y América? - preguntó Percy.

- Ah, todo esto es muy complicado. Pero ella conocía su fuerza y se anexó el Canadá el mismo año. Eso fue cuando estábamos en lo más bajo…
Percy se levantó.
- ¿Tiene usted un Atlas Comparado, señor? - inquirió.
El viejo apuntó a un estante.
- Allí… - indicó.
Durante algunos instantes, Percy examinó en silencio el gran mapa geográfico, extendiéndolo sobre sus rodillas.
- Ciertamente es mucho más simple - murmuró, mirando primero el viejo abigarramiento del principios del siglo XX, y luego a los tres grandes manchones del XXI.
Movió su dedo sobre Asia. Las palabras IMPERIO DE ORIENTE se extendían sobre un amarillo pálido desde los montes Urales hasta el estrecho de Behring a la derecha, recorriendo con sus letras enormes la India, Australia y Nueva Zelanda. La mancha roja que el dedo señaló enseguida era mucho más pequeña, aunque no sin importancia, pues cubría toda Europa y la Rusia europea hasta los montes Urales y África hasta el sur, Finalmente, la REPÚBLICA AMERICANA formaba tina mancha azul que cubría la totalidad de ese continente y desbordaba a su izquierda en una miríada de chispas azules sobre el blanco de los mares.
- Sí, más simple es - dijo secamente el anciano.
Percy cerró el atlas y lo dejó junto a su silla.
- Y ahora, señor, según su opinión, ¿qué va a suceder?
El anciano político católico sonrió.
- ¿Qué va a suceder? - repitió -. Sólo Dios lo sabe… Si el Imperio de Oriente decide actuar, nuestros Estados Unidos de Europa no podrán resistir su poderío. ¡Y la verdad es que aún no comprendo por qué no se han resuelto a atacarnos! Imagino que el Oriente debe estar trabado por sus divisiones religiosas.
- ¿No cree usted que Europa puede llegar a dividirse? - preguntó el sacerdote.
- ¡Oh no, de ningún modo! Actualmente conocemos nuestro peligro. Y América ciertamente nos apoyará. Pero igualmente, ¡que Dios nos libre - o los libre a ustedes, debería decir si el Imperio de Oriente ataca! Pues este imperio conoce ahora la magnitud de su fuerza.
Hubo un silencio por un segundo o dos. Una apagada vibración tembló en el aposento subterráneo al paso de alguna enorme máquina en la avenida de arriba.
- Pero en cuanto a la religión - insistió Percy - ¿qué porvenir le pronostica usted?
Visiblemente cansado, el señor Templeton aspiró una gran bocanada de su inhalador de oxígeno. Después retomó su discurso.

- Para resumir la situación - dijo -, ya no existen en el mundo sino tres grandes fuerzas: el Catolicismo, el Humanitarismo y las Religiones del Oriente. En este último aspecto no podría predecir nada, aunque pienso que los Sufíes vencerán. Cualquier cosa puede pasar, el Esoterismo está haciendo enormes progresos, y eso significa Panteísmo; y la fusión de las dinastías china y japonesa ha desarmado todos nuestros cálculos. Pero en Europa y América, no cabe duda de que el conflicto existe únicamente entre los dos primeros elementos que acabo de nombrar. Podemos desechar el resto. Y yo creo, si desean que les diga lo que pienso, que, humanamente hablando, el Catolicismo ahora va a decaer rápidamente. Es totalmente exacto que el Protestantismo está muerto. Finalmente todo el mundo ha terminado por reconocer que una religión sobrenatural implica forzosamente una autoridad absoluta y que en cuestiones de fe el juicio individual no es sino el comienzo de la descomposición. También es cierto que la Iglesia católica, ya que es la única institución que pretende poseer una autoridad sobrenatural, con toda su lógica implacable, tiene la adhesión de todos los cristianos qué conservan cualquier grado de fe en lo sobrenatural. Han quedado unos pocos sectarios, sobre todo en América y aquí, pero no son importantes. Tolo esto es verdad, pero por otra parte no debemos olvidar que el Humanitarismo, contrariamente a la que se esperaba de él, se está convirtiendo en una religión organizada, aunque anti-sobrenatural. Es Panteísmo; está creando un ritual masónico, y posee además un Credo: “Dios es el Hombre”, etc. Por lo tanto, dispone ahora de un alimento real para satisfacer las aspiraciones de los espíritus místicos; cuenta también con una parte de idealismo, aunque sin exigir nada a las facultades espirituales. Además, ellos disponen de todas las iglesias, salvo las nuestras, y todas las catedrales; y comienzan por fin a alentar las aspiraciones del corazón. Ellos tienen plena libertad de exhibir sus símbolos; en tanto que a nosotros nos está prohibido. Soy de opinión que su doctrina será legalmente establecida como religión dentro de diez años, como mucho.

- Entretanto, nosotros, los católicos, continuamos retrocediendo. Creo que en América contamos aún, nominalmente, con un 25 % de la población, gracias al admirable movimiento católico de los ‘20. En Francia y en España se puede decir que hemos desaparecido por completo; en Alemania, nuestras filas ralean de día en día. Mantenemos nuestra posición en el Este, por cierto; pero aún allí no somos más que uno en doscientos según las estadísticas y desparramados. ¿Y en Italia? Allí hemos reconquistado Roma, que de nuevo nos pertenece exclusivamente, pero nada más. Por último, aquí conservamos toda Irlanda y acaso uno en sesenta en Inglaterra, Escocia y Gales, teniendo en cuenta que hace setenta años nuestra proporción era de uno en cuarenta. Y está el enorme progreso de la psicología - netamente en

contra nuestra, desde más de un siglo. Primero, vean, era el materialismo puro y simple, que más o menos fracasó - era demasiado torpe - pero la psicología corrió en su ayuda. Ahora la psicología cubre todo el resto del terreno; y pretende haber dado cuenta de lo sobrenatural. Ésta es la cadena. Desgraciadamente, padre, no cabe la menor duda de que estamos perdiendo. Y seguiremos perdiendo, y creo que debemos estar preparados para afrontar una catástrofe de un momento a otro.
- Sin embargo… - empezó Percy.
- Pensará usted que, para un anciano como yo, que se encuentra al borde de la tumba, mis ideas son bien pesimistas. ¿Qué quiere usted? He querido ser absolutamente franco. Por mucho que me esfuerce, no vislumbro la menor esperanza. Es más, me parece que en estos momentos bastaría el menor incidente para precipitar nuestra ruina total. No, ya ve usted que no encuentro ninguna esperanza salvo en…
Percy lo miró fijamente.
- ¡Salvo en el día en que Nuestro Señor regrese, como lo ha prometido! - terminó el anciano estadista.
El padre Francis suspiró otra vez, y cayó un silencio.
- ¿Y la caída de las Universidades? - dijo al fin Percy.
- Querido Padre, fue exactamente como la caída de los monasterios bajo Enrique VIII: los mismos resultados, los mismos argumentos, los mismos incidentes. Eran las fortalezas del Individualismo, como los monasterios del Papismo; y eran miradas con la misma suerte de aprensión y envidia. Entonces comenzó la misma suerte de observaciones… acerca de la cantidad de oporto que consumían, y así; y de golpe la gente dijo que habían cumplido su ciclo; que sus moradores tornaban los medios por fines: y había, por cierto, bastante más motivo de decirlo. Después de todo, puesto lo sobrenatural, las casas religiosas eran una consecuencia obvia; pero el objeto de la educación seglar es presumiblemente la producción de algo invisible - o carácter o capacidad, y pareció casi imposible las Universidades producían eso - en forma que valiera la pena. La distinción entre las partículas griegas *ού* y *μή* no es un fin en sí; y la clase de persona producida por su estudio no era algo que interesara a la Inglaterra del siglo XX. Yo no estoy seguro de que a mí mismo me interesara mucho (y yo fui siempre un individualista a rajatabla) excepto en lo patético…
- ¿Cómo? - dijo Percy.
- Oh, fue patético de veras. Las Escuelas Científicas de Cambridge y el Departamento Colonial de Oxford fueron la última esperanza, y perecieron. Los viejos dómines se arrastraron con sus libros, pero nadie los precisaba: eran demasiado teoréticos. Algunos rodaron a los “Asilos”, primero y segundo grado: otros fueron recogidos por clérigos caritativos: hubo un intento de concentrarlos en Dublin, pero falló, y la

gente los olvidó pronto. Las construcciones, ustedes saben, fueron usadas para esto y lo otro. Oxford se convirtió en un establecimiento de ingeniería por un tiempo, y Cambridge en una especie de laboratorio del gobierno. Yo estaba en el King’s College, saben. Por supuesto que fue horrible como lo que más, aunque por fortuna guardaron la capilla abierta, aunque fuera como museo. No era lindo ver a los presbiterios henchidos de modelos anatómicos. Sin embargo, quizá no sea peor eso que llenarlos de incensarios y roquetes…
- ¿Qué le pasó a usted?
- Oh, yo entré temprano en el Parlamento, y tenía unos pocos ahorros míos. Pero para algunos fue muy duro; obtuvieron pequeñas pensiones, por lo menos los incapacitados. Y sin embargo, no sé; se me hace que tenía que venir. Eran poco más que reliquias pintorescas, ¿verdad? y no tenían ni siquiera el ornamento de una fe religiosa.
Percy suspiró de nuevo, mirando la jocosamente ensoñada cara del anciano. Luego, de golpe, cambió tema de nuevo.
- ¿Y acerca de ese Parlamento europeo?
El viejo comenzó: - Creo que va a llegar, si se halla a un hombre capaz de empujarlo. Toda esta centuria ha ido llevando a eso, como usted ve. El patriotismo ha ido muriendo a chorros; pero tenía que morir, como la esclavitud y el feudalismo, y otras cosas, bajo el influjo de la Iglesia católica. Mas he aquí que la obra ha sido hecha sin la Iglesia, y el resultado es que el mundo se está alineando contra nosotros: es un antagonismo organizado, una especie de Anti-Iglesia Católica. La Democracia ha hecho lo que la Monarquía cristiana debió hacer. Si ese proyecto prospera, creo que tenemos que esperar de nuevo algo como persecución… Pero, a su vez, la invasión del Oriente puede salvarnos… No se…
Percy permaneció inmóvil unos momentos y luego se levantó.
Me veo obligado a partir, señor, pues ya son más de las diecisiete horas dijo, recayendo en el esperanto -. Le estoy enormemente agradecido. ¿Me acompaña usted, padre?
El padre Francis se levantó también, con su fino traje gris oscuro permitido a los clérigos, y tomó su sombrero.
- Y bien, Padre - dijo el anciano, dirigiéndose a Percy - vuelva a verme uno de estos días si no me ha encontrado demasiado charlatán. Imagino que tendrá usted que escribir su informe a Roma.
Percy asintió.
- Esta mañana ya escribí la mitad - contestó -. Pero comprendí que me sería necesario informarme un poco más para poder entender correctamente lo que pasa. No sabe cuánto le agradezco su ayuda. En realidad, implica un trabajo delicado este informe diario que debo enviar al cardenal-protector. Tengo la intención de renunciar .a esta tarea, siempre que el cardenal me lo permita.

- ¡Mi querido Padre, no lo haga usted! Si me autoriza a hablarle con toda sinceridad, debo decirle que le encuentro dotado de un poder de observación extraordinariamente penetrante, y Roma, sin una información equilibrada, no puede hacer nada. Y no creo que sus colegas sean tan hábiles como usted.
Percy sonrió, elevando las negras cejas suplicantes.
- Vamos, padre - dijo.
Los dos sacerdotes se separaron en los peldaños del corredor, y, ya solo, Percy se detuvo unos instantes a contemplar la escena otoñal que se desarrollaba a su alrededor. Lo que acababa de escuchar de labios del anciano le parecía iluminar de un nuevo y extraño brillo el cuadro magnifico de prosperidad que se extendía ante sus ojos.
Le rodeaba una luminosidad tan intensa como la del pleno día, pues con los últimos progresos de la luz artificial en Londres no existía diferencia entre el mediodía y la noche. El joven sacerdote se encontraba en una especie de claustro cerrado por grandes *vitraux*, cuyo piso estaba tapizado con un material de caucho que sofocaba el ruido de las pisadas. A sus pies circulaba un doble torrente infinito de personas que iban hacia la derecha y la izquierda, sin que se escuchara más que el rumor de las conversaciones en esperanto. A través del cristal duro y transparente que cerraba de un lado el corredor público, el sacerdote podía contemplar un ancho camino oscuro enteramente vacío; pero pronto un gran clamor se elevó del lado de Westminster, parecido al zumbido de una gigantesca colmena, y casi inmediatamente un enorme objeto luminoso se deslizó sobre el camino. Enseguida fue apagándose gradualmente la intensidad del ruido, a medida que el gran Tren Automóvil Nacional que llegaba del Sur proseguía su camino hacia el Este. Era esa tina ruta privilegiada sobre la cual podían transitar exclusivamente los vehículos del Estado y a una velocidad que no debía exceder de los ciento cincuenta kilómetros por hora.
En la ciudad encauchada todos los ruidos estaban atenuados. Las aceras rodantes para peatones se extendían a unos cien metros de distancia y la circulación subterránea se adivinaba sólo por una leve vibración del piso. Pero cuando Percy ya se decidía a marcharse, se oyó de pronto una nota musical que parecía brotar de la bóveda celeste, un prolongado acorde de una belleza y una intensidad maravillosas. Apartando los ojos de las aguas apacibles del Támesis, único elemento que había rehusado hasta entonces cualquier intento de transformación, divisó a una gran altura, destacándose de las nubes fuertemente iluminadas, un objeto largo y delgado impregnado de una luz muy suave, que se deslizaba hacia el Norte, desapareciendo rápidamente sobre sus alas desplegadas. Este delicioso llamado musical era la señal de las líneas europeas de las grandes Naves

Volantes que anunciaba la llegada de uno de sus aéreos en las diferentes estaciones donde se detenía.
“¡Hasta el día en que Nuestro Señor regrese!”, se repetía Percy, y súbitamente volvió a oprimirle el pecho la antigua angustia. ¡Cuán difícil era mantener los ojos fijos en tan lejana perspectiva mientras el mundo, inmediato y próximo, ofrecía infinitas atracciones en su esplendor y su fuerza! ¡Oh! Él había discutido una hora antes con el padre Francis que el tamaño no era lo mismo que la grandeza y que lo exterior pujante no podía desplazar lo interior sutil; y había creído lo que había dicho… pero la duda permanecía hasta que la hizo callar con un fiero esfuerzo, gritando en su corazón al Pobre de Nazaret que conservara su corazón como el corazón de un niño.
Apretó los labios, preguntándose cuánto tiempo el padre Francis podría soportar la presión, y descendió los escalones.

# LIBRO PRIMERO. LA VENIDA

## CAPÍTULO PRIMERO

### I

Oliver Brand, el nuevo diputado por Croydon, sección 4, estaba sentado en su estudio mirando por la ventana por sobre el tope de su máquina de escribir.
Su casa miraba hacia el norte en la punta de un residuo de la colina de Surrey, cortada y perforada ahora más allá de toda recognición; tan sólo para un comunista la vista podía ser entusiasmadora. Justo debajo de las anchas ventanas el terreno terraplenado descendía en declive unos treinta metros, acabando en un alto muro; y más allá se extendía triunfante el mundo y las obras de los hombres a pérdida de vista. Dos vastas vías como pistas listadas, cada una no menos de un cuatrocientos metros de ancho y hundidas siete metros debajo del nivel del suelo, corrían a unirse un kilómetro más allá en un enorme enlace. De éstas, la de la izquierda era la primera línea troncal a Brighton, inscripta en mayúsculas en la Guía de Trenes; la derecha, la segunda línea al distrito de Tunbridge y Hastings. Estaban divididas a lo largo por un muro de cemento, en uno de cuyos lados corrían los tranvías eléctricos y en el otro estaban las vías férreas mismas, divididas en tres, sobre las cuales rodaban primero los frenes oficiales a 200 kilómetros por hora, segundo los coches privados a no más de 100 y tercero el tren carreta del gobierno a 50 kilómetros horarios, con paradas cada cinco kilómetros. Todo esto estaba bordeado más allá por un camino reservado a peatones, ciclistas y coches mosca en donde ningún vehículo podía hacer más de 30 kilómetros por hora. Allende estas grandes vías yacía un inmenso llano de techos, con torres petizas

marcando los edificios públicos, desde el distrito de Caterham hasta Croydon al norte, claros y brillantes en el aire sin humo; y allá lejos al oeste y al norte se veían las chatas colinas suburbanas contra el limpio cielo de abril.
Era asombroso el poco ruido, considerada la densidad de la población; y con excepción del rumor de los rieles de acero al cruzar un tren norte o sur, y el suave bordonear de los grandes motores al llegar o dejar el enlace, poco había que oír en este escritorio, excepto un murmullo blando y adormecedor que llenaba el aire, como el murmullo de las abejas en un jardín.
Oliver amaba todo atisbo de vida humana - ajetreadas vistas o sonidos - y estaba escuchando ahora, sonriendo levemente para sí al mirar el claro cielo. Después cerró los labios, posó de nuevo los dedos en las teclas, y siguió redactando su discurso.
Había tenido suerte en cuanto a la situación de su casa, sita en un rincón de una de esas inmensas telarañas que cubrían el condado; y para sus propósitos era todo lo que se podía desear. Estaba bastante cerca de Londres como para ser muy barata; pues todos los pudientes se habían retirado al menos a 50 kilómetros del tumultuoso corazón de Inglaterra; y sin embargo era tan quieto como se podía pedir. Estaba a menos de diez minutos de Westminster por un lado y veinte minutos del mar por el otro; y su electorado yacía delante de él como en un mapa. Además, como la gran Terminal de Londres estaba a diez minutos, tenía a su disposición la Línea Troncal Primera a cualquier gran ciudad inglesa. Para un político de no muchos dineros, que debía hablar en Edimburgo un día y el otro en Marsella, estaba tan bien situado como cualquiera en Europa.
Era un hombre de aspecto agradable, de no mucho más de treinta años, cabello negro duro, afeitado, delgado, varonil, atrayente, de ojos azules y tez blanca; y aparecía hoy sumamente contento de sí mismo y del mundo. Sus labios se movían sutilmente al escribir, sus ojos se enanchaban y estrechaban con la excitación, y más de una vez hacía pausa y paseaba los ojos afuera, sonriente y acalorado.
Se abrió una puerta; y un hombre maduro entró nerviosamente con un montón de papeles, los dejó caer sobre la mesa, y se volvió para salir. Oliver lo detuvo con un ademán, corrió una palanca, y lo interpeló.
- ¿Qué hay, Phillips?
- Noticias del Oriente, señor - dijo el secretario.
Oliver miró a un lado, y puso la mano sobre el montón.
- ¿Algún mensaje completo? - inquirió.
- No, señor; interrumpidos otra vez: el nombre de Mister Felsenburgh es mencionado.
Oliver pareció no oír; levantó las delgadas hojas impresas con un gesto súbito, y empezó a hojearlas.

- El cuarto desde arriba, Mister Brand - dijo el secretario.
Oliver sacudió la cabeza con impaciencia, y a esta señal salió el otro.
La cuarta hoja desde arriba, impresa en rojo sobre verde, pareció absorber del todo la atención de Oliver, pues la recorrió tres o cuatro veces, reclinado inmóvil sobre su butaca. Después suspiré y miró de nuevo por la ventana.
Otra vez se abrió la puerta y entró una joven alta. - ¿Qué hay, querido? - preguntó.
Oliver meneó la cabeza con labios apretados.
- Nada definido - dijo - Menos de lo acostumbrado. Oye. Levantó el papel verde y empezó a leer alto, mientras la muchacha se sentaba a su izquierda sobre la ventana.
Era una hechicera criatura, alta y esbelta, con ardientes y serios ojos grises; labios firmes y un airoso porte de hombros y cuello. Había caminado lentamente a través de la pieza al tomar Oliver la hoja y ahora se reclinaba en su vestido pardo en actitud ufana y graciosa. Parecía escuchar con una suerte de pensativa indolencia; pero sus ojos chispeaban de interés.
- "Irkutsk - abril catorce - ayer - como - de costumbre - sospechada - defección - partido - Sufí - tropas - continúan - concentrándose - habló - multitud - budista - atentado - contra - el Lama - pasado - viernes - obra - anarquistas - Felsenburgh - parte - a Moscú - conforme - arreglo - El..." He aquí: esto es absolutamente todo - terminó Oliver con despecho -. Interrumpido como de ordinario.
La joven comenzó a hamacar un pie.
- No entiendo nada - dijo -. ¿Quién es Felsenburgh, para empezar?
- Querida niña, es lo que todo el mundo se pregunta. No se sabe nada, excepto que fue incluido en la delegación americana a última hora. El Heraldo publicó su vida hace unos días; pero ha sido desmentida. Se sabe cierto que es un hombre joven, y desconocido hasta ahora.
- Bien, ahora ya no lo es - observó la joven.
- Ya sé; parece que está mangoneando todo el asunto. No se oye una palabra de los otros. Por suerte está del lado bueno.
- ¿Y tú qué piensas?
Oliver volvió vagamente los ojos al ventanal.
- Pienso que es toma o deja - dijo -. Lo único notable es que parecería que aquí nadie se da cuenta. Es demasiado grande para la imaginación, supongo. No cabe duda que el Oriente se había estado preparando para caer sobre Europa estos cinco años. Solamente América los frenaba; y este es el último intento de pararlos. Pero como Felsenburgh ha venido al rescate... - se interrumpió; debe ser un gran lingüista, por lo visto. Esta es la quinta multitud que arenga, por lo menos; ¡quizá sea el intérprete de los yanquis! ¡Cristo!, me gustaría saber quién es.
- ¿Tiene otro nombre?

- Julián, creo. Un parte lo llama así.
- ¿Cómo brotó todo esto?
Oliver meneó la cabeza.
- Intereses privados - dijo—. Las agencias europeas han suspendido el trabajo. Cada estación telegráfica está vigilada día y noche. Hay líneas de voladores paradas en cada frontera. El Imperio pretende resolver este asunto sin nosotros.
- ¿Y si sale mal?
- Querida Mabel... si el infierno se desata... - extendió las manos como implorando.
- ¿Y qué está haciendo el gobierno?
- Trabajando día y noche; y lo mismo el resto de Europa. Si esto da en la guerra, es el acabóse y tres más.
- ¿Qué esperanzas ves?
- Veo dos esperanzas - articuló Oliver lentamente -. Una, que se asusten de América, y retiren las manos de puro miedo; la otra, de que puedan ser inducidos a retirarlas por buena voluntad; si solamente se les pudiera hacer entender que la cooperación es la única salvación del mundo. Pero esas condenadas religiones de ellos...
La joven suspiró, y miró de nuevo afuera al ancho campo de techos bajo la ventana.
La situación era de veras de lo más serio imaginable. Ese enorme imperio, consistente en una federación de estados bajo el cetro del Hijo del Cielo (hecha posible por el resurgir de las dinastías japonesa y china, y la caída de Rusia) habla ido consolidando sus fuerzas y la conciencia de su poderío durante los últimos tres decenios, ya desde que había posado, en efecto, sus amarillas manitas sobre Australia y la India. Mientras el resto del mundo había percibido lo insensato de la guerra, ya desde la caída de la República Rusa ante el embate combinado de la raza amarilla, el Oriente había percibido sus posibilidades. Parecía ahora que la civilización de la última centuria iba a ser barrida de nuevo al caos. No era de cuidado la multitud en el Oriente; eran sus dirigentes los que habían comenzado a desperezarse después de un interminable letargo, y no era fácil imaginar quién o qué cosa era para contrarrestarlos. Había además un toque siniestro en el rumor de que el fanatismo religioso estaba detrás del avance, y que el pachorriento Oriente fantaseaba al fin misionar por medio del equivalente moderno de “sangre y fuego” a todos los que habían abandonado toda creencia religiosa, menos la de la “Humanidad”. Para Oliver esto era enloquecedor, simplemente. Al mirar desde su ventanal y ver el vasto circuito de Londres posado plácidamente ante él, y al recorrer con la fantasía toda la anchurosa Europa viendo por todas partes el sólido triunfo de la cordura sobre los chúcaros cuentos de hadas del cristianismo, le resultaba intolerable que todo esto pudiera

ser aventado atrás de nuevo al bárbaro torbellino de sectas y dogmas; pues no menos que eso resultaría si el Oriente metía sus manos en Europa. Incluso el Catolicismo podía revivir, pensó, esa extraña fe que había llameado tantas veces al contacto de la persecución ordenada para apagarla; y de todas las formas de fe, el Catolicismo le parecía a Oliver como la más grotesca y esclavizante. La perspectiva de todo esto lo turbaba seriamente, más aún que la visión de los destrozos materiales y el derrame de sangre que amenazaba a Europa con el despertar del Oriente. Del lado religioso había una sola esperanza, como le había explicado a Mabel cien veces, y era que el Panteísmo Quietista, que en la última centuria había dado tamaños pasos en Occidente lo mismo que en Oriente, entre Mahometanos, Confucianos, Budistas, Hinduistas, y el resto, valiese a contrarrestar el frenesí sobrenatural místico que arrebataba a sus hermanos esotéricos. Panteísmo, a lo que entendía, era lo que él mismo tenía; para él “Dios” no era más que la suma evolutiva de la vida creada, un Dios haciéndose mas que un Dios Infinito, cuya esencia era la Unidad Impersonal; la discusión dogmática era la herejía peor, que levantaba los hombres unos contra otros, y obstaculizaba el progreso; pues, en su pensamiento, el progreso consistía en la fusión del individuo en la familia; de la familia en la comunidad, de la comunidad en el continente y del continente en el universo Finalmente, el universo mismo en cada uno de sus momentos no era más que un “modo”, en el sentido de Espinosa, de la vida impersonal. De hecho, era la misma concepción católica menos lo sobrenatural, una conjunción de todos los bienes terrenos, que rechazaba al Individualismo por un lado y al supernaturalismo por el otro. Era una traición apelar del Dios Inmanente al Dios trascendente. No había Dios trascendente: Dios, es lo que él había alcanzado a ver, era el hombre.

Y no obstante estos dos, marido y mujer en cierto modo - pues habían contraído ese pacto revocable, ahora ya explícitamente reconocido por el gobierno - estaban lejos de participar en la grosera torpeza del materialismo común. El mundo, para ellos, palpitaba en una intensa vida que florecía en planta, bestia y hombre como un torrente de sagradas aguas que brotaba de escondido venero para impregnar todo lo pie se mueve y siente. Su divino éxtasis era más valioso porque era comprensible a las mentes que de él brotaban. Había misterios en Él; pero eran misterios que incitaban en vez de descorazonar, porque desplegaban nuevas glorias a cada exploración que el hombre en ellos llevaba incluso los seres inanimados, el fósil, las ondas eléctricas, las remotas estrellas, eran polvaredas arrojadas por el Espíritu del Mundo, fragantes con su presencia y elocuentes acerca de su natura. Por ejemplo, el anuncio hecho por el astrónomo Klein veinte años antes de que la inhabitación de algunos planetas se podía dar como un hecho

cierto, cuán hondamente había afectado la idea de los hombres acerca de sí mismos. Pero la única condición del progreso y de la construcción de la Nueva Jerusalén, en el planeta al hombre asignado, era la Paz, no la espada que Cristo trajo o que Mahoma blandió; esa paz que brota del conocimiento y no lo sobrepasa; la paz que brota del saber que el hombre es todo y puede llegar a serlo todo solamente por la simpatía de sus semejantes. Para Oliver y su compañera, la última centuria les aparecía como una revelación; poco a poco la vieja superstición había muerto y la nueva luz dominado; el Espíritu del Mundo se había levantado, el sol había alboreado por el Oeste; y ahora con verdadero espanto los dos veían generarse de nuevo la tormenta en la región donde toda superstición había tenido su nido.
Mabel se levantó y cruzó hacia su marido.
- Querido - dijo -, no debes deprimirte. Todo irá pasando como otras veces ha pasado. Es una gran cosa que ellos hagan caso de América por lo menos. Y ese Felsenburgh parece estar del lado bueno…
Oliver tomó su mano y la besó.

## II

Oliver parecía abatido en el almuerzo, media hora después. Su madre, una ancianita septuagenaria, que nunca aparecía antes de esa hora, lo notó al instante; pues luego de una mirada y una palabra, recayó en el silencio detrás de sus cubiertos.
El comedor era un coqueto saloncito, inmediatamente debajo del de Oliver, decorado en verde claro, conforme a la universal costumbre; sus ventanas daban sobre una lonja del jardín trasero y sobre el alto muro con hiedra que separaba esta mansión de la próxima. El moblaje era también el de uso: una práctica mesa redonda en el medio, con tres sillas de brazos adaptadas a la mesa en sus curvas y descansos; y el centro de ella, descansando aparentemente sobre una ancha columna, sostenía los platos. Hacía mucho tiempo que la práctica de situar el comedor sobre la cocina y de levantar y bajar los servicios por presión hidráulica, se había hecho común en las casas de los pudientes. El piso estaba hecho enteramente de la preparación de corcho asbéstico inventado en América, silencioso, limpio y agradable al tacto y a los ojos.
Mabel rompió el silencio.
- ¿Tu discurso de mañana? - preguntó tomando los cubiertos.
Oliver se animó un poco y comenzó a perorar
Parecía que Birmingham quería alborotar. Estaban chillando una vez más por el librecambio con América: las ventajas en Europa no les bastaban; y era la tarea de Oliver tenerlos quietos. Era vano, proponía decirles, que se agitaran, en tanto el asunto de Oriente no fuera resuelto; no debían estorbar al gobierno justo ahora con niñerías. Tenía

que decirles además que el gobierno estaba con ellos en principio; todo lo de ellos tenía que venir pronto.
- Son burros - añadió fieramente—: burros y egoístas. Parecen criaturas que lloran por comer diez minutos antes de la comida; eso tiene que llegar si consienten en aguardar un poco.
- ¿Y así se lo vas a decir?
- ¿Que son unos burros? Claro.
Mabel miró a su esposo con un guiño alegre en los ojos. Sabía muy bien que su popularidad asentaba en gran parte en su descaro. A la gente le gustaba ser retada y reñida por un insolente genial que danzaba y gesticulaba en una especie de furia magnética; a ella misma le gustaba.
- ¿Cómo vas a ir?
- Volador. Tomo el de las diez y ocho en Blackfriars; el mitin es a las diez y nueve y yo estoy de vuelta a las veintiuna.
La emprendió nerviosísimamente con su fiambre, y su madre alzó los ojos con una plácida sonrisa senil.
Mabel comenzó a tamborilear levemente sobre el damasco.
- Entonces apresúrate por favor, querido - dijo -. Yo tengo que estar en Brighton a las quince.
Oliver tragó el último bocado, empujó el plato sobre el disco, miró si todos los platos estaban dentro, y llevó la diestra bajo el borde. Al instante, sin un sonido, la pieza central desapareció con su carga y los tres esperaron indiferentes mientras un tintineo de platos venía de abajo.
La anciana señora Brand era una antigua dama de sano aspecto, rosadita y arrugada, con el tocado de mantilla de cincuenta años antes; mas ella también parecía como deprimida esa mañana. El fiambre no había sido un éxito, pensó: la nueva comida no era como la de antes, era áspera un poco; tenía que ocuparse de eso en adelante. Hubo un chasquido, un rumor leve como un deslice, y la pieza central emergió en su lugar, trayendo una admirable imitación de un polio asado.
Oliver y su compañera quedaron solos un momento, después del almuerzo, antes que Mabel tomara la calle para atrapar el catorce y media Cuarto Grado del ramal al enlace.
- ¿Qué le pasa a madre? - preguntó él.
- Oh, es la cuestión de la comida otra vez; nunca se ha acostumbrado; dice que no le sienta.
- ¿Nada más?
- No, querido, estoy segura. No ha dicho una palabra recientemente.
Oliver miró a su mujer bajar la calle. Había quedado un poco inquieto últimamente por una que otra palabrita rara que su madre dejó caer. Había sido educada como católica en su niñez y parecía a veces que le quedaba una huella. Había una vieja “Leyenda Áurea” que ella gustaba de tener consigo, aunque protestando siempre con un tonito de

escarnio que eran todas bobadas. Oliver empero hubiera preferido quemar el libro: la superstición era dura de morir; y, cuando el cerebro afloja, es muy capaz de aflorar de nuevo. El cristianismo era a la vez salvaje y pesado, pensó; salvaje, por su obvia y tosca absurdidad; y pesado, por yacer del todo aparte del regocijante correr de la vida; se arrastraba oscuramente todavía, aquí y allá en oscuras iglesitas; chillaba con histérica sensiblería en la Catedral de Westminster, donde había entrado una vez a mirar con una especie de furia burlona; chachareaba extrañas falacias al incompetente, al viejo y al atrasado. Pero sería espantoso que su misma madre fuese a mirarlo ahora con favor.

Él mismo, desde que se recordaba, había sido violentamente opuesto a las concesiones hechas a Irlanda y a Roma. Era intolerable que esos das lugares tuvieran que ser definitivamente consentidos en su estúpida y traicionera algarabía, fermentos de sedición, úlceras en la cara de la humanidad. Nunca se acordó con los que sostenían era mejor que el viejo veneno de Occidente se enquistase en vez de dispersarse. Pero, con todo, allí estaba. Roma había sido enteramente entregada al vejete vestido de blanco en trueque de todas las parroquias y catedrales de Italia; y se sabía que la tiniebla medieval reinaba en ella; e Irlanda, después de haber obtenido la independencia cincuenta años hacía, había abrazado el catolicismo oficialmente y abierto los brazos a la más virulenta forma de individualismo. Inglaterra había reído y tolerado, contenta de salvarse de un montón de agitaciones por la partida inmediata de la mitad de su población católica a la otra isla; y conformemente a su política comunista con las colonias, había dado facilidades para que el individualismo se cocinara allí en su propia salsa, reduciéndose por sí mismo al absurdo. Todas cosas chuscas sucedían allí ahora: apariciones, visiones y profecías. Oliver había leído con agria risa de una mujer vestida de azul aparecida a unos niños; y santuarios levantados donde sus pies habían posado; pero Roma no le daba mucha risa, porque el traslado a Turín del gobierno italiano había privado a la República de gran parte de su prestigio sentimental, y había aureolado a la vieja tontería religiosa con toda la meretricidad de las nostalgias históricas. De todos modos, no podía durar mucho: el mundo comenzaba a. comprender al fin.

Estuvo unos momentos a la puerta después de ida su mujer, empapándose de temple en la gloriosa visión de cordura que se extendía ante él; los infinitos techos y azoteas, las altas bóvedas vidriadas de los baños y gimnasios públicos, las torreadas escuelas donde se formaba la ciudadanía, las telarañas de andamios y tablados que surgían acá y acullá; y aun los pocos puntiagudos campanarios no lo molestaban. Así se explayaba hasta la perlada bruma de Londres, realmente hermosa, esta vasta colmena de hombres y mujeres que

habían asimilado al menos la lección elemental del nuevo evangelio de que Dios no era sino el hombre, el sacerdote era el estadista, el profeta era el profesor.

Entonces entró de nuevo a redactar su discurso.

Mabel también estaba pensativa en su asiento con el periódico en el regazo, al deslizarse velozmente por la línea de Brighton. Estas noticias del Este la desconcertaban más de lo que ella dejaba ver; y no obstante, un peligro real de invasión le parecía increíble. Esta vida occidental era tan apacible y cuerda; los pueblos tenían al fin el pie sobre la roca, y parecía impensable que fuesen forzados otra vez al pantano; era contrario a la ley de la evolución. Pero al fin no podía menos de reconocer que la catástrofe parecía ser uno de los métodos de la naturaleza...

Estaba sentada inmóvil, hojeando de vez en cuando el magro requecho de noticias y releyendo el editorial acerca de ellas: también él era desmayado. Un par de hombres conversaban en el compartimiento de al lado sobre el mismo tema; uno describía las fábricas de munición del gobierno que había visitado, la anhelosa prisa que reinaba allí; el otro ponía preguntas y cuestiones. No había mucho confort allí. No había ventanas de donde mirar; en las líneas centrales la velocidad era excesiva para la vista; el largo compartimiento inundado de luz suave era todo su horizonte. Contempló la blanca bóveda moldeada, las deliciosas pinturas enmarcadas en roble, los mullidos sillones, los melados globos de arriba que irradiaban luz-solar, una madre y su niño enfrente de ella. Entonces sonó la gran cuerda, la apagada vibración se acreció levemente, y un momento después las puertas automáticas resbalaron y ella pisó el andén de la estación de Brighton.

Al bajar los peldaños que llevaban a la plazoleta, notó un cura que caminaba delante. Parecía un viejo muy enhiesto y fornido, pues aunque su pelo era blanco, se movía ágil y enérgicamente. Al pie de la escalera, él se detuvo y medio volvió, y ella vio con gran sorpresa que su rostro era el de un mozo, delicado y fuerte, con cejas negras y radiantes ojos claros. Entonces lo pasó, y comenzó a cruzar la plazuela hacia la casa de la tía.

En ese momento sin el menor preanuncio, excepto un agrio bocinazo arriba, sucedieron un montón de cosas.

Una gran sombra volteó cubriendo el sol a sus pies, un estrépito de rotura hendió el aire, y un sonido corno el respiro de un gigante; y al detenerse espantada, con un estruendo como de miles de cántaros que se estrellaran, un enorme objeto se aplastó en el pavimento de caucho ante ella, y allí quedó, llenando media calle, agitando anchos alerones en su parte superior, los cuales se debatían y azotaban cual las aletas dé un monstruo antediluviano, vomitando gritos humanos y comenzando de inmediato a bullir con vulnerada vida.

Mabel apenas se dio cuenta de lo que pasó después; pero se encontró al momento empujada adelante por una presión violenta desde atrás hasta que se detuvo temblando de pies a cabeza con los restos destrozados de un cuerpo humano gimiendo y retorciéndose a sus pies. Una especie de lenguaje articulado salió de él; captó distintamente los nombres de Jesús y María; y entonces una voz siseó de repente en su oído:

- Déjeme, señora. Soy un sacerdote.

Estuvo allí un rato más, aturdida por lo repentino del suceso, mirando casi fuera de sí al joven cura canoso de rodillas, con su saco desabrochado y un crucifijo fuera; lo vio inclinarse, agitar la mano en un rápido ademán, y musitar en un lenguaje que ella no conocía. Lo vio erguirse de nuevo, teniendo el crucifijo en alto, y moverse lentamente en el medio del ensangrentado pavimento, mirando a un lado y otro como por un llamado. De los escalones del gran sanatorio que estaba a la derecha descendieron corriendo una cantidad de figuras, sin sombrero, de blanco, llevando cada una lo que parecía una Kodak de las antiguas. Sabía quienes eran y su corazón dio un suspiro de alivio. Eran los operadores de la eutanasia. Entonces se sintió asida por un hombro y lanzada atrás y de inmediato se halló en primera fila de una multitud que oscilaba y gritaba, y detrás de una cadena de policías y civiles que habían formado cordón pata contener el embate.

## III

Oliver entró en pánico cuando su madre, media hora, más tarde, entró corriendo con la nueva de que uno de los voladores del gobierno se había precipitado en la plazoleta Brighton justo al momento que el catorce y media descargaba su pasaje. Sabía muy bien lo que eso importaba, pues estaba fresco el recuerdo de otro desastre pocos años antes, justo después de aprobada la ley que prohibía los aviones particulares. Importaba que todo bicho viviente en él había tronado, y posiblemente muchos otros más de la calle en que cayó; ¿y entonces? La hora coincidía; Mabel estaba en la plazuela en ese entonces.

Mandó un cable desesperado a la tía requiriendo noticias y se sentó tembloroso en el sillón, esperando respuesta. Su madre se sentó al lado.

- Quiera Dios... - sollozó una vez; y se detuvo, al mirarla él abruptamente.

Pero los hados fueron benignos, y cinco minutos antes que Mr. Phillips se abriera paso con la respuesta, Mabel misma apareció en la cámara, sonriente, aunque un poco pálida.

- ¡Cristo! - gritó Oliver; y rompió en un sollozo al correr hacia ella.

Ella no tenía mucho que contar. No se había publicado aún explicación alguna del accidente; decían que simplemente los motores de un lado habían rateado.
Describió la gran sombra, el sonido sibilante y el estrello. Después paró.
- ¿Bien, querida? - preguntó su marido, todavía pálido en los pómulos, al sentarse junto a ella palmeándole las manos.
- Había un cura - musitó Mabel mirando al aire -. Lo vi primero en el andén.
Oliver roncó una especie de risita nerviosa.
- Se puso de rodillas de golpe - prosiguió ella - con su crucecita, antes que llegaran los doctores. Querido, ¿cree realmente la gente en eso?
- Bueno, creen que creen - dijo el marido.
- Todo fue tan… tan súbito; y allí estaba él, justo como si lo, estuviese esperando. Oliver… ¿cómo puede ser?
- Y, la gente es capaz de creer cualquier cosa, con tal de comenzar temprano.
- Y el hombre parecía creer… el moribundo, digo. Yo le vi los ojos…
Se detuvo.
- ¿Bien, querida?
- Oliver, ¿qué le dices tú a la gente que se muere?
- ¿Decirles? Nada, por supuesto. ¿Qué les voy a decir? No he visto morir a nadie todavía, por lo demás - añadió riendo.
- Yo tampoco, hasta hoy - dijo ella con seriedad -. Los de la eutanasia estuvieron en obra al momento…
Oliver tomó su mano amablemente.
- Mi tesoro, debe haber sido horrendo. Vaya, estás temblando todavía.
- No, escucha… Es claro que si hubiese habido algo que decir, yo lo hubiese dicho también. Estaban todos justo frente a mí; yo pensé; después vi que no se me ocurría nada. No podía ponerme a hablarles de la Humanidad.
- Claro. Querida, no te preocupes. Es triste; pero no importa mucho. Ya se acabó. - Y ellos ¿también acabaron?
- Claro.
Mabel apretó los labios; después suspiró. Había tenido una agitada meditación en el tren. Sabía perfectamente bien que eran puros nervios; pero no podía ahogarlos ni ahora siquiera. Como había dicho, era la primera vez que había visto morir.
- Pero el cura… el cura - dijo -. ¿El cura no piensa así?
- Querida, te voy a decir lo que él piensa. Él piensa que ese hombre a quien mostró el crucifijo y le dijo esas palabras, está vivo por ahí, a despecho de que su cerebro está muerto; pero él no está seguro dónde; porque puede ser en una especie de alto horno encendido, donde se está tostando vivo; o bien, si ha tenido suerte, y el pedazo de palo ha hecho efecto, entonces está qué sé yo dónde encima de las nubes,

delante de Tres Personas que son Una sola y sin embargo son Tres; junto con otra cantidad de tipos, una mujer de azul, y otros muchos de blanco con sus cabezas debajo del brazo y muchos más con la cabeza torcida, tocando y tocando el arpa para siempre, delante de las Tres dichas Personas; caminando sobre las nubes y divirtiéndose con eso enormemente. Él cree, además, que todos estos beatíficos están mirando perpetuamente hacia abajo a los altos hornos ya dichos, y alabando a las Tres Personas de haberlos hecho. Esto es lo que el cura cree. Ahora tú ves que no es muy probable; será muy lindo, pero no es verdad.

Mabel sonrió regocijada. Jamás lo había oído exponer tan bien. Era la manera oratoria jovial, sencilla e irónica del gran tribuno.

- No querido, tienes razón. Esta clase de historias no es verdad. ¿Cómo puede él creerlas? Parecía enteramente inteligente.

- Querida niña, si cuando estabas en la cuna te hubieran contado que la luna era queso gorgonzola, y te hubiesen martillado eso hasta hoy, cada día y todo el día, no estarías lejos de creerlo ahora. Bien, tú sabes en tu corazón que los eutanasiadores son los verdaderos sacerdotes. Por supuesto que lo sabes.

Mabel suspiró con alivio y se levantó.

- Oliver, eres un descanso. ¡Cómo te quiero! Bueno; tengo que ir a mi cuarto; estoy trémula todavía.

En la mitad del saloncito, adelantó de golpe un pie.

- ¡Ay! - exclamó ahogada.

Había una curiosa mancha color herrumbre sobre el zapatito; y su marido la vio palidecer y vacilar. Se alzó bruscamente.

- ¡Querida! - le gritó -. ¡No seas chiquilla!

Ella lo miró, sonrió bravamente, y salió.

Cuando hubo salido, se sentó de nuevo un rato en el sitio de ella. ¡Caramba, qué contento estaba! No le hacía nada de gracia pensar lo que sería su vida sin ella. La había conocido de trece años - hacía ya siete de eso - y hacía uno habían ido juntos a oficializar su connubio al Registro Civil. Se le había vuelto indispensable. Por supuesto que el mundo podía seguir sin ella y suponía que él también; pero no tenía ganas de hacer la prueba. Él sentía plenamente, pues éste era su credo acerca del amor, que existía entre ellos una doble atracción, de alma y de cuerpo; y no había más que eso, mas él amaba sus rápidas intuiciones, y oír el eco de su propio pensamiento reflejado tan exactamente en ella. Eran como dos llamitas unidas para hacer una tercera más grande; quizás una llama podía arder sin la otra - de hecho tenía que suceder un día - pero entretanto el calor y la luz eran arrobadores. Sí, estaba encantado de que se hubiera salvado del desastre del velero. No pensó más en su jocosa exposición del credo cristiano; era un dogma para él que los católicos creían cosas así; y no

era más blasfemo para él describirlo de ese modo que reírse de un fetiche zulú con ojos de madreperla y peluca de crin de caballo; era simplemente imposible tomar en serio todo eso. El también se había preguntado en otro tiempo cómo era posible que seres racionales tragaran esa bazofia, pero la psicología lo había iluminado y ahora sabía que la sugestión puede hacer cualquier cosa. ¡Y pensar que era ese odioso disparate el que había reprimido tanto tiempo el esplendido movimiento de la eutanasia con su humana misericordia!

Su ceño se arrugó un poco al recordar la exclamación de su madre: “¡Quiera Dios!...”; después sonrió de la viejita y su patético infantilismo, y volvió de nuevo al escritorio, recordando a pesar suyo el tambaleo de su mujer al ver la salpicadura de sangre en el zapato. ¡Sangre! Sí, eso también era un hecho, como cualquier otro. ¿Cómo había que tomarlo? Vaya, con el glorioso credo en la Humanidad-Dios espléndido que moría y resurgía de nuevo miles de veces al día; que “moría cotidianamente” como dijo el antiguo lunático Pablo de Tarso; desde que empezó el mundo; y resucitaba también, no una vez sola como el hijo del carpintero, sino con cada niño que venía a luz. Esta era la respuesta; ¿y no era ella abundantemente eficaz?

Mister Phillips vino una hora después con un nuevo fajo de papeles.

- Ni una noticia más del Este, señor - dijo.

## CAPÍTULO SEGUNDO

### I

La correspondencia de Percy Franklin al Cardenal Protector de Inglaterra le ocupaba directamente dos horas al día e indirectamente casi ocho.

En los últimos siete años los métodos de la Santa Sede habían sido una vez más retocados en vista a las necesidades modernas y cada sección importante del mundo poseía además del prepósito diocesano un representante en Roma, cuyo deber era mantenerse en contacto con el Papa a una mano y con su pueblo a la otra. En otras palabras, la centralización había seguido adelante, de acuerdo al movimiento del mundo; y con la centralización, la flexibilidad en los métodos y la precisión en el gobierno. El Cardenal Protector de Inglaterra era un tal Abad Martín, un benedictino, y era el deber de Percy, a la vez que de unos seis obispos y algunos sacerdotes y laicos (con los cuales le estaba estrictamente prohibido hacer consultas o confrontes) escribirle una carta diaria con, los asuntos religiosos que vinieran a su noticia.

Era una vida curiosa, por ende, la que hacía Percy. Tenía un par de aposentos reservados en el Palacio Arzobispal de Westminster, y estaba medio adscripto al equipo de la Catedral, aunque con libertad casi omnímoda. Se levantaba temprano y hacía meditación por una hora, después de la cual decía misa. Tomaba café, recitaba parte del breviario

y se sentaba a pergeñar su carta. A las diez se ponía a recibir visitantes y pasaba ocupado hasta el medio día, ora con los que venían a verlo espontáneamente, ora con su equipo de media docena de reporteros notables de los diarios y sus propios comentarios. Almorzaba con los otros clérigos de la casa, y después se ponía a visitar a su vez a aquéllos de quienes deseaba informes, volviendo por una taza de té a las dieciséis.
Entonces se sentaba a redactar, después de acabar el breviario y una visita al Santísimo, su carta diaria, que aunque breve exigía mucho cuidado y lima. Después de cenar tomaba nota para la carta próxima, recibía de nuevo visitas si acaso, y se iba a dormir a las veintidós en punto. Des veces a la semana era su deber asistir a vísperas solemnes; y ordinariamente tenía la misa cantada de los sábados.
Era una vida curiosa y distractiva, no exenta de peligro.
Un día de la semana siguiente a su visita a Brighton, cuando estaba terminando su carta, el doméstico asomó para decirle que el P. Francis quería verlo.
- Diez minutos, por favor - respondió Percy sin alzar los ojos. Remató las últimas líneas, arrancó la hoja y se reclinó a repasarla, traduciendo inconscientemente del latín al inglés:
«Westminster. Mayo 14
«Eminencia:
«Tengo alguna información más desde ayer. Parece seguro que el decreto obligando al Esperanto para todos los usos oficiales será dado en Junio. Tengo esto de Johnson. Esto, como he apuntado ya, es la última piedra de nuestra asimilación al Continente; la cual, en la presente circunstancia, es más bien deplorable… Un gran acceso de judíos a la francmasonería está anunciado; hasta ahora se habían tenido aislados en cierto modo, pero la "abolición de la idea de Dios" propende ahora a entrar en aquellos judíos, grandemente aumentados en número, que habían renegado ya la idea de un Mesías personal. Es la "Humanidad" la que está aquí ahora, otra vez, en acción. Hoy he oído hablar en este sentido al Rabbí Simeón en la City, y los aplausos eran realmente impresionantes. Mas entre los demás está creciendo como una expectación de un hombre que vendría pronto a guiar el movimiento comunista, uniendo sus fuerzas. Sobre este tema le incluyo un verboso editorial de *El Pueblo*, que ha producido numerosos ecos. Dicen que la causa debe dar nacimiento a un tal hombre; que han tenido profetas y precursores durante un centenar de años, y últimamente carencia de ellos. Es extraña la coincidencia superficial de esta idea con las nuestras. Su Eminencia notará que el símil de la "novena ola" es traído con cierta elocuencia… He oído de la apostasía de una vieja familia católica, los Wargraves, de Norfolk, con su capellán Mickten, que parece ha andado activo en esa dirección desde hace

tiempo. *La Época* la anuncia con cierta satisfacción, debido a las peculiares condiciones del caso; pero por desgracia estos sucesos no son raros ahora... Hay mucha desconfianza en el laicado. Ocho sacerdotes de la Arquidiócesis han renegado en estos tres meses; mas por otra parte tengo el placer de anunciar a su Eminencia que mi prelado acaba de recibir en la Comunión Católica al ex-obispo anglicano de Carlysle con media docena de su clero. Esperábamos esto en las últimas semanas. Adjunto recortes de *Tribuna*, *El Heraldo de Londres* y también *El Telégrafo*, con mis comentarios al margen. Su Eminencia verá cuán grande ha sido la excitación con respecto a esto último...
«Recomendación. - Las excomuniones de los Wargraves y los ocho sacerdotes deben ser publicadas solamente en Norfolk y en Westminster respectivamente; y no darse más por entendidos.»
Percy dejó caer la hoja, juntó la media docena de pliegos que contenían recortes y comento marginal, los firmó, y deslizó el todo dentro del sobre impreso ya preparado.
Después tomó su birrete y entró al ascensor.
En el momento de franquear la puerta cristalera del locutorio, se dio cuenta de que la crisis estaba comenzada, si no bandeada. El P. Francis parecía a la última miseria, aunque había también una curiosa rigidez en los ojos y en los labios. Estaba de pie esperando; cabeceó al verlo.
- He venido a darle el adiós, Padre. No puedo seguir más.
Percy se cuidó de no mostrar emoción alguna. Indicó brevemente una silla y se sentó en otra.
- Es el final de todo - prosiguió el otro en un tono perfectamente firme. No creo en nada. No he creído nada durante un año.
- No ha sentido nada - dijo Percy.
- No, eso no va, reverendo - cortó el otro -. Le digo que no queda nada. No he venido a disputar. Es adiós, y no más.
Percy no tenía nada que decir. Había hablado a este hombre un período de más de ocho meses, ya desde que él le había confiado que su fe se desvanecía. Entendió claramente qué lucha había tenido lugar; se sintió tristemente apiadado del pobre diablo que había sido pillado en uno de los vertiginosos remolinos de la triunfante Humanidad Nueva. Los hechos brutos eran formidables ahora; y la fe, salvo para el capaz de percibir que Voluntad y Gracia lo eran todo y la emoción nada, era como un infante gateando en una sala de máquinas: podía sobrevivir o no; pero eran precisos nervios de acero para tenerse firmes. Era difícil ver dónde había que poner el reproche; pero la fe de Percy le enseñaba que reproche, había. En las edades de fe un muy imperfecto agarre de la religión aguantaba; en estos días contenciosos sólo el humilde y el puro podían pasar la prueba; a menos que lo resguardara un milagro de ignorancia. La alianza de la Psicología y el Materialismo parecía realmente, mirado desde un ángulo, dar cuenta de todo; era precisa

una percepción espiritual robusta para llegar a ver su vital insuficiencia. En lo que miraba a la responsabilidad de Francis, no podía dejar de pensar que el otro se había boleado en la exterioridad religiosa, permitiendo a las ceremonias jugar un papel en su vida religiosa que correspondería más bien a la oración. En él lo externo había ahogado lo interno.
Así que no permitió a su simpatía salirle a los ojos.
- Usted, por supuesto, piensa que es culpa mía - adivinó el otro.
- Caro Padre - dijo Percy, inmóvil en su asiento -. Yo *sé* que es culpa suya. Escúcheme... Usted dice que el cristianismo es absurdo e imposible. Ahora bien, vea usted, eso no puede ser. Digamos que es falso - no trato de eso ahora, aunque estoy ultracierto que es absolutamente verdad - pero no puede ser absurdo, tan de mientras crean en él gentes virtuosas y preparadas. Decir que es absurdo es mera soberbia: es condenar a todos los que creen, no solamente de errados, sino de ininteligentes...
- Muy bien - interrumpió su cofrade -; entonces pongamos que yo retiro lo dicho; y simplemente no creo que sea verdad...
- Usted no retira nada - replicó Percy serenamente -: sigue creyéndolo absurdo; me lo ha dicho docenas de veces. Bien, le repito, eso es soberbia, y ella sola lo explica todo. La actitud moral del alma es lo que importa. Puede haber otras cosas también...
El Padre Francis lo miró con enojo.
- ¡Ah sí, la vieja historia! - dijo sardónico.
- Si usted me asegura bajo su palabra que no hay mujer en el caso, o ningún programa de placeres carnales, yo le creeré. Pero es una vieja historia, efectivamente.
- Le juro que no lo hay - gritó el otro.
- Me alegro mucho - dijo Percy -, porque así es más expedito el retorno.
- ¡Qué retorno!
Hubo un silencio largo. Percy realmente no tenía qué decir. Le había hablado una y otra vez de la vida interior, en la cual las verdades son sentidas verdaderas y los actos de fe ratificados; le había urgido la oración y la humildad hasta desgañitarse; y había sido parado con la réplica de que eso era puro autohipnotismo; y había desesperado de hacer entender, a quien por sí mismo no lo veía, que el Amor y la Fe pueden ser llamados “autohipnosis” por un lado; pero por otro, eran realidades tanto como, digamos, el gusto artístico, y pedían un cultivo parecido; que ellos manejan y tocan realidades que una vez tocadas se muestran abrumadoramente más reales y objetivas que las cosas del sentido externo. Los argumentos eran inútiles con este hombre.
Así que se quedó callado, helado por la presencia del desastre, mirando sin ver el simple, pequeño, antañón locutorio, su alta ventana, su faja de esteras, consciente sobre todo de la triste desesperanza de este

hermano suyo que tenía ojos y no veía, orejas y no oía. Quería que dijese adiós y se fuera. No había ya nada que hacer.
El P. Francis, que había yacido descuajeringado en su silla, pareció adivinarlo, y se compuso de golpe.
- Está cansado de mí - dijo -. Me voy.
- No estoy cansado de usted, caro Padre - dijo Percy con llaneza -. Solamente estoy triste. Usted sabe que yo creo que todo es verdad.
- Y yo sé que no es verdad - retrucó el otro -, mirándolo hoscamente -. Es hermoso, sí: yo quisiera poder creerlo. Creo que nunca más voy a ser feliz; pero… ahí está.
Percy suspiró. Se había dicho tantas veces que el corazón es un don divino tanto como la mente, y que dejarlo a un lado en la búsqueda de Dios, era buscar la ruina; pero el otro nunca lo había aplicado a sí mismo. Había respondido con el actual lugar común psicológico de que las sugestiones de la educación lo explicaban todo.
- Supongo que me va a echar - dijo.
- Es usted el que me abandona - dijo Percy -. Yo no puedo seguirlo, eso es todo.
- Pero… ¿no podemos ser amigos?
Un golpe de sangre subió a la cara del cura mayor.
- ¿Amigos? - dijo. ¿Sentimentalismo es lo que usted entiende por amistad? ¿Qué clase de amigos podemos ser?
La cara del otro se puso hosca.
- Me lo temía - dijo.
- ¡Juan! - clamó Percy -. ¿Tú ves esto, no lo ves? ¿Cómo podemos fingir amistad si tú no crees más en Dios? Porque yo te hago el honor de pensar que realmente no crees…
Francis se enderezó.
- Bueno - cortó -. No lo hubiera creído… Me voy.
Giró hacia la puerta.
- ¡Juan! - dijo Percy de nuevo -. ¿Te vas de esa manera? ¿No puedes darme la mano?
- ¿No acabas de decir - replicó el otro girando de nuevo, con la cara llena de enfado - que no podemos ser amigos?
Percy quedó boquiabierto, después entendió, y sonrió.
- Si a eso llamas amistad… discúlpame. Oh, podemos ser corteses uno con el otro, si gustas - y le extendió la mano.
Francis lo miró un momento, sus labios temblaron; entonces giró de nuevo y salió sin una palabra.

## II

Percy permaneció inmóvil hasta que el timbre automático le dijo que el otro realmente se había marchado, y después salió él mismo y se volvió hacia el largo pasaje que llevaba a la Catedral. Al cruzar la sacristía oyó

allá en el frente el murmullo del órgano, y al pasar por la capilla usada como parroquia se dio cuenta que las vísperas no habían terminado aún en la canónica. Caminó recto nave abajo, volvió a la derecha, cruzó el centro y se arrodilló.
Iba cayendo la tarde y el enorme monumento estaba tocado aquí y allá por brochazos de la purpúrea luz de Londres que esmaltaba el fastuoso mármol y las doraduras, hechas acabar poco hacía por un converso pudiente. Enfrente de él se erguía el coro, con una fila de largos roquetes y armiñados canónigos a un lado, y el vasto baldaquín en el medio, debajo del cual ardían las sempiternas seis luces que habían ardido allí día y noche más de una centuria; detrás de él todavía corría la alta línea del ábside con la umbrosa bóveda taladrada de vitrales donde un Cristo reinaba majestuoso. Dejó vagar sus ojos un momento al comenzar su oración mental, absorbiendo el esplendor del sitio, escuchando el tronar del coro, los sones del órgano y la tenue voz pastosa del chantre. Allá a la izquierda parpadeaban las lucecitas refractadas del Santísimo, a la derecha temblaban una docena de cirios al pie de las espectrales imágenes, y sobre su cabeza colgaba la cruz gigante con ese flaco, exhausto ajusticiado que llamaba a todos los que lo miran a la unión con un Dios.
Después escondió la faz en las manos, aspiró dos veces largamente, y comenzó su trabajo.
Empezó, como era su costumbre al orar, con un deliberado acto de desapego de todo el mundo sensible. Con la imagen de zambullir debajo de un nivel, se empujó hacia abajo y adentro, hasta que el clamor del órgano, el rumor de los pasos, la dureza del reclinatorio bajo sus codos, todo se volvió como aparte y externo; y quedó él como un ser aislado, con un corazón palpitante, un intelecto que revolvía imagen tras imagen, y las emociones que eran muy lánguidas para afirmarse. Entonces hizo el segundo descenso: renunció a todo lo que poseía y era, y fue consciente de que aun el cuerpo quedaba atrás, y su mente y corazón sobrecogidos ante la Presencia que él había evocado, suspendidos y obedientes a la voluntad que se les enseñoreaba. Aspiró profundamente una o dos veces, al sentir la Presencia levantarse en torno; repitió maquinalmente algunas palabras, y se hundió en esa quietud que sigue al abandono del pensamiento.
Allí descansó un momento. Allá muy arriba sonaba la estática música, el grito de la trompetería y los quejidos del aflautado; pero eran como los insignificantes rumores de la calle para uno que está quedándose dormido. Estaba ahora más allá del velo de las cosas, atrás de la barrera de la sensación y el discurso, en aquel secreto sitio al cual había aprendido a penetrar con constante ejercicio, en la extraña región que las realidades son palpables, donde las percepciones cruzan y surgen con la rapidez de la luz, donde la oscilante voluntad capta actualmente

ese “ahora” que la actúa, moldea y acelera; donde todas las cosas se funden, donde la verdad es reconocida, donde el Dios Inmanente es uno con el Dios Trascendente y el sentido del mundo externo se transparenta desde su parte interior; y la Iglesia y sus misterios se ven en una aureola de gloria.
Así permaneció unos instantes, asimilando y reposando. Después se levantó a lo consciente y comenzó a hablar. “Señor, yo estoy aquí y Tú estás aquí. Yo te conozco. No hay nada más que Tú y yo. Yo dejo todo lo demás en tus manos: tu sacerdote caído, tu pueblo, el mundo, y yo mismo. Los arrojo delante de Ti, los arrojo delante de Ti.”
Pausó, suspendido en su acto, hasta que todo lo que había pensado se extendió ante él como un valle bajo de un pico.
“Yo mismo, Señor, allí, si no fuera por tu gracia, iría yo también en tinieblas y ruina. Eres Tú quien me preserva. Mantiene y consuma tu obra dentro de mi alma. No me dejes fallar ni un instante. Si Tú separas tu mano, yo caigo en la nada.”
Así su alma permaneció un instante, con las manos tendidas suplicantes, abandonada y confidente. Entonces su voluntad parpadeó en su conciencia, y él repitió actos de fe, esperanza y amor. Aspiró de nuevo largamente, sintiendo la Presencia palpitar y moverse en él, y comenzó de nuevo.
“Señor, mira sobre tu pueblo. Muchos están desprendiéndose de Ti. *Ne in aeternum irascaris nobis…* Yo me uno a todos los ángeles y santos y María, la Reina del Cielo: mira sobre ellos y sobre mí y escúchanos. *Emitte lucem tuam et veritatem tuam!*… ¡Tu luz y tu verdad! No nos cargues cargas mayores que las que podemos llevar. ¡Señor!, ¿por qué no hablas?”
Se retorció en una pasión de expectativa, sintiendo sus músculos contraerse en el esfuerzo. Una vez más se abandonó; y el sutil juego de los actos sin plegaria comenzó, que él sabía era el corazón mismo de la plegaria. Los ojos de su alma volaron aquí y allá desde el calvario al cielo y otra vez a la vacilante, desolada tierra. Vio a Cristo gritando de desamparo mientras temblaba y rugía el suelo; a Cristo reinando como sacerdote en su trono con vestes de luz; a Cristo paciente e inexorablemente silente, bajo las especies sacramentales; y sobre cada cosa en turno llamó a los ojos del Eterno Padre.
Entonces aguardó por comunicaciones, y ellas vinieron, tan tenues y delicadas - pasajeras como sombras - que su voluntad sudó sangre y lágrimas en el esfuerzo por captarlas y fijarlas y corresponder…
Vio al Cuerpo Místico en su agonía, extendido como sobre una cruz por el mundo todo, mudo de pena, vio este y estotro nervio o fibra arrancado o torcido, hasta qué el dolor se le presentó como bajo el aspecto de notas de color; vio la sangre vital gota a gota caer de su cabeza, manos y pies. El mundo se había reunido, burlón y feroz,

debajo. “*Salvó a otros; a sí no puede salvarse… Que Cristo baje de la cruz y creeremos en él*”. Lejos de allí, en matorrales y cuevas de la tierra, los amigos de Jesús atisbaban y lloraban; María misma callaba, pasada de siete espadas; el discípulo al que Él amaba, no tenía palabras de consuelo.
Vio también cómo ninguna palabra iba a ser dicha desde el cielo; los ángeles mismos tenían orden de envainar sus espadas y aguardar la eterna paciencia de Dios, porque la agonía recién había comenzado; había miles de horrores todavía antes de la conclusión, esa suma de todo el calvario… Él debía aguardar y vigilar, contento de estar allí y no hacer nada; y la Resurrección tenía que parecerle un remoto y vago sueño de la esperanza. Tenía que venir todavía el Sábado, con el místico cuerpo yacente en el sepulcro e incluso fuera de vista, y aun la patética dignidad de la Cruz debía desaparecer, y el conocimiento de que Jesús estaba allí. El mundo interior, al cual con gran conato y constancia había aprendido a entrar, estaba impregnado de agonía; era más quemante que escarcha, era de esa pálida luminosidad que es el último producto del dolor, zumbaba en sus oídos con una nota, que montaba a queja… lo oprimía, penetraba en él, lo extendía como en un ecúleo. Y con esto, desmayó su voluntad y desfalleció un momento.
- ¡Señor! ¡No puedo llevarlo! - gimió.
En un instante estaba en sí otra vez, respirando su desolación. Pasó la lengua sobre los labios secos y abrió los ojos hacia el ábside ensombrecida. El órgano había callado y el coro se había ido, apagadas las luces El color crepuscular también se había disipado de sobre los muros, y frías, faces sombrías miraban hacia él desde paredes y bóvedas. Había salido de nuevo a la superficie de la vida; el arrobo había cesado; y apenas recordó lo que había sentido.
Pero él debía recoger los hilos y con pura volición anudarlos en sí. Debía pagar su tributo también al Señor que se había entregado a los sentidos lo mismo que al interior espíritu. Así se levantó, duro y embotado, y cruzó hacia la, capilla lateral del Santísimo.
Al salir del bloque de bancos, erguido y alto; con su birrete otra vez sobre los blancos cabellos, vio una viejecita mirándolo atentamente. Hesitó un instante, suponiéndola una penitente; y al notarlo, ella hizo un paso en su dirección.
- Le pido disculpa, señor - comenzó solemnemente.
Luego, no era católica. El se sacó el birrete.
- ¿Puedo servirla en algo, señora? - preguntó.
- Le pido disculpa, señor; pero ¿estaba usted en Brighton hace dos meses, el día del accidente?
- Efectivamente - contestó él un poco impaciente.
- Me parecía; mi nuera lo vio a usted entonces.

Percy estaba bastante cansado de ser identificado en todas partes por su cabello cano y rostro juvenil.
- ¿Estaba usted, señora?
Ella continuaba fijándolo dudosa y curiosa, paseando sus viejos ojuelos por toda su figura. Después se recogió y dijo:
- No, señor; fue mi nuera la que lo vio; yo le pido disculpa, pero…
- ¿Bien? - preguntó Percy, tratando de que su impaciencia no pasara a la voz.
- ¿Es usted el arzobispo, señor?
El cura sonrió, mostrando todos los dientes.
- No, mi señora: no soy más que un pobre cura. El Arzobispo es el doctor Cholmondeley. Yo soy el Padre Percy Franklin.
Ella no dijo nada, mas mirándolo fijo todavía, le hizo una corta y antañona especie de reverencia; y Percy pasó a la umbrosa espléndida capilla a cumplir sus devociones.

## III

Había gran conversación esa noche en la casa entre los clérigos acerca del auge de la masonería. Había ido viniendo desde hacía años, y los católicos habían reconocido su peligro; pues la calidad de masón durante varias centurias había sido declarada incompatible con la religión a través de inflexibles condenaciones de la Iglesia. Un hombre debía escoger entre eso y la fe. Mas las cosas habían cambiado extraordinariamente en los últimos cien años. Primero había venido el ataque organizado contra la Iglesia en Francia; y entonces cuanto los católicos habían sospechado se volvió una certidumbre, sobre todo en las revelaciones de 1978, cuando el Padre Jérome, dominico y ex-masón convertido, hizo públicas sus experiencias con respecto al grado 33. Resultó claro que los católicos habían visto justo, y que la masonería, al menos en sus grados superiores, era responsable en todo el mundo del extraño movimiento contra la religión… Pero el Padre Jérome murió en su cama; y este hecho impresionó al público. Entonces vinieron las generosas donaciones en Francia e Italia a hospitales, orfanatrofios y demás; y las sospechas continuaron disipándose. Después de todo parecía - y continuó pareciendo por 70 años - que la masonería era, en realidad, una poderosa sociedad filantrópica. Ahora otra vez las gentes tenían sus dudas.
- Oí decir que Felsenburgh es un masón - observó Monseñor Mackintosh, el ecónomo de la Catedral -: Gran Maestre, o algo así.
- Y ¿quién diablos es Felsenburgh? - interrumpió un jovencito.
Monseñor cerró sus labios y meneó la cabeza. Era una de esas personas sencillas, tan ufano de su ignorancia como otros de su ciencia. Se gloriaba de no leer los periódicos ni libro alguno que no tuviera el "*Imprimatur*"; el deber de un sacerdote, proclamaba siempre, era

preservar su fe y no adquirir ciencia profana. Percy algunas veces casi había envidiado su modo de ver.
- Es un misterio - dijo otro canónigo, el P. Blackmore -, pero parece estar dando golpe allá en el Este. Hoy vendían su “Vida” en el embarcadero.
- Me vi hace unos días con un senador yanqui - entró Percy - y me dijo que ellos mismos no saben nada, fuera de que es excepcionalmente elocuente. Apareció recién este año, y parece que se ha llevado todo de calle, con métodos del todo insólitos… Es un gran lingüista, además. Por eso le llevaron a Irkutsk.
- Bueno, los masones - prosiguió Monseñor - son una cosa seria. En el último mes, cuatro penitentes me han calabaceado por ellos.
Su inclusión de las mujeres ha sido su golpe maestro - gruñó Blackmore, sirviéndose más clarete.
- Yo no sé cómo vacilaron tanto en hacerlo - observó Percy.
Dos o tres de los otros añadieron sus testimonios. Parece que ellos también habían perdido penitentes por causa de la masonería. Se comentaba que una pastoral sobre eso se estaba fraguando arriba.
- ¿Pastoral? Otra cosa se necesita - rezongó Blackmore, moviendo la testa ominosamente.
Percy apuntó que la Iglesia había dicho su última palabra siglos hacía. Había fulminado excomunión sobre todos los miembros de las sociedades secretas; y más allá no se veía qué podía hacer.
- Pues presentarla a sus hijos una y otra vez - dijo el Arzobispo -. Voy a predicar sobre ella el domingo.
- ¡Bah! - dijo Blackmore.
Percy borroneó una nota al llegar a su cuarto, decidiendo decir algunas palabras más sobre el tema al Protector. Había mentado la masonería con frecuencia, pero era el momento para otra advertencia. Después abrió su correspondencia, empezando por la carta que reconoció de Roma.
Por una curiosa coincidencia, al recorrer la serie de preguntas del Cardenal Martín, se encontró con lo mismo de que habían hablado. Una de ellas rezaba: “¿Qué hay de los masones? Se dice que Felsenburgh lo es. Junte todos los díceres que haya y mándelos. Mande las biografías que encuentre en inglés. ¿Estamos perdiendo terreno por la masonería?”
Pasó los ojos por el resto del cuestionario. Se refería principalmente a anteriores comentarios suyos, pero en ellos aparecía dos veces más el nombre de Felsenburgh.
Soltó el papel y reflexionó un momento.
Ese nombre estaba en la boca de todos, malgrado lo poco o nada que se sabía de él. Había comprado en la calle, por mera curiosidad, tres postales que pretendían representar al fenómeno; y aunque una de

ellas podía ser genuina, las tres no. Las sacó de un casillero y las extendió ante sí.
Una representaba un feroz pajarón barbudo como un cosaco, con ojos .de lechuzo. No: la inverosimilitud la condenaba; era justo el modo cómo una imaginación grosera podía pintarse a un hombre que estaba influyendo en el Oriente.
La segunda foto mostraba una cara obesa con ojos rateros y una perilla corta. Ésta podía concebirse como genuina; la volvió y leyó el nombre de una firma de Nueva York en el dorso. Entonces examinó la tercera: ésta presentaba una cara rosada larga y angulosa con gafas, incuestionablemente lista pero escasamente jefe; y Felsenburgh obviamente era un jefe.
Percy pronunció que la segunda era la más probable; pero que las tres eran muy dudosas; y barajándolas juntas las guardó. Entonces plantó los codos sobre el escritorio y se puso a pensar.
Trató de recordar lo que Mr. Varhaus, el senador, le había contado de Felsenburgh; pero era insuficiente para dar razón de los hechos. Felsenburgh, por lo visto, no había empleado ninguno de los métodos corrientes en política democrática. No controlaba periódicos, no había vituperado a nadie; no había formado satélites, no usaba coimas; no había crímenes monstruosos alegados contra él. Parecía más bien que su originalidad estaba en sus manos limpias e impecable pasado: esto, y su magnética personalidad. Era la suerte de figura que pertenece más bien a las edades de la caballería; una pura, limpia avasalladora estampa, como un niño radiante. Había tomado por sorpresa al electorado, levantándose de las amarillentas aguas del socialismo americano como una visión; de esas aguas tan fieramente frenadas de romper en inundación por la extraordinaria revolución agraria bajo los discípulos del doctor Hearst, una centuria atrás.
Esto había sido el fin de la plutocracia; las famosas leyes del ‘64 habían reventado algunas de las hediondas burbujas del tiempo; y las enmiendas del ‘64 y ‘67 les habían impedido formarse de nuevo en su fuerza anterior. Había sido la salvación de América indudablemente, aunque fuera una salvación desabrida y aun siniestra, y ahora de ese chato nivel socialista había surgido esa figura romántica, enteramente diversa de las que la precedieran... De modo que el senador había apuntado... Pero era demasiado enredado para Percy; y lo dejó estar.
Era un mundo reventador, pensó, volviendo la vista hacia su patria. Todo parecía tan desalentador e inefectivo. Trató de no acordarse de sus cofrades en el sacerdocio; pero, por la centésima vez, no pudo dejar de pensar que no eran los hombres para el momento. No es que él se antepusiera; al revés, se sentía a sí mismo incompetentísimo. ¿No lo había mostrado con el pobre Padre Francis y tantos otros que habían manoteado hacia él en las agonías de los últimos años? Incluso el

Arzobispo, santazo como era, con toda su fe de niño, ¿era el hombre para acaudillar a los ingleses y confundir a los enemigos? No había gigantes sobre la tierra en aquellos días. ¿Qué caráspita se podía hacer? Sepultó el rostro en sus manos

Sí, lo que hacía falta era una nueva orden religiosa; las antiguas habían sido puestas fuera de juego sin culpa de ellas. Hacía falta una orden sin hábitos ni tonsura, sin tradiciones ni “costumbres”, sin nada más que su entera y plenitudinaria dedicación, sin engreírse ni de sus más santos “privilegios”, sin una historia gloriosa de que poder hacer complaciente almohada. Debían ser guerrilleros de la armada de Cristo; como los jesuitas, pero sin su fatal reputación, que, de nuevo, no era culpa de ellos… Pero tenía que haber un Fundador; y ¿quién, por Jesucristo vivo? un Fundador *nudus sequens Christum nudum…* Sí, guerrilleros obispos, curas, laicos, mujeres con los tres votos, por supuesto, y una cláusula especial prohibiéndoles del todo y para siempre toda propiedad, incluso de bienes colectivos. Toda limosna recibida debía ser transmitida al Obispo de la diócesis, el que debería proveerlos de lo necesario a manutención y viajes… Oh ¿qué es lo que no podrían hacer? Se lanzó a un fantaseo.

De repente se recobró y se llamó botarate. ¿No era éste un proyecto más viejo que las colinas eternales, y más inocuo que ellas en la práctica? Bueno, había sido el sueño de todo hombre celoso desde el año primero de la era, que una tal orden surgiese… Era un botarate.

Empezó una vez más a repasar febrilmente todo el asunto. Seguramente esto era lo que hacía falta contra la masonería; y mujeres también. ¿Acaso planes tras planes no se habían hundido por haber sido olvidado el poder de las mujeres? Fue la falta de esto lo que hundió a Napoleón; se había confiado a Josefina, y Josefina le falló; desconfió de todas las demás: no tanto que no lo engañaran. En la Iglesia tampoco a las mujeres se les había dado parte activa, excepto en trabajos domésticos o de beneficencia ¿y no eran capaces las mujeres de otro trabajo? Bueno, era inútil cavilar en eso. Si el Papa *Angélicus* que ahora reinaba en Roma, no había caído en ello, ¿quién era un alocado y engreído clériguillo de Westminster para entro meterse?

Así que se dio un golpe de pecho otra vez, y tomó el breviario. Lo acabó en media hora sin dejar de cavilar, pero ahora era sobre el pobre Padre Francis. ¿Qué estará haciendo ahora; se habría sacado ya el alzacuello romano y la humilde librea de Cristo? Pobre diablo. ¿Y hasta dónde era él, Percy Franklin, responsable? “Estoy fatigado - se dijo - y me estoy ofuscando.”

En eso se oyó un golpecito a la puerta y el Padre Blackmore entró, en busca de su palique de antes de dormir; y Percy le contó lo acontecido…

Blackmore apartó su pipa y suspiró.

- Lo vi venir - dijo -. Paciencia.
- El hombre fue bastante honrado - explicó Percy -: hace como nueve meses que me dijo que estaba en dudas.
El Padre Blackmore chupó la pipa, pensativo.
- Padre Percy reflexionó -, las cosas se están poniendo realmente serias... La misma historia por todas partes. ¿Qué será lo que está viniendo?
Percy pausó antes de responder.
- Estas cosas vienen como las olas —dijo. - ¿Usted piensa así?
- ¿Y qué otra cosa?
El Padre Blackmore lo miró fijamente.
- Más bien asemeja una calma chicha, me parece - dijo -. ¿Vio usted alguna vez un tifón?
Percy meneó la cabeza.
- Bueno - siguió el otro -, lo más ominoso es la calma. El mar se pone como aceite; uno se siente medio muerto; no se puede hacer nada. Y entonces revienta la borrasca.
Percy se despabiló, interesado. Nunca había visto de ese humor al moreno canónigo.
- Antes de cada estallido viene esta calma, me parece verlo en la historia. Así fue antes de la guerra del Este; lo mismo, antes de la Revolución Francesa. Y el Protestantismo. Hay como un... hincharse aceitoso; hay un bochorno. Lo mismo aquí que en América, hace ya como cuarenta años... Padre Franklin - dijo con resolución -, creo que está por pasar algo.
- Siga - dijo Percy, inclinándose atento.
- Bueno, yo lo vi a Templeton una semana antes que muriera y él me metió esa idea en la cabeza... Fíjese, Padre. Puede ser que sea este asunto del Oriente que nos amenaza; pero no sé por qué me parece que no. Es en el campo religioso donde algo se prepara. Por lo menos, es mi impresión. Padre, por Cristo vivo, ¿quién es este Felsenburgh?
La brusca introducción del nombre sobresaltó a Percy, que se le quedó mirando un rato sin hablar.
Afuera, la noche cálida y quieta. Había una sorda vibración de vez en cuando desde la línea subterránea que corría a cincuenta metros de la casa; pero en torno a la catedral las callejas eran dormilonas. Una vez una bocina sonó a lo lejos, como si un pájaro de mal agüero pasara entre Londres y las estrellas; y otra vez un grito de mujer surgió agudo y triste del lado del río. Fuera de esta, no había más que el solemne zumbido bajo que no cesaba día y noche…
- Sí, este Felsenburgh - repitió Blackmore -. No puedo sacarme este nombre de la cabeza. Y, sin embargo, ¿qué sabemos de él? ¿Quién sabe nada?

Percy lamió sus labios para hablar y aspiró profundamente para calmar su palpitación. No sabía por qué estaba tan nervioso. Después de todo, ¿quién era el viejo Blackmore para turbarlo? Pero el viejo Blackmore continuó antes que él rompiera.
- ¡Mire cómo la gente está dejando la Iglesia! Los Wargraves, los Henderson, Sir James Bartley, Lady Magnier; y después todos esos sacerdotes... Ahora bien, no todos son ruines; ojalá lo fueran, sería más fácil hablar. ¡Pero James Bartley, el mes pasado! He aquí un hombre que gastó la mitad de su fortuna para la Iglesia, y dice que no se arrepiente ni aún ahora. Dice que tener religión es mejor que no tenerla; pero que, en cuanto a él, no puede creer más. Ahora bien, ¿qué significa todo esto?... Yo le digo que algo está al caer. ¡Dios sabe qué! No puedo quitarme a Felsenburgh de las mientes. Padre Franklin...
- ¿Qué?
- ¿Ha visto usted cuán pocos grandes hombres tenemos? No es como hace cincuenta años, qué digo, treinta años. Entonces estaba aquí Madison, Selborne, Sherbrook y otra media docena. Estaba Brightman como arzobispo; ¡y ahora! Y luego los comunistas, lo mismo. Braithwaite murió hace quince años, no se puede negar que fue un prócer o casi; pero él andaba siempre hablando del futuro; y ¡dígame qué gran hombre han tenido desde entonces! Y ahora sale este hombre nuevo, que nadie conoce, que surge en América hace pocos meses y ya está en la boca de todos. ¡Bueno va!
Percy frunció, el entrecejo.
- No sé si lo entiendo bien —dijo.
El anciano canónigo sacudió la pipa despaciosamente antes de proseguir.
- Esto, solamente - dijo, levantándose -. No puedo dejar de pensar que Felsenburgh está por hacer algo. Qué cosa, no sé; puede ser en pro o en contra de nosotros. Pero es un masón, no olvidemos... Bueno, bueno: soy un viejo loco. Buenas noches.
- Un momento, Padre - dijo Percy, lentamente -. ¿Quiere usted decir?... ¡Santo Dios! ¿Qué quiere usted decir? - y calló, clavando los ojos en el otro.
El otro le volvió el vistazo desde sus dejas hirsutas. Le pareció a Percy que él también abrigaba un susto adentro, a despecho de su charla; pero él no añadió una palabra.
Percy permaneció perfectamente inmóvil un momento cuando la puerta se cerró. Después cruzó a su reclinatorio.

# CAPÍTULO TERCERO

## I

La señora Brand y Mabel estaban sentadas en una ventana del Nuevo Almirantazgo para ver a Oliver decir su discurso en el cincuentenario de la sanción de la Reforma de la Ley de Pobres.

Era una vista grandiosa, en esta clara mañana de junio, ver las turbas congregándose en torno a la estatua de Braithwaite. Este político, muerto quince años antes, estaba representado en su conocida actitud, los brazos al nivel de la cintura, extendidos; alta la testa y un pie ligeramente adelante; y hoy estaba adornado con sus insignias masónicas, como se venía haciendo ya costumbre. Fue él quien comunicó inmenso ímpetu a este movimiento secreto al declarar en la Cámara que la llave del futuro progreso y hermandad de las naciones estaba en las manos de la Orden. Solamente por medio de ella, la falsa unidad de la Cristiandad con su imaginaria fraternidad espiritual podría ser contrarrestada. San Pablo había estado bien, declaró, en su deseo de abatir los muros medianeros entre las naciones; y mal solamente en su deificación de Jesucristo. Éste había sido el exordio de su arenga sobre la Ley de Pobres, señalando la verdadera caridad que existía entre los masones, aparte de todo motivo religioso, y aludiendo a sus famosas obras benéficas en el Continente; y en el entusiasmo del éxito de su ley, la Orden salió después ganando una gran adhesión de miembros.

La anciana señora Brand estaba hoy en un buen día, y miraba con crecido afán la enorme muchedumbre congregada para oír hablar a su hijo. Una plataforma había sido montada en torno de la estatua, a tal altura que el estadista parecía ser uno de los oradores, una cabeza encima de las otras; y esta plataforma estaba colgada con rosas, coronada por un altoparlante y munida de una mesa y un sillón.

La entera plaza estaba empedrada de cabezas y sonante de voces, los murmullos de miles de gargantas sobrepasados de vez en cuando por el clangor de los bronces y el tronar de los tambores al llegar las diversas sociedades benéficas y sindicatos democráticos del norte, sud, este y oeste, y al converger sus masas hacia el espacio acordonado donde en torno de la plataforma tenían sus lugares reservados. Las ventanas, de todos los lados estaban repletas de rostros; altas tarimas se habían erigido contra el frente de la Galería Nacional y la iglesia de San Martín, jardines de color detrás de las impasibles estatuas; que miraban adentro desde todo el circuito, desde Braithwaite al centro, pasando por los Victorianos - John Davidson, John Burns, Fox y los demás - hasta la de Hampden y de Monfort al norte. La antigua columna con sus leones, había desaparecido. Nelson no había resultado auspicioso para la nueva "*Entente Cordiale*", ni los leoncitos al arte nuevo; y en su lugar se

extendía un pavimento vacío, roto por altas graderías que conducían al Museo. Encima de los techales corrían largos frisos de cabezas amontonadas contra el azul cielo de estío. No menos de cien mil oyentes, como calculaban los vespertinos, se habían amontonado al alcance de la vista y del oído, en torno del tablado a eso de las doce.
Al empezar las campanas a dar la hora, dos figuras aparecieron tras de la estatua y avanzaron; y en un instante el vasto murmullo se transformó en aplausos.
El viejo Lord Pemberton venía primero, un espigado señor de pelo gris, cuyo padre había actuado eficazmente en la denuncia de la Cámara Alta a la cual pertenecía, en ocasión de su cierre, sesenta años hacía; y su hijo le había sucedido con honor. Este hombre era actualmente miembro del Gobierno por Manchester, sección 3ª; y debía hacer de Presidente en este solemne acto. Detrás de él venía Oliver, atildado y descubierto; y aun desde aquella distancia, su madre y su mujer notaron su ágil porte y la súbita sonrisa y cabeceo al emerger su nombre del ventarrón de voces que rodeaba el tablado. Lord Pemberton se adelantó, e hizo una señal alzando la diestra; y al momento cesó el ya ralo aplauso bajo el súbito rodar de los tambores que preludiaban el Himno Masónico.
Sin duda estos londinenses podían cantar. Fue como si la voz de un gigante asumiera la lenta melodía, alzándose en entusiasmo hasta que la música de las bandas quedó detrás, como una bandera detrás de su asta. El himno había sido compuesto diez años atrás, y era ya familiar a Inglaterra entera. La señora Brand alzó maquinalmente a sus cansados ojos el programa impreso, y leyó los versos que conocía tan bien.
El Señor que habita tierra y mar…
Recorrió las estrofas que, expresando una concepción humanitarista, habían sido compuestas a la vez con emoción y con ingenio. Tenían un tono religioso; podían ser cantadas incluso por los Cristianos no muy quisquillosos - por los Protestantes, desde luego -; mas su sentido era obvio: el viejo Credo humano de que el hombre lo era todo. Incluso Cristo estaba medio citado en el verso *“De mi Reino, que es reino interior”.* El reino de Dios era el corazón humano, y la mayor de las gracias era el Amor.
Miró de reojo a Mabel, y vio que la niña estaba cantando con toda su alma, fijos los ojos en la silueta de su marido, cien metros más allá, en una especie de arrebato. Así, la madre, ella también, comenzó a mover los labios al unísono del vasto volumen de voces.
Al cesar el himno, y antes de que los aplausos recomenzaran, el viejo Pemberton estaba de pie en el borde mismo del tablado, y su vocecita metálica flauteaba dos o tres frases a través del borbollar del chorro de las fuentes. Después retrocedió, y Oliver ocupó el estrado.

Les quedaba muy lejos a las dos para oír lo que decía, pero Mabel deslizó un papel, sonriendo trémula, en las manos de la vieja dama, y ella se inclinó para escuchar.
Mrs. Brand lo miró, sabiendo que era un resumen de la arenga de su hijo; y sabiendo que ella no iba a pillar una palabra. Primero venía el exordio congratulatorio a todos los allí presentes, para honrar al gran hombre que presidía desde su pedestal el recuerdo del gran aniversario. Luego, una vista retrospectiva y un parangón del viejo estado de Inglaterra con el actual. Cincuenta años antes, dijo el orador, la pobreza era todavía una desgracia; ahora ya no. La desgracia o el mérito estaban en las causas que acarreaban la pobreza, no en ella misma. ¿Quién no va a honrar a un hombre gastado en el servicio del país o atropellado por circunstancias que no está en su mano dominar?...
Enumeró las reformas sancionadas, un día como hoy, medio siglo hacía, con las cuales la nación una vez por todas había proclamado el honor de la pobreza meritoria y la simpatía humana hacia el infortunado.
Efectivamente, él les había dicho a ambas, el día antes, que iba a cantar la loa de la Pobreza Digna, y que suponía que esto, junto con dos o tres períodos acerca de la Reforma Carcelaria, formaría la mitad de su discurso.
La segunda parte era un panegírico de Braithwaite, considerado como el precursor de un movimiento que ahora no hacía sino iniciarse.
La viejita se reclinó en su sillón y miró en torno.
El balcón donde estaban había sido reservado para ellas; dos sillones lo llenaban por entero, pero justo detrás había mucha gente, de pie, religiosamente callada ahora, tendida hacia atrás, observando con labios entreabiertos; un par de mujeres con un vejestorio, justo detrás; y otros muchos más atrás todavía. Su intensa atención avergonzó de su distracción a la dama, que recogió la vista resueltamente hacia el estrado.
¡Oh, ya estaba elaborando el panegírico! La tenue silueta estaba en el fondo, a un metro de la estatua, y en el momento de mirarlo ella, se alzó su mano y giró su cuerpo señalándola, y una ola de aplausos ahogó por un instante la voz lejana y nítida. Entonces se adelantó de nuevo, como agazapándose - era un actor nato - y un remolino de risas corrió en círculos con céntricos por la turba. Oyó un siseante anhélito detrás de su sillón y un grito de Mabel al mismo tiempo... ¿Qué era aquello?
Había sonado un estampido seco, y la tenue silueta gesticulante se tambaleó hacia atrás. El viejo de la mesa dio un brinco; y simultáneamente una violenta conmoción burbujeó y se hinchó, como la marea en torno a una roca, en un punto de la masa inmediatamente fuera del corralito de las bandas, y directamente opuesto al frente del estrado.

La señora Brand, ofuscada y espantada, se encontró de pie agarrando la baranda, mientras la joven la sostenía, gritando algo que no se entendía. Un rugido inmenso llenó la plaza y las cabezas oscilaron hacia allí, como espigas bajo una ráfaga. Entonces Oliver estuvo de nuevo al frente, señalando y vociferando, sin que ella entendiese sus gestos; y ella se desplomó en la silla, bullendo la sangre en sus venas y con el corazón dando golpes enloquecidos en su garganta.
- Querida, querida, ¿qué hay? - sollozó.
Pero Mabel estaba erguida, clavados los ojos en su marido; y exclamaciones, preguntas, voces rotas, órdenes y protestas se hicieron audibles, incluso por encima del rugiente tu multo de la plaza. Un mensajero se abría paso a codazos, en la balconada, gritando: "¡Señora de Brand, señora de Brand!".

## II

Oliver les hizo la explicación de todo el asunto esa misma tarde, en su casa, recostado en su sillón, con un brazo vendado y en cabestrillo.
Ellas no habían podido llegar a él a tiempo; la convulsión en la plaza era feroz; pero un mensajero había llegado a su mujer con el aviso de que el orador estaba sólo levemente herido y en manos de los médicos.
- Fue un católico - explicó el cabizcaído Oliver -. Debe haber venido dispuesto a todo, porque su pistola estaba en carga completa. Bueno, esta vez no hubo tiempo para un cura.
Mabel asintió gravemente: había leído la suerte del hombre en los tableros.
- Fue muerto… estrangulado y aplastado al instante - continuó Oliver -. Yo hice lo que pude: ustedes me vieron. Pero… bueno, me atrevo a decir: mejor para él.
- ¿Pero tú hiciste lo que pudiste, verdad, querido? - dijo la anciana ansiosamente desde su rincón.
- Yo les grité, madre; pero no quisieron oír.
Mabel se inclinó hacia él.
- Oliver, sé que esto sonará a bobada; pero… yo hubiera preferido que no lo mataran.
Oliver le sonrió. Conocía ese rasgo tierno.
- Hubiera sido más perfecto que no lo mataran - repitió ella. Cortó la frase y se sentó.
- ¿Y por qué disparó justo entonces? - dijo.
Oliver volvió los ojos hacia su madre, que estaba tejiendo tranquilamente.
Entonces contestó con una curiosa deliberación
- Yo dije que Braithwaite había hecho más por los pobres con un discurso, que Jesucristo y todos sus santos juntos.

Notó que las agujas de tejer pararon un punto, y después reanudaron de nuevo.

- Pero él lo hubiera hecho de cualquier modo - añadió Oliver.

- ¿Cómo saben que era un católico? - preguntó la joven.

Llevaba un rosario; y tuvo tiempo justo para invocar a su Dios.

- ¿Y nada más se sabe?

- Nada más. Estaba bien vestido.

Oliver se recostó fatigado y cerró los ojos; su brazo le dolía intolerablemente. Pero se sentía feliz en el fondo. Cierto que había sido lastimado por un fanático, pero no deploraba padecer dolor por una tal causa, y era patente que la simpatía de toda Inglaterra estaba con él. Mister Phillips estaba ocupado en el escritorio, contestando los telegramas que afluían a cada momento. Caldecot el Primer Ministro, Maxwell, Snowford y una docena de personalidades habían radiogramado sus congratulaciones, y de cada rincón de Inglaterra llovían mensajes sobre mensajes. Era un tanto inmenso a favor de los comunistas; su locutor había sido agredido cuando cumplía con su deber, exponiendo sus principios; era una ventaja incalculable para ellos y un revés para los individualistas, que los mártires no estaban siempre de un solo lado, después de todo. Los enormes tableros indicadores de todo Londres habían propalado los hechos, ya cuando Oliver regresaba en el tren del atardecer.

«Oliver Brand herido… El agresor, un católico… Indignación del país… Merecidísimo castigo del asesino…»

Estaba complacido, también, de haber hecho lo posible para salvar al tipo. Aún en ese momento de repentino y agudo dolor, había clamado por un castigo legal; pero fue demasiado tarde. Había visto los ojos saltados girar en el rostro amoratado y pasar y volver la horrible mueca de agonía al apretar y retorcer su garganta las manos vengadoras. Luego la cara había desaparecido y un horrendo pisoteo comenzó donde había caído. ¡Oh, había todavía lealtad y pasión en la vieja Inglaterra!

Su madre se levantó entonces y salió, sin una palabra; y Mabel se volvió hacia él, poniendo una mano sobre su rodilla.

- ¿Estás muy cansado de hablar, querido?

Él abrió los ojos.

- Pero no, tesoro; ¿qué quieres?

- ¿Qué crees será la consecuencia?

Se incorporó un poco oteando a lo lejos, según su costumbre, la asombrosa vista a través de los oscurecidos ventanales. Por todas partes resplandecían luces, un mar de meladas lunas sobre las casas, y encima el misterioso azul oscuro de una tarde estival.

- ¿Consecuencia? - dijo -. No puede ser sino óptima. Era tiempo de que sucediera algo, querida - continuó -. Yo me sentía abatido a veces, lo

sabes. Pues bien, no creo que me ocurra más. He temido a veces que estuviéramos perdiendo espíritu, y que tenían algo de razón los viejos Torys cuando profetizaban la decadencia del Comunismo. Pero después de esto…
- ¿Qué?
- Bien, hemos mostrado que también sabemos dar nuestra sangre. Y ha sucedido justo en la coyuntura, en el momento de la crisis. Ha sido una suerte fenomenal. No quiero exagerar; es sólo un arañazo… pero fue tan calculado y tan… tan teatral. El pobre diablo no pudo haber escogido peor momento. El pueblo no va olvidar…
Los ojos de Mabel brillaron de placer.
- ¡Pobrecito mío! - dijo -. ¿Te duele mucho?
- No tanto. Además, ¡Cristo!, ¿qué importa eso? ¡Si solamente este infernal asunto del Oriente se terminara!
Conoció que estaba febril e irritable, y trató de calmarse con un esfuerzo.
- Oh, querida prosiguió, un poco encendido -. ¡Si no fuesen tan condenados burros!… Porque ellos no entienden, no, no entienden…
- ¿Qué cosa, Oliver?
- No entienden qué cosa estupenda es todo esto: Humanidad, Paz, Vida, Verdad por fin; ¡y el fin de la Locura! Pero, ¿no se lo he dicho yo mil veces?
Ella lo miró amorosamente. Le gustaba verlo así, su rostro abierto y encendido, el entusiasmo en sus ojos zarcos; y el acordarse de su dolor encendió en pasión su sentimiento. Se agachó y lo besó con efusión.
- Querido, estoy ufana de ti, Oliver mío.
Él no respondió; pero ella veía lo que amaba, la respuesta silenciosa a su corazón; y así quedaron en silencio, mientras el firmamento se ennegrecía y el tecleo de la máquina en el cuarto contiguo les decía que el mundo estaba vivo, y que ellos dos tenían participación en su marcha.
Oliver bulló de golpe.
- ¿Has notado algo hace un momento, corazón, cuando dije eso de Jesucristo?
- Ella dejó de tejer un momento, - dijo la joven.
Él asintió con la barbilla.
- Entonces también tú lo has visto… Mabel, ¿crees que está volviendo atrás?
- Oh, está envejeciendo - dijo ella con ligereza -. Por supuesto que está atrasada un poco.
- Pero tú crees que… Oh, sería un desastre.
Ella negó con la cabeza.
- No, no, querido; estás rendido y nervioso. No es más que un poco de sensiblería. Oliver, yo no creo que debas decir cosas así delante de ella.

- Pero si hoy día ella las oye por todas partes.
- No lo creas. Recuerda que casi nunca sale. Además, las huye. Después de todo, ha sido criada en el catolicismo.
Oliver asintió y se recostó de nuevo, mirando soñadoramente afuera.
- ¡Hay que ver cómo la sugestión perdura! No puede quitársela de la cabeza ni en cincuenta años. Bueno, vigílala, ¿quieres? Y de paso…
- ¿Qué?
- Hay algunas noticias más de Oriente. Dicen que Felsenburgh está manejándolo todo ahora. El imperio lo está mandando a todos lados - Tobolsk, Benarés, Irkutsk - por todo; y ha estado en Australia.
Mabel se incorporó vivamente. - ¿No es una gran esperanza?
- Creo que sí. Es cierto que los Sufíes están ganando, pero por cuánto tiempo, no sabemos. Entretanto, las tropas no se dispersan.
- ¿Y Europa?
- Europa se está armando a toda prisa. Me han dicho que las Potencias se reúnen la semana que viene en París... - Pausó un instante -. Yo tengo que ir.
- ¿Y tu brazo, querido?
- Para entonces estará bien. Y en todo caso, él tiene que ir conmigo.
- Cuéntame más.
- No hay más. Pero es meridianamente cierto que esta es la crisis. Si el Oriente puede ser persuadido a quedarse quieto, probablemente se aquietará para siempre. Eso quiere decir librecambio en todo el mundo, abundancia de productos y todo lo demás. Pero si no…
- ¿Qué?
- Si no, se viene una catástrofe como jamás ha sido ni siquiera imaginada. Todo el género humano en guerra, y el Oriente o bien el Occidente, uno de los dos, barrido. Las nuevas bombas Hartstein se encargarán de eso.
- Pero, ¿es seguro que las tiene también el Oriente?
- Más que seguro. Hartstein las vendió simultáneamente a las dos partes; después murió... por fortuna para él. Pero no has de afligirte, querida.
Mabel había oído ya esta clase de predicciones, pero su imaginación simplemente rehusaba encajarlas. Un duelo de Oriente y Occidente en esas nuevas condiciones era una cosa impensable, no había habido guerra en Europa desde ella nacida, y las guerras de la pasada centuria se habían librado en otras condiciones. Ahora, si los díceres eran ciertos, urbes enteras podían ser barridas con una sola bomba. Las nuevas condiciones eran incalculables. Los técnicos militares predecían enormidades, contradiciéndose unos a otros en puntos vitales; la entera conducción de la guerra era cosa de teoría; no había precedentes con qué compararla. Era como si arcabuceros discutiesen los efectos del trotyl. Sólo una cosa era cierta... Que Oriente tenía armamento

modernísimo, y en cuanto a población militar, el doble del resto del mundo junto; y la conclusión que fluía de estas dos premisas, no era halagüeña para Europa.
Pero la imaginación se negaba a marchar, simplemente. Los diarios traían un editorial corto y cauteloso cada día, comentando los requechos de noticias que se filtraban de las conferencias en la otra parte del mundo; el nombre de Felsenburgh aparecía más frecuentemente que nunca; y por lo demás, parecía hubiese una especie de ocultamiento. Nada estaba demasiado afectado: el comercio proseguía, los valores bolsísticos europeos no estaban muy bajos, los hombres todavía construían, se casaban, criaban hijos e hijas, se ocupaban de sus negocios e iban al cine, por la simple razón de que no había nada más que hacer. Algunos de vez en cuando se volvían locos - algunos que conseguían enarbolar su imaginación a una altura donde un vislumbre de la realidad podía ser captado -; y reinaba un clima difuso de sobretensión. Pero esto era todo. No se hacían muchos discursos sobre el tema; de arriba los juzgaban desaconsejables. Al fin y al cabo, no había nada que hacer sino aguardar.

## III

Mabel recordó la recomendación de vigilar, y por unos días hizo cuanto pudo: mas no había nada alarmante. La viejita andaba un poco baja, quizá, pero seguía con sus asuntitos como de costumbre. A veces le pedía a la joven le leyera, y escuchaba imperturbable cualquier materia que le ofrecían; atendía la cocina cotidianamente, trataba de variar los manjares, y se mostraba interesada en todo cuanto a su hijo concernía. Ella le hizo la valija con sus propias manos, sacó su gabán de pieles para el vuelo ultrarrápido a París, y lo saludó desde la ventana al bajar él el senderito hacia el Enlace. Iba a estar fuera tres días, les dijo.
Fue en la tarde del segundo día cuando se sintió mal; y Mabel, corriendo arriba al aviso del sirviente, la encontró en su sillón un poco encendida y agitada.
- No es nada, querida - dijo la viejita con voz cascada; y añadió la descripción vaga de algunos síntomas.
Mabel la puso en cama, llamó al médico y se sentó al lado. Tenía un sincero afecto a la provecta dama, cuya presencia en la casa le producía una especie de tranquilo agrado. Su efecto sobre sus nervios era como el de una hamaca para el cuerpo. Era tan tranquilita y humana, tan dedicada a sus cositas, tan memoriosa de tiempo en tiempo de los lejanos días de su juventud, tan desprovista de toda clase de susceptibilidad o terquería... Era curiosamente patético para la muchacha observar ese sereno espíritu acercándose a su extinción, o mejor, como Mabel creía, a la pérdida de su personalidad, en la reabsorción por el Espíritu de la Vida que permeaba el mundo... Ella

sentía menos dificultad en imaginar el fin de un alma vigorosa, que ella concebía como el escape de una fuerza ferviente otra vez al origen de las cosas; pero en esta viejita modosita había tan poca fibra; el punto clave, por decirlo así, estaba en la delicada estructura de su personalidad, compuesta de cosas baladíes pero mucho menos fútil en su fina fusión que la simple suma de las partes: la muerte de una flor, pensó Mabel, es más triste que la muerte de un león; el quebrarse de una figulina, mucho más irreparable que el derrumbe de un palacio.
- Es un síncope - dijo el doctor al marcharse -. Puede morir en cualquier momento; y puede vivir diez años.
- ¿No hay necesidad de telegrafiar al hijo?
El doctor hizo una pequeña moción de súplica con la mano.
- ¿No es seguro que vaya a morir… no es inminente?
- No, no; puede vivir diez años, como digo.
Hizo unas observaciones sobre eL uso del inhalador de oxígeno; y salió.
La anciana estaba muy quieta en su lecho cuando la joven volvió y le tomó la arrugada mano.
- ¿Y bien, querida? - preguntó.
- No es más que un poco de decaimiento, madre. Debes quedarte muy quieta y no hacer nada. ¿Quieres que lea?
- No, querida; quiero pensar un poco.
No entraba en la idea del deber de Mabel el decirle que estaba en peligro, porque no había vida pasada que enderezar ni Juez que afrontar. La muerte era un final, no un comienzo. Era el suyo un evangelio tranquilizador; por lo menos cuando no había ya nada más que hacer.
Así la joven descendió de nuevo, con un poquitín de ansia en su corazón, que rehusaba aquietarse.
Qué cosa espléndida y misteriosa era la muerte - se dijo -, esta resolución de una cuerda que había estado templada por treinta o cincuenta o setenta años: otra vez al silencio del inmenso órgano que era el Todo en sí mismo. Las mismas notas serían tañidas de nuevo, de hecho estaban siendo tañidas de nuevo ahora mismo en todo el globo, aunque con una infinita delicadeza de variedad en el toque; pero este particular acorde había cesado; era demente fantasear que iba a estar resonando eternamente en otro mundo, porque el “otro mundo” era contradictorio; porque el “mundo” era todo. Así ella también cesaría un día; y ya que así ha de ser, procuremos que entretanto el acorde sea amable y puro.
Mister Phillips llegó la mañana siguiente al tiempo acostumbrado, justo cuando Mabel había dejado la alcoba de la anciana; y pidió noticias de ella.
- Está un poco mejor, parece - suspiró Mabel -. Necesita completa quietud todo el tiempo.

El secretario se inclinó, y se encaminó al cuarto de Oliver, donde unos papeles aguardaban despacho.
Un par de horas después, al subir Mabel de nuevo, se topó con Mr. Phillips que bajaba. Parecía un poco encendido bajo su piel cetrina.
- La señora me mandó llamar - explicó -. Quería saber si el señor Oliver estaría de vuelta hoy.
- Estará, ¿no? ¿Qué ha oído usted?
- El señor Brand dijo que llegaría a cenar tarde. Llegará a Londres a las diecinueve.
- ¿Hay más noticias? El apretó los labios.
- Rumores - dijo - El señor Brand me radiofonó hace un momento. Parecía atónito de algo -; y Mabel lo miró con sorpresa.
- ¿Noticias del Oriente? - preguntó.
- No se ofenda, señora - respondió el secretario -. No estoy en libertad de hablar.
Ella no se sintió, porque confiaba demasiado en su esposo; pero entró en la alcoba de la enferma toda palpitante.
La ancianita también parecía agitada. Yacía sobre los almohadones, con dos netas rosas en sus pálidos pómulos, y apenas sonrió al saludo de su nuera.
- ¿Así que de palique con Mister Phillips, eh? - dijo.
La viejita se le quedó mirando un instante, pero no contestó nada.
- No te agites, madrecita - continuó Mabel -. Oliver estará de regreso esta noche.
La anciana dio un largo suspiro.
- No te preocupes por mí, querida - dijo lentamente -. Yo me arreglo bien. Cuanto menos te molestes, mejor. El va a llegar para la cena, ¿verdad?
- Si el volador no se retrasa. Bien, madre, ¿quieres el desayuno?
Mabel pasó una tarde de considerable desasosiego. Era patente que algo había sucedido. El secretario, que desayunó con ella en el vestíbulo que miraba al jardín, aparecía extrañamente nervioso. Le anunció que iba a estar fuera todo el resto del día; Mr. Oliver le había dado instrucciones. Se había abstenido de tocar la cuestión de Oriente, y no le había comunicado nada de la Convención de París; solamente repetía que el señor iba a estar de vuelta esta noche. Después había salido medio corriendo media hora más tarde.
La enferma parecía dormir cuando Mabel se asomó de nuevo; y no quiso disturbarla. Tampoco le pareció bien salir de casa, y así se puso a pasear sola en el jardín, pensando y esperando… y temiendo; hasta que las sombras se alargaron sobre los senderos y la vasta quebrada de los techos comenzó a difumarse en el polvo de oro del poniente.

Cuando entró, recogió el vespertino; pero no traía noticia ninguna, salvo la de que la Convención se cerraba esa tarde. Como si ella no lo supiera.
Sonaron las veinte y no había noticias de Oliver. El volador de París debía haber atracado una hora antes; pero Mabel, con los ojos clavados en el oscurecer, había visto las estrellas salir coma gemas de a una y de a miles; pero ningún delgado pez con alas pasar allá arriba.
Claro que ella podía haberse distraído; y no había que contar con la regularidad de su ruta; pero habiéndolo visto ella antes sin proponérselo cien veces, se preguntaba irrazonablemente por qué no ahora. No quiso sentarse a la mesa y paseó sin cesar en su bata blanca, asomándose una y otra vez al ventanal, escuchando el suave siseo de los trenes, las apagadas bocinas de la línea y las musicales cuerdas del Enlace un kilómetro más allá. Las luces estaban ya encendidas y el vasto valle de los pueblos parecía una comarca encantada entre la cruda luz terrestre y la tenue claridad del cielo. ¿Por qué no venía Oliver, o le hacía saber por qué no venía?
Otra vez subió al piso, lamentablemente inquieta, a tranquilizar a la enferma; y la encontró de nuevo muy decaída.
- No ha llegado - le dijo -; apostaría que tiene que quedarse en París.
El viejo rostro hundido en el almohadón asintió y balbuceó; y Mabel salió de puntillas. Más de una hora estaba ya en retraso la cena.
Oh, había quién sabe cuántas causas que pudieron detenerlo. Muchas veces se había retardado más que hoy.
Podía haber perdido el volador que pensaba tomar; la Convención podía haberse prolongado; podía estar agotado y haber decidido hacer noche en París, y olvidado de avisar. Podía incluso quizá haber avisado a Mister Phillips y el secretario cara de palo haber olvidado el mensaje.
Fue finalmente sin esperanzas hacia el teléfono y comenzó a mirar su hocico redondo silencioso y el círculo de fichas etiquetadas. Estaba medio por oprimirlas una a una y preguntar a todas partes si sabían algo: a su club, su cabina en Whitechapel, a la casa de Mr. Phillips, al Parlamento y el resto. Pero vacilaba, mandándose a sí misma tener paciencia. Oliver odiaba las interferencias; y no podía tardar en acordarse de ella y remediar su inquietud.
Entonces, cuando iba a irse sonó estridente un timbre y una ficha blanca se iluminó: WHITECHAPEL.
Apretó el botón correspondiente y temblándole la mano que casi no podía llevar el receptor al oído, escuchó.
- ¿Quién habla allí?
Le brincó el corazón al sonido de la voz amada, tenue y aguda a través del alambre.
- Yo… Mabel - sollozó -. Sola.
- Oh, amor mío. Estoy de vuelta. Todo bien. Ahora escucha. ¿Oyes bien?

- Sí, sí.
- Ha sucedido lo mejor. ¡Oh, Mabel! Todo arreglado en Oriente. Felsenburgh lo ha hecho. Ahora escucha. No puedo volver a casa esta noche. Dentro de dos horas será anunciado en la Casa de Pablo. Estamos comunicándonos con la prensa. Ven aquí de inmediato. Debes estar presente. ¿Me oyes?
- Oh, sí.
- Ven en seguida. Va a ser la cosa más grande en toda la historia. No hables a nadie. Ven antes que comience la aglomeración. Dentro de media hora se va a embotellar el tráfico.
- ¡Oliver!
- ¿Qué hay? ¡Rápido!
- Madre está mal. ¿Debo dejarla?
- ¿Cómo mal?
- Oh, sin peligro inmediato. El doctor la ha visto.
Hubo silencio por un momento.
- Si. Ven, pues. Volveremos esta misma noche, de todos modos. Dile que vamos a llegar tarde.
- Entendido.
- ... Sí, tienes que venir. Estará Felsenburgh.

## CAPÍTULO CUARTO

### I

Ese mismo atardecer Percy recibió a un desconocido.
No había nada excepcional en él; y Percy, al salir en su traje de calle y verlo en la luz del locutorio vidriado, no pudo decirse nada. No parecía un católico.
- ¿Me busca usted? - dijo el sacerdote -. Siento decirle que estoy de prisa.
- No lo voy a detener mucho - dijo el hombre ansiosamente -. Es asunto de cinco minutos.
Percy aguardó con los ojos bajos.
- Una... cierta persona me envía a usted. Fue católica otrora; quiere retornar a la Iglesia.
Percy levantó la cabeza. Era un mensaje no frecuente esos días.
- ¿Vendrá usted, señor, no? ¿Me lo promete?
El hombre parecía grandemente conmovido. Su faz amarillenta relucía un poco de sudor y sus ojos suplicaban.
- Claro que iré - dijo Percy con una sonrisa.
- Gracias, señor; pero usted no sabe quién es ella. Va a haber un escándalo, señor, si se llega a saber. No se debe saber. ¿Me promete usted también esto?

- Yo no debo hacer promesas de ese tipo - dijo el cura amablemente -. No conozco aún las circunstancias.
El extraño mojó sus labios nerviosamente.
- Bueno, señor - dijo rápidamente -. Pero no cuente nada hasta que la haya visto. ¿Me puede prometer eso?
- Eso sí - dijo el cura, intrigado.
- Bien, señor, mejor que no le diga mi nombre. Va a ser mejor para los dos. Y…y… escúcheme, señor: la dama está grave; debe ir hoy mismo, si le parece, pero no antes de la noche. ¿A las veintidós le vendría bien?
- ¿Dónde está? - preguntó Percy secamente.
- Está… está cerca del Enlace de Croydon. En seguida le voy a escribir la dirección. ¿Y no va a ir antes de las veintidós en punto, señor?
- ¿Por qué no?
- Porque… a causa de los otros, señor. A esa hora, van a estar fuera. Eso lo sé.
Era un poco sospechoso, pensó Percy: Emboscadas infames habían tenido lugar a veces. Pero creyó que no podía rehusar de plano.
- ¿Y por qué no manda ella a llamar a su párroco? - interrogó.
- Ella…, ella no sabe quién es, señor padre. Ella lo vio a usted una vez en la Catedral, señor, y le preguntó su nombre… ¿No recuerda? Una viejecita…
Una vaga reminiscencia de hacía un mes o dos pasó a Percy por las mientes, pero no la ubicó; y movió la cabeza.
- Bien, señor padre. ¿Usted vendrá, no?
- Debo comunicarlo al padre Dolan - dijo el cura -. Si él me autoriza…
- Perdóneme, señor, el padre… el padre Dolan no debe conocer su nombre. ¿Me lo promete?
- Yo mismo no lo conozco todavía - dijo Percy, sonriendo.
El visitante se recostó abruptamente y su rostro se inmutó.
- Bueno, déjeme decirle primero esto. El hijo de la señora es mi patrón y un comunista muy prominente. Ella vive con él y su esposa. Estos dos van a estar fuera esta noche. Por eso le estoy pidiendo todo esto. Y ahora ¿me promete, señor?
Percy lo miró fijamente por unos momentos. Realmente, si era una conspiración, los conspiradores no eran muy formidables. Entonces se resolvió:
- Bien, iré. Se lo prometo. Ahora, el nombre.
El visitante humedeció de nuevo sus labios y miró nerviosamente a un lado y otro. Después pareció recoger sus fuerzas: se inclinó hacia adelante y susurró escuetamente:
- El nombre de la señora es Brand, señor: la madre de Oliver Brand.
Por un momento Percy quedó desazonado. Era demasiado extraordinario para ser verdad. Conocía demasiado el nombre de Oliver Brand: era él quien, permitiéndolo Dios, había hecho en los últimos

años más perjuicios a la Iglesia de Inglaterra que hombre viviente; y era él a quien el atentado de Plaza Trafalgar había levantado a tan ruidosa popularidad. Y ahora, su madre misma... Se volvió fieramente hacia el hombre.
- Yo no sé quién es usted, señor; si cree en Dios o no; pero ¿me jura usted por la religión que tenga, y por su honor, que todo esto es verdad?
Los ojos tímidos encontraron los suyos y vacilaron; pero era la vacilación de la timidez, no de la traición.
- Lo juro, señor; por Dios se lo juro.
- ¿Es usted católico?
El hombre meneó la cabeza.
- Pero creo en Dios - dijo -. Al menos, así me parece.
Percy se recostó, tratando de encajar todo lo que eso implicaba. No había triunfo en su mente - ese género de emoción no era su flaco -; había una especie de espanto, excitación, ofuscamiento y por debajo la satisfacción de que la gracia de Dios fuese tan soberana...Si ella podía llegar hasta esa mujer ¿quién podía estar tan lejos dé ella que no lo alcanzara? Entonces notó que el otro lo miraba ansioso.
- ¿Tiene miedo, señor padre? ¿Va a recular de su promesa?
Esto dispersó la nube, y Percy rió.
- Miedo, no - dijo -. Estaré allí a las diez de la noche. ¿Es inminente la muerte?
- No, señor; tuvo un síncope. Se recobró un poquitín esta mañana.
El cura se pasó las manos por los ojos y se levantó.
- Bueno, voy a estar allí. ¿Usted estará?
El otro negó con la cabeza, levantándose también.
- Yo tengo que estar con Mister Brand, señor; hay una asamblea esta noche; pero no debo decir nada sobre eso... No, señor: usted pregunte por la señora Brand y diga que ella lo espera. Lo llevarán arriba al instante.
- ¿No debo decir que soy un sacerdote; supongo?
- No, señor; hágame ese favor. . .
Sacó una libreta, garabateó un momento, arrancó la hoja y la pasó al clérigo.
- La dirección... ¿Quiere hacerme el favor de destruirla cuando la haya copiado? Yo... yo, pudiendo evitarlo, no quisiera perder mi empleo.
Percy estuvo arrugando el papel entre sus dedos: un minuto.
- Y usted, ¿por qué no es católico? - preguntó.
El otro hizo un gesto ambiguo con la cabeza, tomó el sombrero, y salió.
Percy pasó unas horas emocionadas.
Los últimos tiempos nada o muy poco había ocurrido como para animarlo. Había tenido que anunciar no pocas apostasías y raramente una conversión de cuenta. No había duda que la correntada iba fuerte

contra la Iglesia El acto demente de la Plaza Trafalgar, además, había hecho la otra semana incalculable daño; la gente decía cada vez más, y los diarios despotricaban, que el apoyo de la Iglesia en lo sobrenatural era desmentido por cada una de sus acciones. “Raspad un católico y encontraréis un asesino” había sido el título de un editorial de *El Pueblo*; y Percy mismo estaba desolado de la estupidez del atentado. En vano el Arzobispado había repudiado públicamente, tanto el acto como su motivo, desde el púlpito de la Catedral; esto, para peor, había dado asidero, rápidamente aprovechado por los principales diarios, para rememorar la continua política de la Iglesia de tirar la piedra y esconder la mano, de usufructuar la violencia condenando de palabra al violento. La atroz muerte del agresor no había apaciguado la ira popular; corrían incluso vagas sugestiones de que lo habían visto salir de la casa del Arzobispo una hora antes de la tentativa de asesinato.

Y he aquí ahora que, con dramática rapidez, le viene un mensaje de que la propia madre del héroe pedía su reconciliación con la Iglesia… qué había intentado asesinar a su hijo.

Una y otra vez esa tarde, al viajar hacia el Norte para ver a un sacerdote de Worcester, y hacia el Sur de vuelta, cuando las luces comenzaban a encenderse, se preguntó si no sería una trampa después de todo: una especie de Talión, un lazo para atraparlo. Mas él ya había prometido ir, y no decir nada…

Terminó su carta diaria del modo acostumbrado, con una curiosa sensación de fatalismo; la ensobró y estampilló.

Después subió la escalera, en su traje de calle, al cuarto del P. Blackmore.

- ¿Me puede oír en confesión, Padre? - dijo bruscamente.

## II

La estación Victoria, así llamada por la gran Reina del Novecientos, estaba concurrida ni más ni menos que lo acostumbrado, cuando llegó a ella media hora después.

La vasta plataforma, hundida ahora casi doscientos pies debajo del nivel del suelo, mostraba la doble columna de pasajeros entrando o dejando la ciudad. Los de la extrema izquierda, hacia los cuales Percy descendió en el ascensor de cristales, eran mucho más numerosos, y el río de ellos en la entrada del ascensor lo obligó a proceder despacio.

Llegó al fin, caminando en la luz artificial sobre el mullido y brillante piso de caucho, y se detuvo a la puerta del largo vagón que corría expreso al Enlace. Era el último de una serie de doce o más, que partían cada minuto. Entonces, contemplando todavía el incesante subir y bajar de los ascensores de entrada en el extremo de la estación, franqueó la puerta y se sentó.

Se sentía calmo ahora que había largado. Se había confesado más bien para darse cuenta del propio ánimo que por temor a algún peligro, pensó, y allí estaba ya, con su terno gris y sombrero panamá, que de ninguna manera lo señalaban como clérigo, pues había permiso general de la jerarquía para vestir así con cualquier motivo razonable. Puesto que no era caso de muerte inminente, no había traído ni el Viático ni los Óleos; el Padre Dolan le había telefoneado que podía obtenerlos en un momento en San José, cerca del Enlace, a cualquier hora. Tenía solamente el cordón violeta que servía de estola, en el bolsillo.
Iba resbalando apaciblemente, fijos los ojos en el asiento opuesto y tratando de mantenerse recogido, cuando el vehículo paró bruscamente. Se asomó asombrado y notó por los pasajes de esmalte blanco a veinte pies de la ventana que ya estaban dentro del túnel. La detención podía venir de veinte causas, y él no se preocupó, sobre todo al ver que los demás lo tomaban con indiferencia; pudo oír, después de un momento de silencio, que en el compartimiento de al lado continuaban conversando.
Entonces vino, refractado por los muros, el sonido confuso de una gritería lejana, mezclado con bocinas y sirenas, que iba creciendo. La conversación cesó en el coche. Oyó entonces una ventanilla alzada de golpe y al instante un tren pasó, retornando a la estación por la línea de abajo. Hay que ver esto, pensó Percy, ciertamente algo está aconteciendo; y así se levantó y cruzó el compartimiento vacío hacia la ventana posterior. De nuevo vino la gritería, las señales, y otra vez un tren pasó como una flecha, seguido a los talones por otro. Hubo un sacudón, y de nuevo la marcha. Percy trastabilló y cayó en el asiento, al dar marcha atrás el coche que ocupaba.
Hubo un clamoreo entonces en el otro compartimiento y Percy abrió la puerta, solamente para hallar allí media docena de hombres asomados a las ventanillas, que no le hicieron el menor caso. Quedó allí de pie, enterado de que no sabían más que él, y esperando una explicación de donde fuera. Sería desastroso, pensó, que una avería cualquiera hubiese desbaratado el servicio. .
Dos veces más paró el tren eléctrico; cada vez se movió de nuevo después de un trompetazo; y al fin se detuvo suavemente en el mismo andén de donde había partido, aunque tres o cuatro cuerpos más allá.
¡Oh, por supuesto que había ocurrido algo gordo! Al momento de abrir la portezuela un bramido enorme le atronó los oídos, y al saltar al andén y mirar hacia los ascensores, comenzó a entender…
De parte a parte del enorme ambiente, a través los andenes, hinchándose por momentos, se arremolinaba a los gritos una enorme muchedumbre… La escalera de veinte metros de anchura, usada sólo para emergencias, parecía una catarata viviente de setenta metros de altura.

Cada vagón que llegaba, descargaba más y más gente, que corrían como hormigas hacia el enjambre de los otros. El ruido era indescriptible, los clamoreos de los hombres, los chillidos de las mujeres, los bocinazos de las enormes máquinas; y tres o cuatro veces, la metálica voz de un clarín, cuando una puerta de emergencia reventaba arriba y un remolino de turba se derramaba hacia las calles. Pero, después de una ojeada, Percy no miró más a la turbamulta; pues allí, levantado por sobre el gran reloj, en el tablero indicador del gobierno, flameaba en enormes letras de fuego, en esperanto y en inglés el mensaje que había convulsionado a Inglaterra. Lo leyó media docena de veces antes de moverse, como un gigantesco signo en el cielo que podía significar el triunfo del cielo o del infierno.
CONVENCIÓN DEL ESTE DISUELTA
PAZ Y NO GUERRA
ESTABLECIDA LA FRATERNIDAD UNIVERSAL
F E L S E N B U R G H
EN LONDRES ESTA NOCHE

## III

Apenas unas dos horas más tarde, Percy consiguió llegar a la casa cerca del Enlace.

Había discutido, suplicado, amenazado, pero los oficiales andaban como energúmenos. La mitad de ellos había desaparecido en la disparada hacia el centro, pues se había filtrado, a pesar de las precauciones oficiales, que la Casa de Pablo, antaño Catedral de San Pablo, iba a ser el escenario de la recepción de Felsenburgh. El resto parecía demente; un hombre de la plataforma se había desvanecido por un choque nervioso y nadie se ocupaba de él; el cuerpo yacía medio encogido debajo de un banco. Una y otra vez Percy había sido arrastrado por un envión, mientras se debatía de andén a andén buscando un carruaje cualquiera que lo llevara a Croydon. ¡Croydon; ahora! Parecía que ninguno había, y los vagones vacíos se amontonaban como cajones viejos contra la plataforma, mientras otros llegaban de toda la comarca arrojando cargas frenéticas de delirantes, que se fundían como cera al fuego sobre el hule blanco del piso. Los andenes estaban atestados de continuo y de seguida vacíos, y apenas una hora antes de media noche comenzaron a despejarse…

…Bien, estaba en su destino, por fin, sin sombrero, despeinado, exhausto, mirando vacilante a los oscuros ventanales. . . .

No sabía bien qué pensar del otro asunto. La guerra, por supuesto, era atroz. Y una guerra tal como ésta era demasiado horrible a la mente para concebirla siquiera; pero en la aprensión del sacerdote había otras cosas aún peores. Una paz universal… pero ¿una paz establecida por

otros caminos que los de Cristo? ¿O estaba Dios detrás incluso de esto? La pregunta era irrespondible.
Felsenburgh: era él, pues, quien había logrado esto... este logro indudablemente mayor que cualquier otro suceso profano en la historia de la civilización... ¿Qué suerte de hombre era? ¿Cuál era su carácter, su doctrina, sus intenciones? ¿Cómo iba a usar de su triunfo?... Así los interrogantes relampagueaban en su mente como un torbellino de chispas, cada una posiblemente inofensiva; pero, a la vez, cada una capaz de prender fuego al mundo. Entretanto, aquí había una anciana que quería reconciliarse con Dios antes de morir...
Tocó el timbre dos o tres veces más y aguardó. Entonces una luz brotó arriba, y se vio que habían oído.
- Me han mandado llamar - explicó a la espantada mucama -. Tenía que haber estado aquí a las veintidós; no pude por el alboroto.
Ella le tartamudeó una pregunta.
- Sí, es cierto, según creo - respondió brevemente -. Paz y no guerra. Por favor, condúzcame arriba.
Atravesó el vestíbulo con una extraña impresión de culpable. Ésta era, pues, la casa de Brand, el ferviente orador tan acremente elocuente contra Dios; y aquí estaba él, un sacerdote, inmiscuyéndose a favor de la noche. Bueno, bueno no lo había buscado él.
Ante la puerta del piso superior la mucama se volvió. - ¿Un doctor, señor? - inquirió.
- Eso es asunto mío - dijo Percy secamente; y alargando la diestra, abrió.
Un gritito lastimero lo acogió desde el rincón, antes de cerrar la puerta.
- ¡Oh, gracias a Dios! Pensé que me habían olvidado. ¿Es un Padre?
- Soy sacerdote. ¿No recuerda que me habló en la Catedral?
- Sí, sí, Padre; yo lo vi rezando. ¡Oh, bendito sea Dios!
Percy la miró desde arriba un momento, contemplando la carita rosada en su cofia de cama, sus brillantes ojos hundidos y las trémulas largas manos. Sí, esto era genuino, al final.
- Ahora, hija - dijo -, hábleme.
- La confesión, Padre - dijo ella.
Percy sacó el cordón morado, lo deslizó sobre los hombros y se sentó junto al lecho.
Pero después ella no quería dejarlo ir.
- Padre, dígame, ¿cuándo me va a traer la Comunión?
Él hesitó.
- Según entiendo, Mister Brand y su esposa no saben nada de esto.
- Nada, Padre.
- Óigame, ¿está usted muy enferma?
- No lo sé, Padre. No me lo van a decir. Yo pensé que me iba la otra noche.

- ¿Cuándo quisiera usted que trajese la Comunión? Voy a hacer lo que usted diga.
- ¿Puedo mandarlo llamar mañana o pasado? Padre, ¿debo decírselo a él?
- No está obligada.
- Si debo decírselo, lo haré.
- Bueno, piense sobre ello y después me dice... ¿Oyó usted lo que ha sucedido?
Ella asintió, pero sin mayor interés; y Percy sintió un pinchazo de compunción por haberse acordado. Al fin y al cabo, la reconciliación de un alma con Dios era más importante que la del Oriente con el Occidente.
- Para su hijo de usted va a ser muy importante - dijo como disculpándose -: va a ser un gran hombre ahora, ¿sabe usted?
Ella seguía mirándolo en silencio, sonriendo un poco. Percy se asombró de lo juvenil de aquel rostro anciano, el cual se inmutó de golpe.
- Padre, no debo detenerlo; pero dígame esto: ¿quién es ese hombre?
- ¿Felsenburgh?
- Sí.
- Nadie lo sabe. Mañana sabremos más. Va a estar aquí esta noche.
La inmutación del rostro fue tan pronunciada, que Percy creyó en un ataque. El rostro estaba embargado de una especie de emoción, medio miedo y medio astucia.
- ¿Qué hay, hija?
- Padre, tengo un poco de miedo cuando recuerdo a ese hombre. ¿No me puede perjudicar, verdad? ¿Estoy a salvo ahora? ¿Soy católica?
- Es claro que está a salvo, hija. ¿Qué pasa? ¿Cómo podría ese hombre perjudicarla?
La mirada de terror perduraba todavía, y Percy se aproximó a la enferma.
- No debe abandonarse a fantasías - dijo -. Entréguese tan sólo a Nuestro Salvador. Este hombre no puede hacerle ningún daño. Le estaba hablando como a un niñito; pero era inútil. La boca hundida se movía y los ojos vagaban por la sombra del fondo de la alcoba.
- Hija mía, ¡dígame qué le pasa! ¿Qué sabe usted de Felsenburgh? No debe hacer caso de sueños.
Brusca y enérgicamente la cabeza asintió; y Percy por primera vez sintió en el pecho un golpe de aprensión. ¿Había perdido la razón esta buena mujer? ¿Por qué este nombre la afectaba como siniestro? Entonces recordó que el Padre Blackmore lo había pronunciado una vez con el mismo sobrecogimiento. Hizo un esfuerzo y se sentó a su lado.
- Ahora dígame todo, llanamente, lo que sea - exhortó -. Usted ha estado soñando. ¿Qué ha soñado?

Ella se irguió un poco en la vasta cama, siempre mirando vagamente en torno; después alargó su mano ensortijada hacia una de las suyas, y él se la dio, caviloso.
- ¿Está cerrado, Padre? ¿No hay nadie escuchando?
- No, no, hija. ¿Por qué tiembla? No hay que ser supersticioso.
- Padre, le voy a contar. Los sueños son disparates... ¿verdad? Bueno, sea como sea, esto es lo que soñé. Soñé que estaba por ahí en una casona; no sé donde era. Una casa grande que nunca había visto antes. Era una de esas viejas casas, y muy oscura. Yo era una niña, me pareció, y estaba... estaba asustada... de algo. Los corredores estaban todos oscuros y yo andaba llorando en las tinieblas, buscando una luz, y no había ninguna. Entonces oí una voz hablando, remota. Padre...
La mano apretó la suya, y de nuevo sus ojos escrutaron la alcoba.
Percy reprimió un suspiro con dificultad. Sin embargo, no se atrevió a alzarse y dejarla. La casa estaba en total silencio; solamente fuera sonaba a ratos una bocina, al pasar los coches desde el campo hacia la colmada urbe; y una vez se oyó un clamor de un grupo. Él se preguntó qué hora sería.
- ¿Tiene que contármelo ahora mismo? - le dijo con la mayor amabilidad -. ¿A qué hora estarán de vuelta?
- No todavía - musitó ella -. Mabel dijo a eso de las dos. ¿Qué hora es, Padre?
Con su mano libre sacó el reloj. - No es la una - dijo.
- Está bien; escuche, Padre... Yo estaba en esa casa; y yo oía - hablar, y yo corrí por los corredores hasta que vi una luz debajo - de una puerta, y entonces me detuve... Más cerca, Padre.
Percy estaba un tanto estremecido, a pesar suyo. La voz había bajado de golpe a un susurro, y los viejos ojuelos parecían retenerlo extrañamente.
- Me detuve, Padre; no me atreví a entrar. Podía oír la conversación y podía ver la luz; y no me atrevía a entrar. Padre: ¡era Felsenburgh el que estaba allí!
De abajo vino un portazo; y luego el son de pasos. Percy volvió el rostro bruscamente y al mismo tiempo oyó una súbita aspiración de aire de la moribunda, una especie de ¡ay! - ¡Chist! - dijo -. ¿Quién está allí?
Dos voces hablaban ahora en el vestíbulo, y a su sonido la viejita aflojó el apretón a la otra mano.
- Yo... yo creí que era... él - exclamó.
Percy se enderezó; se veía que ella ya no entendía la situación. —Sí, hija mía —dijo con calma. Pero ¿quién es?
- Mi hijo y mi nuera - contestó ella; y entonces su rostro se inmutó de nuevo -. Y ahora, ahora, Padre...

La voz murió en su garganta, al sonar las pisadas cerca. Por un momento reinó completo silencio, y después una voz de mujer en un murmullo del todo audible.
- Cómo, hay luz en su cuarto. Ven, Oliver; pero despacito.
Entonces crujió el pestillo.

## CAPÍTULO QUINTO

### I

Hubo una exclamación y después silencio, cuando una joven hermosa y alta con rostro encendido y ojos claros entró e hizo alto, seguida por un varón que Percy reconoció al punto por los "noticiarios". Un pequeño gruñido trémulo salió del lecho; y el cura levantó maquinalmente la mano para acallarlo.
- ¡Cómo! - dijo Mabel; y clavó sus ojos brillantes, en el sujeto de pelo blanco y faz juvenil.
Oliver despegó los labios y después los apretó. También él tenía una extraña excitación en el rostro. Después habló.
- ¿Quién es éste? - dijo incisivamente.
- ¡Oliver! - exclamó la joven, volviéndose bruscamente -, éste es el cura que yo vi…
- ¿Un cura? - dijo el otro, dando un paso -.Yo pensé…
Percy alentó para calmar el furioso tremor de su garganta.
- Sí, soy un cura - dijo.
Otra vez el gañido rompió en el lecho; y Percy, volviéndose de nuevo a acallarlo, vio a la joven desabrochar maquinalmente el fino guardapolvo de plástico de sobre su vestido blanco.
- ¿Tú lo llamaste, madre? - barboteó el hombre, con una vibración en la voz y un súbito sacudón del cuerpo hacia adelante. Pero la joven interpuso una mano.
- Quieto, querido - dijo -.Ahora bien, señor.
- Sí, soy un cura - repitió Percy, aferrando su ánimo con su voluntad, y casi sin saber lo que decía.
- ¡Y usted viene a mi casa! - gritó el varón. Se aproximó otro paso y medio se agazapó -. ¿Jura usted que es un cura? - dijo -. ¿Ha estado aquí toda la tarde?
- Desde medianoche.
- Y no es usted un… - frenó de nuevo.
Mabel se puso entre los dos, erguida.
- Oliver - dijo, todavía con ese aire de contenido entusiasmo - aquí no debemos tener escenas. La pobrecita está muy mal. Háganos usted el favor de bajar, señor.
Percy dio un paso a la puerta sin responder, y Oliver se hizo levemente a un lado. Entonces el cura se detuvo, se volvió y levantó la diestra.

- ¡Que Dios te bendiga! - dijo, sencillamente, a la figura tartamudeante del lecho.
Luego salió, y esperó fuera de la puerta.
Podía oír un rápido bisbiseo adentro; después un murmullo compasivo de la niña y luego Oliver estuvo a su lado, agitado de pies a cabeza, el rostro como ceniza; el cual le indicó la escalera con un ademán, y pasó adelante.
Todo el asunto se le hacía a Percy como un sueño inverosímil, tan inesperado y fuera de lo normal. Tomó conciencia de una enorme vergüenza ante lo grotesco del caso, y al mismo tiempo de un coraje desatado. Había sucedido lo peor - y lo mejor: éste era su consuelo.
Oliver empujó una puerta, oprimió un botón y entró en el cuarto alumbrado, seguido por Percy. Siempre en silencio, señaló una silla y Percy se sentó; mas él quedó de pie cerca del hogar, las manos hundidas en los bolsillos y sin mirarlo.
Los sentidos tendidos de Percy captaron todos los pormenores del lugar; la mullida alfombra verde, honda bajo sus pies, las cortinas de seda caídas a plomo, la media docena de mesitas colmadas de flores, y los libros que ornaban las paredes. El salón estaba denso de aroma de rosas, aunque las ventanas estaban abiertas y la brisa ondulaba las cortinas continuamente. Cuarto de mujer, pensó. Después miró la figura del hombre, delgado, tenso, erguido; el terno gris oscuro no muy diverso del suyo, la hermosa curva de la barbilla, la clara tez pálida, la nariz delgada y ese arco de idealismo sobre los ojos y bajo la negra cabellera. Era el rostro de un poeta, pensó, y todo el talante era vivaz y caracterizado. Entonces se volvió y se incorporó un poco al entrar Mabel, abriendo la puerta y cerrándola tras ella.
Ella cruzó derecha a su esposo, y le puso la mano en el hombro.
- Siéntate, querido; me has prometido… - dijo -. Sírvase sentarse, señor. Debemos hablar un poco.
Los tres tomaron asiento; Percy a un lado, y la pareja enfrente, en un sofá recto.
La joven tomó otra vez la palabra.
- Esto tiene que ser arreglado aquí - dijo con energía -, pero sin tragedias, ¿entiendes Oliver? No debe haber escenas. Delégame a mí.
Hablaba con un curioso gracejo; y Percy notó con asombro que era del todo sincera; no había ni asomo de cinismo o sarcasmo.
- Oliver, querido - exclamó de nuevo -, no boquees de ese modo. Todo es perfectamente simple. Esto me toca manejarlo a mí.
Percy vio una mirada venenosa dirigida hacia él por el hombre; la joven la vio también, moviendo sus ojos humorosos de uno a otro lado. Puso una mano sobre su rodilla.
- Oliver, atiende. No mires a este caballero como una hiena. No ha hecho daño.

- ¡No ha hecho daño! - sibiló el otro.
- No… absolutamente nada de daño. ¿Qué importa lo que piense allá arriba la pobrecita enferma? Ahora, señor, ¿querría usted decimos por qué vino aquí?
Percy tragó aire de nuevo. No había esperado esta línea. No encontraba más su talante autoritario, solemne y seco, que le servía tanto para tratar a los hombres. Esta muchacha era mucho para él. Dijo casi tímidamente:
- Vine para reincorporar a la señora Brand… a la Iglesia Católica. -
- ¿Y lo ha hecho?
- Lo hice.
- ¿Querría usted decirme su nombre? ¿No le parece mejor? - Percy hesitó; y después determinó contender con ella en su mismo campo.
- Ciertamente. Mi nombre es Franklin.
- ¿El *padre*… Franklin? - preguntó ella, con una sombra apenas de énfasis burlón en la primera palabra.
- Sí, el padre Percy Franklin, de la Casa del Arzobispo, Westminster - dijo con firmeza el cura.
- Bien, entonces, padre Percy Franklin, ¿podría decirme por qué vino aquí? ¿Quiero decir, quién lo llamó?
- La señora Brand me mandó llamar.
- Sí, pero ¿por qué medio?
- Excúseme el responder a esa pregunta.
- Oh, muy bien… ¿Nos es permitido saber qué bien resulta de "ser reincorporado a la Iglesia"?
- Por su reincorporación a la Iglesia, el alma es reconciliada con Dios.
- ¡Oh! (¡Oliver, quieto!) ¿Y cómo lo hace usted, padre Franklin?
Percy se levantó abruptamente.
- No perdamos más tiempo - dijo -. ¿Qué provecho hay en estas preguntas?
La niña lo miró con ojos rasgados de asombro, siempre con la izquierda sobre la rodilla de su esposo.
- ¿Provecho, padre Franklin? Bueno, queremos saber. ¿Hay alguna ley de la Iglesia que le prohíba decírnoslo a nosotros, quizás?
Percy vaciló de nuevo. No veía detrás de qué andaba ella. Después vio que le daría ventajas si perdía la cabeza en lo más mínimo; se sentó de nuevo, y sonrió.
- Oh, por cierto que no. Yo se lo diré si lo quiere saber. Oí la confesión de la señora y le di la absolución.
- ¡Oh! Sí. Y eso obra el efecto. ¿Y ahora qué viene?
- Ahora debería recibir la comunión y los santos óleos, si está en peligro de muerte - recitó el cura como un chico del Catecismo.
Oliver se sacudió.
- ¡Cristo! - dijo por lo bajo.

- ¡Oliver! - dijo ella, corno reprochando - ¿Por qué no me dejas esto a mí? Es mucho mejor. Y entonces, padre Franklin, ¿usted querría darle esas otras dos cosas a mi madre, no?
- No son absolutamente necesarias de suyo - dijo el sacerdote, sintiendo, sin saber por qué, que estaba haciendo un juego perdido de antemano.
- ¡Oh! ¿No son necesarias? ¿Pero usted querría darlas?
- Lo haría si fuera posible. Pero ya he hecho lo estrictamente necesario.
Necesitaba toda su voluntad para quedar calmo. Su amor propio le dolía por todas partes. Sentía la impresión de un hombre que hubiese salido con un sable a pelear con una avispa, o con las pesadas armas de Goliath contra la honda de David. Simplemente, no tenía idea de lo que seguiría después. Hubiera dado cualquier cosa porque el varón se hubiese alzado y lanzado a su garganta; porque esta niña los sobraba a los dos.
- Sí - declamó ella suavemente -. Bien, es difícil imaginar que mi esposo le dé venia a usted para volver aquí... Pero yo estoy gozosa de que usted haya hecho lo que le parece *necesario*. No, hay duda de que ha de ser una satisfacción para usted, padre Franklin, y para la pobre cosita de arriba también. Entretanto nosotros, a *nosotros*... - añadió, apretando la rodilla del otro - no nos importa nada. ¡Ah! Pero hay otra cosa más.
- Si usted gusta - comenzó Percy, cavilando qué vendría ahora.
- Ustedes los católicos... perdóneme si lo ofendo sin querer... usted sabe, los cristianos tienen reputación de contar las cabezas y blasonar de sus conversos. Padre Franklin, nosotros le estaríamos agradecidos si usted... nos da su palabra... de no propalar este... este incidente. Va a molestar a mi esposo y le puede ocasionar no pocos problemas.
- La señora Brand... - comenzó Percy.
- Un minuto. Usted ve, no lo hemos tratado mal. No ha habido violencia. La señora Brand no es dueña de esta casa, donde usted ha entrado por sorpresa, ausentes los propietarios. No queremos escenas con mi madre enferma. No pedimos más. ¿Puede prometernos esto?
El cura había tenido tiempo de reflexionar y respondió al instante.
- Perdone. Ciertamente, prometo eso.
Mabel suspiró contenta.
- Eso está muy bien. Le quedamos agradecidos. Y quizá puedo decir más, que quizá después de pensarlo mi esposo encuentre camino de dejarlo volver aquí con la comunión y... y la otra cosa...
De nuevo un temblor sacudió al hombre a su lado.
- Bueno, eso se verá - prosiguió ella. En cualquier caso, conocemos su dirección y podemos... De paso, padre Franklin, ¿vuelve usted a Westminster esta noche?
Él se inclinó.

- ¡Ah! Espero que pueda volver. Va a encontrar a Londres muy movido. Quizá oyó usted... - dijo ella como meditando.
- ¿Felsenburgh? dijo Percy.
- Sí, Julián Felsenburgh - dijo la niña suavemente, de nuevo con ese extraño titilar encendido en sus ojos -. Julián Felsenburgh - repitió - está aquí, usted sabe. Va a quedar en Inglaterra por ahora.
Una vez más, Percy fue consciente del leve toque de temor a la mención de ese nombre.
- Entiendo que va a haber paz - dijo.
La joven se alzó, y el silencioso marido con ella.
- Sí - dijo, casi compasivamente -, habrá paz. Paz de una vez. (Movió un paso hacia él y su faz se iluminó como una rosa de fuego. Su diestra se alzó lentamente). Vuelva a Londres, padre Franklin, y abra los ojos. Usted lo va a ver, espero, y va a ver muchas cosas. (Su voz comenzó a vibrar). Y usted va a entender, quizás, por qué lo hemos tratado así... por qué no tenemos miedo de ustedes, por qué estamos conformes de que mi madre haga como guste.¡Oh!, usted va a entender, padre Franklin... si no esta noche, mañana; y si no mañana, al menos dentro de breve tiempo.
- ¡Mabel! - exclamó su esposo.
La niña giró, le echó los brazos al cuello y le besó la boca.
- Oh, no me avergüenzo, Oliver, querido. Dejemos que vaya y que vea por sí mismo. Buenas noches, padre Franklin.
Al ir hacia los herrajes del jardincillo, oyendo el tintín de un timbre que alguien tocó en el cuarto detrás de él, se volvió una vez, ofuscado y confuso; y allí estaban los dos, marido y mujer, erguidos en la dulce luz solar, como transfigurados. La joven tenía su brazo sobre los hombros del varón, y estaba rígida y radiante como un pilar de fuego; y aun en el rostro del hombre había desaparecido el enojo. Eran la fuerza, la felicidad y la vida. Los dos sonreían.
Entonces Percy se hundió en la suave noche estival.

## II

Percy no sabía nada, sino que tenía miedo al sentarse en el atestado coche que volaba hacia Londres. Apenas llegaba a oír la charla en torno suyo, aunque era alta y continua; y lo que oía no le entraba. Entendió solamente que había habido extrañas escenas, que Londres se había enloquecido de golpe y que Felsenburgh había hablado esa noche en la Casa de Pablo.
Estaba molido de la manera cómo había sido tratado, y se preguntaba mohínamente una y otra vez qué era lo que había inspirado ese tratamiento; parecía que hubiera estado en presencia de lo sobrehumano; tenía conciencia de temblar un poco y de un sueño

insoportable, aunque no era la primera vez que había estado en un coche repleto a las dos de un amanecer de verano.
Tres veces el coche frenó, y él percibió los signos de la confusión reinante: las figuras que corrían en la media luz entre las líneas, un par de coches averiados, un montón de esteras desparramadas; y oía maquinalmente los gritos y los bocinazos que sonaban por doquiera.
Cuando pisó por fin la plataforma, la encontró peor que cuando la había dejado dos horas antes. Había la misma desatada corrida cuando el coche descargó su contenido, el mismo cuerpo muerto debajo del banco; y allá arriba, al ponerse él también a correr desatentado en medio de la turba, sin saber bien para dónde y por qué, ardía el mismo estupendo mensaje allá arriba sobre el reloj. De pronto se encontró en el ascensor, y un momento después estaba sobre los escalones de la estación.
Aquella también era una vista asombrosa. Las lámparas ardían todavía, pero detrás de ellas rompían las primeras franjas rosas de una extraña aurora. La calle que corría ahora derecha al antiguo palacio real, uniéndose allí, como en el centro de una red, con las que venían de Westminster, el Mall y Hyde-Park, era simplemente un sólido empedrado de cabezas. A una y otra parte se alzaban los hoteles y las “Casas de Gozo”, las ventanas incendiadas de luces, solemnes y triunfales, como para agasajar a un rey; mientras que en lontananza contra el cielo pálido se erguía el monumental palacio delineado en fuego e incendiado por dentro como las demás casas a la vista. Dentro de ese recipiente de un esplendor nunca visto, el ruido era enloquecedor. Era imposible distinguir los sones entre sí. Voces, trompas, tambores, el pisoteo de millares de pies sobre el pavimento de caucho, el ronco rodar de ruedas de la estación detrás - todo se fundía en un redoble abrumador y solemne, perforado de notas agudas.
Era imposible moverse.
Él se halló en una posición de extraordinaria ventaja; en la misma cima del ancho vuelo de peldaños que conducían al viejo patio de la estación, actualmente un vasto espacio que conectaba por la izquierda la avenida con el palacio y por la derecha con la calle Victoria, la cual mostraba como las otras todas una vívida perspectiva de luces y cabezas. Contra el firmamento, a su derecha se alzaba la cúspide iluminada del Campanario Catedralicio. Le pareció que él había conocido todo esto en una existencia anterior; tan transfigurado estaba.
Se ladeó maquinalmente dos o tres pasos hacia la izquierda, hasta que topó una columna; y allí se paró, tratando no de analizar sus emociones sino simplemente de contenerlas.
Gradualmente se dio cuenta de que esta muchedumbre era como ninguna otra que hubiera visto. Para su sentido interno, parecía que ella gozaba de una unidad mayor que cualquier otra. Había magnetismo en

el aire. Había un efecto como si estuviese en proceso un acto creativo, por el cual millares de células individuales estuvieran siendo amalgamadas más y más cada instante en un enorme ser sensitivo con una voluntad, una emoción y una cabeza. El clamor de las voces parecía tener sentido tan sólo como las reacciones del poder creativo que se expresaba a sí mismo. Aquí reposaba esta humanidad gigantesca, extendiéndose a su vista en miembros vivientes tanto corno se podía alcanzar en todas direcciones, aguardando, esperando una consumación extendiéndose también, como su cansado cerebro comenzó a adivinar, por todas las arterias de la gran metrópoli más allá de su vista.
Él ni se preguntó qué cosa aguardaban. Lo sabía sin saberlo. Sabía que era una revelación - de algo desconocido que iba a coronar sus aspiraciones y fijarlas así para siempre.
Tenía la sensación de haber visto todo esto antes; y como un niño, comenzó a preguntarse cuándo; hasta que recordó que así era cómo había soñado una vez el Día del juicio - de la Humanidad congregada ante Jesucristo… ¡ante Jesucristo! - ¡Ah! ¡Cuán apagada esta figura le parecía ahora - cuán remota - real ciertamente, pero cuán inefectiva para él - cuán irremediablemente extraña a esta tremenda vida! Contempló el Campanario. Sí, un trozo de la Vera Cruz se conservaba allí, ¿no era así?, un trocito del madero en que un Pobre había muerto veinte siglos antes… Bueno, bueno. Era una distancia inmensa…
No comprendía bien lo que pasaba en él. “Dulce Jesús, sé mi Salvador y no mi juez”, musitó sin aliento, aferrando el granito de la columna; y un momento después vio cuán fútil era esta plegaria. Se había perdido como un soplo en esta vasta y vívida atmósfera humana. Había dicho misa - ¿o no? - esta mañana - ¿o hace un año? - en ornamentos blancos…
Sí, había creído en todo: desaladamente, pero realmente; y ahora…
Mirar al futuro era tan vano como mirar al pasado. No había futuro ni pasado; todo era un instante eterno, presente y definitivo.
Entonces dejó aflojar al conato interno y comenzó de nuevo a ver con los ojos corporales.
La aurora subía en el cielo, un sereno y suave amanecer que a pesar de su imperio parecía nada contra la brillante iluminación de las calles. “No necesitamos al sol”, murmuró sonriendo tristemente, “ni al sol ni a la luz de las velas. Tenemos nuestra luz sobre la tierra… la luz que ilumina a todo hombre que viene a este…”
El Campanario parecía más remoto que nunca, en este espectral fulgor de la mañana - más y más desvalido cada momento, comparado con el hermoso fulgor de las calles.
Entonces atendió a los ruidos, porque le pareció que en alguna parte, allá hacia la izquierda, se iniciaba un silencio. Sacudió la cabeza con

rabia, porque uno detrás de él comenzó a hablar fuerte y confusamente.
¿Por qué no podían callarse, y dejar que se oyera el silencio?... El hombre cesó de golpe, y desde la lontananza comenzó a hincharse una especie de rugido, tan suave como el rolar de una alta marea; arribó hasta él desde la derecha; y comenzó a sumergirlo, llamando en sus oídos. Ya no había ninguna voz individual; era como el vagido de un gigante recién nacido; y él también estaba gritando; no sabía lo que gritaba, pero no podía callar. Sus venas y sus nervios parecían tocados con vino; y al clavar los ojos en la calle abajo oyendo el grandioso grito rebotar de él mismo y rodar hacia el palacio, conoció por qué había gritado y por qué callaba ahora.
Un objeto alargado y pisciforme, blanco como la leche, irreal como la llama y coruscante como la aurora, se hacía visible ocho cuadras más allá, viraba y se dirigía hacia él, resbalando en el aire, parecía, sobre la misma ola de silencio que él creaba, arriba, encima de la vasta calle, con alas desplegadas, no más de siete metros sobre las cabezas de la muchedumbre. Hubo un vasto suspiro, y otra vez se aplomó el silencio.
Cuando Percy pudo pensar conscientemente de nuevo - porque su voluntad funcionaba intermitente, como el tictac de un reloj - la extraña cosa blanca estaba cerca. Él se dijo que ya había visto esto centenares de veces; y al mismo instante, que ésta era diferente de todas las otras. Estaba más cerca aún, flotando suavemente, como una gaviota sobre el mar; podía distinguir su proa lisa, la barandilla detrás, la inmóvil cabeza del piloto; podía oír ahora el suave batir de la hélice - y entonces vio lo que estaba esperando.
Alzado en el centro de la cubierta había un trono, drapeado también de blanco, con un emblema de oro arriba del respaldo; y en el trono, sedía una figura humana, inmóvil y solitaria. No hizo ningún signo al mostrarse; la vestidura oscura resaltaba vivamente contra el blanco fondo; la cabeza iba erguida y se volvía gentilmente de vez en cuando de lado a lado.
Llegó más cerca aún, en el hondo silencio; la cabeza se volvió y por un instante la faz se le hizo nuevamente visible en la suave luz radiante.
Era un rostro marfilino, fuertemente delineado, como de un joven, con arqueadas cejas negras, labios finos y cabellera blanca. Entonces la faz giró de nuevo, el piloto levantó la cabeza y el hermoso artefacto, virando un poco, ladeó el ángulo de la estación y resbaló hacia el palacio.
Hubo un chillido histérico en alguna parte, un grito; y de nuevo rompió de golpe el huracanado bramido de la inmensa muchedumbre.

# LIBRO SEGUNDO. EL COMBATE

## CAPÍTULO PRIMERO

### I

Oliver Brand estaba sentado en su sillón, al atardecer del día siguiente, leyendo el enorme editorial de *El Pueblo*, edición séptima.

«Recién comenzamos a recobrarnos - leyó en voz alta - de la embriaguez de anoche. Antes de embarcamos en la profecía, es bien rememorar el hecho. Hasta ayer tarde se mantenía nuestra ansiedad con respecto a la tremenda crisis del Este; y cuando dieron las veintiuna no había más de treinta personas en Londres - es decir, los delegados ingleses - que supieran positivamente que el peligro había pasado. En la media hora siguiente, el gobierno tomó algunas medidas directas: un grupo selecto de personas fue puesto al tanto; la policía fue alertada, más una media docena de regimientos, para conservar el orden; y a la media hora justa fulguró el anuncio que todos hemos visto en los tableros de Londres, lo mismo que en todas las capitales de provincias. La tiranía del espacio nos impide describir adecuadamente el admirable comportamiento de las autoridades; baste decir que no más de setenta accidentes fatales fueron registrados en la totalidad del Gran Londres; y no es deber nuestro criticar la acción del gobierno al elegir el modo de efectuar la manifestación.

«A las veintidós, la Casa de Pablo estaba repleta de bote en bote; el antiguo Coro, reservado a los miembros del Parlamento y altos empleados; las galerías laterales atestadas de damas; y en el resto del plan terreno el público admitido libremente. El volador de la policía nos informó además que, en una distancia de treinta cuadras a la redonda en torno de este centro, todas las arterias estaban congestionadas de peatones y dos horas más tarde, como todos saben, prácticamente todas las calles de Londres entero se hallaban en la condición.

«Fue una excelente elección la del señor Oliver Brand para el orador primero. Su brazo estaba todavía en vendas, y la simpatía de esa figura junto con sus inflamadas palabras dieron el tono exacto de la tarde. Una recensión exacta de sus palabras hallará el lector en pg. 7. A su vez el Primer Ministro, Mr. Snowford, el Primer Lord del Almirantazgo, el Secretario de Relaciones Exteriores y Lord Pemberton, tomaron brevemente la palabra para confirmar las extraordinarias nuevas. Un cuarto de hora antes de las veintitrés, el estruendo de los aplausos en el exterior anunció la llegada desde París de los delegados norteamericanos, los cuales ascendieron uno a uno por la puerta sud del Coro. Cada uno de ellos habló por turno. No es fácil comparar discursos pronunciados en un momento así; pero quizá no es odioso

mencionar a Mister Markham como el orador que más profundamente embargó a la concurrencia; es decir, a los privilegiados que alcanzaron a oírlo. Fue él también quien nos dijo explícitamente lo que otros habían apenas rozado; a saber, que el éxito de los esfuerzos americanos fue enteramente debido a Mister Julián Felsenburgh. El prócer no había llegado todavía; pero en respuesta a un griterío atronador, Mr. Markham anunció que estaría entre ellos dentro de minutos. Luego procedió a damos cuenta, en cuanto es posible en algunas breves frases, de los métodos con que Mr. Felsenburgh había cumplido lo que probablemente es el más estupendo hecho de la historia. De sus palabras resulta que Mr. Felsenburgh (cuya biografía, lo poco que es conocida, damos en tercera página) es verosímilmente el orador más grande que el mundo ha oído - y lo decimos con plena conciencia. Todas las lenguas parecen juego para él: ha dirigido alocuciones, durante los ocho meses que duró la Convención del Oriente, en no menos de doce lenguas. De su manera de hablar haremos breves observaciones en seguida. El demostró también, nos dijo Mister Markham, el más asombroso conocimiento no ya de la natura humana solamente, sino de cada rasgo y gesto con los cuales esa divina esencia sabe manifestarse. Apareció familiarizado con la historia, los prejuicios, las tradiciones, los miedos, las esperanzas, las expectaciones de las innúmeras castas y sectas del Este, a las cuales tenía que moverse. De hecho, como notó Mr. Markham, El es el primer producto perfecto de esta nueva humanidad cosmopolita que el mundo ha gestado laboriosamente a través de la historia. En no menos que nueve puntos - Damasco, Irkutsk, Constantinopla, Calcuta, Benarés, Nanking y otros - fue aclamado como Mesías por una multitud Musulmana. Finalmente en América, donde esta extraordinaria figura ha surgido, todo respira a favor de él. No ha incurrido en ninguno de esos crímenes ¿quién lo convencerá de pecado? - o delitos más usuales; como el de la prensa amarilla, de la corrupción, del cohecho, de la prepotencia comercial o política, que manchó totalmente el pasado de todos los viejos políticos que han hecho del continente hermano lo que ha llegado a ser. El Prócer ni siquiera formó un partido. Fue él, no sus satélites, quien ha triunfado. Sólo los que estuvieron presentes anoche en la Casa de Pablo entenderán plenamente cuando decimos que el efecto de las palabras del orador fue “indescriptible”.
«Cuando Mr. Markham se sentó, cayó un silencio; entonces, en orden a aquietar la excitación creciente, el organista pulsó los primeros acordes del Himno Masónico; las palabras fueron entonadas y en un momento no sólo todo el interior del edificio vibró con él, mas también el pueblo de fuera; y la ciudad de Londres por un rato se transformó realmente en un templo del Señor.
«Y ahora llegamos en efecto a la parte más difícil de nuestra tarea; y es mejor declarar llanamente que todo lo que sea descriptividad

periodística debe ser decididamente puesto a un lado. Las cosas más grandes deben ser dichas del modo más simple.
«Hacia el remate del cuarto verso, una figura en un simple hábito oscuro apareció subiendo los escalones del escenario. Por un momento no atrajo la atención; pero cuando se vio producirse un brusco movimiento entre los delegados, el canto comenzó a ralear; y cesó del todo cuando la figura, luego de una leve inclinación a derecha e izquierda, subió los últimos peldaños que conducen al *rostrum*. Aquí ocurrió un sugestivo incidente. El organista, embalado, al principio no se dio cuenta, y continuó tocando; pero un sonido parecido a un rugir surgió de la compacta turba, haciéndolo cesar al instante. Pero no siguió aplauso ninguno; en cambio un profundo silencio dominó de golpe la enorme muchedumbre; el cual, por algún extraño magnetismo, se contagió inmediatamente a la de fuera, de modo que cuando el Prócer lanzó sus primeras palabras parecieron caer en un recogimiento que parecía una cosa viviente. Dejemos la explicación de este fenómeno a los expertos en psicología.
«Las palabras exactas no podemos darlas. Que nosotros sepamos, ningún reportero tomó notas en aquel momento; pero la alocución, pronunciada en esperanto, fue sobremanera simple y muy corta. Consistió en un breve anuncio de la Fraternidad Universal, una congratulación con todos los que tenían vida para presenciar esta consumación de la historia humana; y al final, un acto de alabanza al Espíritu del Mundo, cuya encarnación se había cumplido.
«Esto es lo que podemos decir; pero nada podemos añadir acerca de la impresión de la personalidad que allí se erguía. En apariencia el hombre se muestra como de unos, treinta y tres años, rasurado, derecho, con cejas negras y cabello blanco; estaba inmóvil con sus manos sobre el antepecho, hizo un solo ademán que arrancó de la multitud como un sollozo, habló esas palabras lenta y distintamente, con voz clara; después se detuvo esperando.
«No hubo más respuesta que un suspiro que resoné en los oídos de uno al menos, que allí escuchaba como si el mundo mismo alentara por primera vez; y después el extraño embargador silencio pesó de nuevo. Muchos lloraban silenciosamente. Los labios de millares se movían sin un rumor, como rezando, y todos los rostros estaban vueltos hacia aquella nítida figura, como si la esperanza de cada alma fincara allí. Así, es que podemos creerlo, los ojos de muchos, largas centurias hace, se tornaron hacia uno llamado JESÚS DE NAZARET.
«Mister Felsenburgh se detuvo así un momento, después bajó los peldaños, cruzó el escenario y desapareció.
«De lo que tuvo lugar afuera tenemos el siguiente testimonio de un testigo ocular. El velero blanco, tan conocido ya por todos los que en Londres estuvieron aquella noche, había permanecido estacionado

fuera de la puertita sur de la galería del Coro, suspendido a siete metros sobre el suelo. Paulatinamente fue haciéndose notorio a la turba, en esos pocos minutos, quién era el que había llegado en él; y al reaparecer Mister Felsenburgh, el mismo extraño gemido o gruñido corrió por todo el enorme ámbito del Atrio de Pablo, seguido del mismo hondo silencio. El velero descendió; su dueño subió en él y otra vez la máquina se remontó a siete metros lentamente. Se creyó de momento que otro discurso sería proferido; pero él no fue necesario; y después de una breve pausa, el bajel comenzó esa estupenda revista que Londres no olvidará. Cuatro veces durante esa noche el Prócer sobrevoló la inmensa metrópoli congestionada, sin decir una palabra; y en todas partes el quejido lo precedía y lo seguía, en tanto que el hondo silencio marcaba su actual presencia. Dos horas después de amanecer, el bajel blanco se levantó sobre Hampstead y desapareció hacia el norte; y desde entonces, aquél qué llamamos con toda verdad Salvador del Mundo no ha vuelto a verse.

«Y ahora, ¿qué queda por decir?

«Comentarios huelgan. Basta decir en una corta sentencia que la nueva era ha comenzado, hacia la cual los profetas y los reyes, y los dolientes y los moribundos, todos los que sufren y están cargados, aspiraron en vano. No solamente la tensión internacional ha cesado de existir, mas el choque de las domésticas disensiones cesó también. De aquel que ha sido el heraldo de esta inauguración, nada más tenemos que decir. El tiempo dirá lo que resta por hacer.

«Mas lo que ha sido hecho es como sigue. El peligro amarillo se ha disipado para siempre. Queda entendido, por los bárbaros fanáticos como por las naciones cultas, que el reino de la guerra terminó. “No la paz sino la espada”, dijo Cristo; y amargamente ciertas esas palabras resultaron. “No la espada sino la paz” es la réplica, articulada por fin, de todos los que han renunciado a los reclamos de Cristo, o jamás los han aceptado. El principio de amor y de unión, aprendido a tropezones en Occidente durante la última centuria, ha sido asumido también por el Oriente. No habrá más apelaciones las armas, sino a la justicia; no más clamores hacia un Dios-que-se-Esconde, sino al hombre que ha conocido su propia divinidad. Lo sobrenatural ha muerto; mejor dicho, conocemos ahora que jamás ha vivido. Lo que resta es elaborar esta nueva lección, conducir todo acto, palabra y pensamiento al tribunal del Amor y la justicia Inmanente, y esto va a ser, sin duda, obra de años. Todo código debe ser revisado; toda barrera, derribada; partidos deben unirse con partidos, regiones con regiones, continentes con continentes. El miedo al miedo, el temor al más allá, el marasmo de las contiendas, se acabó. El hombre bramó ya demasiado en los trabajos del parto; su sangre corrió demasiado como agua en virtud de su propia insensatez; pero al fin se ha entendido a sí mismo y halló la paz.

«Que Inglaterra por lo menos no se quede atrás entre las naciones en esta obra de re formación; que ningún aislamiento nacionalista, orgullo de raza o embriaguez de riquezas manquen sus manos en esta enorme empresa. La responsabilidad es incalculable, pero la victoria cierta. Vayamos mansamente humillados por la conciencia de nuestros crímenes pasados, confiados en la esperanza de nuestros alcances en él futuro, hacia el galardón que está por fin a la vista - el galardón tapado tanto tiempo por el egoísmo del hombre, la tiniebla de la religión y la confusión de las lenguas -, hacia el galardón vanamente prometido por uno que no supo lo que dijo y contradijo lo que afirmó: bienaventurados los mansos, los pacíficos, los misericordiosos, porque ellos heredarán la tierra, serán llamados hijos de Dios y alcanzarán misericordia.»

Oliver, pálidos los labios, con su mujer arrodillada ahora a su lado, volvió la página y leyó en recuadro, marcado con el título *Últimas noticias:*

«Es de nuestro conocimiento que el gobierno está en comunicación con Mr. Felsenburgh.»

## II

- Oh, jerga periodística... - dijo Oliver al fin, reclinándose -. ¡Oratoria barroca! Pero... ¡el contenido!

Mabel se alzó y cruzó la pierna sentándose en la jamba de la ventana. Sus labios se movieron una o dos veces, pero no dijo nada.

- Mi tesoro - dijo el varón -, ¿no tienes nada que decir?

Ella lo miró trémula un instante.

- ¡Decir! - exclamó -. Como tú has dicho, ¿de qué sirven ahora las palabras?

- Dímelo de nuevo - dijo Oliver -. ¿Cómo saber que no es un sueño?

- ¡Un sueño! - replicó ella -. ¿Hubo jamás un sueño como éste? De nuevo se alzó inquieta, atravesó el cuarto y se puso de hinojos una vez más, tomando en las suyas la mano de su marido.

- Querido - pronunció -, yo te digo que no es un sueño. Es el despertar, por fin. Yo estaba también, ¿no recuerdas? Tú me esperaste cuando todo terminó - cuando Él había salido -, lo vimos tú y yo juntos. Lo hemos oído, tú en el escenario y yo en la galería. Lo hemos visto pasar sobre el embarcadero, estando entre la muchedumbre. Después volvimos a casa... y encontramos al cura.

- Al hablar, su faz estaba como iluminada; como de uno que viera una visión divina. Hablaba quietamente, sin acaloramiento ni histerismo. Oliver la contempló un momento; después se inclinó y la besó suavemente.

- Sí, tesoro; es verdad. Pero yo quisiera oírtelo una y otra vez. Dime de nuevo lo que tú viste.

- Vi al Hijo del Hombre - dijo ella -. ¡Oh! no hay otra expresión. El Salvador del Mundo, como dice el diario. Yo lo conocí en mi corazón tan pronto como lo vi - igual que todos -, tan pronto como se paró allí, teniendo la barandilla. Había como una gloria en torno a su cabeza. Ahora lo entiendo todo: era Él a quien esperábamos hace tanto tiempo; y Él ha venido, las manos colmadas de paz. Cuando Él habló, lo reconocí de nuevo. Su voz era como el rumor del mar…. tan simple como eso… tan… tan… quejumbrosa… tan patente como eso. ¿No lo oíste, acaso?
Oliver asintió con la cabeza.
- Yo puedo confiarme a Él para todo el resto - prosiguió la joven suavemente -. No sé ahora dónde está, ni cuándo volverá, ni qué cosa hará. Supongo que hay para Él un enorme quehacer, antes que sea plenamente reconocido: leyes, reformas… esto va a ser tu deber, querido. Y todos nosotros debemos esperar, y amar, y estar contentos.
Oliver levantó de nuevo la cabeza y la miró…
- Mabel, querida…
- Oh - interrumpió ella -, yo lo supe anoche mismo; pero no supe que lo sabía hasta despertar esta mañana, y rememorar. Soñé con Él toda la noche… Oliver, ¿donde está?
Él sacudió la cabeza.
- Sí, sé dónde está, pero estoy bajo sigilo…
Ella asintió rápido y se levantó.
- Sí, no debía habértelo preguntado. Bien, estamos contentos de esperar.
Hubo un silencio de algunos instantes. Oliver lo rompió.
- Querida, ¿qué quieres decir cuando dices que no es conocido todavía?
- Simplemente eso dijo ella: la gente conoce solamente lo que ha hecho… no lo que Él es; pero esto también vendrá a su hora.
- Y entretanto…
- Entretanto, tú a trabajar, y el resto irá viniendo. ¡Ay, Oliver!: Sé fiel y fuerte. Lo besó rápidamente y salió.
Oliver quedó sentado sin moverse, fijos los ojos, como era su costumbre, en la vasta perspectiva de la ventana. Ayer a esta hora estaba dejando París, conocedor del hecho en sí - pues los delegados habían llegado una hora antes -, pero ignorante del hombre… Después conoció también al hombre; al menos lo había visto, lo había escuchado, y había quedado subyugado por su personalidad. Explicárselo a sí mismo no podía - como ninguno de los otros - a no ser quizá Mabel. Los otros habían quedado como él se quedó: dominados y espantados, aunque al mismo tiempo encendidos en lo más íntimo del alma. Habían salido - Snowforth, Cartwright, Pemberton y los demás - hasta los escalones del ábside, siguiendo, a la extraña figura. Habían intentado decir algo, pero quedaron mudos al ver el mar de rostros blancos, al oír el gruñido y el silencio, y al experimentar la perentoria

ola de magnetismo que se levantaba como algo físico cuando el volador se izó lentamente, y comenzó aquel indescriptible vuelo.

Una vez más lo había visto cuando Mabel se paró sobre la cubierta del bote eléctrico que los llevaba al Sur. El bajel blanco se había desplazado arriba, liso y sereno, sobre las cabezas de la vasta muchedumbre, mostrando al que realmente, si alguien tenía derecho al título, era el Salvador del Mundo. Después habían llegado a casa y topado al cura.

Esto también había sido un choque para él; porque en la primera ojeada le pareció que ese cura era el mismísimo hombre que dos horas antes había visto ascender al *rostrum.* Había un parecido extraordinario, el mismo rostro joven con pelo blanco. Mabel, por supuesto, no lo había notado, porque había visto a Felsenburgh a gran distancia; y él mismo se desengañó al instante… En cuanto a su madre… era algo terrible; de no haber sido por Mabel, allí hubiera habido violencia. ¡Cuán serena y razonable había estado! Mas, en cuanto a su madre… mejor era dejarla en paz por el momento. Poco a poco, de paso, quizá podría hacerse algo. ¡El futuro! Eso era lo que lo embargaba: el futuro, y el absorbente poder de la personalidad bajo cuyo dominio había caído anoche. Todo lo demás parecía insignificante - incluso la defección de su madre, su enfermedad -, todo palidecía ante el alborear nuevo de un sol desconocido. Y dentro de una hora iba a saber más: estaba citado en Westminster a una reunión de toda la Cámara; habían de formularse las propuestas a Felsenburgh; se pensaba ofrecerle una alta posición.

Sí, como Mabel había dicho, esto era ahora la tarea de ellos: llevar a efecto el gran principio que de golpe se había encarnado en este canoso joven americano, el principio de la Hermandad Universal. Quería decir enorme labor: todas las relaciones exteriores habían de ser ajustadas; el comercio, la política, los órganos de gobierno… todo demandaba remodelado. Europa había estado organizada en lo interno sobre la base de la defensa nacional; eso había pasado. Ya no había más defensa, no habiendo amenaza. Enorme labor aguardaba también al gobierno en otras direcciones. Un libro azul debía ser preparado, con documentación completa de las gestiones en Oriente, junto con el texto del tratado que había sido puesto ante ellos en París y firmado al fin por el Emperador, los reyezuelos locales, la República de Turquía; y contrasignado por los delegados de América…Finalmente, aún la política interna requería reforma: la fricción de la vieja querella entre centro y extremos debía cesar en adelante: debía haber un solo partido, de ahora en más; y ése, a disposición del profeta…Quedó despavorido cuando contempló el vasto proyecto y vio que todo el plano del mundo se había movido, que todos los cimientos de la vida de Occidente pedían reajuste. Era una revolución en serio, un cataclismo más estupendo que la misma invasión hubiera sido; pero era una conversión

de las tinieblas a la luz, del caos al orden. Aspiró el aire hondamente y se quedó ensimismado.
Mabel bajó a su lado media hora después, cuando cenaba para salir hacia el Whitehall.
- Madre está mejor - le dijo -. Debemos tener mucha paciencia, Oliver. ¿Has decidido ya si el cura puede volver?
Él sacudió la cabeza.
- No puedo pensar en otra cosa más que lo que tengo que hacer - rezongó -. Tú decides, querida; lo dejo en tus manos.
Ella asintió.
- Voy a hablarle de nuevo ahora mismo. Incluso ahora, a duras penas, puede comprender lo que ha ocurrido… ¿A qué hora estarás de vuelta?
- Esta noche no creo. Sesionaremos toda la noche.
- Bien, querido. ¿Qué tengo que decirle a Mister Phillips?
- Le voy a telefonear por la mañana…Mabel, ¿recuerdas lo que te noté acerca del cura?
- ¿Su parecido con el otro?
- Sí; ¿qué opinas de eso?
Ella sonrió.
- Pues nada. ¿Por qué no habrían de parecerse?
Él tomó un higo paso de sobre la mesa, lo comió y se levantó.
- Sólo que resulta curiosísimo - dijo -. Bien, buenas noches, querida.

## III

- ¡Oh, madre! - decía Mabel, arrodillada contra el lecho -. ¿No puedes comprender lo que ha ocurrido?
Había intentado de todas formas contar a la vieja dama el extraordinario cambio que el mundo había experimentado, sin resultados. A ella le parecía que algo muy grande dependía de ello; que hubiera sido lastimoso que la viejecita cayera en lo oscuro sin darse cuenta de lo que estaba viviendo. Era como si un cristiano se arrodillara junto al lecho de un judío el día de la Resurrección de Cristo. Pero la ancianita yacía en su lecho, aterrada pero terca.
- Madre - dijo la niña -, deja que te lo repita. ¿No entiendes que todo lo que prometió Jesucristo se ha realizado, pero de otro modo? El Reino de Dios ha comenzado de verdad; sólo que ahora sabemos de verdad quién es Dios. Me decías hace un momento que sólo deseabas el perdón de los pecados; bien, lo has obtenido, porque no existe eso del pecado. Lo que existe es el crimen. Y la Comunión universal. Tú sabías creer que la Comunión te hacía un copartícipe de Dios; bien, todos somos copartícipes de Dios por el hecho de ser seres humanos. ¿No comprendes que el Cristianismo es solamente una de las maneras de decir todo esto? Yo te concedo que fue la única manera durante un

tiempo; pero eso ya pasó. ¡Y cuánto mejor es la de ahora!... Es la verdad, la verdad pura. ¡Uno puede ver que es la verdad!
Pausó un momento, escrutando el lastimero rostro decrépito, las rosadas y arrugadas mejillas, las manos nudosas que se crispaban sobre la colcha.
- Mira cómo ha fallado el cristianismo - prosiguió con dulzura -, cómo ha dividido a la gente; piensa en todas las atrocidades, la Inquisición, las guerras de religión, las matanzas; la separación entre hombre y mujer, entre padres e hijos; la desobediencia al Estado, las traiciones. ¡Oh, tú no puedes pensar que eso está bien! ¡Qué clase de Dios sería ése! Y luego el Infierno... ¿Cómo es posible que hayas nunca creído en eso?... Oh madre, ¡no creas algo tan horroroso! ... ¿No entiendes que ese Dios se acabó, que no existió jamás, qué no fue más que una odiosa pesadilla; y que ahora todos hemos despertado a lo que la Verdad realmente es?... ¡Madre! piensa en lo que ocurrió anoche: cómo Él vino, el Hombre, del cual estás tan aterrada. Yo he dicho lo que él parecía, tan sereno y fuerte; cómo todo quedó en silencio, y la... la atmósfera milagrosa; y cómo seis millones de hombres Lo vieron. Y piensa lo que El ha hecho: cómo ha curado todas las viejas llagas, cómo el mundo entero está en paz por fin; y lo que tiene que suceder aún. ¡Oh, madre! desecha ya esas horribles patrañas; arrójalas; sé valiente.
- ¡El Padre! ¡El Padre! - gimió al fin la boca crispada.
- ¡No, no, no, el cura no! No puede hacer nada. Él mismo sabe que todo es mentira.
- ¡El Padre, el Padre! - suplicó la otra de nuevo -. Él te puede decir... él sabe la respuesta.
Su faz se convulsionaba en el esfuerzo y sus débiles dedos tanteaban y se enredaban en el rosario. Mabel se asustó un poco y se puso en pie.
- ¡Madre! - se inclinó y la besó -. ¡Bueno! No te diré nada más, ahora. Pero, por favor, piensa en eso despacio. No tengas el menor miedo; todo anda muy bien.
Se detuvo un rato, mirando compasivamente abajo, desgarrada de anhelo y simpatía. ¡No! era inútil ahora; había que aguardar hasta mañana.
- Voy a volver en seguida - le dijo -, en cuanto hayamos cenado. ¡Madre! ¡No me mires de ese modo! ¡Dame un beso!
Era asombroso, se dijo a sí misma en la mesa, cómo se podía ser tan ciega. ¡Y qué confesión de flaqueza, también, remitirse del todo al cura! Era grotesco, absurdo.
Ella misma estaba colmada de indescriptible paz. Incluso la muerte no le parecía ya temible, porque ¿no había sido absorbida la muerte en la victoria? Comparó el egoísta individualismo del cristiano, que retrocedía y sollozaba ante la muerte, o, en él mejor caso, la veía como la puerta de su propia felicidad personal... con el libre altruismo de la Nueva Fe,

que no pedía otra cosa sino que el Hombre viviera y creciera, que el Espíritu del Mundo triunfara y se manifestara, mientras él, el átomo, se hundía contento en ese depósito de energía del cual había brotado la vida. En ese momento, ella hubiese sufrido cualquier cosa, afrontado serena la muerte; le daba lástima pobre anciana. ¿No era lastimoso que ni la muerte pudiera reconducirla a sí misma ya la realidad?
Estaba en un plácido remolino de embriaguez; era como si el pesado velo del sentido hubiese sido arrollado, descubriendo detrás un suave paisaje eterno, una lúcida tierra de paz donde el león yacía junto al cordero, y el leopardo con el cabrito. No iba a haber más guerras; el sangriento espectro había muerto y con él la cría de males que vivían en su sombra: superstición, choque, terror y oscuridad. Los ídolos habían reventado y huían las ratas de adentro; Jehová había rodado; el frenético soñador de Galilea estaba en el sepulcro, sin resurrección posible; el reinado de los sacerdotes había caído. Y en su lugar se alzaba una extraña y quieta figura de indomable poder e inmarcesible ternura - el que ella había visto, el Hijo del Hombre, el Salvador del Mundo, como lo había bautizado ha da un momento -, y el que llevaba estos títulos no era ya una figura monstruosa, medio Dios y medio Hombre, reclamando dos naturalezas para no poseer ninguna; uno que había sido tentado sin tentación real, y había vencido sin mérito alguno, como enseñaban sus seguidores. Aquí, en cambio, estaba uno que ella podía comprender y seguir; un hombre y un dios entero a la vez; un Dios de puro humano y un Hombre de puro divino.
Esa noche no porfió más; se asomó un momento a la alcoba y vio a la anciana dormida. Su seca mano yacía sobre la colcha y todavía entre los dedos se enredaba la estúpida sarta de cuentas. Mabel cruzó de puntillas a través la luz velada y trató de desasirla; pero los dedos sarmentosos se crisparon y obstinaron, y un quejido brotó de los labios entreabiertos. ¡Ah, qué lástima era, qué desesperante - pensó la niña - que un alma se perdiera en esa oscuridad, refractaria a hacer la última generosa oblación, y a entregar su vida a la vida misma, que la pedía!
Volvió vacilante a su dormitorio...
El reloj estaba dando las tres, y el alba gris pintaba los muros, cuando despertó para encontrar junto a su lecho la enfermera que había, dejado junto a la madre.
- Venga pronto, señora; la enfermita se muere.
IV
Oliver estuvo con ellos a las seis; fue derecho al cuarto de su madre, para hallar que todo había acabado.
El cuarto estaba lleno de la luz y el aire fresco de la mañana, y un reto de trinos de pájaros venía del jardín vecino; mas su mujer se ahinojaba contra el lecho, la faz hundida entre sus brazos, asiendo todavía las rugosas manos de la muerta. La cara de su madre estaba más quieta

que jamás la viera, sus rasgos mostraban sólo las tenues sombras de una máscara de alabastro; sus labios se habían dormido en una sonrisa. La contempló un momento, esperando que muriera el espasmo que había anudado su garganta. Después tocó el hombro de su esposa.
- ¿Cuándo? - preguntó.
Mabel levantó la cabeza.
- ¡Ah! Oliver - murmuró -. Hace una hora... Mira esto.
Soltó las yertas manos y mostró el rosario allí todavía liado; se había quebrado en la última lucha, y una cuenta parda yacía bajo los dedos.
- Hice lo que pude - sollozó Mabel -. No fui dura con ella. Pero no quería saber nada. Siguió lloriqueando por el cura todo el tiempo que pudo hablar...
- Querida... - comenzó el hombre. Después él también cayó de rodillas junto a ella, se inclinó y besó el rosario, con los ojos arrasados en lágrimas.
- Sí, sí - dijo -, dejémoslo estar. Por nada del mundo se lo quitaré. Era como su juguete. ¿No es verdad?
La muchacha lo miró asombrada.
- También nosotros podemos ser tolerantes - repuso él -. El mundo es nuestro, al fin. Y ella... ella no ha perdido nada; para ella era tarde.
- Hice... hice lo que pude.
- Pero sí, tesoro, y tenías razón. Pero ella era muy vieja ya; no podía entender.
Se detuvo.
- ¿Eutanasia? - preguntó después en un susurro, con algo en la voz como ternura.
Ella asintió con la cabeza.
- Sí - articuló después -. Justo cuando comenzó la agonía. Ella resistió, pero yo sabía que tú lo querías.
Hablaron juntos una hora en el jardín antes que Oliver retornara a su cuarto; y él comenzó a dar cuenta de todo lo que iba ocurriendo.
- Ha rehusado - dijo -. Le ofrecimos crear un cargo para Él; iba a ser llamado Gran Consultor; mas Él ha rehusado hace dos horas. Pero ha prometido estar a nuestro servicio...No, no debo decirte dónde se halla ahora... Retornará a América pronto, creemos; pero no nos abandonará. Hemos pergeñado un programa de reformas para sometérselo en seguida...Sí, por unanimidad.
- ¿Qué programa?
- Concerniente a la Emancipación, la Ley de Pobres y el Comercio. No te puedo decir más. Fue Él quien sugirió los puntos. Pero no estamos aún seguros de haberlo captado bien.
- Pero, querido...
- Sí; es extraordinario al máximo. Yo no había ni soñado...Prácticamente sin discusión.

- ¿Y el pueblo entra?
- Creo que sí. Hemos de guardarnos de una reacción. Algunos creen que los católicos van a peligrar. Había un artículo hoy en *La Era*… Nos mandaron las pruebas para el visto bueno. Sugiere que se deben tomar medidas para proteger a los católicos…
Mabel sonrió.
- Sí - continuó él -, es bastante irónico. Pero ellos también tienen derecho a vivir. Hasta dónde tengan derecho a participar en el gobierno, es otro asunto. Se nos va a plantear, supongo, dentro de una o dos semanas.
- Dime más acerca de Él…
- No hay nada más; no sabemos nada, fuera de que Él es la fuerza suprema en el mundo. Francia está en ebullición y le ha ofrecido la Dictadura. También ha rehusado eso. Germania ha hecho la misma oferta que nosotros. Italia, lo mismo que Francia, con el título de Tribuno Perpetuo. América todavía no ha chistado; y España está dividida.
- ¿Y el Oriente?
- El Emperador se ha limitado a darle las gracias y no más.
Mabel dio un largo respiro y quedó oteando a través de la cálida neblina que comenzaba a cubrir la gran ciudad allí abajo. Eran asuntos tan vastos, que la desbordaban. Pero en su imaginación, Europa estaba allí bullendo como un colmenar al sol. Vio en su mente las azules lejanías de Francia, las viejas ciudades de Germania, la estepa rusa, los Alpes y la abigarrada Italia; y hacia allá de los Pirineos, España tostada al sol; y todos acuciados del mismo afán: adjudicarse a sí mismos la asombrosa figura que había surgido en el mundo. La flemática Inglaterra también estaba en celo. Cada nación no anhelaba sino que este hombre la gobernara; y Él se había rehusado a todas.
- ¡Y Él las ha rehusado todas! - repitió sin aliento.
- Todas. Pensamos que debe estar esperando a América. Todavía tiene un cargo allá, sabes.
- ¿Qué edad tiene?
- No más de treinta y dos o treinta y tres. Ha estado en función pública sólo unos cuantos meses. Antes de eso, vivía solo en Vermont. Después se presentó para el Senado, después pronunció algunos discursos, después fue elegido delegado, aunque ninguno parece haber sospechado su potencia. Y el resto lo conocemos. Mabel meneó la cabeza, meditabunda.
- No conocemos nada - dijo -. Nada, nada. ¿Dónde aprendió lenguas?
- Es evidente que debe haber viajado durante años. No sabemos su origen, quiénes fueron sus padres, cómo fue su estupenda educación. Él no ha dicho nada.
Ella se volvió vivamente hacia el marido.
- Pero ¿cómo se entiende esto? ¿Cuál es su poder? Veamos eso, Oliver.

Ella devolvió la sonrisa, sacudiendo el rostro.
- Bueno, Markham dice que es su pureza... esto, y después su oratoria; pero eso es decir nada.
- Es decir nada - afirmó ella.
- Es la personalidad - continuó Oliver -. Es la etiqueta que hay que usar. Pero no es más que una etiqueta.
- Sólo una etiqueta. Pero es eso. Todos lo sintieron como yo en la Casa de Pablo y después afuera en las calles. ¿No lo sentiste tú?
- ¡Si lo sentí! - exclamó el hombre, brillantes los ojos -. ¡Moriría por él!
Estaban ya de vuelta a la casa, y hasta que no franquearon el dintel, ninguno dijo una palabra acerca de la finadita, arriba.
- Están con ella ahora - pronunció Mabel muy bajo -. Voy a ver qué hacen.
- Es mejor para esta tarde - asintió Oliver gravemente -. Tengo justo una hora libre a las catorce. Oh, a propósito, Mabel, ¿sabes quién llevó el mensaje al cura?
- Creo que sí...
- Sí, fue Phillips. Lo vi anoche. No volverá aquí más.
- ¿Confesó?
- En la forma más insolente.
Pero el rostro de Oliver se suavizó al saludar a su esposa al pie de la escalera, y volverse para subir de nuevo a la alcoba de la madre.

## CAPÍTULO SEGUNDO

### I

Le pareció a Percy Franklin, al descender sobre Roma, resbalando a doscientos metros de altura en el cálido amanecer, que se aproximaba a las mismas puertas del cielo, o mejor, que era un chico que volvía a casa; ya que lo que dejara detrás cinco horas antes en Londres no era un mal espécimen, dijo, de los círculos altos del Averno. Era un mundo del que Dios parecía haberse retirado, dejándolo empero en un estado de alta complacencia, un estado sin fe ni esperanza verdadera, pero de tal condición que el vivir seguía, aunque ausentado lo único esencial para el buen vivir. No era que faltara palpitación: todo Londres estaba como sobre brasas. Había rumores a montones: Felsenburgh está volviendo; ya ha vuelto; no ha salido... Va a ser Presidente del Consejo, Primer Ministro, Tribuno, con plenas facultades de gobierno democrático y la sacrosantidad personal; incluso Rey... si no Emperador de Occidente. Toda la Constitución tenía que ser remodelada, había de haber una reestructuración total de sus partes; el crimen iba a ser abolido por el misterioso poder que había matado la guerra, habría repartos de víveres gratis... el secreto de la vida estaba descubierto, y hasta la misma muerte... Corrían y corrían los rumores... Sin embargo,

para el sacerdote estaba faltando aquello que hace la vida digna de ser vivida.

En París, mientras el volador hacía escala en la estación de Montmartre, en antaño templo del Sagrado Corazón, oyó el fragor de la muchedumbre de nuevo enamorada de la vida, y vio el pasar de las banderas flameantes. Cuando el velero se alzó de nuevo sobre los arrabales, había visto la larga fila de los trenes en torrente, visibles como chispeantes sierpes en el brillo glorioso de los globos de neón, trayendo al campesinado a los Estados Generales de la Nación, que los legisladores, enloquecidos y dramáticos, habían convocado para decidir la gran cuestión. En Lión había visto lo mismo. Toda Francia se congregaba para depositar sus votos.

Había quedado dormido al ir envolviendo al bajel aéreo el frío relente de los Alpes y había tenido sólo atisbos de los solemnes picos enlunados, las negras honduras de los barran cos, el óvalo de plata de los lagos, y el suave fosforecer de la cuenca y las ciudades del Ródano. Una vez se despertó de golpe, al pasar en la noche uno de los enormes voladores germanos, una centella de luces y oros fantasmales, semejante a una enorme falena de antenas de fuego; y los dos navíos se habían saludado a través de una legua de aire silente con un grito patético, como dos extrañas aves nocturnas que no pueden detenerse un instante. Milán y Turín estaban quietas, pues Italia estaba organizada sobre bases distintas a las de Francia; y Florencia recién comenzaba a despertar. Y ahora la Campania resbalaba hacia atrás como un tapiz ver de oscuro, arrugado y quebrado, doscientos metros debajo; y Roma estaba en lontananza. El indicador sobre su cabeza movió su aguja: distancia, doscientos kilómetros. Llegarían en un soplo.

Sacudió su modorra y desenfundó su breviario; pero al pronunciar las preces su atención estaba ausente; y cuando terminó prima, cerró él libro de nuevo, se puso cómodo, recogiendo en torno sus pieles y extendió los pies sobre el opuesto asiento vacío. Estaba solo en el compartimiento: los tres pasajeros que habían entrado en París, descendieron en Milán…

Había sentido un gran alivio citando, tres días antes, le llegó la orden del Cardenal Protector de hacer sus arreglos para una larga ausencia de Inglaterra; y luego al punto volar a Roma, Las autoridades eclesiásticas parecían por fin haberse dado por enteradas.

Rememoró los dos días últimos, pensando en el informe que debía presentar. Desde su última carta, cuatro días antes, siete notables apostasías habían tenido lugar en Westminster solamente: dos sacerdotes y cinco seglares importantes. Había aires de revuelta por todas partes; y él había leído un documento amenazante, titulado “Una petición”, en que ciento veinte sacerdotes de Inglaterra y Gales reclamaban, entre otras cosas, la dispensa total de toda vestimenta o

insignia eclesiástica. Los “peticionantes” apuntaban que la persecución a manos de las turbas excitadas era inminente; que el gobierno no era sincero en sus promesas de protección; y avisaban que la lealtad a la religión había sido llevada al punto de quebrarse, incluso en el caso de los más fieles; y quebrada dé hecho en todos los demás.
Su comentario, Percy lo veía claro. Diría a las autoridades lo que les había dicho cincuenta veces: que no era tanto la persecución violenta lo que contaba; era esta nueva explosión de entusiasmo por la “Humanidad” - un entusiasmo que se había inflamado cien veces más desde el advenimiento de Felsenburgh y las noticias del Este - que estaba derritiendo los corazones de todos, menos una ínfima minoría. De golpe el hombre se había enamorado, del Hombre. Los rutinarios se frotaban los ojos preguntándose cómo es que pudieron una vez haber creído, ni siquiera soñado, que había un Dios que amar; inquiriendo unos de otros cuál había sido el ensalmo que los había dominado tanto tiempo. La cristiandad y el teísmo se disipaban a la vez de la mente del mundo como una, niebla invernal a los rayos del sol. ¿Sus recomendaciones? Sí, también estaban claras, y se revolvían en su magín con desesperanzado afán.
En cuanto a él, apenas osaba afirmar que creía lo que profesaba. Sus emociones parecían haber sido definitivamente taladas en la visión del bajel blanco y en el silencio de la turba de aquella noche, tres semanas atrás. Había sido tan horriblemente positivo y perentorio; las delicadas aspiraciones y esperanzas del alma aparecían tan nebulosas, confrontadas con la ardiente y demoledora pasión del pueblo. Nunca había visto cosa igual; ninguna concurrencia bajo el influjo del más ferviente orador en el mundo había respondido jamás con la décima parte del fervor con que aquella multitud irreligiosa, de pie en la gélida mañana londinense, había aclamado la venida de su redentor. En cuanto al hombre mismo... Percy no podía analizar lo que lo había poseído al contemplar, tartamudeando el nombre de Jesús, aquella figura de negro con cabellos y facciones parecidos a los suyos Sólo sabía que una mano había aferrado su corazón - una mano cálida, no fría - y había exprimido, aparentemente, todo jugo de convicción religiosa. Solamente con un esfuerzo que sólo recordar lo ponía enfermo, se había frenado ante el acto interior de capitulación que es tan conocido a los que han cultivado una vida interior y conocen el sentido del derrumbe. Una sola ciudadela quedó que no desencajara de par en par las puertas; todo el resto había cedido.
Sus emociones habían sido tomadas por asalto, el intelecto silenciado, el recuerdo de la gracia borrado, una náusea espiritual había mareado a su espíritu; sin embargo, el secreto baluarte de su voluntad había, agónicamente, cerrado sus puertas y rehusado llamar a gritos “Rey” a Felsenburgh.

¡Ah, lo que había orado durante estas semanas! Le parecía que no había hecho otra cosa. No había habido tregua. Lanzas de duda eran arrojadas una y otra vez por todas sus ventanas; masas de argumentos lo aplastaban desde arriba; había estado en guardia día y noche; arrojando esto ciegamente, negando estotro, esforzándose en mantener el pie en el resbaloso terreno de lo sobrenatural, enviando grito tiras grito al Señor que se escondía. Había dormido con el crucifijo en la mano y se había despertado con él en los labios; mientras escribía, hablaba, comía, caminaba, andaba en coche, la vida interior había estado erecta, haciendo frenéticos actos de fe silenciosa en una religión que su intelecto parecía negar y sus emociones rechazar. Había habido momentos de éxtasis… Ya en una calle apiñada, cuando reconoció que Dios era todo, que el Creador era la llave de la vida finita, que el más humilde acto de adoración trascendía inmensamente sobre cualquier acto de la naturaleza, que lo sobrenatural era el origen y el fin de lo existente; ya en medio de la noche, momentos tales habían irrumpido en él en todas partes, en el silencio de la catedral cuando al parpadeo de la lamparilla un aire mudo había aleteado hacia él desde las puertas de oro del sagrario. Pero después la pasión retornaba, y lo dejaba encadenado a su miseria, aunque asentado en una resolución (que igual podía ser de fe que de orgullo) de que poder alguno de la tierra no lo iba a hacer renegar del Cristianismo. Era el Cristianismo lo único que le hacía la vida tolerable.

Percy exhaló un suspiro trémulo y cambió de postura; pues allá a lo lejos sus ojos cerrados habían diseñado un domo, como una burbuja azul sobre un estanque verdoso; y su cerebro lo había interrumpido para decirle que allá estaba Roma.

Se levantó resolutamente, salió del compartimiento y avanzó por el pasillo central, echando ojeadas a derecha e izquierda tras los cristales a sus compañeros de viaje, algunos dormidos, otros mirando por la ventanilla, otros leyendo. Posó los ojos en el cristal rectangular de la cabina piloto; y por un momento o dos observó fascinado la tiesa figura del conductor en su puesto. Estaba allí inmóvil, sus manos en el volante cromado que comandaba las vastas alas, los ojos en el anemómetro que le decía como un cuadrante de reloj la dirección y las fuerzas de las altas ráfagas; y de vez en cuando sus manos giraban delicadamente, y respondían afuera los tremendos alerones, alzándose o abatiéndose. Debajo de él y a su frente, fijados en un tablero circular, resaltaban las frentes abombadas de muchísimos indicadores - Percy no sabía el para qué de casi ninguno - uno parecía una especie de barómetro para indicar la altura del crucero, supuso; otro era un compás marino. Y todo en torno, a través de los curvos vitrales, el peligroso cielo. Bien, esto es una pura maravilla, pensó el clérigo; y es esa inmensa potencia, de que

esta maravilla no es sino una leve muestra, la que está ahora enfrentada a lo que yo llamo lo “Sobrenatural”.
Suspiró, y se volvió hacia su compartimiento. Una, estupenda se abría delante y en torno suyo - no tanto hermosa cuanto extraña, y tan irreal como un mapa pintado. Lejos, a la derecha, como podía ver tras las combadas cristaleras, yacía la línea gris del mar contra el cielo desteñido, oscilando ligeramente al compás de la imperceptible vibración del navío, aparentemente inmóvil, contra la brisa; y el único otro movimiento era el apagado latido de la enorme hélice de popa. A la izquierda se tendía la ilimitada tierra, titilando debajo en atisbos entre las tranquilas alas, aquí y allá la mancha de aplastada contra el suelo, o el rielar del agua, o más allá los bajos pezones de las sierras umbrías; mientras al frente entrando y saliendo al par que el bajel viraba, la confusa línea de Roma y sus nuevos suburbios, coronada por la grandiosa cúpula que crecía por momentos. Alrededor, abajo, y arriba, sus ojos parecían percibir masas azuladas de espacio, virando hasta el lapislázuli del cenit y limitadas por horizontes turquesa pálido. El único sonido, del cual por un largo rato había cesado de ser consciente, era del continuo roce del aire, menos agrio ahora que el aéreo ralentaba en descenso - abajo, abajo, a menos de sesenta kilómetros por hora. Hubo el tañir de una campana, y de inmediato tuvo 1a sensación de un leve mareo cuando el bajel se abatió en espiral soberbia, y él tambaleó, apretando sus mantas. Citando miró de nuevo, el descenso parecía haber cesado; podía ver torres allá delante, una línea de tejados; y debajo captó un trozo de ruta y más tejados entre parches verdes. La campana retiñó de nuevo, y un suave grito prolongado fue la respuesta. Por todas partes podía oír movimientos y pisadas; un guardia de uniforme pasó rápido ante la puerta; de nuevo vino la leve náusea; y al mirar por sobre el bagaje vio un momento la cúpula, ahora gris y recortada, casi al nivel de sus ojos, enorme contra el claro cielo. El mundo giró por un momento; él cerró los ojos; y cuando los abrió, grandes muros parecían venir contra ellos y detenerse, oscilando; hubo una última campanada y un suave sacudón al atracar la nave contra el muelle revestido de acero inoxidable; una fila de rostros se hamacó y luego se aquietó a través de las ventanas; y Percy se encaminó hacia la puerta, llevando sus dos valijas.

## II

Tenía aún una impresión de tambaleo cuando se sentó solo ante su desayuno, una hora más tarde, en una de las apartadas salitas del Vaticano; pero había también una sensación de regocijo al comprender su cansado cerebro dónde estaba. Había sido curioso rodar sobre el sonante empedrado en un cochecito vetusto, igual a los que recordaba hacía diez años cuando dejó Roma, novel sacerdote. Mientras el mundo

había progresado, Roma se había detenido; tenía otros asuntos que pensar fuera de las mejoras materiales, ahora que la carga espiritual de todo el mundo gravitaba directamente sobre sus hombros. Todo parecía intacto; o mejor dicho, había retrocedido a la condición de hacía unos ciento cincuenta años. Las historias relataban cómo las mejoras introducidas por el gobierno italiano habían caído fuera de uso paulatinamente al alcanzar la urbe, ochenta años antes, su autonomía; los trenes aéreos habían cesado de correr, los voladores no podían pasar de extramuros, los grandes edificios públicos desalojados se habían destinado a usos eclesiásticos; el Quirinal se había vuelto la oficina del “Papa Rojo”; las embajadas, enormes seminarios extranjeros; incluso el Vaticano, con excepción del último piso, se había vuelto la residencia del Colegio Cardenalicio, que circundaba al Sumo Pontífice como los planetas al sol.
Era una ciudad única, decían los anticuarios - el único ejemplo vivo de los días de antaño. Aquí se podían ver todas las antiguas incomodidades, los horrores antihigiénicos, la encarnación de un mundo volcado al ensueño. La antigua pompa de la Iglesia había retorna do también; los cardenales circulaban en carrozas, doradas, el Papa montado en su mula blanca; el Santísimo Sacramento, a través de las callejas desaseadas a son de campanas y luz de hachones. Una descripción de todo esto hecha por un brillante periodista había interesado desmesuradamente al mundo civilizado durante unas cuarenta y ocho horas; el inaceptable retroceso era usado de vez en cuando como lugar común de violentas denuncias para los semicultos; mas los cultos habían cesado de pensar en Roma, dando por supuesto que la superstición y el progreso eran enemigos irreconciliables.
Y sin embargo, Percy, en el fugaz vistazo qué había echado en las calles (al rodar desde la Estación Aéreos fuera de la Porta del Pópolo) a los viejos tocados aldeanos, los carricoches de vino listados de azul y rojo, las calles sucias con restos de verduras, la ropa a secar tendida en cordeles, las mulas y los caballos - por extraños que fueran -, Percy los había sentido refrescantes. Parecía como que le recordaban que el hombre es humano y no divino, cómo vociferaba el resto del mundo; humano, y por lo tanto individualista y descuidado; humano, y por lo tanto adicto a otros cuidados diferentes, de la velocidad, la limpieza y la precisión.
El aposento en donde ahora estaba sentado cabe la ventana con postigos arrimados, pues el sol estaba picando, parecía irse para atrás todavía más de una centuria y media. Los damascos y doraduras que él esperaba habían desaparecido, y su falta daba una impresión de severidad. Había una mesa escritorio en el centro, todo lo largo del salón, flanqueada de esas incómodas sillas de tiesos respaldos altísimos y brazos de leño, con asientos de velludo amarillo; el piso de madera

roja, con tiras de alfombra para los pies; las blancas y hurañas paredes tenían sólo un par de cuadros viejos colgados y un ancho crucifijo entre candelabros se alzaba cerca de la puerta de calle. No había más moblaje que ése, a excepción de una mesita entre las das ventanas con una máquina de escribir; a la cual se quedó mirando, con un vago sentido de anomalía.
Tomó el último trago de café del grueso tazón, y se apoyó en el respaldo con un suspiro.
Su carga se había aliviado, y estaba asombrado de la rapidez del alivio. La vida aquí era simple; el mundo interior era dado por más que supuesto, y no era asunto de debate. Estaba allí, perentorio y objetivo, y a través de él resplandecían a los ojos del alma las viejas imágenes que el vórtice mundanal había sumergido. La sombra misma de Dios parecía descansar allí; ya no era imposible tener por cierto que los santos escuchaban e intercedían, que María sonreía, en su trono, que el pequeño disco blanco del altar era Jesucristo. Percy no estaba en paz del todo; al fin, tenía una hora de Roma y el aire por cargado de devoción que estuviera, no podía hacer milagros. Pero se sentía más suelto, menos desasosegado, más infantil, más contento con descansar en la autoridad que mandaba sin explicaciones y afirmaba corno un hecho probado por videncias de fuera y dentro, que el mundo estaba hecho de esta manera y no de aquélla, con este propósito y no estotro. Sin embargo, él había usado de... las comodidades que por otra parte odiaba; había volado desde Londres no hacía siete horas y estaba ahora allí sentado en su sitio que era o bien un remanso estancado de la vida, o bien el mismo centro de ella, como se esforzaba en creer, y no acababa de estar seguro.
Hubo pasos afuera, giró el picaporte, y el Cardenal Protector entró sin trámites... Percy no lo había visto en cinco años, y de momento no lo reconoció, Era un hombre muy viejo el que vio ahora, doblado y débil, arrugado como una pasa, coronado de una pelusa escasa y blanca con un casquete rojo encima; venía en su hábito de benedictino con una cruz sencilla en el pecho y caminaba indeciso, con un bastón negro. El único signo de vigor estaba en la brillante hendidura de los ojitos bajo los pesados párpados. Le alargó la mano, sonriendo; y Percy, recordando los nuevos usos del Vaticano, solamente se inclinó al besar la amatista.
Bienvenido a Roma, Padre - dijo el viejo, articulando con una vivacidad inesperada -. Hace media hora me dijeron que había llegado; pensé mejor dejarle tiempo para lavarse y el café.
Percy dijo cualquier cosa.
- Sí, está cansado sin duda - dijo el Cardenal, tomando una silla.
- Nada, Eminencia. He dormido muy bien.
El Cardenal le indicó otra silla, con un ademán.

- Pero tengo que hablar con usted. El Padre Santo desea verlo a las once.
Percy saltó un poquito.
- En estos días nos movemos rápido, Padre. . . No hay tiempo para holgar. ¿Ha entendido que tiene que quedarse en Roma por ahora?
- He dejado todo arreglado en vista de eso, Eminencia.
- Eso está bien... Estamos contentos de usted aquí, padre Franklin. El Padre Santo ha quedado impresionadísimo de sus comentarios. Usted ha previsto muchas cosas de una manera asombrosa.
Percy enrojeció de placer. Era el primer asomo de aprobación que recordaba. El Cardenal Martín prosiguió:
- Puedo decir que es usted, quizá, nuestro corresponsal más valioso y en Inglaterra, desde luego, sin quizá. Por eso ha sido citado. Tiene que ayudamos de aquí en adelante - una especie de consultor; pues para relatar hechos cualquiera es bueno; pero no cualquiera sabe interpretarlos... Usted parece muy joven, Padre. ¿Qué edad cuenta?
- Treinta y tres, Eminencia.
- Ah, su cabellera blanca lo ayuda... Ahora, Padre, ¿quiere seguirme a mi cuarto? Son las ocho; lo detendré a lo más hasta las nueve. Después puede descansar un rato, y a las once en punto lo llevaré a Su Santidad.
Percy se levantó con una extraña sensación de ufanía, y se adelantó a abrirle la puerta al Cardenal.

## III

Minutos antes de las once Percy salió de su cuartito blanqueado, con su nuevo manteo, sotana y zapatos de hebilla, y llamó a la puerta del Cardenal.
Se sentía mucho más seguro de sí. Había hablado al Protector libremente y con firmeza, le había descrito el golpe de Felsenburgh en Londres, e incluso la especie de parálisis que él había sufrido. Había afirmado su creencia de que se estaba ante un proceso sin parangón en la historia; relató diversas escenas que había presenciado: un grupo arrodillado ante un retrato de Felsenburgh, un moribundo que lo llamaba por su nombre, el aspecto de la muchedumbre que había esperado en Westminster largas horas el resultado de la oferta que Inglaterra había hecho a este extranjero. Le mostró cinco o seis recortes de diarios, señalando su histérico entusiasmo; y llegó incluso hasta arriesgar una profecía, y predecir que la persecución se venía, tarde o temprano.
El mundo parece galvanizado - dijo -; todo parece palpitación y nervios.
El Cardenal asintió.
- Nosotros también - dijo -. Hasta nosotros...
Por lo demás el Cardenal había estado quieto, vigilándolo desde sus ojitos entrecerrados, cabeceando de tiempo en tiempo, poniendo

alguna cuestión de paso; pero escuchando sin cesar con atención inflexible.

Y lo que usted recomendaría... - comenzó, y después interrumpió -: No, sería preguntar demasiado. El Padre Santo lo hará...

Lo había felicitado por su latín entonces - pues habían conversado en esa lengua a todo lo largo de su segunda entrevista; y Percy había explicado cuán lealmente la Inglaterra católica había acogido la orden, emitida hacía diez años, de que el latín se volviera para la Iglesia lo que el esperanto estaba haciéndose para el mundo.

Eso es óptimo dijo el viejo. Dígaselo a Su Santidad, lo va a complacer mucho.

La puerta se abrió al toque de un botón, y el Cardenal salió llevándolo del brazo sin una palabra; y juntos se encaminaron al ascensor.

Percy aventuró una observación al resbalar la máquina sin ruido hacia el departamento papal.

- Me causa gracia el ascensor, Eminencia, y la máquina de escribir en la salita.

- ¿Por qué, Padre?

- Bueno, el resto de Roma ha reculado a los tiempos de Garibaldi.

- ¿Sí? Puede ser. No me había fijado.

Un guardia suizo abrió la puerta del ascensor, hizo la venia y se adelantó a lo largo del pasaje blasonado donde un compañero suyo estaba de guardia. Después saludó y se retiró. Un chambelán papal, en todo su sombrío garbo de púrpura, negro y gorguera española, asomó a la puerta y después la abrió de prisa. Parecía realmente increíble que hubiera todo eso todavía.

- Dentro de un momento, Eminencia - dijo en latín -. ¿Por favor, aguarda un instante?

Era un cuartito cuadrado, con media docena de puertas. Sumariamente acomodado de una de las antiguas inmensas galerías, porque era inmensamente alto y el desteñido dorado de las cornisas se perdía de golpe en dos puntos en tabiques de yeso. Los tabiques parecían delgados, porque al tomar asiento los dos hubo al lado un parloteo de voces apenas audibles, el sonar de pasos y el eterno tecleo de la máquina de escribir, del que Percy creía haber escapado. Estaban solos en la antesala, amueblada con la misma sencillez que el cuarto del Cardenal - que daba una curiosa impresión mixta de dignidad y ascético despojo con su piso de madera roja, sus paredes de yeso, su altarcito y los dos recios candelabros de bronce viejo re pujado, de incalculable valor en aquellos días. Los postigos también aquí arrimados; y nada había para distraer a Percy de la excitación que bruscamente repuntó decuplicada en su cerebro yen su pulso.

Estaba por ver al *Papa Angelicus:* ese asombroso anciano que había sido designado Secretario de Estado hacía, ahora cincuenta años, a la

edad de treinta, y Papa nueve años atrás. Era el que había llevado adelante la inaudita política, de ceder el total de las iglesias a través de toda Italia al Gobierno, en trueque del dominio temporal de Roma, de la cual se había puesto a hacer una ciudad de santos. No había hecho el menor caso de la opinión del mundo; su política, si cabe llamarla así, era de lo más simple: había proclamado en encíclica tras encíclica que el objeto de la Iglesia era dar gloria a Dios por la producción en el hombre de virtudes sobrenaturales, y que nada absolutamente tenía importancia ni siquiera significación que no atañese a tal objeto. Mantuvo además que desde que Pedro era la Roca, la ciudad de Pedro era la capital del mundo, y debía volverse un ejemplo para todas sus dependencias; y como esto no era agible si Pedro no regía la ciudad, por eso había sacrificado todos los templos y edificios eclesiásticos de la península a este solo fin. Después se había puesto a regir su ciudad: había dicho que, todos en conjunto, los últimos descubrimientos del hombre tendían más bien a distraer las almas de la contemplación de sus fines eternos - no que fueran algo malo en sí mismo, ya que al fin y al cabo hacían manifiestas las admirables leyes divinas, pero que al presente se habían vuelto demasiado absorbentes de la imaginación. De modo que había removido los trenes aéreos, las aeronaves, los laboratorios, las grandes usinas - apuntando que sobraba espacio para todo eso fuera de Roma - y había permitido que existiesen solamente en los suburbios; en su lugar había colocado santuarios, casas religiosas y Vía-Crucis. Entonces se había dado de lleno a la cura del alma de sus súbditos. Dado que Roma tenía un área restringida, y sobre todo, que el mundo en torno de ella se pudría cada vez más en su propio virus, prohibió a todo hombre menor de cincuenta años residir dentro de sus muros por más de un mes, a no ser que obtuviera su permiso vecinal de residencia. Podía radicarse por supuesto en los aledaños de la ciudad, como de hecho lo hicieron por decenas de miles, pero no con el beneplácito del Santo Padre, que parecía no querer saber nada de medias tintas o aproximaciones.
Esto hecho, dividió la urbe en barrios nacionales, diciendo que como cada nación tenía sus peculiares virtudes, cada una debía concentrar su propia luz en su propio puesto. Los alquileres comenzaron a subir de inmediato, y se legisló contra esta alza, reservando en cada barrio calles enteras de casas con precio fijo, y fulminando excomunión *ipso facto* a todo el que osare violarlo. El resto fue abandonado a los millonarios. La Ciu4ad Leonina fue reservada entera a su disposición. Después restableció la pena capital, con esa fría serenidad que lo había hecho la derisión del mundo civilizado en otras materias, diciendo que si la vida humana era sagrada, la virtud humana era más sagrada todavía; y había añadido al crimen de asesinato el adulterio, la idolatría formal y la apostasía; para los cuales teóricamente este castigo quedó

sancionado. No había habido empero más que dos ejecuciones en los nueve años de su reinado; en parte porque los delincuentes, por supuesto, podían refugiarse al vuelo en los suburbios, donde cesaba su jurisdicción.
Y no se había detenido aquí. Había enviado embajadores a todas las naciones del mundo, informando a los gobiernos de su entronización. Ningún efecto había producido esto, fuera del de la burla; pero él había continuado impertérrito afirmando sus derechos, y usando entretanto sus legados para la ardua tarea de difundir sus enseñanzas. Encíclicas aparecían de tiempo en tiempo en las principales ciudades, exponiendo los principios de la política papal con tanta tranquilidad como cuando ellos eran universalmente reconocidos. La masonería había sido firmemente denunciada, así como las ideas democráticas de toda laya; los hombres eran exhortados a acordarse de sus almas inmortales, y de la Majestad de Dios, y a reflexionar sobre el hecho de que en un breve lapso de tiempo todos iban a ser llamados a rendir cuentas ante el que era Creador y Juez del Mundo, Cuyo indigno Vicario en la tierra era Juan XXIV, P. P., cuya firma y sello iban al pie.
Esta fue la línea de acción que tomó al mundo por sorpresa enteramente. La gente había esperado drama, discusión, histeria y apasionadas imprecaciones. No hubo tal. El anciano diplomático (a quien el mundo denegó al punto toda capacidad diplomática) se movía como en el Medioevo, como si el progreso no hubiera empezado, como si el supervolador y la bomba Harstein no se hubieran inventado, como si el universo entero no hubiera terminado por descreer en Dios y creer de resultas en su propia deidad. Aquí estaba este vejete loco hablando en sueños, chachareando acerca de la Cruz, la vida interior y el perdón de los peca dos, exactamente como sus desdichados predecesores habían hablado dos mil años antes. Bueno, era meramente un signo más de que Roma había perdido no solamente su antiguo poder, sino incluso el sentido común. Era realmente tiempo, decía el mundo, de tomar alguna medida…
Y este era el hombre, el *Papa Angelicus*, pensó Percy, a quien iba a ver dentro de un minuto.
Se estremeció al sentir sobre su rodilla la mano del Cardenal y ver abrirse la puerta y un prelado color púrpura dirigirse a ellos inclinando lentamente la cabeza.
- Sólo una cosa - oyó que le decían -: sea absolutamente franco.
Percy se levantó temblando. Después siguió a su patrón al interior del salón del trono,
IV
Una figura blanca sedía en la sombra verdosa, al lado de un gran escritorio cargado de cosas, tres o cuatro metros aparte, pero con el sillón enfrentado a la puerta por donde los dos entraron. Es lo único que

vio al hacer la primera genuflexión. Después bajó los ojos, avanzó, genuflectó de nuevo junto con el otro, avanzó más, y por tercera vez dobló la rodilla, levantando la tenue mano blanca, a él alargada, hasta sus labios. Oyó cerrarse la puerta al ponerse de pie.
- El padre Franklin, Santidad - oyó la voz del Cardenal a su lado.
Un brazo blanco señaló un par de sillas muy cercanas, y los das se sentaron.
Mientras el Cardenal, en latín italianado, explicaba en breves frases que este era el sacerdote *"britannicus"* cuya correspondencia había resultado tan útil, Percy comenzó a mirar con cien ojos.
Conocía bien el rostro del Papa por centenares de fotos y noticiarios; aun sus gestos le eran familiares, el breve bajar del mentón asintiendo, la suave y elocuente moción de las manos; pero Percy, con una impresión de ser perogrullesco, se dijo que la presencia viviente era muy distinta.
Vio en el trono frente de él a un espigado anciano, de mediana altura y talle, con manos finas que agarraban las perillas del brazal, y una apariencia de tranquila y deliberada dignidad. Pero era el rostro donde él principalmente espiaba, bajando los párpados tres o cuatro veces al volverse los ojos azules hacia él. Eran ojos extraordinarios, que recordaban lo que los cronistas habían escrito de Pío X: los párpados trazaban líneas rectas a través de ellos, dándoles un aspecto aquilino, que desmentía no obstante el resto de la cara. No había dureza en ella. No era delgada ni gruesa, sino hermosamente delineada en un corte oval: los labios recortados, con un atisbo de pasión en las comisuras; la nariz se adelantaba en una curva aguileña, con aletas afiladas; el mentón era firme y oyuelado y la suspensión de la cabeza extrañamente juvenil. Era un rostro de generosidad y dulzura, montado en un ángulo entre desafío y humildad, eclesiástico de oreja a oreja y de barbilla a frente; la frente levemente comprimida en las sienes y mechones blancos, debajo del blanco solideo. Había sido materia de jolgorio en los cabarets nueve años antes, cuando el perfil superpuesto de muchos sacerdotes conocidos había sido proyectado en una pantalla junto al del nuevo Papa, y las dos imágenes habían aparecido casi idénticas. . . . .
Percy se halló a sí mismo tratando de definirlo y nada venía en su mente e la palabra "sacerdote". Era eso, ni más ni menos. *Ecce sacerdos magnus!* Estaba asombrado de su aspecto juvenil, pues el Papa cumplía ochenta ese año; pero su porte era tan enhiesto como un hombre de cincuenta, sus hombros derechos, su testa posada en ellos como la de un atleta y sus arrugas apenas perceptibles en la media luz *Papa Angelicus* reflexionó. Percy.

El Cardenal cortó su explicación con un ligero ademán resolutorio. Percy atizó y tensionó sus facultades en un haz, aguardando las preguntas que iban a venir.
- Es usted bienvenido, hijo - dijo una voz suave y vibrante. El Papa había bajado los ojos y alzado un cortapapel con su izquierda, con el cual jugó levemente mientras hablaba. - Ahora, hijo, pronuncie un discursito. Le sugiero tres puntos: lo que ha sucedido, lo que sucede, lo que habrá de suceder, con una peroración acerca de lo que debiera suceder.
Percy aspiró hondamente, apoyó la espalda, agarró los dedos de la izquierda con los de la derecha, fijo los ojos firmemente en la crucecita bordada de zapato rojo ante él, y comenzó... (¿No lo había ensayado un centenar de veces?)
Primero planteó su tema: en el sentido de que todas las fuerzas del mundo entero estaban concentrándose en dos campos: el mundo y Dios. Hasta el presente las fuerzas del mundo habían sido incoherentes y espasmódicas, rompiendo hacia diversas partes: revoluciones y guerras y persecuciones habían sido como los movimientos de un motín, indisciplinados, imprudentes y sin freno. Para contrarrestarlo la Iglesia había actuado también, a través de su catolicidad: dispersión más bien que concentración, guerrillas contra guerrillas. Pero durante el último siglo habían aparecido señas de que toda la conducción de la guerra cambiaba. Europa en todo caso se había cansado de querellas internas: las uniones primero del Trabajo, después del Capital, después del Trabajo y el Capital combinados, ilustraban esto en la esfera económica; la difusión de la religión humanitarista en la esfera espiritual. Enfrente y en contra de esto debía mencionarse la acrecida centralización de la Iglesia. Por la sabiduría de sus pontífices, inspirados por el Omnipotente, las líneas se habían ido estirando año tras año. Puso como ejemplo la abolición de todos los usos locales, incluso los tan mimados por la Iglesia Oriental, el implante de los Cardenales Protectores en Roma, la fusión obligatoria de todos los frailes en una orden, aunque reteniendo sus nombres de familia, bajo la autoridad de un General Supremo; de todos los monjes, con la excepción de los cartujos, carmelitas y trapenses, en otra; de estos tres últimos en una tercera; y la reordenación de todas las religiosas en este esquema. Después reseñó los decretos más recientes, que establecieron el sentido del dogma de la Infalibilidad definido por el Concilio Vaticano; la nueva versión del Derecho Canónico; la inmensa simplificación en el gobierno eclesiástico, la nueva jerarquía, rúbricas y manejo de los asuntos misioneros, con los recientes y enormes privilegios otorgados a las misiones entre infieles... En este punto advirtió que su empacho lo había abandonado y comenzó, incluso con pequeños ademanes y la voz un poco levantada, a explayarse en la significación de los sucesos del mes último.

Todo lo que iba viviendo antes, dijo, convergía hacia lo que ahora había tenido lugar; es decir, a la reconciliación de todo el mundo sobre una base, diferente de la Verdad Revelada. Era la intención de Dios y de sus Vicarios reconciliar a todos los hombres en Cristo Jesús; pero esta piedra angular había sido rechazada por segunda vez, y en vez del caos que los piadosos habían vaticinado, inesperadamente estaba viniendo a luz tina unidad diversa de todo lo visto en la historia. Era tanto más fatídica en cuanto contenía más elementos indudablemente buenos. La guerra, aparentemente, había sido extinguida, y no era la Cristiandad quien lo había conseguido; la unión era hoy mirada como preferible a la división, y esta lección había sido aprendida aparte de la Iglesia. De hecho, las virtudes naturales habían eclosionado exuberantemente, y las sobrenaturales eran despreciadas. La amistad desplazaba a la caridad, la satisfacción a la esperanza y el conocimiento tomaba el lugar de la fe.
Percy se detuvo, consciente de que estaba haciendo una especie de sermón.
- Sí, hijo mío vino de arriba la voz amable -. ¿Qué más?
¿Qué más? Bien, continuó Percy, todo movimiento engendra su hombre, y el hombre de este movimiento era Julián Felsenburgh. Había realizado una obra que - Dios aparte - parecía milagrosa. Había abatido la secular muralla entre Este y Oeste, viniendo del único continente capaz de producir tal prodigio; había prevalecido a pura fuerza de personalidad sobre los dos supremos tiranos de la vida: fanatismo religioso y gobierno de partidos. Su in fluencia sobre la pacata Inglaterra era otro milagro, pero también había puesto en llamas a Francia, Germania y España. Aquí Percy relató dos o tres pequeñas escenas, agregando que parecía la aparición de un dios; y citó algunos de los títulos que prodigaban al prócer los diarios más serios y sobrios. Felsenburgh era llamado el Hijo del Hombre, porque era, por decirlo así, un cosmopolita de pura raza; Salvador del Mundo, porque había abatido la guerra y sobrevivido; incluso, incluso - y aquí la voz de Percy tropezó -, incluso Dios encamado; porque era la plasmación perfecta del hombre divinizado… Miró hacia arriba.
La serena faz sacerdotal que lo contemplaba desde arriba no se inmutó ni movió; y él retomó el hilo.
La persecución, dijo fríamente, se precipita, ya había habido un tumulto o dos. Pero con todo la persecución no era lo más de temer. Sin duda causaría apostasías, como siempre, pero ellas eran solamente deplorables en razón de los renegados individuales. Por otro lado, iba a corroborar a los fieles y purgar a los indecisos. Antaño, en las primeras edades, el ataque de Satán había encarado el lado del cuerpo, con el potro, el fuego, las fieras; en el seiscientos, el lado intelectual; en el novecientos, los resortes de la vida moral. Ahora parecía que el ataque

se desencadenaba en los tres planos a la vez. Pero lo que era más de temer era la presión positiva del Humanitarismo; estaba viniendo, como el Reino de Dios, en poder y majestad; era aplastante para el imaginativo y el romántico; venía dando por supuesta más bien que afirmando su propia verdad, venía conciliando con almohadones más bien que fustigando o atropellando con los aceros de la controversia. Parecía estar forzando su entrada, casi palpablemente, en la vida interior. Personas que apenas habían oído su nombre, abrigaban su mentalidad; sacerdotes incluso lo absorbían como absorbían a Dios en la comunión - mencionó los nombres de algunos apóstatas recientes -; los niños lo asimilaban como antaño al Cristianismo. El alma “naturalmente cristiana” parecía volviéndose “naturalmente herética”. La persecución violenta, clamó el sacerdote, quizá había de ser esperada, bendecida, acogida; pero él temía que las autoridades civiles eran ya muy cazurras, y discernían demasiado bien el antídoto y el veneno. Podría haber martirios individuales - seguro los habría y muchísimos -, pero iban a ocurrir a despecho del gobierno civil, no por su orden. Finalmente, presumió, el Humanitarismo ahora se iba a revestir de la liturgia, la plegaria y el sacrificio; y cuando esto se cumpliera, la causa de la Iglesia, humanamente hablando, estaba perdida. Percy se echó hacia atrás estremecido.
- Sí, hijo mío… ¿Y qué piensa usted habría que hacer? Percy lanzó adelante las dos manos.
- Oh, Santidad: el rezo, la misa, el rosario. Esto, principio y fin. El mundo niega su poder; es sobre su poder donde los cristianos deben apoyar todo su peso. Todas las cosas en Cristo y Cristo primero y último. Ninguna otra cosa valdría. Él debe hacerlo todo, pues nosotros nada podemos.
La cabeza blanca aprobó. Después se irguió.
- Sí, hijo mío… Pero en tanto Jesucristo quiera servirse de nosotros, debemos servir. Él es Profeta y Rey tanto como Sacerdote. Nosotros también debemos ser profetas y reyes a la vez que sacerdotes. ¿Qué hay de la reyecía y el profetismo?
Su voz estremeció a Percy como un clarín.
- Sí, Santidad. Por el profetismo, pues, prediquemos la caridad; por la realeza, reinemos desde la Cruz. Debemos amar y sufrir. (Lanzó un suspiro tembloroso.) Su Santidad ha predicado la caridad siempre. Que la caridad se resuelva en hechos. Seamos extremados en hechos: que ella nos lleve en los tratos honestamente; en la vida de familia, castamente; en el gobierno, magnánimamente. Y en cuanto al sufrir, ¡ah! Santidad…
Su viejo plan había resurgido en su mente y allí estaba cerniéndose imperioso y convincente.
- Sí, hijo mío, hable abiertamente.

- Padre Santo, es viejo... viejo como las colinas eternas... no hay loco que no lo haya soñado: ¡una nueva Orden! Santidad... una nueva Orden religiosa - tartamudeó.
La mano de cera dejó caer el cortapapel; el Papa se inclinó de golpe, mirando intensamente al sacerdote inglés.
- ¿Bien, hijo mío?
Percy se arrojó de rodillas.
- Una nueva Orden, Santidad - sin hábitos ni insignias - sujeta sólo a Su Santidad - más libre que los jesuitas, más pobre que los franciscanos, más austera que los cartujos: hombres y mujeres por igual - los tres votos con la intención del martirio; el Panteón como Iglesia Central; cada Obispo responsable de 1a manutención; un lugarteniente en cada comarca... (Santidad, es el sueño de un loco...) Y Cristo crucificado por patrono.
El Papa se irguió bruscamente - tan bruscamente que el Cardenal Martín saltó también, aprensivo y asustado. Parecía que este joven había ido demasiado lejos.
Mas el Papa se sentó de nuevo, extendiendo la diestra.
- Que Dios lo bendiga, hijo mío, tiene usted venia para retirarse... No, su Eminencia quédese unos minutos.

## CAPÍTULO TERCERO

### I

El Cardenal no habló mucho a Percy cuando se encontraron de nuevo por la tarde, después de felicitarlo por la manera como se había conducido ante el Papa. Parecía que el sacerdote había estado bien en su extremada franqueza. Después lo impuso de sus funciones.
Percy debía retener el par de aposentos en que lo habían colocado al llegar; debía decir misa, de regla, en el oratorio cardenalicio; y después, a las nueve, presentarse al Protector por instrucciones; debía almorzar al medio día con él, y después considerarse en libertad hasta el Angelus; después, otra vez a disposición de su jefe, hasta la cena. La tarea principal sería la lectura de todo el correo inglés, y el dar de él cuidadosa cuenta; una suerte de ampliación y profundización de su anterior trabajo.
Percy lo encontró reposado y sereno, y se sintió como en su casa cada vez más. Tenía tiempo para sí en abundancia, y lo empleaba resueltamente en esparcimiento. De ocho a nueve salía usualmente de paseo, caminando tranquilamente por las calles con sus sentidos apagados, mirando las iglesias, contemplando las gentes, y absorbiendo gradualmente la naturalidad de esa vida bajo las antiguas costumbres. Por momentos, le aparecía como una película histórica; y en otros, por el contrario, la única real: como si el tenso y taciturno

mundo de la moderna civilización fuese él un fantasma; y aquí estuviese de nuevo la simple naturalidad del mundo de su niñez. Incluso la lectura de las cartas y periódicos ingleses no lo conturbaba, porque el río de su alma comenzaba a asentarse y remansarse en su antiguo manso cauce; y él leía, analizaba, disecaba y diagnosticaba con la tranquilidad honda del obrero en su trabajo.
No había grandes nuevas, después de todo. Parecía una especie de calma chicha después de la tormenta. Felsenburgh se mantenía en el incógnito; había rehusado las ofertas de Francia e Italia, igual que las de Gran Bretaña; y aunque nada definido se traslucía, parecía haberse confinado actualmente en una actitud de reserva... Entretanto el Parlamento de Europa estaba afanoso en la preparación de los tramos preliminares de la reforma constitucional. Nada de cuenta se haría, al parecer, antes de la convocación de otoño.
La vida de Roma era muy curiosa. La ciudad se había vuelto ahora no sólo la metrópoli de la fe, sino como su microcosmos. Estaba dividida en cuatro enormes barrios: Anglosajón, Latino, Teutónico y Oriental más allá del Trastevere; el cual estaba cubierto casi enteramente por oficinas papales, seminarios y escuelas. Anglosajonia ocupaba el barrio sudoeste, abarrotado de edificios, incluido el Aventino, el Monte Celio y el Testaccio. Los Latinos habitaban Roma vieja, entre la Avenida y el Río; los Teutones el nordeste, limitado al sur por la Alameda San Lorenzo; y los Orientales el barrio restante, cuyo centro era Letrán. De este modo los verdaderos romanos casi no habían sentido la intrusión; poseían una cantidad de sus antiguos templos, eran libres de bullanguear en sus callejuelas frescas y oscuras, y hacer sus ferias y almonedas; y era allí donde Percy paseaba de ordinario, en una pasión de retrospección histórica. Pero los otros barrios eran también curiosísimos. Era gracioso ver cómo toda una progenie de iglesias góticas, atendidas por clero nórdico, había nacido en los barrios teutónico y anglosajón; y cómo las anchas calles grises, escrupulosamente limpias ante las severas mansiones, mostraban que los nórdicos no se habían dado cuenta aún del modo de vida del sur. Los Orientales, al otro extremo, se asemejaban a los Latinos; sus calles eran igualmente oscuras y estrechas, los olores en ellas aplastantes, sus iglesias tan sucias y tan hogareñas, y sus colores todavía más subidos.
Fuera de las murallas la confusión era indescriptible. Si la urbe representaba una miniatura historiada del mundo, los suburbios representaban al mismo modelo roto en mil pedazos, revuelto en una bolsa, y volcado al rumbo. Hasta donde el ojo en todas direcciones podía alcanzar desde la azotea del Vaticano, se extendía una infinita llanura de techales, rota por agujas, torres, cúpulas y chimeneas, bajo los cuales vivían seres humanos de toda raza bajo del sol. Aquí estaban las grandes usinas, los monstruosos rascacielos de aluminio del mundo

nuevo, las estaciones, las universidades, las oficinas, todo bajo dominio seglar, pero rodeados por seis millones de almas que estaban allí por amor de la religión. Eran de aquellos que habían desesperado de la vida moderna, cansados de la tensión y el esfuerzo, y habían huido del nuevo sistema a refugiarse en la Iglesia, pero no habían conseguido lugar en la urbe misma. Nuevos andamios estaban surgiendo de continuo en todas direcciones. Un compás gigantesco con una punta fijada en el Vaticano y con una abertura de ocho kilómetros, si se lo hiciera girar, cortaría a través de calles congestionadas, en todo su círculo. Más allá todavía, casas y casas se extendían en la lontananza azulada.
Pero Percy no comprendió el sentido dotado lo que veía hasta los festejos del cumpleaños del Papa hacia el fin de agosto. Entonces vio de cerca el sentido de Roma.
Era todavía temprano y fresco cuando siguió a su patrón, al cual debía servir de familiar, por los anchos pasajes del Vaticano hacia el salón donde los Cardenales con el Papa debían congregarse. A través de un ventanal, cuando miró a la Piazza, la multitud era aún más densa, si era posible, que cuando la atravesaron una hora antes. El enorme recinto oval estaba empedrado de cabezas, entre las cuales se recortaba un ancho pasadizo custodiado por la guardia papal para el paso de los carruajes; y por esa vasta cinta, blanquecina en la. luz del Este, venían vehículos fantasmagóricos, un centelleo de oro, colores vivos y tintas crema; aplausos pasajeros se hinchaban y morían; ya través de todo llegaba el estrépito y el martilleo de las ruedas sobre las piedras, como el sonido del mar en una playa lavada y cubierta de guijarros.
Mientras aguardaban en una antecámara, sujetos por un apretón delante y detrás - una masa de escarlata y blanco y púrpura - miró fuera de nuevo y captó lo que sabía ya, pero sólo intelectualmente: que aquí delante de sus ojos estaba reunida la reyecía de los tiempos idos del mundo entero y comenzó a percibir su significación.
Alrededor de los escalones de la Basílica se extendía un vasto abanico de coches, uncido cada uno a ocho caballos - el blanco de Francia y España, el negro de Germania, Italia y Rusia, y el color crema de Inglaterra. Estos estaban en el semicírculo próximo, y más allá la bandada de las potencias menores: Grecia, Noruega, Suecia, Rumania y los Estados Balcánicas. Uno solo faltaba, el Turco, rememoró. Los emblemas de muchos eran visibles: águilas, leones, leopardos, grifos - escoltando a la corona real desde arriba. Desde el tope al pie de la gradería bajaba una inmensa alfombra escarlata, bordeada de guardias suizos.
Percy se inclinó sobre el marco y comenzó a meditar.
Allí estaba todo lo que había quedado de la Monarquía. Había visto ya sus palacios, desparramados en los distintos barrios, con estandartes al

viento y hombres de librea azul o escarlata vacando en los escalones. Se había sacado el sombrero docenas de veces al paso tronitante de un landó en la Avenida León XIV, antes Humberto Primo; había visto los lises de Francia y los leopardos de su país pasar juntos en la solemne parada del monte Pincio. Había leído en los diarios de vez en cuando, durante los últimos siete años, que familia tras familia real habían tomado la ruta de Roma, después de obtener la autorización papal. Había sido enterado por el Cardenal la noche antes que Guillermo de Inglaterra con su real consorte había desembarcado en Ostia esa mañana y que la lista de potencias estaba completa. Pero nunca había comprendido antes el abrumador hecho estupendo de la congregación de la monarquía de todo el mundo bajo la sombra del trono del Pescador, ni el espantoso peligro que eso constituía, en el seno de un mundo democrático. .Sabía que el mundo fingía reírse de la demencia y puerilidad del asunto; de esa desesperada comedia del Derecho Divino contra la Soberanía del Pueblo de parte de familias caídas y desdeñadas; pero ese mundo, también lo sabía bien, no había perdido sus pasiones; y si a ellas el día de mañana les diera por volverse resentimiento…

La presión aflojó; Percy se deslizó de su rincón y siguió la lenta correntada.

Media hora después estaba en su lugar entre los eclesiásticos, al salir el séquito papal a través del fulgor polvoriento de la Capilla del Santísimo a la nave de la gigantesca Basílica de San Pedro; pero aún antes de ingresar en la Capilla oía el manso rugido de recognición de la gente y el clangor argentino de las trompetas que aclamaban al Sumo Pontífice cuando salía, cien metros adelante, llevado en la silla gestatoria, con los flabelos de nieve oscilando en torno. Cuando Percy salió, cinco minutos después, caminando en su traje clerical, y vio el espectáculo que lo estaba aguardando, rememoró con un súbito aprieto del corazón la otra vista que había contemplado en Londres en un amanecer de verano tres meses hacía…

Allá adelante, pareciendo cortar su camino entre la marca de cabezas, como la proa de una antigua carabela, se movía el conopeo debajo del cual sedía el Señor del Mundo; y entre él y el sacerdote inglés, como si fuera la estela del mismo barco, se desenvolvía la fastuosa procesión - Protonotarios apostólicos, dignatarios de la guardia, los Generales de las órdenes Religiosas, y los demás - abriéndose camino en una espuma nívea, escarlata, oro y plata, entre las dos vivientes fauces del público. Arriba se cernía el espléndido cielo de la cúpula, y lejos enfrente el puerto del altar de Dios alineaba sus monstruosos pilares, debajo de los cuales ardían las siete estrellas amarillas que eran como los faros simbólicos de la fe. Era una vista asombrosa pero demasiado vasta y derrotante para cualquier otro efecto que no fuera oprimir al observador

con la conciencia de su propia futilidad. El enorme ámbito cerrado, las estatuas ciclópeas, los distantes y sombríos cielorrasos, el indescriptible concierto de sonidos - de las pisadas de centenares de pies, del murmullo de diez mil voces, los zumbidos del órgano como de innumerables moscardones, la tenue música celeste, el leve olor característico de incienso, cuerpos humanos, laurel rosa y mirtos pisoteados, pabilos quemados y dominante sobre todo, la vibrante atmósfera de humana emoción, mechada de anhelo sobrehumano, cuando la Esperanza del Orbe, el detentor del Divino Virreinato, se hacía camino para pasar entre Dios y los hombres - afectó al sacerdote como la acción de una droga que a la vez calmara y excitara, que enceguecIera para prestar una nueva visión, que exaltaba al mismo tiempo que hundía en nuevos hontanares de conciencia. Aquí pues estaba la otra respuesta formulada al problema de la vida. Las dos ciudades de Agustín yacían ante él a escoger. La una era la de un mundo autocreado, autoorganizado y autosuficiente, interpretado por hombres como Marx y Hervé, socialistas, materialistas y en finiquito epicúreos, resumido ahora fuertemente en Felsenburgh. La otra estaba desplegada a su vista, hablando de un Creador y de una creación con divino designio, de pecado y de redención, y de un mundo trascendente y eterno del cual todo brotaba y al cual todo tendía. Uno de los dos Juan o Julián, era el Vicario, y el otro era el Simio de Dios... Y el corazón de Percy, en un espasmo de convicción, produjo de nuevo su elección...
Pero el ápice aún no había llegado.
Al salir Percy por fin de la gran nave bajo el domo, en su camino hacia su tribuna a espaldas del trono papal, otro factor entró en el campo de su atención.
Un gran espacio había sido despejado en torno al altar de la Confesión, extendido, al menos hasta donde él alcanzaba a ver, hasta el punto que marcaba la entrada a los transeptos; en este punto corrían derecho barandillas de lado como prolongando las líneas de la nave. Más allá de esta barrera colgada de rojo, había un gran declive de caras, blancas e inmóviles; un brillo de acero las cercaba en torno, y a un tercio del altar del transepto se levantaba en apretada fila un golpe de conopeos. Eran escarlatas, como los baldaquines de los cardenales, pero sobre la erguida frente de cada uno brillaban gigantescos escudos de armas sostenidos por bestias heráldicas y topados de coronas reales; en cada uno había una figura o dos - no más - en espléndido aislamiento; y en los intersticios entre los altos tronos se rellenaba otra vez un confuso declive de caras.
Su corazón comenzó a golpear al verlo al pasear los ojos alrededor y después cruzar ala derecha y ver como en un espejo el reflejo de la izquierda en el transepto diestro. Allí era donde sedían... solitarios sobrevivientes de aquella extraña raza de personas que, hasta hacía

una centuria, habían reinado como Vicegerentes de Dios con el consenso de sus pueblos. Ahora no eran reconocidos, excepto quizá por Aquel de quien derivaban su soberanía... pináculos apiñados o desparramados de una cúpula cuyos muros habían sido demolidos. Eran hombres y mujeres que habían aprendido al fin que el poder legítimo viene de arriba, y que su título para regir derivaba no del capricho de los súbditos sino del Supremo regente de la universalidad: pastores sin grey, capitanes sin tripulación. Era lastimero, horriblemente lastimero pero aleccionador. Su acto de fe era tan sublime; y el corazón de Percy se apresuró al percibirlo. Estos, pues, hombres y mujeres como él, no se avergonzaban de apelar de los hombres a Dios, asumir insignias que el mundo miraba como chirimbolos, pero para ellos emblemaban delegaciones divinas. ¿No estaba aquí adumbrada; se preguntó Percy, una remota sombra de Alguien que cabalgó en una asnilla y su jumento en medio de las mofas de los grandes y el entusiasmo de los niños?

Todavía fue más sugestivo cuando continuó la misa y vio a los soberanos varones bajar a sus servicios en el altar, yendo y viniendo entre él y el Trono Pontificio. Iban descubiertas, las altivas figuras silenciosas. El Rey de Inglaterra, otrora el *Defensor Fidei* llevaba la credencia en lugar del viejo Rey de España, que junto con el Emperador de Austria había mantenido ininterrumpida en su reino, único entre los soberanos de Europa, la continuidad de la fe. El decrépito soberano pendía sobre su reclinatorio, musitando y lagrimeando, y a veces llorando alto de amor y devoción, cuando como Simeón en el Templo veía a su Salvador. El Emperador de Austria ministró dos veces el lavabo; el Emperador de Alemania, que había perdido el trono y por poco más la vida cuando su conversión cuatro años antes, tenía el privilegio de quitar y poner el cojín, al arrodillarse su señor, ante el Señor de ambos. Así rito tras rito el fastuoso drama fue actuado; y el murmullo de la multitud murió en un silencio que no era sino, una sola plegaria sin palabras cuando el diminuto Disco Blanco se alzó en las manos de cera y la tenue música angélica retiñó en el Duomo. Pues aquí estaba la última esperanza de estos millares de almas, tan potente y pequeña como antaño en el Pesebre. No había otro ya que peleara por ellos, sino Dios solo. Seguramente, pues, si la sangre de los varones y lágrimas de las mujeres ya no valían a mover al juez y Ordenador de todo en su tremendo Silencio, segura mente al menos aquí la incruenta Muerte Mística de su Unigénito, que antaño en el Calvario había oscurecido el cielo y sacudido la tierra, repetida ahora con tan fúnebre esplendor en esta isla de fe, en medio de un mar de burla y aborrecimiento… ¡esto por lo menos debía valer! ¿Cómo podía no?

Percy se había apenas sentado, rendido de la larga ceremonia, cuando la puerta se abrió brusca, y el Cardenal, todavía en sus ornamentos, entró rápidamente, cerrándola de un golpe.

- Padre Franklin - dijo en una extraña voz ahogada -, la peor de las noticias: Felsenburgh ha sido nombrado Presidente de Europa.

## II

Era ya alta la noche cuando Percy retornó, agotado por sus labores. Hora tras hora había estado sentado junto al Cardenal, abriendo despachos que llovían a los receptores radiofónicos de todas las partes de Europa, y eran llevados uno por uno o de a media docena al quieto escritorio. Tres veces en la tarde el Cardenal había, mandado llamar, dos veces por el Papa y una desde el Quirinal.

No había duda dé que las nuevas eran verdad; y parecía que Felsenburgh había esperado calculadamente esta última oferta, rehusando todas las otras. Había tenido lugar una convención secreta de las potencias que habían una a una ansiado adjudicárselo y una a una habían fracasado; esos reclamos particulares fueron retirados y elevado un mensaje común. La nueva propuesta era al efecto, de que Felsenburgh toman una posición jamás soñada hasta ahora en una democracia: que tuviera una casa de gobierno en cada capital de Europa; que su veto a cualquier medida fuera terminante por tres años; que cualquier medida que él de terminara proponer tres veces en tres años consecutivos se convirtiera *ipso facto* en ley; y que su título fuera: Presidente de Europa. De su parte prácticamente nada se le exigía, excepto que debía rehusar toda otra posición oficial que se le ofreciera, a no ser can la sanción común de todas las potencias.

Y todo esto, Percy lo veía claro, involucraba el peligro de una Europa mancomunada contra la religión, crecido al décuplo. Envolvía toda la fuerza aplastante del socialismo mane jada por una mano egregia. De los dos métodos clásicos de gobierno, Monarquía y República, combinaba lo más fuerte. La oferta había sido aceptada por Felsenburgh después de veinticuatro horas de expectante silencio.

Era notable observar también cómo había sido recibida la noticia por las dos otras magnas particiones del mundo. El Oriente estaba entusiasta; América dividida. Pero en cualquier caso, América era aquí impotente; el resto del mundo estaba abrumadoramente en su contra.

Percy se echó como estaba en el lecho, y yació con los pulsos batientes, el rostro ardiendo, cerrados los ojos y un enorme desánimo en el corazón. El mundo se había erguido realmente como un gigante sobre los estrechos horizontes de Roma, y la ciudad santa era como un castillo de arena a la venida de la marejada. Esto él comprendía. Cuándo o cómo iba a venir la ruina, en qué forma, y de qué dirección, ni lo veía ni le preocupaba. Sólo sabía que era inminente.

Había aprendido ahora bastante de su propio temperamento, y volvía los ojos adentro a observarse amargamente, como pudiera un médico en mortal dolencia diagnosticar sus propios síntomas con macabra

complacencia. Era hasta una especie de alivio volver la vista de la monstruosa máquina del mundo para mirar al microscopio la desesperanza de un corazón humano. Por su propia fe no temía; sabía tan absolutamente como un hombre conoce sus manos que ella estaba segura de nuevo, y más allá de toda sacudida. Durante estas semanas en Roma la enturbiada corriente interna se había a y el cauce era de nuevo visible. O, mejor aún, esta vasta textura de dogmas, ceremonias, símbolos, costumbres y éticas en la cual había sido educado, y a la cual había mirado toda la vida (como un hombre puede mirar un gran monumento que lo maravilla) viendo ahora un chispazo de luz, ahora otro y otro, encenderse y morir en las tinieblas, se había poco a poco inflamado y revelado a sí mismo en un estupendo incendio de fuego divino que se explica a sí mismo. Enormes principios, un tiempo desconcertantes y aun repulsivos, eran de nuevo luminosamente evidentes; veía, por ejemplo, que mientras la Religión de la Humanidad bregaba por abolir el sufrimiento, el Cristianismo lo abrazaba, de modo que hasta los ciegos quejidos dé las bestias estaban dentro del esquema y del querer del Padre; o que, mientras desde un ángulo un color solo del tapiz de la vida era visible la material, o lo intelectual, o lo estético , desde otro ángulo lo sobrenatural era tan obviamente patente y los abrazaba a todos. La Religión—Humanidad podía ser cierta solamente si la mitad por lo menos de la natura, ideales y tropiezos del hombre fueran ignorados. El Cristianismo, en cambio, tenía cuenta de todo, aunque no pudiera explicarlo todo. Esto… y esto… y lo demás, todo integraba un perfecto conjunto. Eso era la fe católica, tan cierta para él como su propia existencia: era verdad, y viviente. Él podía ser condenado, pero Dios existía. Podía volverse loco, pero Jesucristo era la deidad en carne, probada por su muerte y su resurrección; y Juan era su vicario. Esas cosas eran el esqueleto del universo; hechos fuera de duda y si no eran verdaderos, nada de todo lo demás podía ser ni siquiera un sueño.

¿Dificultades? Sí, había un millón. Él no podía entender ni de lejos por qué Dios había hecho el mundo como ahora estaba, ni cómo el infierno podía ser la creación del “Primer Amor”; como el Dante dijo, ni cómo el pan era transustanciado en el Cuerpo de Cristo, pero…. bien, eso era así. Había adelantado muchísimo, ahora lo veía, desde el antiguo estado de su fe, en que él creía que la Verdad Divina podía ser demostrada con evidencias racionales. Había aprendido ahora (no sabía cómo) que lo sobrenatural apelaba a lo sobrenatural; el Cristo ex terno al Cristo internó; que la pura humana razón no podía desaprobar, pero tampoco probar adecuadamente los misterios de la fe; excepto sobre premisas que eran visibles solamente a los que habían aceptado la Redención como un hecho, razonable por cierto; en fin, que es necesaria una disposición moral, más aún que una disposición

intelectual, para oír la voz del Espíritu de Dios con certidumbre. Lo que él había aprendido y predicado ahora lo veía: que la Fe, teniendo cuerpo y alma lo mismo que el hombre una expresión histórica y una verdad interior habla, ya por uno, ya por otro, y desde el uno al otro. Este hombre cree porque primero ve, acepta la Encarnación o la Iglesia por sus credenciales; estotro, percibiendo que estas cosas son hechos espirituales, se rinde al mensaje y a la autoridad de aquella que los profesa, lo mismo que a su manifestación en el plano temporal histórico; y en la oscuridad se afirma en su brazo. O, mejor de todo, porque ha creído, ahora ve.

Así andaba contemplando, con una especie de activa indolencia, otros rasgos de su idiosincrasia.

Primeramente allí estaba su intelecto, despistado más allá de lo decible, preguntando: ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué Dios no intervenía, por qué el Padre de los Hombres llegaba a permitir que el Universo de los hombres se alinease todo contra Él? ¿Qué es lo que podía buscar en eso? ¿Este eterno silencio jamás se iba a romper? Estaba muy bien para los que poseían la fe, pero ¿y los incontables millones que se estaban asentando ahora en un colchón de tranquila blasfemia? ¿No eran también éstos, hijos de su alma y ovejas de su redil? ¿Para qué había sido fundada la Iglesia si no era para convertir al mundo? ¿Por qué, pues, el Todopoderoso sufría, por un lado, que ella quedara reducida a un puñado de infelices, y por el otro que el mundo encontrara la paz al margen de ella?

Consideró después sus sentimientos; y no encontró allí ni reposo ni estímulo Oh sí, podía orar todavía, con meros actos fríos de la voluntad, y su teología le enseñaba que Dios aceptaba eso. Podía decir: “Venga tu reino… Hágase tu voluntad…” cinco mil veces al día, si Dios lo pedía; pero no había toque ni jugo, ningún sentido de vibración en sus cuerdas cuan do él los arrojaba desoladamente a la presencia del Eterno. ¿Qué demonio de cosas podía Dios querer de él? ¿Era solamente repetir fórmulas, leer el breviario, estar quieto, abrir despachos, oír el radio - teléfono, sufrir?

Y el resto del mundo, la demencia que había caído, sobre las naciones… despampanantes historias que llovían de todas las partes del orbe; como el del grupo de hombres poseído de una especie de furor dionisíaco que en la Concordia de París se habían desnudado del todo y apuñaleado mutuamente gritando, en medio de truenos de aplausos, que la vida era demasiado embriagadora para prolongarla; de la bailarina que se volvió loca cantando el himno a Felsenburgh y cayó echando espumarajos en un escenario de Sevilla; las estrafalarias cofradías esotéricas de “Adoración y Culto” que proliferaban en todas partes; la crucifixión de una docena de católicos en los Pirineos, la

apostasía de tres obispos en Alemania y… y… y.. - cien otros horrores que sucedían y Dios no pestañeaba, ni decía una palabra…

Hubo un golpecito y Percy dio un salto al ver entrar al Cardenal Martín,

Parecía gastado hasta la médula, y sus ojos tenían una especie de llamita baja que indicaba fiebre. Con un ligero ademán indicó a Percy su asiento, y él mismo tomó una butaca, temblequeando un poco, y escondiendo sus pies hebillados de plata debajo de sus talares rojos recogidos.

- Tiene que disculparme, Padre - balbuceó -. Estoy ansioso por la suerte de nuestro obispo. Tendría que estar aquí ya.

Era el Obispo de Southwark, que, recordó Percy, había partido de Inglaterra esa mañana.

- ¿Venía derecho aquí, Eminencia?

- Sí. Debía estar aquí a las veintiuna. Es ya medianoche pasada, ¿no? Cuándo esto dijo, el reloj sonó la media.

Todo estaba quieto ya. Todo el día el aire había retumbado en ruidos; mitines habían desfilado en los suburbios; las puertas de la urbe habían sido trancadas; mas todo esto no era sino una prenda de lo que había de venir en cuanto el mundo recapacitase.

El Cardenal pareció recobrarse después de unos minutos de anheloso silencio.

- Usted está cansado, Padre - dijo bondadosamente.

Percy sonrió.

- ¿Y Su Eminencia?

El viejo sonrió también.

- Bueno, claro dijo. Pero yo no voy a durar mucho, hijo… Después, usted va a tener que sufrir. Percy se sobresaltó, apretado el corazón.

Pues… sí - continuó el Cardenal - el Padre Santo lo ha arreglado. Tiene que sucederme, ¿sabe usted? No hay para qué guardar secreto.

Percy aspiró un largo anhélito temblón.

- Eminencia… - comenzó con voz quejumbrosa.

El otro levantó la demacrada diestra.

- Ya sé todo eso - interrumpió amablemente -. Usted desea morirse ¿no?, y descansar. Hay muchos que lo desean. Pero hay que sufrir primero. *Et pati et mori.* Padre Franklin, no debe hacer oposición.

Reinó un largo silencio.

La nueva era demasiado contundente para causar al sacerdote otra cosa que un horrible choque. La idea no le había ni pasado por las mientes de que él, un hombre inexperimentado de menos de cuarenta años, pudiera considerarse elegible para suceder a este sabio y paciente prelado. En cuanto al honor… Percy había dejado muy detrás todo eso, suponiendo se le hubiese ocurrido. Había otra perspectiva ante sus ojos: una larga e insoportable jornada sobre un camino

empinado con una carga sobre sus hombros que no podía aguantar. Las vestiduras rojas...
Sin embargo, lo reconoció como inevitable. El hecho se le anunciaba como fuera de discusión: tenía que ser; no había nada que decir, pero era un nuevo golfo que se le abría delante, y él lo contempló con una especie de horror pesado y seco, incapaz de expresión.
El Cardenal rompió el silencio.
- Padre Franklin - dijo. He visto hoy una pintura de Felsenburgh. ¿Sabe por quién lo tomé a primera vista?
Percy sonrió sin hacer caso.
- Sí, Padre - continuó la vocecita lenta -. Lo tomé por usted. ¿Qué opina de esto?
- No entiendo, Eminencia.
- Pues... y se interrumpió, cambiando sin más de tema -. Ha habido un asesinato la ciudad. Un católico apuñaló a un blasfemo.
- Percy levantó los ojos hacia él.
- ¡Oh, sí! Ni intentó escapar. Está en la cárcel continuó el viejo.
- Y...
- Sí, será ejecutado. El juicio comienza mañana... Es bastante triste. Es el primer crimen en ocho meses...
La ironía de la situación saltó a los ojos de Percy, al escuchar a su jefe en el silencio que se ahondaba en la estrellada noche. Aquí estaba esta pobre ciudad libre pretendiendo que no pasaba nada, administrando serenamente su raída justicia; y allá, afuera, se aglomeraban las fuerzas que iban a barrerla. Su entusiasmo de ayer parecía muerto.
Contó pesadamente al Cardenal las horribles anécdotas que ayer habían llovido por el radio-teléfono. La religiosidad instintiva del hombre, que pareció muerta durante un siglo en la indiferencia religiosa, se había despertado, exacerbada y demente, como en ninguno de los tiempos de la historia. El Cardenal permaneció apático.
En estos hombres, pensó Percy, no había el menor temblor, en su espléndido, descuido de los hechos materiales, de los cuales éste no era sino un minúsculo ejemplo; ningún coraje desesperado o embriaguez ofuscada. Percy se sentía como uno que mira una mosca limpiándose la trompita en la platina de una máquina - la plancha de acero gira llevando la tenue vida al aplastamiento -, un momento más y todo acabó; y el insecto no sabe nada y el observador no puede interferir. Lo sobrenatural estaba allí, vivo y perfecto en su tenuidad inconmensurable; las enormes fuerzas contrarias estaban en marcha, el mundo se hinchaba, y Percy no podía hacer nada más que mirar y fruncir las cejas. Sin embargo, como habíase dicho él hacía un momento, no había grieta en su fe; la mosca que él conocía era inmensamente más valiosa que la máquina, por la superioridad en el plano del ser; si era aplastada, la vida por eso no cesaba: esto lo sabia

de cierto. La vida continuaba. Cómo retornaba y se desquitaba la vida, eso no lo sabía. Y como estuvieran allí los dos en interminable silencio, se oyó un paso y un golpecito, y un sirviente asomó el rostro.
- Lo esperan a su Gracia, Eminencia anunció.
El Cardenal se alzó penosamente, apoyándose en el canto de la mesa. Después quedó mirándolo, como tratando de recordar algo, y revolviendo sus bolsillos.
- Aquí - dijo -. Vea esto, Padre - y arrojó un pequeño disco de plata sobre la mesa -. No ahora; cuando me haya ido.
Percy cerró la puerta y volvió a la mesa, tomando el delgado redondel blanco.
Era una moneda, recién salida del troquel. En una cara estaba la usual guirnalda con la palabra “seis chelines” en el medio, con su equivalente en esperanto debajo; en la otra, el perfil de un hombre con una inscripción. Percy giró el disco para leer:
JULIAN FELSENBURGH, | LA PREZIDANTE DE UROPO

## III

Para las diez del día martes, los Cardenales habían sido convocados a oír la alocución del Papa.
Percy, desde su sitio entre los consultores, los miraba entrar, hombres de todas naciones y caracteres y edades: los italianos en grupos, gesticulando y con súbitas y amplias sonrisas, los anglosajones estoicos y graves, un viejo Cardenal francés con una muleta, caminando con un benedictino alemán. Estaban en uno de los majestuosos y sencillos salones en los cuales consistía ahora el Vaticano, con bancos puestos al sesgo como en una capilla. En el fondo, atravesados por la entrada, estaban los bancos de los consultores; en el frente el baldaquín papal. Tres o cuatro bancos con mesitas delante, más allá del sitio de los consultores, estaban reservados para los llegados el día antes: prelados y sacerdotes que habían llovido a Roma de toda región de Europa al anuncio de las alarmantes nuevas.
Percy no tenía un atisbo de lo que iba a decirse allí. No parecía posible que solamente lugares comunes fueran repetidos, pero ¿qué otra cosa podía ser dicha, ante la completa incertidumbre de la situación? Todo lo que se sabía, incluso esa madrugada, era que la Presidencia de Europa era un hecho, que el pequeño disco de plata era su testimonio, que había habido un estallido de persecución a los católicos, y una explosión de extravagancias, reprimidos severamente por las autoridades; y que Felsenburgh comenzaba hoy su gira de asunción del mando, de capital en capital. Era esperado en Italia a fin de semana: Turín estaba en fiebre. De cada uno de los núcleos católicos del mundo entero llegaban apremiantes pedidos de consejo; decían que la

apostasía cundía como una oleada, que la persecución amenazaba por todos lados, que incluso muchos obispos comenzaban a aflojar.
Del Pontífice, todo era dudoso. Los que quizá sabían algo, callaban; y la única noticia que se filtró era que había pasado toda la noche en oración en la tumba del Apóstol.
La conversación murió de golpe en un susurro y silencio; hubo una onda de cabezas que se inclinaban al abrirse una portezuela bajo el conopeo; y un momento después Juan XXIV, *Papa Angelicus*, ocupó su trono.
Al principio Percy no entendió nada. El Papa había comenzado a dejar caer sentencias breves y titubeantes en su latín refinado. Percy no hacía más que contemplar la pintura, a través del polvoroso sol que inundaba los ventanales, dé la doble línea escarlata de derecha e izquierda, el enorme conopeo púrpura, y la figura blanca que se recortaba en él. Ciertamente estos sureños entendían el poder del efecto teatral. Era tan vivo y tan impresivo como una visión de la historia en una custodia de pedrería. Cada pormenor era fastuoso: la altísima bóveda, el color de las vestiduras, las cadenas y las cruces áureas, y al moverse los ojos a lo largo hacia su ápice, un trozo de nieve muerta, como si el boato se agotara y se declarara impotente para decir el gran secreto. Escarlata, púrpura y oro eran buenos para los que estaban en los escalones del trono… lo necesitaban; pero para el que sedía, nada era necesario. Que los colores y los sones muriesen ante el Virrey de Dios. Toda la expresión que se requería residía en ese hermoso rostro oval, la imperiosa testa, los benignos ojos y los limpios labios curvos que hablaban tan firmes. No se oía una mosca en sala, ni un roce ni un respiro; y en el blanco silencio parecía como si el mundo estuviera acordando a lo sobrenatural hacer su última defensa sin interrupciones, antes de la conclusiva y clamorosa condenación.
Percy hizo un enérgico esfuerzo de autodominio, apretó las manos y atendió. Las frases cortas se habían convertido en serenos períodos, recitados muy lentamente, sostenidos por una leve elevación de la voz por momentos.
«… Dado que esto es así, hijos en Jesucristo, nos toca responder. No luchamos, como nos enseñó el Doctor de los Gentiles, contra la carne y la sangre, sino contra los principados y potestades, contra los regentes del mundo de las tinieblas éstas, contra los espíritus de la mal dad en las cumbres. Por lo cual, él nos dice, revestíos de la armadura de Dios (cuya naturaleza nos declara así en seguida), el cinto de la verdad, la coraza de la justicia, el calzado de la paz, el escudo de la fe, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu.
«Con esto, por tanto, el Verbo de Dios nos manda a la guerra, pero no con las armas de este mundo, porque ni Él ni su Reino son de este mundo; y es para recordaras los principios de este guerrear para que os he convocado en mi presencia… La voz pausó y hubo un susurro sutil

todo el ancho de la sala. Después la voz continué en una nota más aguda.
«…Fue siempre el consejo de nuestros predecesores, y también su deber, así como guardar silencio en cierta sazón, así hablar abiertamente en otra la sabiduría de Dios; deber y consejo de que nosotros mismos no seremos atemorizados por el conocimiento de nuestra flaqueza e ignorancia, sino para confiar más bien en Aquel que nos ha situado en este trono para dignarse hablar por nuestra boca y usar nuestros pensamientos a su mayor gloria.
«Primero, pues, es forzoso decir nuestra palabra sobre este nuevo movimiento (*“movimentum”* no es palabra latina, oyó Percy que le susurraba al oído el Consultor Español) que ha sido últimamente desencadenado por los rectores de este mundo.
«No somos insensibles a las bendiciones de la paz y de la unidad, ni olvidamos que la aparición de esas dos cosas ha sido el fruto de factores que nosotros habíamos condenado: es la apariencia de la paz que ha engañado a muchos, inducía dudar de la promesa del Príncipe de la Paz, que es el único a través del cual *tenernos acceso a lo que es del Padre.* La verdadera paz, que sobrepuja todo sentido, concierne no únicamente las relaciones de los hombres entre sí, mas supremamente las relaciones de la Humanidad con su Padre; y es en este punto indispensable donde los esfuerzos del mundo defectan. Ciertamente no es de maravillar que, en un mundo que ha rechazado a Dios, este punto esencial haya sido pasado por alto. Los hombres, descarriados por los seductores, han imaginado que la unidad de las naciones era la suprema meta de esta vida, olvidando la palabra del Salvador de que no había venido a traer la paz sino la espada y que *a través de muchas tribulaciones nos conviene entrar en el Reino*. Primeramente, pues; se ha de establecer la paz del hombre con Dios, y después seguirá sola la unidad del hombre con el hombre. *Buscad primero,* dijo Cristo, *el Reino de Dios; y todas estas cosas se os darán por añadidura*.
«Primeramente, pues, nosotros condenamos y anatematizamos, una vez más, a todos los que sostienen lo contrario; y renovamos, una vez más, todas las condenas proferidas por nuestros Predecesores contra todas aquellas sociedades, organizaciones y ligas, que han sido creadas para la prosecución de una unidad sobre otra base que el cimiento divino; y recordamos a nuestros hijos de todo el orbe que les está prohibido ingresar o aprobar o ayudar de cualquiera manera y bajo cualquier pretexto cualesquiera de esos cuerpos, ligas y sociedades nominalmente designadas en las dichas condenaciones… »
Percy se movió en el asiento, consciente de un ligero toque de impaciencia. La alocución era majestuosa, soberbia y tranquila como un río; pero el asunto era un poco trivial. Aquí estaba la vieja reprobación a la francmasonería, repelida sin originalidad.

«Segundo - continuó la voz pareja -, deseamos hacer conocer a Vuestras Reverencias nuestros deseos para el futuro; y aquí entramos en terreno que muchos habrán de considerar peligroso.»

De nuevo se alzó el susurro. Percy vio más de un Cardenal inclinarse con la mano ahuecada en la oreja para oír mejor. Era evidente que algo importante iba a ser producido.

«Hay muchos puntos - continuó la voz penetrante - de los cuales no es nuestra intención hablar ahora, por ser de su naturaleza reservados, o deber ser tratados en otra ocasión. Pero lo que diremos ahora, lo decimos a todo el mundo. Desde que los ataques de nuestros enemigos son a la vez secretos y manifiestos, así ha de ser nuestra defensa. Esta es nuestra intención.»

El Papa pausó de nuevo, levantó maquinalmente una mano al pecho, y empuñó la cruz que allí colgaba.

«Aunque el Ejército de Cristo es uno, consiste en muchas divisiones, cada una con su propia tarea y arma. En tiempos pasados, Dios suscitó compañías de siervos suyos para llenar tal o cual función particular como los hijos de San Francisco para inculcar la santa pobreza, los de San Bernardo para cultivar la oración y el trabajo manual, con todas las santas mujeres adscriptas a estos propósitos, la Compañía de Jesús para la educación de los jóvenes y la con versión de los paganos - junto con las demás Congregaciones por todos conocidas en todo el orbe... Cada una de estas compañías fue llamada en una particular sazón y tiempo; y cada una correspondió noblemente a la vocación divina. Ha sido la gloria especial de cada una, para la prosecución de su propio intento, cortarse severamente de todas las otras actividades (buenas en sí mismas) que podrían divertirlos de esa particular obra que Dios y la necesidad de los tiempos les habían diseñado, siguiendo así las palabras de nuestro Redentor: *“Cada rama que lleva fruto, yo la podaré para que pueda llevar más”.* En la sazón presente, pues, aparece a Nuestra Humildad que todas esas órdenes (que una vez más recomendamos y bendecimos) no están perfectamente adecuadas, por las mismas condiciones de sus respectivas Reglas, para cumplir la gran acción que este tiempo requiere. Nuestro guerrear no versa ya tanto contra una ignorancia particular, sea de los paganos a los que el Evangelio no ha llegado, sea de aquellos cuyos padres lo rechazaron o adulteraron; ni contra las engañosas riquezas de este mundo, ni contra la del falso nombre de ciencia, ni realmente contra ninguna de esas fortalezas de iniquidad contra que nos hemos esforzado en pasados tiempos. Más bien parecería que han llegado los días que profetizó el Apóstol cuando dijo que aquel día no vendrá mientras no acontezca la Gran Apostasía, y sea manifiesto el Hombre del Pecado, el Hijo de la Perdición, que se arrojó y exaltó a sí mismo sobre todo lo que es llamado Dios.

«No es ya con esta o aquella fuerza particular que tenemos que vernos, sino más bien contra la desenmascarada inmensidad de aquel poder cuyo tiempo fue predicho y cuya destrucción está preparada.»

La voz pausó una vez más, el Papa bajó los ojos, y Percy apretó la baranda delante de él para calmar el temblor de sus manos. No había rumor ahora; nada, fuera de un silencio que parecía viviente. El Papa aspiró profundamente, volvió el rostro lentamente de derecha a izquierda, y continuó más deliberadamente que nunca,

«Ha parecido bien, pues, a Nuestra Humildad que el Vicario de Jesucristo directamente invite a los hijos de Dios a esta nueva batalla; y es intención enrolar, bajo el título de Orden de Jesús Crucificado, los nombres de todos los que se oblaren a este nuevo servicio. Esto haciendo, nos damos cuenta de la novedad de nuestra acción y del dejar de lado todos los miramientos que eran necesarios en otro tiempo; y en este asunto no hemos pedido consejo a nadie, fuera de Aquel que creemos nos lo ha inspirado.

«Brevemente, preconizamos las siguientes condiciones:

«Nadie será apto para ingresar en la Orden, que no haya cumplido los diecinueve años de edad.

«Ni hábito, ni distintivo, ni insignia alguna le será prescripto.

«Los tres consejos evangélicos serán la base de la Regla, al cual añadimos un cuarto voto; a saber, el deseo de recibir la corona del martirio y el propósito de abrazarlo.

«El Obispo de cada diócesis, si él mismo entrare en la Orden, será su superior en los límites de su jurisdicción, y sólo él estará exento de la observancia literal del voto de pobreza absoluta, todo el tiempo que retenga su sede. Los obispos que no sientan vocación a la Orden retendrán sus sedes en las condiciones ordinarias, pero no tendrán jurisdicción sobre los miembros de la Orden.

«Ítem, anunciamos nuestra intención de entrar en la Orden como Prelado Supremo, y de hacer nuestra profesión solemne en el curso de esta semana.

«Ítem, declaramos que durante nuestro pontificado, ninguno será elevado al Santo Colegio Cardenalicio que no haya profesado en la Orden; y dedicamos la basílica de San Pedro como su Iglesia Central, en la cual elevaremos de inmediato al honor de los altares aquellas almas dichosas que entreguen sus vidas en cumplimiento de su profesión.

«De esta profesión es innecesario agregar nada, fuera de que será ejercida bajo las condiciones que fijarán los superiores. En cuanto al noviciado, sus ejercicios y requerimientos, expediremos dentro de poco las direcciones necesarias. Cada Obispo diocesano (pues es nuestra esperanza que ninguno de ellos se echará atrás) tendrá los derechos que regularmente pertenecen a los superiores religiosos, y será autorizado a emplear esos derechos en cualquier obra que, en su

opinión, requiere la gloria de Dios y la salvación de las almas. Es nuestra intención no emplear en nuestro servicio personal sino a miembros de esta Orden.

Bajó la cabeza un momento, aparentemente sin la menor emoción, y prosiguió, irguiéndola de nuevo.

«Esto es lo que hemos determinado. De otros asuntos pasaremos a consejo inmediatamente. Mas es nuestro querer que estas palabras sean comunicadas sin demora al mundo entero, para que conozca de inmediato qué es lo que Cristo, por medio de su Vicario, pide a todo el que camina en nombre de Dios. No ofrecemos galardón alguno, fuera del que Dios mismo ofrece a los que aman y dan la vida por el amigo; ninguna promesa de paz, a no ser de aquella que sobrepuja todo sentido; ningún hogar, fuera del que corresponde a viadores y peregrinos que no tienen aquí bajo ciudad permanente; ni felicidad alguna, si no es *la que está escondida con Cristo en Dios*.»

## CAPÍTULO CUARTO

### I

Oliver Brand estaba esperando una visita, sentado en su minúsculo despacho privado del Whitehall. Habían dado las diez, y a la media lo esperaban en la Cámara. Era de esperar que ese Mr. Francis, sea quien fuere, no lo detendría mucho. Cada minuto ganado ahora era un respiro, porque el trabajo las últimas semanas se había vuelto simplemente prodigioso.

Pero no fue demorado más de un minuto, porque la última campanada no había caído apenas de la Torre Victoria cuando la puerta se abrió y un sirviente anunció a Mr. Francis.

Oliver dirigió una rápida mirada al visitante, a sus párpados bajos y boca melancólica; lo fichó rápidamente en los momentos en que se saludaron y sentaron, conforme a su vieja costumbre de político; y fue vivamente al asunto.

- A las y-veinticinco, señor, debo dejar esta pieza - dijo -. Hasta entonces… hizo un gesto.

El señor Francis lo tranquilizó.

- Gracias, señor Brand. Hay tiempo bastante. Así pues, si usted me permite… - Hurgó en un bolsillo interior y sacó un abultado sobre.

- Voy a dejarle esto - dijo - al partir. Contiene cumplidamente todos nuestros deseos y nuestros nombres. Y ahora, brevemente, de qué se trata.

Se reclinó, cruzó las piernas, y comenzó a disertar, con un leve toque de solicitud en su tono.

- Soy una especie de delegado, como usted sabe - dijo -. Tenemos a la vez, algo que ofrecer y que pedir. Fui escogido porque la idea fue mía. Mas… ¿puedo hacerle una pregunta previa?
Oliver asintió en silencio.
- No deseo preguntar lo que no debo. Pero tengo entendido que es prácticamente cierto, ¿no es así?, que la Adoración y Culto será restaurada en todo el Reino.
Oliver sonrió.
- Así lo creo - dijo -. La ley, que es mía, ha sido presentada por tercera vez; y como todos saben, Su Excelsitud el Presidente debe hablar sobre ella esta misma tarde.
- ¿No la irá a vetar? ¿Qué le parece a usted?
- No lo creemos, no. En Germania él la ha aceptado.
- Exacto - aprobó Mr. Francis -. Y si la aprueba aquí, supongo que tendrá fuerza de ley de inmediato.
Oliver se inclinó sobre el escritorio y buscó la hoja verdenilo que contenía el proyecto de ley.
- Usted ha visto esto, supongo - dijo -. Aquí está, se convierte en ley *ipso facto*; y la primera solemnidad será celebrada el 1º de octubre…: la Paternidad ¿no es así? Sí, la fiesta de la Paternidad.
- Entonces va a haber un apurón - apuntó el otro rápidamente -. Apenas una semana.
- No me corresponde esa sección - dijo Oliver, dejando caer la hoja -, pero entiendo que el ritual será simplemente el mismo que en Germania. No hay motivos para que seamos singulares.
- ¿Y será empleada la Abadía?
- Más que seguro.
- Bien, Excelencia - dijo Francis -; de sobra sé que la Comisión Gubernativa ha de haberlo mirado todo de cerca, y sin duda tiene sus propios planes. Pero se me figura que van a precisar toda la experiencia que esté a mano…
- Sin duda, pero…
- Un momento, Excelencia… La Sociedad que yo represento consiste enteramente de hombres que han sido otrora sacerdotes católicos. Contamos unos doscientos en Londres. Le voy a dejar un folleto, si me permite, que explica nuestros fines, constitución, y demás. Bien, nos ha parecido que aquí había un asunto en el cual nuestra experiencia podía ser de ayuda al Gobierno. Las ceremonias católicas, como Su Excelencia sabe, son muy intrincadas; y algunos de los nuestros las han estudiado a fondo en aquellos tiempos. Solíamos decir que los Maestros de Ceremonias nacían, no se hacían; y tenemos un buen número de ellos entre nosotros. Pero en paridad, todo cura católico es poco o mucho un ceremoniero…
Se detuvo un momento interrogativamente.

- ¿Y, Mister Francis? hizo Oliver.
- Estoy seguro - continuó el otro - de que el Gobierno pesa la inmensa importancia de que todo salga bien. Si el Servicio Divino llegara a salir en lo más mínimo caótico o grotesco, ayúdeme usted a pensar. Sería contraproducente. De modo que he sido delegado, sí señor, para entrevistar a usted y hacerle presente que hay un cuerpo de expertos - calculo que somos unos veinticinco - que tiene una práctica especial en este género de cosas, y están enteramente contestes en ponerse a disposición de las autoridades centrales.
Oliver apenas pudo reprimir una sonrisilla en la comisura de los labios. Era un cachito de agria ironía, ¡sacerdotes católicos!, pensó; pero por otro lado era conveniente.
- Entiendo perfectamente, Mister Francis - replicó -; me parece una sugestión del todo razonable. Pero no creo ser la persona indicada Mister Snowford quizás…
- Sí, sí, ya sé. Pero el discurso de usted, el último, nos entusiasmó a todos. Su Excelencia dijo exactamente lo que estaba en nuestros corazones: que el mundo no podía estar sin un culto; y ahora que Dios era por fin conocido…
Oliver agitó la mano. Odiaba hasta la sombra de una lisonja.
- Muy amable, Mister Francis. Sin duda le voy a hablar a Snowford. Entiendo pues que ustedes se ofrecen como… hem… como Maestros de Ceremonias.
- Exacto, Excelencia; y chantres y sacristanes. Yo he estudiado el ritual alemán muy prolijamente: tiene más intríngulis de lo que parece. Va a demandar destreza en alto grado. Me figuro que va a exigirlo menos una docena de ceremoniarios en la Abadía y otros tantos en los vestuarios no van a ser demasiados.
Oliver asintió bruscamente, mirando con curiosidad la ansiosa faz en frente de él; tenía algo de esa vislumbre de máscara clerical que había visto en otros antes. Era evidentemente un santurrón.
- Son ustedes masones todos, por supuesto…
- Todos, señor Brand, naturalmente.
- Muy bien. Le hablaré a Snowford esta misma tarde, si lo encuentro.
Miró al reloj. Faltaban unos cuatro minutos.
- ¿Ha visto los nuevos nombramientos de Roma? - preguntó Mr. Francis, sin moverse.
Oliver movió la cabeza. No le interesaba Roma mayormente.
- El Cardenal Martín murió… murió el martes, y fue sustituido enseguida…
- Sí; y el nuevo es un antiguo amigo mío, Franklin, uno del Sur: Percy Franklin.
- ¡Cómo!
- ¿Qué hay, señor Brand? ¿Lo conoce usted?

- Sí, lo vi uña vez - dijo el otro desdeñosamente -. Por lo menos, me parece.
- Estaba en Westminster apenas hace un mes o dos…
- Sí, sí dijo Oliver, mirándolo fijamente—. ¿Así que usted lo conoció?
- Compañero de estudios
- ¡Ah! Bueno, algún día vamos a conversar acerca de ese sujeto. Porque ahora…
Se interrumpió. Faltaba un minuto.
- ¿Eso es todo? inquirió.
- Eso repetido diez veces - sonrió el otro - es mi tarea actual. Pero le ruego me permita decirle en qué grado apreciamos nosotros todo lo que ha hecho usted, señor Brand. Yo no creo sea posible a nadie, fuera de nosotros, comprender lo que la falta de un culto significaría para el país. Y nosotros… Al principio se siente uno tan extraño…
Su voz temblequeó y cesó. Oliver se sintió interesado y contuvo su movimiento de levantarse.
- Sí, señor Francis… comprendo.
- Era una ilusión, por supuesto, señor Brand, lo sabemos. Pero al menos en lo que a mí respecta, yo oso esperar que todo no fue en vano… nuestras aspiraciones y penitencias y preces. Errábamos nuestro Dios, pero sin embargo lo hemos encontrado… nuestro afán llegó al Alma del Mundo. Y por ese camino aprendimos que no éramos nada y que Él lo era todo. Y ahora, ahora…
- Sí, Mister Francis, repitió Oliver suavemente. Estaba interesado.
- ¡Y ahora Julián Felsenburgh ha venido! - Se atragantó un momento -. ¡Julián Felsenburgh! Había un mundo de súbita pasión en su voz gentil, y el corazón de Oliver respondió.
- Comprendo - dijo -. Comprendo todo lo que quiere decir:
- ¡Oh, tener al fin un Salvador! - exclamó Francis -. ¡Uno que se puede ver y tocar y loar en su mismo rostro! Es como un sueño… demasiado hermoso y sin embargo verdadero.
Oliver miró el reloj y se levantó bruscamente, tendiendo la mano.
- Discúlpeme usted. No puedo detenerme ya. Me ha convencido usted. Le hablaré a Snowford. ¿Su dirección está aquí, supongo?
- La mía y la de mis sustitutos. Tengo una pregunta aún…
- No puedo demorarme, perdón - dijo Oliver con un gesto terminante.
- Sólo esto: ¿es verdad que el culto será obligatorio?
Oliver asintió, al mismo tiempo que alzaba su portafolio.

## II

Mabel, sentada esa tarde en el estrado, detrás del sillón del Presidente, había levantado el reloj diez veces en última hora, cada vez esperando, que las veintiuna estarían más cerca de lo que era en realidad. Sabía bien que el Presidente de Europa no iba a estar ni un minino antes ni

uno después de esa hora. Su estricta puntualidad era proverbial en el Continente. Había dicho veintiuna y…
Un agudo campanilleo resonó abajo, y al momento la voz del locutor paró. Una vez más alzó la muñeca y vio que faltaban cuatro minutos; entonces se reclinó en su rincón y con templó la Cámara.
Una brusca mutación había sucedido al son del metálico aviso. En los sillones oscuros de abajo los diputados se estaban acomodando y componiendo decorosamente, descruzando las piernas, deslizando sus sombreros debajo de los asientos. Al mover los ojos, vio también que el Presidente dejaba su cátedra, porque Otro la iba a necesitar en breves instantes.
La Cámara estaba llena de bote en bote; un tardellegado corrió en la media luz de la puerta del sur y miró azorado alrededor buscando un lugar. Las galerías del fondo estaban… también repletas, allá abajo, donde ella tampoco había encontrado sitio. Pero de todo el apiñado concurso no subía ruido alguno, fuera de un chistar muy tenue; de los pasajes de atrás oyó repetirse el rápido campanilleo al despejarse las galerías; y de la Plaza del Parlamento llegaba el pesado zumbido de la turba, que estaba siendo’ audible desde hacía treinta minutos. Cuando éste cesaba de golpe, ella sabía lo que significaba.
¡Cuán extraño y espléndido era estar allí ahora, en esta misma noche, cuando el Presidente había de hablar! Un mes antes había aprobado la misma ley en Germania y hecho un discurso sobre ella en Turín. Mañana debía hacerlo en Madrid. Nadie sabía dónde había estado la semana pasada. Había corrido la voz de que su volador había sido visto pasando sobre el lago de Como; la cual después había sido desmentida. Nadie sabía tampoco lo que iba a hacer esta noche. Podían ser tres palabras o treinta mil. Había unos cuantos artículos en la ley - los que versaban sobre el punto de la obligatoriedad, y desde cuándo el nuevo culto comenzaría a ser compulsivo, y si para todos los súbditos, y desde la edad de siete años - que podían ser objetados y provocar el veto. En ese caso, todo debía rehacerse, y la ley debía reproponerse; a no ser que la Cámara aceptara las enmiendas por aclamación.
Mabel era partidaria de esas cláusulas. Disponían que aunque el nuevo culto fuese ofrecido en todas las Parroquias de Inglaterra en el próximo primero de octubre, no sería obligatorio para todos hasta Año Nuevo; en tanto que Germania, que había sancionado la ley un mes antes, la había hecho estrictamente obligatoria desde el instante de su promulgación; compeliendo así a todos sus súbditos católicos a abandonar el territorio nacional sin demora o sufrir las sanciones. Éstas no eran muy rigurosas: una semana de cárcel a la primera transgresión; a la segunda, un mes; a la tercera, un año; y a la cuarta, prisión perpetua hasta que el delincuente aflojara. No se podían llamar sino moderadas, puesto que la misma prisión se limitaba al confinamiento y al trabajo en los talleres

del Gobierno. Nada de horrores medievales; y el culto era tan fácil, además: solamente la presencia corpórea en la Iglesia o Catedral propia en las cuatro grandes festividades de la Maternidad, la Vida, la Convivencia y la Paternidad, celebradas el primer día de cada trimestre del nuevo Calendario Perpetuo. Los domingos la asistencia al culto era del todo libre.
No podía comprender cómo nadie pudiera rehusarse a este sencillo homenaje. Esos cuatro emblemas eran hechos positivos - eran la manifestación de lo que ella llamaba el Espíritu del Universo - y si otros lo llamaban Poder de Dios, bueno, no podían negar que esas eran sus manifestaciones. ¿Cuál era pues la dificultad? No era que el culto católico fuese prohibido, dentro de las regulaciones ya usuales. Los católicos podían concurrir a sus misas - no a las mismas horas del Culto Nacional. Y sin embargo, cosas estrafalarias estaban sucediendo en Germania: no menos de 12.000 personas habían partido resueltamente para Roma; y se decía que más de 40.000 iban a rehusarse a este simple acto de homenaje dentro de una semana. La ponía confusa y triste pensar en eso.
Para ella el nuevo culto era el coronamiento obvio del triunfo de la Humanidad. Su corazón había anhelado algo como eso: una profesión pública y colectiva de lo que ya todos creían. ¡Tenía tanta antipatía a la gente estúpida que se contentaba con la acción y nunca consideraba los resortes y raíces de ella! Seguramente este instinto suyo era sano: deseaba estar con sus semejantes en algún solemne recinto, consagrado no por curas sino por la unánime voluntad del hombre; tener como estimulantes dulces cánticos y el sonar del órgano; volcar sus tristezas junto con millares de otras en una inmolación de su debilidad ante el potente Espíritu del Mundo; cantar alto su loa a la gloria de la Vida y ofrecer sacrificio e incienso a Aquello de donde había recibido su ser, y en donde un día habría de resignarlo de nuevo. ¡Ah!, todos esos cristianos habían entendido la condición humana, pensó por centésima vez; la habían degradado, cierto, habían oscurecido la luz, emponzoñado el pensamiento, malentendido y calumniado el instinto; pero habían percibido que el hombre debe adorar - o adorar o hundirse.
Cuanto a ella, se proponía concurrir al menos una vez por semana a la vieja iglesita cercana a su casa para meditar los dulces misterios, para presentarse a Aquello que estaba aprendiendo a amar, y para beber en lo posible nuevos y nuevos filtros de fuerza y de vida.
Ah, pero primero debía sancionarse la ley… Apretó las manos en el frío antepecho y miró firmemente delante de ella la corona de cabezas, los portales patentes, el batintín y su maza sobre la cátedra… oyendo, por sobre el tronido opaco de la turba de afuera y los apagados murmullos de adentro, su propio corazón palpitante.

No iba a poder verlo a Él, lo sabía. Él iba a venir de afuera por la puerta que nadie sino Él podía usar, derecho al asiento debajo del baldaquín. Pero oiría su voz, sí... eso era bastante gozo para ella.
Y he aquí que ahora se hizo el silencio afuera; el vasto ruido confuso murió de golpe. Había llegado. Y a través de sus ojos empañados vio agitarse y alzarse las filas de cabezas abajo, y con sus oídos pulsantes oyó el golpeteo de muchos pies. Todos los rostros se volvieron a un punto; y ella los espió como a un espejo que le diera el reflejo de Su presencia. Hubo un suave sollozo por allí en el aire, ¿O era ella misma?, el chasquido de una puerta; un espeso bum melodioso al sonar arriba de ella, golpe tras golpe, los carillones que tañeron tres veces; y en un instante un tiritón pasó inclinando el mar de rostros, como si un soplo de pasión sacudiera las almas, hubo una ondulación aquí y allá... y una voz impasible fuera de su vista pronunció media docena de palabras en esperanto:
- “Ingleses, yo apruebo vuestra ley de cultos.”

## III

Fue en el almuerzo del día siguiente cuando se encontraron de nuevo marido y mujer. Oliver había dormido en el centro y telefonado alrededor de las once que iba a estar de vuelta enseguida y que traía un invitado; y poco antes del mediodía oyó sus pasos en el hall.
Mister Francis, que le fue presentando, parecía un ente inocuo, pensó ella, no interesante, aunque enteramente embargado en el asunto de la “ley”. Recién al finalizar la comida se enteró de quién era.
- No te vayas, Mabel, amor - interpuso su marido al hacer ella finta de marcharse -. Te va a gustar escuchar esto, me parece. Mi mujer conoce todo lo que yo - añadió.
Francis sonrió y se inclinó.
- ¿Puedo informarla acerca de usted? - prosiguió Oliver.
- Pero sí, ciertamente.
Entonces ella oyó que había sido cura católico hasta hacía pocos meses; y que Lord Snowford andaba en consultas con él acerca de las próximas ceremonias en la Abadía. Sintió un súbito interés al oír esto.
- ¡Oh, dígame!, - exclamó -. Quisiera saberlo todo.
Parecía que el señor Francis había visto esa misma mañana al nuevo Ministro de Adoración y Culto, y había recibido de él encargo formal de tomar a su cuenta el festival sacro del 1° de octubre. Dos docenas de sus colegas además debían formar entre los “ceremonieros”, al menos temporalmente; y después del acto, iban a ser enviados en gira de conferencias para organizar el culto público en provincias.
Por supuesto, las cosas iban a ir un poco cuesta arriba al principio, dijo Francis; pero para el Año Nuevo se contaba con que todo iba a andar sobre ruedas, al menos en las catedrales y parroquias centrales.

- Es capital - dijo - que esto se solucione en forma rápida e impecable. Es capital la primera impresión. Hay millares que tienen el instinto de la adoración sin saber cómo satisfacerlo.
- Es perfectamente exacto - observó Oliver -. Yo mismo lo he sentido por un largo lapso. Supongo que es el instinto más hondo del ser humano.
- En cuanto a las ceremonias - continuó el otro con un airecillo de importancia... Giró los ojos en torno, después hurgó en el bolsillo interior del saco y extrajo un delgado librillo rojo.
- Éste es el Ordo de los Oficios para la fiesta de la Paternidad - anunció -. Lo he hecho interfoliar y he puesto unas cuantas notas.
Empezó a volver las páginas, y Mabel aproximó su silla para escuchar, con gran interés.
- Bien, bien, *amigo* - dijo Oliver -. Ahora denos una clasecita.
Mister Francis cerró el libro sobre su pulgar, apartó el plato con la otra mano, y comenzó a disertar.
- Primero - dijo -, hay que presuponer que este manual está basado casi enteramente en el de la Masonería. Tres cuartos al menos de toda la función será llenado con esto. Allí los *ceremonieros* no intervendrán, si no es para proveer que las insignias estén listas en los vestuarios, arregladitas y a mano. Los empleados comunes cuidarán de lo demás. Las dificultades comienzan en la cuarta parte...
Pausó, y con una ojeada de disculpa comenzó a arreglar cuchillos y vasos sobre el mantel.
- Ahora bien - continuó -, aquí tenemos el viejo santuario de la Abadía. En el lugar de la antigua reja y comulgatorio se levantará el gran altar de que habla el ritual, con los peldaños que lleven desde el piso hasta el ara. Detrás del altar, prolongado casi hasta el antiguo nicho del Santo, estará el pedestal con la figura simbólica encima; y - según yo entiendo por la ausencia de toda indicación en contrario - cada una de las imágenes permanecerá en ese lugar hasta la víspera de la fiesta consecutiva.
- ¿Qué clase de imagen? - preguntó la joven. Francis miró al marido.
- Tengo entendido que Herr Markenheim ha sido consultado - dijo - o Él las dibujará y modelará. Es un gran artista. Cada una corresponderá a la idea de la fiesta. Ésta de la Paternidad. .. Pausó de nuevo.
- ¿Sí? - dijo ella.
- Ésta de la Paternidad entiendo que será la figura desnuda de un varón. Sí... está perfectamente bien, pensó Mabel. La voz de Francis continuó rápida. - Una nueva procesión ingresa en este punto, después del discurso. Es aquí donde se requiere atención especialísima. ¿Supongo que un ensayo no será posible?
- Difícil - dijo Oliver sonriendo.
El Maestro de Ceremonias suspiró.

- Lo temía. Entonces deberemos tener impresas instrucciones muy precisas. Los oficiantes se retirarán durante el himno, me imagino, a la antigua capilla de Santa Fides. Esto me parece lo más indicado.
Indicó la capilla.
- Después de la entrada de la procesión, todos retornan sus puestos en estos dos lados… aquí y aquí… mientras el celebrante con los sagrados ministros…
- ¿Eh?
Mister Francis dejó aparecer en su faz pálida una muequecilla y enrojeció un poco. - El Presidente de Europa… - se interrumpió -. Ah, éste es el punto. ¿Tomará parte el Presidente? Eso no está claro en el ritual.
- Creemos que sí - repuso Oliver -. Será requerido.
- Bien; en caso contrario, yo supongo que oficiará el Ministro de Adoración y Culto. Con sus dos ayudantes que sostienen la orla de la dalmática, cruza en arco lento hacia el pie del altar. Atención aquí. Recuerden que la figura está todavía velada y que los cirios han sido encendidos durante el avance de la procesión. Entonces siguen las Letanías, que están en el ritual con las respuestas. Éstas son cantadas por el coro; y van a ser impresionantes. Entonces el cele… el oficiante asciende solo al altar; y de pie, declama la Invocación, así llamada. Al terminar (es decir, al llegar al punto señalado con el asterisco) los turiferarios salen de la Capilla, cuatro en número. Uno asciende al altar, dejando a los otros incensando al pie… ofrece su turíbulo al oficiante y se retira, genuflectando. Al sonido de la gran campana, los velos son corridos, el oficiante inciensa la imagen en silencio con cuatro dobles, y al fin de ellos el coro canta la antífona correspondiente.
Extendió las manos.
- El resto es fácil - concluyó -. No es preciso discutirlo.
A Mabel todo le había parecido fácil; pero fue morigerada.
- No tiene usted idea, Mrs. Brand - repuso el *Ceremoniarius* - de las dificultades implicadas incluso en la función más simple. La estupidez de la gente es prodigiosa. Preveo más de un sofocón para nosotros… ¿Quién pronunciará la homilía, señor Brand?
- No tengo idea - dijo Oliver, sonriendo -. Supongo que Lord Snowford elegirá bien. Francis lo miró interrogativamente.
- ¿Cuál es su opinión de todo el asunto, si me permite, Excelencia?
Oliver calló un momento.
- Entiendo que es necesario - comenzó -. No habría tal exigencia de cultos si no fuera una necesidad. Pienso también… sí, pienso que en conjunto el ritual es impresionante. No veo cómo podría ser mejorado. ..
- ¿Sí, Oliver? - lo incitó su esposa.
- No, nada… excepto… excepto que espero que el pueblo entrará en inteligencia.

Francis interrumpió.
- Caro amigo, el culto siempre envuelve un toque de misterio. No hay que olvidar eso. Fue la carencia de ello lo que hizo decaer el Día del Imperio la centuria pasada. Para mí, el ritual es admirable. Claro que mucho depende de la manera cómo será actuado. Yo veo todavía pormenores indecisos... el color de las cortinas, por ejemplo. Pero el plan general es soberbio. Es simple, impresionante, y sobre todo, inequívoco en su lección central...
- ¿Y cuál sería ella? - preguntó Mabel.
- Yo entiendo que es un homenaje rendido a la vida como tal - dijo el otro lentamente -. La vida bajo cuatro aspectos: la Maternidad corresponde a la Navidad de la fábula cristiana; es la fiesta del hogar, de la ternura, de la fidelidad. Después, en primavera, la Vida en sí misma es recordada, fecunda, nupcial, apasionada. La Convivencia, en verano, abundancia, confort, plenitud y lo demás, correspondiente al *Corpus Christi* de la tradición; y la Paternidad, la idea protectora, generativa, dominante, al venir el invierno... Entiendo que es una idea alemana.
Oliver asintió.
- Sí - dijo - y supongo será tarea del orador explicar todo eso.
- Debe hacerla. Y me parece a mí más llena, más sugestiva que la idea alternativa de origen francés: Ciudadanía, Trabajo, Derecho y Democracia. Estas cosas, después de todo, son subordinadas a la Vida.
Mister Francis hablaba con un contenido entusiasmo, y su aire clerical se acusaba por momentos. Era evidente que él, al menos, necesitaba del culto.
Mabel juntó sus manos bruscamente.
- Yo pienso que es hermoso - dijo devotamente -. Y es tan... tan real.
Francis se volvió hacia ella, con una chispa en sus ojos castaños.
- Oh sí, señora. Es eso. No existe la Fe, como acostumbraban a explicarla: ésta es la visión de los hechos, que ninguno pone en duda; y el incienso declara la divinidad única de la Vida, lo mismo que sus misterios. .
- ¿Qué hay de las imágenes? - preguntó Oliver.
- El mármol es imposible, por supuesto. Por el momento, deberá ser yeso. Markenheim se va a poner al trabajo de inmediato. Si las imágenes son aprobadas, más tarde podrán ser labradas en mármol.
De nuevo habló Mabel con su dulce gravedad.
- Me parece - dijo - que esto es algo que no hay que descuidar. Es tan difícil mantener nuestros principios claros... tenemos que tener un cuerpo para ellos... alguna manera de expresión... Pausó.
- ¿Sí, Mabel?
- No quiero decir - prosiguió ella - que todos no puedan vivir sin imágenes, pero muchos no pueden. Los no-imaginativos necesitan

imágenes físicas. Debe de haber como un cauce para que corran sus aspiraciones... no sé explicarme.
Oliver asintió lentamente. También él parecía de humor meditabundo.
- Sí - dijo -. Y creo que también moldearán sus pensamientos; los van a mantener apartados del peligro de la superstición. La superstición no muere; eso es lo que yo más temo. Francis se tornó hacia él vivamente.
- ¿Qué piensa de la nueva Orden Religiosa del Papa, señor Brand?
El rostro de Oliver se ensombreció un tanto.
- Pienso que es el peor paso que podía habérsele ocurrido; peor para él, quiero decir. O bien es un esfuerzo real, y entonces va a producir una ola de indignación; o bien es una farsa, y lo va a desacreditar. ¿Por qué me lo pregunta?
- Estaba cavilando si no llegará a haber algún disturbio en la Abadía.
- Lo sentiría por el disturbador.
Un agudo campanilleo y una ficha que se iluminó llamó al teléfono. Mabel lo miró mientras oprimía el botón, mencionaba su nombre y llevaba el auricular a la oreja.
- Es el Secretario de Snowford - dijo por encima del hombro a las dos caras expectantes -. Snowford quiere... ¡ah!
De nuevo dijo su nombre. Oyeron una frase o dos, que sonaron misteriosas.
- Ah, es seguro, entonces... Lo siento... Sí, milord... Oh, pero es mejor que nada... Sí, está aquí. .. Muy bien, se lo voy a decir al momento.
Miró por sobre el tubo, tocó de nuevo la tecla, y volviose hacia ellos.
- Es una lástima - dijo -. El Presidente no va a oficiar en el festival. Ni se sabe si estará presente. Lord Snowford quiere vernos a los dos al instante, Mister Francis. Markenheim está con él.
Pero a Mabel, también decepcionada, se le ocurrió que él parecía más preocupado de lo que la pequeña decepción exigía. Había algo más.

## CAPÍTULO QUINTO

### I

Percy Franklin, el nuevo Cardenal-Protector de Inglaterra, venía despacio a lo largo del pasaje que llevaba desde los aposentos del Papa a los suyos, junto con Hans Steinmann, Cardenal-Protector de Germania, resoplando a su lado. Siempre en silencio, tomaron el ascensor y caminaron por la galería, dos resplandecientes figuras, la una erguida y juvenil, la otra encorvada, gorda y enteramente germánica, desde los lentes hasta los pies hebillados de plata.
A la puerta de su aposento, el inglés se detuvo, hizo una pequeñísima reverencia, y se metió adentro sin decir palabra.
Un secretario, el joven Mr. Brent, recién llegado de Inglaterra, se levantó al entrar el patrón.

- Eminencia le indicó -, la prensa inglesa.
Percy alargó la mano, tomó un diario y se metió en su dormitorio.
Allí estaba: titulares gigantescos, y cuatro columnas apretadas de texto, roto por sensacionales frasecitas en mayúsculas, a la moda que América había impuesto cien años antes. No se había encontrado desde entonces ningún método mejor para malinformar al no-inteligente.
Miró al tope. Era la edición de la tarde de *La Era*. Después leyó los títulos. Rezaban como sigue:
EL CULTO NACIONAL - ESPLENDOR FENOMENAL - ENTUSIASMO RELIGIOSO - LA ABADÍA Y DIOS - UN CATÓLICO FANÁTICO - EX -CURAS DE FUNCIONARIOS…
Sus ojos recorrieron la página, leyendo las vívidas frasecitas, y sacando del conjunto una impresión cinematográfica de las escenas de la Abadía en el día anterior, todo lo cual sabía ya por la radio, y cuya discusión había sido el propósito de su breve entrevista ahora mismo con el Sumo Pontífice.
Evidentemente, no había nuevas noticias; y estaba dejando el papel cuando sus ojos pescaron un nombre.
«Tenemos conocimiento de que Mr. Francis, el *Ceremoniarius* (al cual se le debe gratitud por su destreza y reverente celo), va a dirigirse inmediatamente a las capitales de provincia para conferenciar acerca de los ritos. Es interesante reflexionar que este caballero o hace muchos meses estaba oficiando en un altar católico. Estuvo asistido en sus tareas por veinticuatro cofrades, munidos de su misma experiencia … »
- ¡Santo cielo! - exclamó Percy en voz alta. Después dejó el diario.
Mas su pensamiento había dejado al renegado, y recorría otra vez la significación de todo el caso, y la opinión que había considerado de su deber emitir un momento antes.
Brevemente, era vano disputar el hecho de que la inauguración del culto panteísta había sido un estupendo éxito en Inglaterra y Alemania. Francia, en cambio, estaba demasiado resabiada del culto de los grandes individuos humanos para desarrollar ideas más amplias. Allí se negaban a hacerlo obligatorio.
Pero Inglaterra era más profunda; y allí el asunto, a despecho de muchos pesimistas, se había desenvuelto sin una sombra de grosería o de ridículo. Se decía que Inglaterra era huraña y humorosa. No obstante, habíanse visto allí ayer escenas extraordinarias. Un gran hálito de entusiasmo había soplado de punta a punta de la Abadía al correrse las fastuosas cortinas y al aparecer la enorme figura viril, mayestática y dominante, coloreada con arte exquisito en un incendio de candelas contra el alto cortinado que tapaba el antiguo Tabernáculo. Markenheim había trabajado muy bien, y el pasional discurso del diputado Brand había preparado al pueblo para la revelación. Brand

había citado, en su panegírico, pasaje tras pasaje de los profetas judíos, que decían de la Ciudad de Paz, cuyas altas murallas se alzaban ahora a los ojos de todos.
«Levántate, Santuario, porque tu luz ha llegado, y la gloria del Señor se ha revelado en ti. Pues he aquí que yo creo nuevos cielos y nueva tierra; y los de antes serán olvidados y no vendrán más en memoria... La violencia no será oída más en mi tierra; rapiña y devastación no entrarán sus confines. Oh tú, largamente afligida, vibrada de tempestades y nunca consolada: he aquí que yo te pongo tus cimientos de ónix y tus fundamentos con zafiros... Yo haré tus ventanas de carbunclos y tus puertas de ágata; y todos tus cantos de piedras preciosas. Levántate, Santuario, pues tu luz ha llegado.
Y el tintineo de los incensarios había resonado en el silencio; y con una sola moción, la enorme multitud había caído de rodillas y permanecido inmóvil, y el aroma se alzaba en volutas de las manos de la figura rebelde que sostenía el turíbulo. Entonces el órgano había empezado a resonar, y por el inmenso coro amontonado en los transeptos había rodado la antífona, rota por el frenético grito de protesta de algún católico demente. El cual había sido silenciado al instante...
Era increíble... del todo increíble... se decía Percy a sí mismo. Pero lo increíble había acontecido; y Gran Bretaña había encontrado de nuevo su culto, la necesaria culminación de su personalidad autónoma. De las provincias habían llegado informes semejantes. En catedral tras catedral se habían registrado las mismas escenas. La obra maestra de Markenheim, modelada cuatro días después de la sanción de la ley, había sido reproducida a máquina, y cuatro mil copias habían sido despachadas a todos los centros. Informes telegráficos habían afluido a los diarios de Londres de que en todas partes el nuevo movimiento había sido recibido con aclamaciones, y que los instintos humanos habían recibido al fin su expresión. Si no hubiera Dios, habría que inventar uno, pensó Percy; y de hecho lo habían inventado. Estaba asombrado de la habilidad con que el nuevo culto había sido pensado. No versaba sobre puntos disputables, no daba pie a amarguras de opiniones políticas divergentes, ni insistía sobre la ciudadanía, el trabajo o la productividad, para los que eran individualistas o indolentes. La Vida era su centro y su fuente, arropada con el boato del antiguo culto. Se sabía que era Felsenburgh su inspirador, aunque un nombre alemán se había echado por delante. Era una suerte de positivismo panteísta, un catolicismo sin Cristo, un culto de la Humanidad sin su insipidez abstracta. No eran los hombres quienes eran adorados, sino el ideal del Hombre, despojado de su vínculo con el Más Allá. El sacrificio también era preconizado: el instinto de renunciamiento, sin la exigencia de una santidad exagerada ni la tacha de un pecado hereditario... Realmente,

realmente, - dijo Percy -, era tan astuto como la serpiente y tan viejo como Caín.
El parecer que acababa de dar al Padre Santo era uno de derrota, no de aliento; realmente no atinaba qué decir. Había urgido un decreto terminante que prohibiese todo acto de violencia a los católicos. Los fieles debían ser animados a ser pacientes y estar tranquilos, a mantenerse rigurosamente aparte de todo acto de idolatría (¿cómo se hacía eso?), a no decir nada si no fueren forzados, a sufrir alegremente las sanciones. Había sugerido, al unísono con el Cardenal alemán, que los dos podrían regresar a sus respectivos países a fin de año, a fin de alentar a los vacilantes; mas la rápida respuesta fue que sus vocaciones eran permanecer en Roma, a menos que algo imprevisto lo desaconsejara.
De Felsenburgh había pocas noticias. Se decía que andaba en Oriente; pero el resto era secreto. Percy creyó comprender por qué no había participado en el culto, como se lo pedían: primero, era contencioso optar entre las dos naciones que lo habían inaugurado a la vez; y luego, era él demasiado perspicaz político para arriesgar la asociación de su nombre con un posible fracaso; por último, parecía que algo no marchaba en el Oriente.
Este último punto era oscuro; todavía no había sido aclarado, pero parecía como si el movimiento del último año se hubiese allá estancado. Era indudablemente difícil explicar sus continuas ausencias del continente de su adopción si no hubiera algo que exigía su presencia afuera; pero la extrema reserva del Oriente y las rigurosas cautelas del Imperio hacían imposible saber nada a punto fijo. Aparentemente, era algo relacionado con la religión: venían de allá rumores de portentos, profetas, santones; y había una población católica más unida y austera que en Europa.
Sobre Percy había sobrevenido un cambio sutil que él iba verificando poco a poco. Ya no volaba en confianza o caía en desespero. Decía su misa, leía su enorme correspondencia, meditaba secamente; y aunque no sentía nada, lo miraba todo. En espectador, como sobre el techo de su mente, consideraba el enredado danzar de las cosas, produciendo continuamente sentencias lúcidas, frías hasta el cinismo, que atenuaba una punta de humor cuando las decía, como un testigo que fuera un juez. No había una tachita de duda en su fe, pero tampoco emoción ninguna. Era como uno que trabajara en una mina, con sus sentidos embotados, pero conscientes de que en alguna parte cantaban los pájaros, el sol lucía, corría el agua. Entendía bastante bien su propio estado, consciente de que había llegado a una realización de su fe que era nueva para él, porque era fe pura - mera aprehensión de lo espiritual - sin los peligros ni los gozos de la visión imaginativa. Él lo explicaba diciéndose que había tres procesos por los que Dios llegaba al

alma: uno, el de la fe externa, que asiente simplemente a todas las fórmulas que le presenta la autoridad competente, practica la religión, y no anda ni con duda ni con entusiasmo; el segundo representa el avivarse de los poderes emotivos y perceptivos de la sensibilidad, mechado de consolaciones, desolaciones, deseos, visiones místicas y peligros de decepción: y en este plano es donde se toman resoluciones, se producen conversiones y naufragios, se verifica la vocación, y se medita con las tres potencias; y el tercero, inexpresable y misterioso, consiste en la re actuación, en la esfera puramente espiritual, de todo lo que ha precedido (como una función sigue a un ensayo) en el cual Dios es captado pero no sentido, la gracia es absorbida inconsciamente y aun desagradablemente, y poco a poco el espíritu interior es centrado en la hondura de su ser, muy más adentro de las esferas de la emoción y la percepción imaginativa, en la imagen y la mente de Cristo. *Vivo yo, mas* yo *no vivo: vive Cristo en mí.*

Ahí estuvo un rato recostado lánguidamente, pensando... un alto, majestuoso, inmóvil maniquí escarlata, contemplando la santa Roma en la nebulosa atmósfera de septiembre. ¿Cuánto tiempo, pensó, duraría la tregua? Sentía la tormenta en el aire.

Al final tocó la campanilla.

- Tráigame el último informe del Padre Blackmore - dijo, al aparecer su secretario.

## II

El poder intuitivo de Percy, a la vez nativo y cultivado, se había desarrollado notablemente en su breve actividad vaticana. Nunca había olvidado al P. Blackmore y sus agudas observaciones de un año hacía; y uno de sus primeros actos como Cardenal Protector fue nombrar al viejo canónigo jefe de corresponsales ingleses. Hasta ahora había recibido una docena de cartas, y ninguna sin su pepita de oro. Una nota había sonado incesantemente a través de todas ellas: la prevención de que, tarde o temprano, algún abierto sacudón de despecho iba a sacudir a los católicos ingleses; y fue la memoria de esa prevención la que había inspirado esa mañana sus vehementes exhortos al Papa. Como en la persecución africana de la tercera centuria, el mayor peligro para los católicos estaba menos en las medidas del gobierno que en el celo indiscreto de algunos fieles. El mundo, qué más quería que ese mango para su espada. La vaina estaba tirada hacía mucho.

Cuando el muchacho irlandés le hubo pasado los cuatro apretados pliegos de escritura eléctrica, datados en Westminster la tarde antes, Percy recurrió al instante al último párrafo, antes de las “recomendaciones”.

«El ex-secretario del magnate Brand, Mister Phillips, que Su Eminencia me recomendó, ha estado a verme tres veces. Está en un temple curioso. No tiene fe; pero intelectualmente no ve esperanza sino en una restauración de la Iglesia. Incluso pidió ser admitido en la Orden del Crucificado, cosa manifiestamente imposible. Pero no cabe duda que es muy sincero: hubiera abrazado el Catolicismo, de no serlo escrupulosamente. Lo he puesto en contacto con varios católicos señalados, en la esperanza de que puedan ayudarlo. Mucho me agradaría que hablara con Su Eminencia…»

Antes de dejar Inglaterra, Percy había cultivado esa relación tan extrañamente hecha junto al lecho de muerte de la señora Brand; y sin saber del todo el por qué, lo había recomendado a Blackmore, No había sido muy grandemente impresionado por Phillips: le pareció un tímido, una criatura indecisa; peto había sido tocado por el abnegado gesto con que el hombre se había jugado su posición. Quién sabe qué podía haber detrás de eso.

Y ahora sintió el impulso de hacerlo llamar. Quizá la atmósfera de Roma precipitase la fe. El hombre tenía que poseer información fresca. En el caso de una conversión de un antiguo secretario del notorio Brand… Sonrió.

Tocó el timbre de nuevo.

- Señor Brent —ordenó -, en su próxima carta al Padre Blackmore, me hace el favor de decirle que desearía ver al hombre de que me habla… Phillips.

- Bien, Eminencia.

- No hay apuro. Puede tomarlo cómodamente.

- Sí, Eminencia.

- Mejor que no venga hasta enero. Ahora estamos abrumados.

- Perfectamente, Eminencia.

El desarrollo de la Orden de Cristo Crucificado había sido un suceso casi milagroso. El llamado del Padre Santo a la Universal Iglesia había caído como una chispa en un pajonal. Parecía exactamente como si la Cristiandad hubiese llegado al punto de tensión en el cual una tal organización era requerida; y la respuesta había aturdido hasta a los más apáticos. Prácticamente toda Roma con gran parte del suburbio - tres millones en todo - había corrida a los registros de San Pedro como hambrientos al trigo o náufragos a la recuesta de una playa. Día tras día el Papa mismo había sedido en su trono debajo del altar de la Confesión, gloriosa y radiante figura, palidecida y cansada al atardecer, impartiendo su bendición con un gesto mudo a cada persona de la inmensa masa que enjambraba entre los barrotes, limpia por el ayuno y la confesión, para postrarse delante de su nuevo Superior y besar el anillo papal. Las condiciones habían sido tan rigurosas como las circunstancias lo pedían. Cada postulante debía confesarse con un

sacerdote especialmente autorizado, que escudriñaba severamente los motivos y el ánimo; y sólo un tercio de los acudidos había sido aprobado. Ésta no era, como las autoridades respondieron a los criticones, una proporción excesiva; había que recordar que la mayoría de ellos había sufrido ya recias sacudidas por la fe. De los tres millones, dos por lo menos eran desterrados de su patria por motivos religiosos, que habían optado por vivir incómodos y despreciados a la sombra del Santuario, antes que en el desolante esplendor de sus patrias apóstatas.
En la quinta tarde de la recepción de novicios, tuvo lugar un asombroso incidente. El viejo Rey de España, biznieto de la Reina Victoria, ya en el borde mismo del sepulcro, se había levantado y dirigido tambaleando hacia el Pontífice; pareció un momento que iba a caer, cuando el Papa mismo, con un súbito movimiento, se había levantado, lo había tomado en sus brazos, y besado; y después, de pie en la tarima, había improvisado un fervorino como nunca se había oído en la historia de la Basílica.
«*Benedictus Dominus Deus Israel* - clamó con la cabeza erguida y brillantes ojos -, bendito sea el Señor Dios de Israel que ha acogido y redimido a su pueblo. Yo, Juan, Vicario de Cristo, Siervo de los siervos de Dios y Pecador entre los pecadores, os ordeno que tengáis valor en el nombre de Dios. Por Aquel que pendió en la Cruz, yo prometo la vida eterna a todo aquel que persevere en la Orden. El mismo lo ha dicho: *A aquel que perseverare, le daré la corona de la vida.*
«Hijitos, no temáis a los que pueden matar el cuerpo y más allá no pueden. Dios y su Madre celeste están entre vosotros…»
Y así su voz se alzó sobre la inmensa masa, diciendo, de la sangre que había sido derramada en ese mismo lugar, del cuerpo del Apóstol que yacía unos metros más allá, urgiendo, alentando, inspirando. Se habían consagrado a la muerte, si ésa era la voluntad de Dios: él mismo cada mañana lo hacía; y si no era eso su Santísima Voluntad, la intención valía. Ahora estaban debajo de obediencia; sus voluntades ya no eran propias, sino de Dios; bajo castidad, sus cuerpos eran hostias de sacrificio; bajo pobreza, de ellos era el Reino de los Cielos.
Había terminado con la gran bendición muda del Orbe y de la Urbe; y no fallaron media docena de concurrentes que juraban habían visto una forma blanca a modo de ave que se cernía en el aire mientras él hablaba: blanca como una nube y traslúcida como el agua.
Las escenas que se siguieron en la urbe y sus suburbios fueron inauditas; porque millares de familias habían roto sus vínculos humanos. Los maridos habían tomado el camino de las enormes casas que se habían destinado en el Quirinal; las mujeres, al Aventino; mientras los niños, fervorosos a la par de sus padres, habían confluido en enjambres a las Hermanas Vicentinas, que habían recibido del Papa,

para albergarlos, la donación de tres calles en la Plaza España. Por todas partes en las calles ardían hogueras de recuerdos de familia, cuadros, chucherías y juguetes de los disueltos hogares, vueltos inútiles por los votos; y largos trenes incesantes partían de la estación de Extramuros cargados de jubilantes paquetes de movilizados por los delegados del Papa hacia los campos de batalla de la Europa entera, para ser la sal de la tierra, disuelta al ser usada; y fermento hundido en los vastos modios del mundo infiel (“medida política hábil para descongestionar a Roma”); y el mundo infiel saludaba su llegada con amarga burla.
De toda la Cristiandad habían llovido nuevas del éxito... Las mismas cautelas habían sido observadas por doquiera, pues las instrucciones de Roma eran precisas y terminantes; y hora tras hora llegaban al Oficio Central las largas listas de nuevos religiosos compiladas por los Superiores Diocesanos.
En los siguientes días, otras listas comenzaron a llegar, más gloriosas todavía. No solamente los pacatos comunicados de que la Orden había comenzado su acción de plano, de que muchas comunicaciones rotas habían sido restablecidas, las misiones se estaban entablando y la esperanza fluía de nuevo en los corazones caídos; mas también los anuncios sagrados de victorias de otra índole. En París, cuarenta miembros de la Orden recién nacida habían sido quemados vivos en el Barrio Latino...En Düsseldorf, dieciocho hombres y muchachos, sorprendidos en oración en la iglesia de San Lorenzo, habían sido echados uno a uno dentro de las cloacas, mientras cantaban al desaparecer:
Christe, Fili Dei vivi, miserere nobis
Y desde la horrenda cavidad había seguido el canto hasta que fue acallado con piedras. Entre tanto, las cárceles de Alemania estaban repletas con las primeras tandas de recusantes.
El mundo encogió los hombros y declaró que ellos se lo habían buscado, al mismo tiempo que aplaudía los tumultos del populacho y requería medidas gubernativas contra este nuevo brote de la superstición. Y dentro de la Basílica de San Pedro los obreros se afanaban en la larga serie de los altares, fijando en la piedra dípticos con los nombres en bronce de los que habían prontamente coronado su vocación y ganado su lauro eterno.
Era la primera palabra de respuesta de Dios.
Al acercarse Navidad, fue anunciado que el Soberano Pontífice cantaría misa el último día del año del calendario antiguo en el altar de San Pedro, a la intención de la Orden; y comenzaron enormes preparativos.
Iba a ser una especie de inauguración solemne de la nueva aventura; y para asombro de todos, fue emitida una convocatoria formal a todos los miembros del Sacro Colegio diseminados por todo el Orbe de hacerse

presentes, como en el caso de un cónclave, salvo el impedimento único de enfermedad. Parecía que el Papa estaba dispuesto a declarar al mundo que la desigual guerra estaba abierta; y algunos lo vieron mal, o porque temían todo movimiento, o porque iba a traer muchos engorros y molestias, aunque el mandato no implicaba la ausencia de sus diócesis más de una semana. Pero, de todos modos, el que manda, manda. Se dijo que el Papa pensaba nombrar ya su Sucesor; y aun quizá renunciar...

Fue una extraña Navidad.

Percy había sido designado para asistir al Papa en su segunda misa; y él mismo dijo las tres a medianoche en su oratorio privado. Por primera vez en su vida vio lo que tantas veces había leído: la prehistórica maravillosa procesión pontifical de antorchas, desde el Laterano a Santa Anastasia, donde el actual Pontífice había resucitado la antigua costumbre, interrumpida por más de un siglo.

La pequeña basílica estaba reservada, no hay que decir, hasta el último rincón, para los muy privilegiados; pero las calles contiguas a la antigua ruta, desde Letrán a la iglesita - y en verdad, los otros dos lados del triángulo también - eran una sola masa homogénea de cabezas y antorchas ardientes. El Padre Santo era esperado por los Soberanos, como de costumbre, y Percy desde el altar contempló el drama de la Encarnación actuado a través del velo de la Natividad por las manos del viejo Vicario de Cristo. Era difícil recordar el Calvario aquí; era el aire de Belén, la luz celeste y no la mística noche oscura lo que rodeaba el sencillo altar. Era el Niño denominado el Esperado quien estaba entre las dos viejas manos, y no el llagado Varón de Dolores.

*Adeste fideles,* cantó el coro desde la tribuna... Venid, adoremos en lugar de llorar; exultemos, alegrémonos, seamos como niñitos pequeños. Como Él, que se hizo un niño por nosotros, volvámonos niños por Él. *Porque el Señor ha reinado; se revistió de hermosura; el Señor se revistió de fuerza* y *ciñó su cintura; es el que afirmó el mundo* y *no se va a mover; su trono está asentado desde lo antiguo. Él viene de lo imperecedero. Regocíjate mucho, pues, Hija de Sión; grita de gozo, Hija de Jerusalén; mira a tu Rey, que viene a ti, el Santo, el Salvador del Mundo.* Habrá tiempo para sufrir, otro tiempo, cuando el Príncipe de este mundo reciba poder por tres horas contra el Rey del Cielo.

Así Percy, fastuosamente revestido de escarlata y oro, leía su breviario, esforzándose por hacerse pequeño y simple. ¡Por supuesto que nada era difícil para Dios! ¿No podría este milagroso nacimiento una vez más lo que había podido antaño: ablandar los corazones, traer a sujeción, por medio del poder de su debilidad, a todo lo soberbio que se exalta a sí mismo por encima de todo lo que es llamado Dios? Él había atraído a Sí en aquellos días a los Reyes del desierto lo mismo que a los Pastores. Había Reyes ahora alrededor suyo, arrodillados con el humilde y el

ignorante; Reyes que habían resignado sus coronas, que traían el oro de sus leales corazones, la mirra del martirio deseado y el incienso de su pura fe: ¿No podían también las repúblicas desdeñar su esplendor, domar sus tumultos, tocar sus límites, y el egoísmo negarse a sí mismo, y la sabiduría terrena confesar su limitación?
Entonces se acordó de Felsenburgh, y el corazón se le achicó en el pecho.

## III

Seis días después, San Silvestre, Percy se levantó como de costumbre, dijo la misa, desayunó, y se arrodilló a rezar su breviario, hasta que el sirviente le avisara que se revistiese para la misa pontifical.
Se había hecho a esperar malas nuevas tan constantemente ahora - apostasías, derrotas, muertes - que la tregua de la semana pasada le había sentado como un baño fresco. Le parecía que su meditación en Santa Anastasia contenía aún más verdad de la que pensó, y que los prestigios de la antigua fiesta navideña no habían perdido del todo su poder, incluso en un mundo que negaba su contenido. Nada de importancia había sobrevenido. Unos cuantos martirios más se habían registrado, casos aislados; y de Felsenburgh ni rastros: Europa no sabía nada de él.
Por otra parte, Percy sabía bien que el día siguiente iba a ser de extraordinaria importancia en Inglaterra y Germania, por lo menos; pues en Inglaterra era la primera ocasión del culto compulsivo en toda la nación, y la segunda en Alemania: hombres y mujeres iban a tener que declararse.
Había visto, la tarde anterior, una foto de la imagen que había de ser venerada el primero de año en la Abadía; y la había hecho pedazos en un movimiento de repulsión. Representaba una mujer desnuda, colosal y majestuosa, arrebatadoramente bella. con el busto echado un poco atrás como quien ve una extraña y divina visión, los brazos extendidos con las manos un poco alzadas y ahuecadas, como en acto de maravilla - toda la actitud del cuerpo, con los pies y las rodillas juntos, expresando admiración, esperanza y amor; y en satánica parodia, su larga cabellera suelta coronada con doce estrellas. Ésta era, pues, la esposa del otro Hércules, la idealización corpórea de la maternidad humana, todavía esperando a su hijo.
Cuando los rasgados trozos cayeron como nieve ponzoñosa sobre el piso, cruzó hacia su reclinatorio y cayó de rodillas en una agonía de reparación.
- ¡Oh, madre mía! - clamó a la encumbrada Reina de los Cielos que con su Hijo verdadero desde hacía tanto tiempo en sus brazos lo miraba desde su alta repisa; y no dijo más.

Pero estaba quieto de nuevo esta mañana: celebró San Silvestre, Papa y Mártir, el último santo de la procesión del año cristiano, con ánimo reposado. Las visiones de la noche antes, el bullir de empleados, las pomposas purpúreas no familiares figuras de los Cardenales que habían concurrido del Norte, Sur, Este y Oeste, todo aquello le había levantado el ánimo, irrazonablemente si se quiere. El aire estaba como cargado de expectación. Toda la noche, la “Piazza” había estado ocupada por una multitud densa y silenciosa que aguardaba la apertura de las puertas al amanecer. Allá bajo hacia el Lungotevere, tanto como abarcaba su vista al inclinarse sobre su ventana, yacía el solemne e inmóvil pavimento de testas. El techo de la Columnata mostraba un friso de ellas, las azoteas estaban negras - y esto en el punzante frío de una mañanita escarchada - porque se había anunciado que, después de la misa y el desfile de los nuevos miembros de la Orden ante el trono pontificio, el Papa iba a impartir la bendición apostólica Urbi et Orbi. La expectación instintiva de alguna novedad embargaba a la muchedumbre.
Comenzó a imaginarse la función, y reflexionó que hoy todo el Sacro Colegio (con excepción del Patriarca de Jerusalén, que estaba enfermo), en todo sesenta y cuatro miembros, estaría en pleno. Eso significaba, desde luego, un espectáculo único. Ocho años antes, recordó, cuando la liberación de Roma, había habido una asamblea similar; pero entonces se contaban sólo cincuenta y tres cardenales, y cuatro estuvieron ausentes. Y ahora él mismo era uno de ellos… cosa que aún se le hacía increíble…
De golpe oyó voces en la antesala. Oyó unos pasos rápidos y una fuerte imprecación en inglés. Era raro. Se levantó. Oyó una frase.
- Su Eminencia está por revestirse. Es inútil, *signore.*
Hubo una respuesta airada, ruido ahogado de lucha, y un manotazo al picaporte.
No, eso era indecente; y Percy en tres trancos llegó a la puerta y la abrió de par en par.
Un hombre estaba allí, pálido y descompuesto, que al principio él no reconoció.
- ¡Cómo! - comenzó a decir; y reculó -. ¡Mister Phillips!
El otro extendió las manos.
- Soy yo, señor… Eminencia… llegado ahora mismo… no sé italiano… su servidor aquí… cuestión de vida o muerte..
- ¿A qué ha venido?
- El Padre Blackmore…
- ¿Buenas o malas nuevas?
El otro viró los ojos hacia el sirviente, que estaba allí al lado tieso y ofendido; y Percy comprendió.
Lo tomó del brazo y lo llevó adentro, cerrando la puerta.

- Llame a la puerta dentro de tres minutos, Pietro - dijo -. Si no respondo, entre.
Caminaron unos pasos sobre el bruñido piso; Percy fue a sitio habitual de la ventana y se apoyó en la jamba.
- Dígalo en una palabra - dijo al hombre anhelante.
- Hay una conjura entre los católicos. Quieren volar la Abadía con explosivos H. Yo pienso que el Papa...
Percy lo detuvo de un manotazo.

## CAPÍTULO SEXTO

### I

El andén del aéreo estaba casi vacío esa tarde; al desembocar sobre él desde el ascensor el grupo de seis eclesiásticos vestidos de civil. Nada había en ellos que los distinguiera de los otros viajeros Los dos Cardenales de Alemania y Gran Bretaña estaban envueltos en pieles, sin insignias de ninguna clase; sus capellanes se quedaron a un lado, mientras los dos sirvientes corrieron con las valijas a asegurar un compartimiento vacío.
Los cuatro guardaban silencio, entre el rebullicio de los oficiales de a bordo, mirando sin ver el esbelto pulido monstruo en su jaula de acero a sus pies, y las grandes aletas plegadas que enseguida iban a cortar el aire a casi mil kilómetros por hora.
Entonces Percy con un impulso súbito, se separó del grupo, fue a la ventana abierta que miraba a Roma, y se apoyó allí sobre los codos, pensando...
Esa extraña vista delante de él... Roma, adiós.
Iba cayendo el crepúsculo, y encima el cielo verde—hoja se desteñía en un limpio naranja subido hacia el Poniente, surcado por estrías sanguinolentas; y debajo de él yacía el violeta crepuscular de la ciudad, manchado aquí y allí por los negros cipreses y cortado por la fina ramazón sin hojas de una alameda, más allá de las murallas. Pero derecho allá enfrente se alzaba el “Cuppolone”, de un tinte indefinible: gris, si se quería, o azul acero, o violeta, o lo que se quisiera hacerlo; y en torno de él, dándole a su macicez el aire de una burbuja, el solemne cielo sureño, teñido de un leve anaranjado: “el color de Roma”, que había dicho un pintor japonés una centuria antes. Mas la cúpula armoniosa era lo supremo, el tetón inmenso; todo lo demás, la aserrada línea de domos, torres y pináculos, los tupidos techos de abajo en el valle “dell’Inferno”, las claras colinas lejanas, no eran más que anexos del poderoso Tabernáculo. Lucecitas dispersas comenzaban a parpadear, como habían parpadeado durante siglos; delgadas cintas de humo se disolvían en el cielo oscuro. El rumor de la Madre de las ciudades comenzaba a aquietarse, porque el aire frígido corría a las

gentes de la calle; y descendía sobre todo aquello la paz de esa noche que cerraba un día y un año. En las estrechas callejas de abajo, Percy podía ver diminutas figuras apresurándose como hormigas en retardo; el chasquido de un látigo, el grito de una mujer, el llorar de un niño llegaban a esa elevación como rumores de otro mundo. En un instante también iban a callar, y todo sería (para ellos) quietud.
Una pesada campana llamó desde muy lejos, y la ciudad soñolienta se animó para murmurar sus buenas noches a la Madre de Dios. Desde mil torres vino la nutrida melodía, flotando en el abierto espacio, en mil acentos diversos, el solemne bajo de San Pedro, el dulce tenor de Letrán, el grito rudo de alguna iglesia de arrabal, el tenaz tintineo de conventos y monasterios - poéticamente suavizados por el calmo aire vespertino - una nupcia de delicados sonidos y luces. Arriba, el líquido cielo naranja; abajo, esta suave sordina de campanas en éxtasis.
- *Alma Redemptoris Mater* - musitó Percy, los ojos llenos de lágrimas -, gentil Madre del Redentor, puerta franca del cielo, estrella del mar... piedad por nosotros, desdichados. *El Ángel del Señor anunció a María. Y concibió del Espíritu Santo. Infunde, Señor, tu gracia en nuestras mentes a fin de que los que hemos conocido por el anuncio del Ángel la Encarnación del Hijo tuyo, por su pasión y por su muerte ingresemos con Él en la gloria de la resurrección, por el mismo Jesucristo nuestro Señor.*
Otra campana tañó brutalmente a su lado, llamándolo abajo, a la tierra, al trabajo, al espanto, a la iniquidad, a la agonía; y se volvió para ver al inmóvil volador hecho un ascua de luz interna, y a los dos capellanes siguiendo al Cardenal alemán a través de la entrada. Se despidió para siempre de Roma.
Los mozos habían tomado el compartimiento del fondo; y cuando hubo visto que el anciano estaba cómodo, todavía sin una palabra pasó al pasaje central para ver a Roma por última vez.
La entrada había sido corrida; y cuando Percy se paró en la ventana opuesta frente al alto muro, que ahora no más iba a hundirse debajo dé ellos, un tiritón eléctrico vibró todo al través del delicado organismo. Hubo por ahí una serie de órdenes rápidas, una lerda pisada holló la cubierta, clamó una campana, dos veces, y una dulce y fuerte cuerda de violón tañó. Tañó de nuevo; la vibración cesó, y el filo del alto muro contra el cielo de nácar donde tenía fijos los ojos se hundió bruscamente como una barra que cae; y él se tambaleó. Un momento después, el Cuppolone comenzó a agrandarse inmensamente y después se hundió; la ciudad, una guirnalda de torres y una masa de techos, tachonada de ojos luminosos, giró sobre sí misma como un remanso; las estrellas de oro saltaron aquí y allá; y con un nuevo largo graznido, la maravillosa máquina se enderezó, batió los alerones y se encaminó, con

la nota del aire rasgado que de vasto silbido pasó a vibrante silencio, a su larga derrota hacia el norte.
La ciudad se hundía más y más debajo: gris sobre negro. El cielo parecía hacerse más enorme y desmesurado al caer la tierra en las tinieblas; brillaba como una vasta bóveda de cristal oscuro, oscureciéndose a medida que brillaba; y al bajar Percy los ojos una vez más sobre el borde del carruaje, la ciudad no era más que una línea y una ampolla... una línea y una arruga... una línea y nada. Roma... adiós.
Respiró profundamente, y volvió a sus compañeros.

## II

- Dígamelo de nuevo - dijo el Cardenal viejo, cuando los dos se acomodaron frente a frente y los dos capellanes pasaron al otro compartimiento -. ¿Quién es ese hombre?
- Era secretario de Oliver Brand, uno de nuestros políticos. Él me llevó al lecho de muerte de la madre, perdiendo su puesto de resultas. Ahora está en el periodismo. Es perfectamente honrado. No, no es católico, pero parece desearlo en cierto modo. Por eso confiaron en él.
- ¿Quiénes son ellos?
- No sé nada de ellos, sino que son un grupo desesperado. Tienen bastante fe para obrar, no para tener paciencia... Supongo que creyeron que éste hombre iba a adherirse; pero por suerte o por desgracia, éste tiene una conciencia; y además, ve que cualquier intentona de esa índole va a ser la última gota que desborda el vaso. Eminencia, ¿comprende usted cuán fuerte es el sentimiento contra nosotros?
El viejo meneó la cabeza lastimeramente.
- ¿Cómo podría no? ¿Y mis alemanes están en eso? ¿Es seguro?
- Eminencia, es una vasta conjura. Ha estado levantando presión durante meses. Tenían reuniones cada semana. Han guardado el secreto admirablemente. Sus alemanes han demorado para que el golpe sea más fuerte. Y ahora, mañana... Percy se echó atrás con abatimiento.
- ¿Y el Papa?
- Lo vi apenas terminó la misa cantada. No hizo ninguna oposición y envió a buscar a usted. Es nuestro único remedio, Eminencia.
- ¿Piensa usted que nuestro plan evitará la catástrofe?
- No encuentro otra cosa que hacer. Iré derecho al Arzobispo y le contaré todo; por teléfono hubiese sido imprudencia. Llegamos a las tres, más o menos, y usted a Berlín a las seis, tiempo alemán. La función en la Abadía es a las once. Para las once, pues, habremos hecho todo lo que es posible. El Gobierno sabrá, y los conjurados también, que en Roma somos inocentes. Yo me figuro que el Gobierno hará anunciar que el Cardenal Protector y el Arzobispo, con sus coadjutores, estarán

presentes en la sacristía: nos ofreceremos como rehenes. Sin duda doblarán la guardia… y movilizarán los helicópteros de la Policía… y después… bien, el resto está en las manos de Dios.
- ¿Cree usted que los conjurados lo intentarán de cualquier manera?
- No tengo la menor idea - dijo Percy, breve.
- Me ha dicho usted que tenían planes disyuntivos…
- Exacto. Si todo está despejado, dejarán caer las bombas desde arriba; si no, tres hombres por lo menos se han ofrecido a inmolarse llevándolas consigo dentro del templo. ¿Y usted, Eminencia?
El viejito lo miró fijamente.
- Mi plan es el de usted dijo Eminencia, ¿ha pensado usted en el resultado, en cualquier caso? Si nada pasa…
- Si nada pasa, seremos acusados de embuste; de haber querido hacernos interesantes. Si pasa algo… bien… entonces estaremos en el otro mundo. ¡Y quiera Dios que sea esto último! añadió apasionadamente.
- Ciertamente, es más fácil de soportar - observó el otro.
- Perdón, Eminencia. No debía haber hablado así.
De nuevo reinó el silencio en la cabina, llenado por la incansable y mate vibración de la hélice. Percy apoyó cansadamente la cabeza en una mano y miró por el cristal. No quería dormirse.
La tierra estaba ahora negra debajo de ellos, un inmenso vacío; arriba el inmenso golfo del cielo estaba aún vaporosamente luminoso y a través de la neblina helada que atravesaban, algunas, estrellas titilaban aquí y allá, mientras el velero pujaba y oscilaba contra el viento.
- Va a hacer frío en los Alpes - observó Percy; y después, sin interrupción -: Y yo no tengo un hilo de evidencia; nada más que la palabra de un quídam.
- ¿Y está seguro, no obstante?
- Enteramente seguro.
- Eminencia - dijo a su vez el alemán, inesperadamente, mirándolo derecho a la cara; el parecido es extraordinario.
Percy tuvo una sonrisa paciente. Estaba cansado de oír eso.
- ¿A usted qué le parece? - insistió el otro.
- Me lo han preguntado un montón de veces - respondió Percy -. Nada. Una casualidad.
- Me parece que Dios ha querido decir algo - murmuró el viejo pesadamente, todavía mirándolo.
- ¿Qué podría ser?
- Qué sé yo… una especie de antítesis… el reverso de la medalla. Su Santidad me dijo… y calló.
Percy calló también. Un capellán miró por el cristal de la puerta, un germano rubio y campechano; y se retiró al momento.

- Eminencia - dijo el alemán bruscamente -, tendríamos que aprovechar el tiempo. Hay que hacer planes.
Percy sonrió escéptico.
- ¿Qué planes vamos a hacer? No sabemos nada fuera del hecho… ni nombres siquiera… nada. Estamos… somos como dos chicos en la jaula de un tigre. Y uno de afuera ha tirado algo a la cara del tigre - sonrió amargamente.
- ¿Supongo que mantendremos contacto los dos?
- Si vivimos.
- Era curioso cómo Percy llevaba la dirección. Había portado la púrpura menos de tres meses, y su compañero doce años; pero el más joven disponía las cosas. Mas él no caía en la cuenta de esa extrañeza. Ya desde las estupendas nuevas de esa mañana, cuando una nueva mina había estallado bajo la tambaleante muralla romana… y él había asistido al majestuoso ceremonial, al fastuoso espectáculo, a los tranquilos y entonados movimientos del Papa y su corte, con un secreto que le abrasaba las entrañas, corazón y cerebro; y sobre todo, después de aquella nerviosa entrevista en que los anteriores planes habían sido reversados y una ex trema decisión tomada, una bendición pedida y recibida, y un adiós no dicho sino con los ojos… su natura entera parecía haberse concentrado en una tensa fuerza, como un resorte encogido. Sentía la fuerza cosquilleando en sus dedos: fuerza, y la opresión de una seca de desesperación. Todo puntal había sido retirado, toda amarra soltada; él, Roma, la Iglesia Católica, lo Sobrenatural mismo parecían colgar ahora de una sola cosa, el dedo de Dios. Si ese dedo fallaba… bueno, entonces nada importaba nada.
Él caminaba ahora a una de dos cosas: o la muerte o la vergüenza. No había término medio… si no es, quizás, que los conspiradores fuesen apresados in fraganti, con sus pertrechos encima. Pero esto le parecía imposible. Incluso ellos iban a refrenarse, al saber que ministros de Dios iban a caer con ellos; y entonces todo pararía en la ignominia de un fraude frustrado, de un miserable intento de ganar crédito. O bien ellos no se iban a frenar: iban a contar la muerte de un Cardenal y un Obispo, precio barato de su saña vengativa… y en ese caso… bien, la muerte y el juicio. Percy había cesado de temer. Ninguna ignominia podía ser mayor que la que ya llevaba encima, la soledad y el descrédito. Era el Destino, una especie de fatalidad lo había llevado siempre, él había tratado de ser simplemente honrado, no buscó nada de todo esto… de todo esto increíble. La muerte era dulce, era el conocimiento al fin. Todo esto no era sino jugarlo todo por Dios.
El otro, con un gestito de disculpa, tomó su Breviario y comenzó a rezar. Percy lo miró con envidia. ¡Ah, si fuera viejo corno él! Serían un año o tres años más que vivir; y ahora no sabía si no serían cincuenta años más de miseria para él. Era una perspectiva casi infinita, aun en el caso

de que su plan saliera, un panorama delante de él de perpetua lucha, conato, resignación, dominio propio, malas interpretaciones de todos, siempre a contrapelo. La Iglesia retrocedía cada hora. ¿Y si este nuevo espasmo de fervor no fuera más que la postrer llamarada de la fe? Eso no lo podía sufrir. Iba a tener que ver al ateísmo crecer tranquilo y triunfante cada día: Felsenburgh le había comunicado un ímpetu cuyo fin no podía verse. Nunca antes de él un solo hombre había concentrado en sus manos todo el poder de la democracia... Entonces miró de nuevo al día siguiente. Sí, la muerte era lo mejor. *Beati mortul qui in Domino rnoriuntur...*

No, no estaba bien. .Era cobarde pensar de esa manera. Después de todo, Dios era Dios: los continentes y los mundos estaban en su mano. Nada le era imposible.

Percy tomó su Breviario, encontró San Silvestre y Prima, se signó levemente y comenzó a rezar. Un momento después los Capellanes regresaron y se sentaron tranquilos y risueños; y todo fue silencio, salvo el sollozo de las hélices y el extraño mugir del viento afuera.

## III

Eran casi las siete, el inglés pecoso que hacía de camarero miró por la vidriera y despertó a Percy que dormitaba.

- La cena será servida dentro de media hora, caballero - dijo, hablando esperanto, como era uso en las naves internacionales -.No hay escala en Turín hoy.

Cerró la puerta y se fue; y se oyó el ruido de puertas golpeadas a lo largo del pasaje, a medida que hacía el mismo anuncio por los otros compartimientos.

No habrá pasajeros que descender en Turín, y sin duda habrán recibido un mensaje de que allí tampoco subiría ninguno, pensó Percy. Era una buena noticia: les daba más tiempo en Londres. Lo capacitaba al viejo Steinmann a tomar el volador anterior París-Berlín, aunque no sabía los horarios con exactitud. Era una lástima que el prusiano no hubiese tomado el directo Roma-Berlín a las trece; pero el viejo era lerdo. Se puso a tratar de recordar los horarios, en una especie de superficial apatía.

Se levantó para desperezarse. Después salió hacia el baño, para lavarse las manos.

Quedó pasmado de la vista cuando estuvo delante del lavabo en la popa: estaban volando sobre Turín. Era un borrón de luz, vívida y bella, en el golfo de tinieblas allá abajo, desplazándose rápidamente hacia el sur, al picar ellos los Alpes monstruosos. Qué pequeña resultaba una urbe desde arriba; y sin embargo cuán enorme era para los habitantes. Desde esa manchita era de donde la Italia era controlada rígidamente; en una de esas casitas de juguete, un poco más grande que las otras,

los hombres sedían en consejo, aboliendo a Dios y riéndose de su Iglesia. Y Dios se quedaba mudo e imperturbable. Allí había estado Felsenburgh dos meses hacía - y quizás estaba ahora - ¡Felsenburgh, su sosias! De nuevo el cuchillo entró y desgarró su mente.
Pocos minutos después, los cuatro eclesiásticos se sentaban en la coqueta mesita de una salita encortinada, en la proa del navío volador. Era una excelente cena, en opinión del capellán alemán… servida desde la cocina en las entrañas del navío y levantada, servicio tras servicio, al centro de la mesita por el misterioso elevador eléctrico. Había una botella de vino italiano para cada comensal, y tanto la mesa como las sillas se adaptaban al momento a las suaves oscilaciones del carruaje. Hablaban poco, porque había un solo tema posible para los Cardenales; y los Capellanes, que sonreían y hacían chistes pueriles, no habían sido impuestos del secreto.
Crecía el frío ahora; y aun los cojines de aire caliente no compensaban del todo la mortal frigidez del soplo que barría los Alpes, a los cuales la nave había abordado en una leve inclinación. Era necesario ascender a más de 3.000 metros del nivel usual para franquear sin peligro la barrera del Mont-Cenis; y a la vez volar más despacio sobre los Alpes mismos, debido a la acentuada tenuidad del aire, y la dificultad de conseguir la revolución de la hélice adaptada para aprovecharla. El peso del buque era enorme…
- Nublazón esta noche - articuló una voz clara en el pasaje, al mismo tiempo que la puerta oscilaba a un movimiento del carruaje. Percy se levantó y la cerró.
El Cardenal alemán se movía un poco fastidioso, al fin de la comida.
- Me voy allá - dijo al final -. Voy a estar mejor con mis frazadas.
El capellán de ojos garzos salió detrás de él, dejando sin terminar su cena y Percy quedó solo con el Padre Corkran, su capellán inglés recién llegado de Escocia. Una comezón de contarle todo lo devoraba.
Vació su vaso, comió un par de higos secos, y después se puso a contemplar a través de la plancha de cristal irrompible e invisible del frente.
- ¡Ah! - exclamó -. Perdone, Padre. Son los Alpes, por fin.
La proa del carruaje consistía en tres divisiones, en la central de las cuales sedía el hombre del volante, inmóvil, los ojos fijos adelante, las manos sobre la rueda. A cada lado de él, separadas por tabiques de aluminio cromado antisónico, había dos cabinas con un enorme cristal curvo a la altura de los ojos, a través del cual corría una vista asombrosa. Todo ello es taba tan exquisitamente trabajado, que parecía de manos de hadas. Percy se dirigió a la de la izquierda, recorriendo el corredor, a través de cuyas puertas veía a grupos de coviajeros brindando y chacoteando. Empujó la puerta automática y se acodó al vitral.

Había cruzado ya tres veces los Alpes, y recordaba la extraordinaria impresión de la primera vez, cuando los había mirado de una altura inmensa en un día despejado... un eterno inconmensurable mar de hielo muerto, roto por chichones y arrugas que allá abajo llevaban los nombres de picos inmensos y famosos; y allá lejos la curva esférica del borde del mundo, que bajaba en la lejanía neblinosa de un espacio incalculable. Pero esta vez le pareció más despampanante todavía, porque miraba todo como un niño enfermo.

El carruaje ascendía pronunciadamente con el fin de franquear las enormes pendientes amontonadas, precipicios y farallones que yacían como los escombros de una inmensa muralla. Vistos desde la altura parecían casi insignificantes, pero sugerían la magnitud del bastión del cual no eran más que los arbotantes. Levantando los ojos podía ver la infinitud del cielo sin luna, perforado por heladas estrellas, y la escasez de la iluminación hacía al paisaje todavía más espectral; pero al bajar los ojos, había un cambio. El vasto aire alrededor parecía percibido a través de un vidrio empañado. La negrura aterciopelada de los bosques de pinos se había diluido en manchas grises, el pálido reflejo de las aguas y el hielo había desaparecido en un instante, la monstruosa desnudez de picos y cumbres, alzándose de golpe ante él y res balando rápidamente a la nada, como arrastrándose... todo había perdido su nitidez y parecía envuelto en gasas blancuzcas. Al alzar de nuevo los ojos a derecha e izquierda, la visión era terrífica, porque las enormes tapias de roca que se le venían encima y las desmesuradas formas grotescas que amenazaban de todos lados, se perdían en un borrón de nubes visible so lamente por la danzante irradiación del vehículo brillantemente iluminado.

Se agarró de un borde. De golpe dos lanzas de esplendor, parecidas a cuernos de cara col, se abalanzaron, al encenderse los dos faros de proa; y el vehículo mismo, que ya navegaba a media máquina, bajó a cuarta y comenzó a cabecear y hacer eses de borracho, mientras los enormes alerones batían la niebla a través de la cual se abrían paso; y las antenas luminosas la traspasaban. Niebla... Retardo. El extremo buen sentido de la época había descartado las tremendas velocidades obtenidas a mediados del siglo anterior, que se revelaron siniestras para la salud humana, la seguridad de los vuelos y la misma incolumez de las máquinas; y como premio de ese buen sentido, los voladores se habían desarrollado en calidad, y llegado a ser casi como delicados organismos vivientes, que hasta adivinaran el pensamiento del piloto.

Ahora el navío caminaba con precaución, levantando el hocico; lo bastante raudo empero para dejar ver a Percy un rudo pináculo hacerse visible, alargarse hasta el cielo y después hundirse hecho una cruel aguja, y perderse en la nada mil metros más abajo. La moción se volvió de más en más nauseosa al virar el carro en curva cortísima,

manteniendo el nivel y levantándose, avanzando y torciendo al mismo tiempo. Una vez, espumoso y sonoro, un torrente no helado rugió como una bestia, veinte metros abajo parecía, y enmudeció al instante. Y ahora de golpe las trompas de aviso comenzaron a gritar a su vez.
¿Qué era eso? Largos lamentosos ululatos, aullidos prolongados, rebotando tristemente en ecos desolados, como quejidos de espíritus vagabundos; y cuando Percy, con un íntimo desmayo, limpió la humedad que empañaba el cristal, le pareció como si flotaran ahora, inmóviles a no ser el ligero hamaqueo del piso, en un mundo de blancura opaca, tan remoto de la tierra como del cielo, suspendido en un implacable espacio infinito, ciego, solitario, helado… perdidos en un infierno blanco de pura desolación.
Ahora le pareció ver una masa gris enorme moviéndose hacia él a través de los cendales, resbalar suavemente hacia abajo y a un lado, descubriendo (al virar su propio cano al lado opuesto) como un cabezo gigantesco bruñido como aceite, con estrías negras cortándolo como los dedos de un náufrago que manotea sobre una ola montañosa.
Entonces su carro gritó de nuevo como una oveja perdida, y vino una respuesta, parecía escasamente unos metros distante: primero un borrascoso quejido de alarma, y después otro; y otro; un retiñir de campanas, un verdadero coro, estalló; y el aire se henchió de batir de alas.
IV
Hubo un momento de verdadero espanto antes de que el tañir de la campana de a bordo, el quejido de respuesta y un giro brusco mostraran que el piloto estaba alerta. El carro descendió de golpe como una piedra, y Percy se aferró a la baranda para contrarrestar la horrible impresión de caer en el vacío. Podía oír detrás de él el romperse de cacharros, el tumbo de objetos, y cuando el carro se afirmó de nuevo sobre sus anchas alas, un pataleo de corridas y gritos de alarma y desmayo. Fuera, pero ya muy alto y lejos, venía todavía el clamoreo de bocinas, el aire estaba poblado de ellas; y en un relámpago se dio cuenta de que no podían ser uno o dos, sino cien voladores, lo menos, los que habían respondido a la sirena; y que algo enorme estaba flotando allá arriba. Los invisibles barrancos y laderas devolvían en eco el vocerío; largos quejidos melodiosos surgían, latigueaban y morían en medio de un barullo de campanas, más y más cada instante, pero ahora de todas direcciones, arriba, abajo, enfrente, derecha, izquierda. Una vez más el carro comenzó a varear, cayendo en una larga curva silenciosa hacia el pecho de la montaña; y cuando frenó de nuevo, y comenzó a oscilar sobre las alas desplegadas, él se volvió mareado hacia la puerta, notando a la luz del navío a través de las ventanas ennubladas, un pico de roca irguiéndose no más de diez metros debajo

entre la niebla, y un liso lomo de nieve que se agachaba y huía hacia la invisibilidad... Se llevó la mano al pecho palpitante.
Adentro, la nave mostraba los efectos de la tremenda frenada y virada: las puertas del saloncito, cuando las pasó, se veían descangalladas; vasos, fuentes, charcos de vino y frutas volteadas rodaban aquí y allá sobre los pisos oscilantes; un hombre, sentado impotente en el suelo, volteó ojos amedrentados hacia el clérigo. Miró a la puerta de la cual había salido hacía un momento, y el P. Corkran se levantó de su asiento y vino hacia él, venciéndose y tambaleando al rolido; simultáneamente hubo una corrida desde la otra cabina, donde una pandilla de yanquis había estado cenando; y cuando Percy, defendiéndose con las manos, intentó dirigirse a la cabina piloto, se encontró con el corredor bloqueado por todo el pasaje, que había corrido afuera. Un batifondo de chácharas y gritos hacían imposible toda averiguación; y así Percy, con su capellán a los garrones, se agarró de los paneles de aluminio, y paso por paso comenzó a abrirse camino de nuevo, buscando a sus amigos.
En la mitad de su peleado y tropezado regreso, una voz imperiosa dominó el barullo; y en el silencio momentáneo que subsiguió, sonó de nuevo el ya remoto bocineo de los espectrales voladores de allá arriba.
- ¡Asientos, asientos, caballeros! - rugía la voz -. Proseguimos de inmediato.
El enjambre se disolvió al presentarse el mayordomo, encendido y malhumorado; y Percy, siguiéndolo de cerca, encontró su cabina de popa.
El Cardenal alemán estaba como si nada. Dormía, explicó, y se salvó por un pelo de rodar por el piso; pero su viejo rostro guiñaba y sonreía.
El P. Bechlin narró que había visto de hecho a uno de la tropa de veleros a menos de diez metros a estribor: estaba atestado de caras, según él, de popa a proa. Imposible parecía no haber chocado; pero había gambeteado al punto y desaparecido en torbellinos de niebla.
Percy meneó la cabeza en silencio. No entendía nada.
- Están inquiriendo, me parece - continuó el capellán ojizarco -. Nuestro conductor está en el auricular... ¡Ni que hubiera estallado una guerra!
No se veía nada en las ventanas, ahora: el volador estaba parado. Solamente al mirar abajo, Percy, todavía ofuscado por los sacudones, percibió la cruel aguja de roca y el lomo de nieve, balanceándose de arriba abajo, como vistos a través de agua. Afuera había quietud. La bandada había pasado: solamente desde infinita distancia venía todavía un quejido de alerta, como si un pájaro solitario estuviera vagando, perdido en el espacio, a la busca de su banda da.
- Ese es el señalero - musitó Percy para sí mismo.
No se le ocurría ninguna hipótesis. El asunto parecía ominoso. Era inaudito un encuentro allí con un centenar de voladores rumbo al sur.

Otra vez el recuerdo de Felsenburgh le vino a las mientes. ¿No estaría allá arriba el hombre siniestro, con esa tremenda escolta?
- Eminencia... - comenzó el Cardenal alemán. Pero en ese mismo instante la aeronave rompió a moverse.
Sonó la campana, un tiritón recorrió el piso, y luego, suave como un copo de nieve, el gran bajel comenzó el ascenso, perceptible solamente por el súbito bajar y desaparecer del obelisco de roca que Percy contemplaba. Lentamente el campo de nieve comenzó a oscurecerse, un arrecife negro entró en visual desde arriba, fue superado y desapareció hacia atrás; y un momento después el bajel pareció de nuevo suspendido en el albo espacio, al trepar el declive de nubes que había abandonado un momento antes. De nuevo la sirena de cuerdas rasgó la atmósfera, en una señal para él desconocida; y esta vez la respuesta fue tan apagada como un eco de otro mundo. La rapidez aumentó de golpe y el constante zumbar de la hélice sustituyó al batir de las alas. De nuevo sonó la bocina, salvajemente repercutida por la desierta masa de hielo y roca de abajo, y de nuevo con un sacudón el carro aceleró hacia arriba, Estaba volando ahora en amplios círculos, cauteloso como un gato, subiendo, subiendo en espiral, puntuando el ascenso con grito tras grito, explorando con los faros los peligros del aire ciego.
Una vez más apareció una pendiente blanca, iluminada por el incendio de las luces de a bordo, hundiéndose más y más rápida, avanzando y bajando, hasta que fugazmente uña línea quebrada de peñas como dientes desparejos los amenazó y se hundió en la niebla y des apareció; y con un estruendo de campanas, y el último ululato de alerta, el sollozo de la hélice pasó de un zumbido a una nota aguda, y de ésta al silencio, al extender sus alas el inteligente monstruo, franco de la frontera de los picos, y asentarse para su susurrante viaje a través del cielo... Fuera lo que fuera, había quedado detrás, disipado en la espesa noche.
Había un ruido de conversación en el interior del carro, voces rápidas y anhelosas, preguntas, exclamaciones, y la autoritaria y seca réplica del guardia. Un paso vino como arrastrándose a lo largo, y Percy se levantó para irle al encuentro, a informarse; pero al ir a poner su mano en el pestillo, la puerta fue impelida desde afuera, y para su asombro el guarda inglés entró sin llamar, cerrándola después cuidadosamente.
Se paró enfrente, mirando en forma rara a los cuatro sacerdotes, con labios apretados y ojos inquietos.
- ¿Qué pasa? - exclamó Percy.
- Oh, ya ha pasado, caballeros. Pero a mí me parece que es mejor que ustedes bajen en París. Yo sé lo que son ustedes, caballeros, y aunque no soy católico...
Se detuvo vacilante.

- ¡Hombre!, por amor de Dios... - comenzó Percy.
- Ah, las noticias. Bien. Eran doscientos aéreos volando hacia Roma. Hay una conjura de los católicos, se ha descubierto en Londres...
- ¿Sí?
- Sí, para dinamitar la Abadía. Así que éstos van...
- ¡Ah!
- Sí, caballero: a bombardear Roma.
Y salió.

## CAPÍTULO SÉPTIMO

### I

Eran cerca de las dieciséis de ese día, último del año, cuando Mabel entró en la iglesita de cerca de su casa.
La tarde iba cayendo lentamente; a través de los techos hacia el poniente ardía el oro fundido de un crepúsculo de invierno, y el interior estaba henchido de la luz muriente.
Había dormido largo rato en el sillón esa siesta, y despertado con esa extraña frescura de cuerpo y mente que suele seguir a ese descanso. Ella se preguntaba después cómo había podido dormir ese día, y cómo no sospechó nada de la nube de terror y furor que aún entonces estaba incubando la ciudad y el interior a la vez. Recordó bien después el inusitado tráfico en las arterias del frente y debajo de sus ventanas, y un inusual bullir de bocinas y silbatos; pero no se le ocurrió extrañarse, y una hora después se fue a hacer su meditación a la capilla.
Había acabado por amar ese calmoso recinto; y se acogía a él siempre que podía, para encalmar sus pensamientos y concentrarlos en lo que se ocultaba debajo de la superficie dé la vida: las grandiosas raíces espirituales de las cuales todo brotaba, y que eran obviamente las verdaderas realidades De hecho esta devoción estaba deviniendo casi oficial en las clases sociales superiores. Había por doquiera invitaciones a retiros espirituales; y publicábanse libros y opúsculos guías de la vida interior, curiosamente parecidos a los antiguos libros católicos sobre oración mental.
Estaba sola. Fue a su banco usual, se sentó, cruzó las manos, miró unos minutos el viejo tabernáculo de piedra, la blanca imagen de la Señora y el oscurecido vitral del fondo. Después cerró los ojos y comenzó a pensar, de acuerdo al método que había aprendido.
Primero concentró su atención sobre sí misma, despegándose de todo lo que era meramente externo y accidental, retirándose adentro... adentro, hasta encontrar esa secreta llama que debajo de todas nuestras frágiles actividades nos hace miembros consustanciales de la divina raza de la humanidad.
Este era el primer paso.

El segundo consistía en un acto de la imaginación, acompañado de uno del intelecto. Todos los hombres poseían esa llamita, contempló ella... Después envió en vuelo sus potencias, viendo con los ojos de la mente todo el abigarrado mundo, mirando debajo del día y la noche de los dos hemisferios los incontables millones de seres ... niños viniendo al mundo, viejos dejándolo, los adultos manejándolo y gozándose en ello, yen sus fuerzas y hechos. Miró atrás a través de las edades, a través de centurias de crimen, desorden y ceguera, cómo la raza ascendía del salvajismo y la superstición al conocimiento de sí misma; y miró adelante a las edades por venir: cómo generación tras generación ascendía a una cumbre cuya perfección, pensó ella, no podía ni soñar siquiera ella ni nadie que no estuviera allí. Sí, se dijo ella: esa ascensión ya había nacido; los dolores de parto habían pasado, pues ¿no había llegado Aquel que era heredero de los tiempos?
Entonces por un tercer acto de síntesis ella realizó la unidad de todo, el fuego central de que cada llamita no era más que un destello ese vasto e inmutable ser divino, ahora ya no más escondido, realizándose a sí mismo lentamente a través de las centurias, Aquel a quien los antiguos llamaron Dios, pero imaginaron trascendente y separado de ellos. Aquel que ahora, con el advenimiento del nuevo Salvador, se había despertado y desvestido y mostrado a sí mismo, el Uno.
Y allí se reposó, meciéndose en la vasta visión de su mente, destacando ahora esta virtud, ahora estotra, para aplicárselas a sí misma, deteniéndose en sus propios defectos, mirando en el conjunto el cumplimiento de todas las aspiraciones, la suma de todo lo que los hombres habían anhelado ese Espíritu de Paz, tan largamente atajado y a la vez engendrado perpetuamente por las pasiones de los hombres, vuelto a veces claro esquema y silueta por la energía de las grandes vidas individuales, realizándose a sí mismo pulsación por pulsación, dominante al fin, sereno, manifiesto y triunfante. Allí se reposó, perdiendo el sentido de su personalidad, disolviéndola con un sostenido esfuerzo de la voluntad; bebiendo, como ella pensaba, raudales del espíritu de vida y amor...
Algún ruidito - así lo supuso después - la disturbó y le hizo abrir los ojos; y allí delante de ella se extendía el pulido pavimento, brillando en la penumbra, la gradería del altar, el púlpito a la izquierda, y la apacible caverna del aire oscurecido sobre la blanca figura de la Madre contra la nervadura de los ventanales. Aquí mismo los hombres antaño habían adorado a Jesús, el ensangrentado Varón de Dolores, el que según su propia confesión había traído no la Paz sino la Espada. En la Edad Media (para Mabel todo lo anterior a la Reina Victoria era Edad Media, en la escuela pública la historia verdaderamente se la habían enseñado a partir de Marlborough, el precursor de Braithwaite), en la Edad Media la gente creía en una mujer que había engendrado ¡a su propio

engendrador!, y les habían hecho en la cabeza una obscena mezcla de conceptos inconciliables, después de lo cual podían creer cualquier cosa: así estaba escrito en su misalito. Sí, aquí se habían arrodillado ellos, los ciegos incurables, los cristianos… ¡Ah, lo patético de todo eso: la arrebatada aceptación de cualquier credo que explicara el dolor, el salvaje culto del Dios-hombre que pretendía haberlo asumido y vencido!

Y de nuevo sonó el ruido, disipándole su paz, aunque todavía no comprendió por qué.

Ahora estaba más cerca; y ella se volvió con asombro a mirar la penumbrosa nave.

De afuera era de donde venía aquel extraño murmullo, que parecía morir y levantarse de nuevo.

Se levantó, su pulso apresurado un poco una vez había oído un sonido semejante, una vez, antes… en una plaza… hombres en furia amontonándose en un punto al pie de una plataforma…

Salió rápida de su banco, cruzó la nave a lo largo, apartó las cortinas de la entrada, levantó el pasador y salió de la capilla.

La calle, que ahora miró ella desde el enrejado del atrio, parecía ahora insólitamente vacía y oscura. A derecha e izquierda corrían las casas, solemnemente enmarcadas en el cielo crepuscular teñido de rosa; pero parecía que el alumbrado público había sido olvidado. No había un alma en la calle. No había luz. Nunca había visto una tarde así.

Puso la mano en el pasador de la reja, para abrir y marcharse, cuando un súbito redoble de pisadas la hizo vacilar; y en ese momento apareció una chiquilla anhelante, ahogada y atemorizada, corriendo con las manos echadas adelante.

- ¡Ya se vienen! ¡Ya se vienen! -, sollozó la niña hacia la cara que desde arriba la interrogaba. Y se agarró de los barrotes mirando atrás por arriba del hombro.

Mabel levantó el pasador al instante; la criatura saltó adentro, corrió a la puerta de la capilla hasta chocar con ella, y después retornó, agarrando las faldas y acurrucándose contra la señora. Mabel cerró la verja.

- ¡Vamos, vamos! - dijo -. ¿Qué pasa? ¿Quiénes están viniendo?

Pero la chiquilla escondió la cara, tirando de las sayas protectoras; y en ese momento llegó un rugir de voces, y un pataleo bestial de pisadas.

No pasó un minuto antes de que los heraldos de la siniestra procesión aparecieran. Primero vino un escuadrón de chiquillos al galope, aterrados, gritando, riendo, fascinados, volviendo las cabecitas al correr, con un perro o dos ladrando entre ellos, y unas cuantas mujeres desplazándose de lado contra las paredes. Un rostro de anciano (vio Mabel al levantar con temor sus ojos) había aparecido en la ventana de enfrente, ansioso y pálido - algún inválido quizá - arrastrándose para ver. Un grupo se detuvo justo frente a ella - un hombre de gris bien

vestido, un par de mujeres con criaturas, un adolescente de grave rostro - del otro lado de las rejas, todos hablando y ninguno escuchando; y ellos también volvían la cabeza a la izquierda, donde cada instante crecía el rumor y el pataleo. Mas ella no podía interrogar; sus labios se movían, pero ninguna voz venía. Una pura petrificada atención. Imágenes sin importancia cruzaban por su mente: Oliver en su desayuno, su alcoba de paredes claras, el sombrío santuario y la blanca figura materna que había visto un momento antes…
Venían más tupidos ahora: una tropa de muchachones en fila con los brazos en cadena entró a la vista, todos hablando a gritos y ninguno escuchando, todo a lo ancho de la calle; y detrás de ellos irrumpió la multitud, como una ola encajonada en un brete de piedra, hombres y mujeres casi indiscernibles en aquel paquete de cuerpos y caras, bajo aquel cielo de más en más oscurecido. Si no fuera por el ruido - ruido que Mabel ahora oía apenas, tan espeso y permanente era y tanto su alma se había concentrado en sus ojos -; a no ser por el estruendo, pareciera ser un tropel de fantasmas atropándose de golpe repentinos y violentos en una clarazón del mundo espiritual, visto por alguna brecha, y a punto de disiparse de nuevo en las sombras. La calle antes vacía, estaba ahora llena de acera a acera, y esto hasta tan lejos como ella alcanzaba; los muchachos habían desaparecido caminando o corriendo por la esquina de la derecha; y todo el ámbito era un solo hirviente río de cabezas y rostros, presionando tan fiero que el grupito contra la verja fue arrancado de cuajo como algas en la corriente, fue arrastrado de costado manoteando a los barrotes, y se perdió, desapareció. Y todo el tiempo la niñita tironeaba y se colgaba de sus faldas.
Ciertas cosas comenzaron a aparecer por sobre las cabezas de la turba… objetos que ella no podía distinguir en la luz precaria: palos, y bultos deformes, pedazos de estofa como banderas, moviéndose como si estuvieran vivas, rotando sobre sí mismas, llevadas desde abajo.
Caras descompuestas por la pasión la miraban al pasar, bocas abiertas le gritaban; mas ella las veía apenas. Estaba mirando aquellos extraños emblemas, esforzando los ojos en la penumbra, bregando por distinguir los agitados y rotos bultos, medio adivinando, pero con miedo de adivinar.
Entonces, de golpe, de los tubos de neón escondidos debajo de las cornisas, la luz se encendió subitánea - esa fuerte, suave, familiar luz generada por las enormes máquinas subterráneas, que en la pasión de aquel día catastrófico los empleados habían olvidado -; y en un abrir y cenar de ojos todo se transformó de una algarada de fantasmas en la brutal realidad de la vida y la muerte.
Delante de ella avanzaba una gran horca, con una figura en ella, cuyo brazo colgaba de una mano enclavada; balanceándose al pasar; y una casulla bordada le volaba detrás con el movimiento y el viento.

Y después vino el cuerpo desnudo de un niño, empalado, blanco y rojizo, la cabeza tumbada sobre el pecho, y las manos pendulando y girando.
Y después la figura de un hombre, colgado de una percha por el pescuezo, vestido al parecer con una túnica negra y capa, con su cabeza embonetada torciéndose con el torcerse de la cuerda.

## II

Ese día Oliver llegó a su casa una hora antes de medianoche.
Para él, lo que había visto y oído esa tarde era todavía muy vívido e insistente para arreglarlo racionalmente. Había visto, desde su balcón del Whitehall, la Plaza del Parlamento, llena de una turba como jamás se había visto igual desde los días del Cristianismo: una turba llena de un furor cuyas raíces parecían estar más allá de lo humano. Tres veces durante las largas horas que siguieron al anuncio de la conjura católica y la ruptura total de la Ley contra Mitines, se había comunicado con el Primer Ministro preguntándole sino se podía hacer nada para refrenar el tumulto; y había recibido la dudosa respuesta que se haría lo que pudiera hacerse, que la fuerza armada no se podía emplear, y que en todo caso la policía estaba haciendo todo lo humanamente hacedero.
En cuanto al despacho de los voladores contra Roma, había asentido en silencio, lo mismo que el resto del Gran Consejo. Era, como había dicho Snowford, un acto judicial punitivo, lamentable pero necesario. La paz en esta ocasión sólo podía ser asegurada con medidas de guerra; o mejor (ya que la guerra estaba abolida), por la severidad de la justicia. Estos católicos se habían mostrado los enemigos confesos de la sociedad; y la sociedad tenía que defenderse de una vez por todas. El hombre era todavía demasiado humano… Y Oliver había escuchado, y callado.
Al pasar en uno de los helicópteros del Gobierno, en su vuelta a casa, había atisbado más de una seña de lo que estaba pasando abajo. Las calles estaban “a giorno”, inundadas de luz blanca, y cada ruta era una serpiente que se retorcía. De abajo le llegaba el nutrido vocerío, opaco y algodonoso, y puntuado de alaridos. Aquí y allá ascendía el humo de los incendios; y una vez, al descender sobre una de las grandes plazas al sur de Battersea. Había visto como un enjambre de hormigas dispersas que corrían como aterrorizadas o perseguidas… Qué se iba a hacer, el hombre no estaba todavía domado del todo.
No tenía ganas de pensar lo que le esperaba en casa. Una vez, unas tres horas antes, había escuchado la voz de su mujer por el teléfono; y lo que oyó casi le hizo dejarlo todo y correr a su lado. Pero lo que encontró era peor de lo que temía.
Al entrar en la sala, no oyó ruido alguno, si no es el lejano zumbar de las calles en alboroto, abajo. El cuarto parecía extrañamente oscuro y

frío; la única luz que había entraba por una de las ventanas, cuyas cortinas estaban corridas; y recortada contra el luminoso cielo de atrás, la erguida silueta de una mujer escuchaba y avizoraba.
Apretó el botón de la luz; y Mabel se volvió lentamente. Estaba en su traje de salir, con una mantilla sobre los hombros, y su cara parecía la de una extraña. Estaba enteramente lívida, con los labios apretados y una emoción en los ojos que él no supo interpretar: lo mismo podía ser enojo que terror o miseria.
Allí estaba de pie, debajo de la lámpara, mirándolo fijamente. Por un momento, él no se atrevió a hablar. Cruzó hasta la ventana, la cerró, y cruzó las cortinas. Después tomó por un brazo a la estatua.
- Mabel - susurró -. Mabel…
Ella se dejó llevar al sofá, pero no hubo respuesta a su abrazo. Él se sentó y levantó sus ojos, llenos de aprensión y pesadumbre.
- Querida, estoy agotado - dijo.
Ella siguió mirándolo. Había en su actitud esa rigidez que los actores simulan; pero vio que aquí era la cosa real. Había visto ya ese silencio en presencia de un horror, una o dos veces antes; por la menos una vez, a la vista de un salpicón de sangre en un zapato.
- Bien, amor mío, siéntate, por lo menos - le dijo.
Ella obedeció maquinalmente, se sentó… y continuó mirándolo. En el silencio se alzó una vez más el rugido opaco y murió del invisible mundo de tumulto más allá de la ventana. Pero dentro, todo estaba muerto. Él conoció perfectamente que dos cosas luchaban dentro de ella: su lealtad a su fe, y el horror a esos crímenes hechos en nombre d e la justicia. Al mirarla, vio que los dos contendientes estaban a las presas en ella, y que toda ella no era sino un inerte campo de batalla.
Entonces, al levantarse como un sostenido aullido de lobo el vocerío de la revuelta diez cuadras más allá, la tensión se rompió… Ella se arrojó de rodillas contra él, él le agarró las muñecas; y así quedó, sujeta en sus brazos, el rostro y pecho sobre sus rodillas, y el cuerpo estremecido de emoción.
Por un largo minuto nadie habló. Oliver comprendía todo, pero las palabras no venían. Solamente la alzó un poco, besó dos o tres veces sus cabellos, y se acomodó para sostenerla. Empezó a repasar lo que tenía que decirle.
Entonces ella levantó su rostro encendido, lo miró apasionadamente, dejó caer de nuevo la cabeza, y empezó a sollozar palabras quebradas.
Él podía captar una que otra frase; pero sabía perfectamente lo que estaba diciendo.
Era la ruina de todas sus esperanzas, sollozó, el fin de su religión. Mejor era morir, morir y acabar con todo. Todo estaba terminado, concluido, barrido en esa furia asesina del pueblo de su fe… No eran mejores que los cristianos, después de todo; eran tan feroces como los hombres de

los cuales se vengaban, tan brutos como si Julián Felsenburgh no hubiese venido. Todo estaba perdido… La Guerra y el Furor y el Crimen habían vuelto al cuerpo que ella creía limpio para siempre… Las iglesias incendiadas, los católicos cazados, la rabia de las calles que ella había contemplado, el cuerpo del niño y el del cura llevados en perchas, los conventos y colegios ardiendo… Todo eso se volcó, entrecortado por sollozos, incoherente, con pormenores de horror, lamentaciones, reproches, expresados incluso por el retorcerse de su cabeza y de las miserables manos sobre sus rodillas. El colapso era total.
Él puso sus manos debajo de sus brazos, y la levantó. Estaba deshecho por su trabajo, pero conoció que era menester calmarla. Esto era más serio que cualquier crisis anterior. Pero él la conocía capaz de recuperarse.
- Siéntate, mi amor - dijo -. Así… dame las manos… Ahora escucha.
Hizo realmente una admirable defensa, pues no era otra que la que todo el día había estado haciéndose a sí mismo.
- Los hombres no eran perfectos todavía, - dijo -. Corría en sus venas la sangre de antecesores que por veinte siglos habían sido cristianos… No había que desesperar; la fe en la humanidad era la misma esencia de la religión; la fe en la parte mejor del hombre, de lo que el hombre iba a llegar a ser, no de lo que era ahora. Estaban en el comienzo de la nueva religión, no en su madurez; tiene que haber agraz en un fruto nuevo. ¡Y considera la provocación! Recuerda el crimen atroz que los católicos habían proyectado; se habían apercibido a herir a la nueva fe en su mismo corazón. De haber ellos triunfado, ¿qué es lo que no podía haber sucedido?…
- Amor mío - dijo -, no se puede mudar a los hombres en un instante. ¿Y si estos cristianos hubiesen tenido éxito? Yo condeno todo eso tan enérgicamente como tú. He visto un par de diarios esta tarde que eran tan malvados como todo, lo que los cristianos hayan hecho nunca: se regocijaban de estas atrocidades. Esto va a hacer recular nuestro movimiento en diez años… ¿Piensas que no hay millares como tú, que odian y abominan esta violencia? Pero, ¿para qué sirve la fe, si no es para estar seguro de que la humanidad prevalecerá? Fe, esperanza y paciencia… estas son nuestras armas…
Hablaba con apasionada convicción, fijos los ojos en los de ella, en un fiero conato por darle la confianza que él mismo no tenía, y vencer en sí mismo las reliquias de sus escrúpulos. Era verdad que él odiaba también lo que ella odiaba, pero sabía cosas que ella no sabía… Bueno, se dijo, al fin y al cabo no es más que una mujer…
La mirada de los ojos despavoridos comenzó a ensalmarse, tiñéndose de melancolía, a medida que él argumentaba y su personalidad dominaba poco a poco a la otra, acostumbrada as u apoyo. Pero…

- ¡Pero los aéreos de guerra - clamó ella -, los aéreos! Eso fue deliberado; no es la obra de un tumulto.
- Amor mío, no fue más deliberado que lo otro. Somos todos seres humanos, todos inmaduros. Sí, el Consejo lo permitió… permitió, óyelo bien. El Gobierno alemán nos forzó un tanto. Debemos domar despacio la naturaleza humana, no podemos quebrarla.
Continuó por unos cuantos minutos, variando sus argumentos, acariciando, halagando, asegurando; y vio que prevalecía ciertamente. Mas ella volvió sobre una de sus palabras.
- ¡Lo permitió! - dijo -. Y tú lo permitiste…
- Querida: no dije nada, ni en pro ni en contra. Te aseguro que si lo hubiéramos prohibido, hubiera habido más asesinatos en la calle, y el pueblo hubiera perdido las riendas. Quedamos al pairo, puesto que más no podíamos…
- Para mí, es mejor morir - sollozó, y las lágrimas comenzaron de nuevo silenciosamente -. Déjame morir. No puedo tragarlo…
Por los dos brazos la atrajo todavía más cerca.
- Noviecita - le dijo gravemente -, ¿no puedes confiar nada en mí? Si yo pudiera decirte todo lo que sé, entenderías al momento. Pero debes confiar en mí; ¿soy yo sin corazón? ¿Y Julián Felsenburgh?
Por un instante vio vacilar sus ojos: su lealtad por un lado, y su repulsa de lo ocurrido, por otro, contendían todavía; pero la lealtad prevaleció, el nombre de Julián inclinó la balanza, y el abandono llegó con un golpe de lágrimas.
- Ay, Oliver - sollozó -, no me dejes nunca. Me fío de ti. Pero soy tan débil y todo esto es tan horrendo… Mas Él es fuerte y misericordioso, Él… ¿Es verdad que estará aquí mañana?
El gran reloj del Enlace a quince cuadras de distancia dio las veinticuatro y ellos todavía conversaban tiernamente; ella trémula de la batalla, pero sonriéndole y teniendo sus manos. El vio que la reacción marcaba el pleno.
- ¡Año nuevo, esposa mía! -, dijo, y se alzó levantándola al mismo tiempo.
- Te deseo un feliz año nuevo - dijo ella con los ojos brillantes, todavía enrojecidos; lo besó apasionadamente, retiró la cabeza sin soltarlo, y la dejó caer sobre su pecho.
- Oliver, ayúdame.
El bajó la cabeza, mirándola ávidamente. ¡Qué dulce era!
- Oliver, te tengo que decir una cosa… No te enojes. ¿Sabes lo que pensé antes de que llegaras?
El hombre negó con la cabeza, y sintió que su abrazo se apretaba.
- Pensé que no podía tragarlo - susurró ella -, que debía acabar con todo… ¡ah! tú sabes lo que quiero decir.
El corazón de él se apretó al oír esto; y la apretó casi fieramente.

- ¡Ya terminó, ya terminó! - exclamó ella -. ¡No me mires así! ¡No te lo podría decir si no fuera que ya terminó!
Al juntarse de nuevo los labios, un timbrazo vino del recinto contiguo; y Oliver, sabiendo lo que era, sintió temblar su corazón aún entonces. La soltó y la miró sonriente.
- ¡El teléfono! - dijo ella con una chispa de aprensión.
- ¿Pero ya estamos de acuerdo, no es así?
Su faz se compuso de nuevo en lealtad y confianza.
- Estamos de acuerdo - dijo, y de nuevo sonó el timbre, impaciente -. Ve, Oliver, te aguardo aquí.
Un minuto después estaba de vuelta, con una extraña luz en los ojos, y mordiéndose el labio. Fue derecho a ella, tomándola de las manos y mirando firmemente en sus fijos ojos claros. En ambos corazones la resolución y la fe estaban reprimiendo una emoción todavía no muerta. Él aspiró profundamente.
- Sí, querida - dijo con voz incolora -. Listo el asunto.
Los labios de ella batieron y una palidez mortal cubrió sus mejillas. Él la agarró firmemente.
- ¡Oye! - dijo incisivamente -. Tienes que encararlo. Listo todo. Roma terminó. Ahora vamos a construir algo más grande.
Ella se echó en sus brazos sollozando.

## CAPÍTULO OCTAVO

### I

Mucho antes de la aurora en la mañana del año nuevo los aledaños de la Abadía estaban bloqueados. La calle Victoria, la calle Jorge el Grande, el Whitehall, e incluso la calle Millbank estaban atestadas de gente inmóvil. El ancho templo, dividido en dos por el túnel para motores, estaba cortado además en grandes parcelas y cuñas de gente por las picadas que la policía mantenía abiertas para el paso de los personajes; y el patio era mantenido rigurosamente vacío; excepto un como islote, ocupado él por un pabellón., que estaba repleto de tope a tope. Todos los techos, azoteas y parapetos que daban a la ex-catedral anglicana, católica en la Edad Media, eran una sola masa de cabezas. Arriba, como una constelación de plenilunios, ardían los suaves globos de la luz-solar.
No se conocía bien la hora en que el tumulto se había sosegado y lentamente se había dirigido a la Abadía; si no es quizá por los cansados controles de los molinetes de paso, los cuales habían sido montados apresuradamente la tarde antes.
Se había anunciado la semana anterior que, en razón de la incalculable demanda de entradas, todas las personas que presentaran el comprobante de haber asistido al culto anterior ante una oficina cualquiera, y que además cumplieran las instrucciones emitidas por la

policía, serían reputadas haber cumplido con sus obligaciones ciudadanas a este respecto; y se había hecho saber que era la intención del Gobierno hacer tañer el gran carillón de la Abadía al comienzo de la procesión y a la incensación de la Imagen, en el cual tiempo había de ser guardado el silencio, en lo posible, en el caso de no poder arrodillarse.
Londres se había enloquecido completamente con el anuncio de la conjura católica el día anterior. El secreto de ella se había infiltrado alrededor de las catorce, una hora después de la denuncia de la traición a Mister Snowford; y prácticamente todas las actividades comerciales habían cesado al instante. A las quince, la mitad de los comercios estaban cerrados, la Bolsa, las oficinas de la City, y las grandes tiendas del barrio Norte... todos por un impulso unánime suspendieron los negocios; y más o menos hasta la medianoche, en que la policía fue reforzada y comenzó a dominar la situación, ejércitos enteros de hombres, tropas de mujeres, chillando, escuadrones de muchachos frenéticos, habían desfilado, por las calles, aullando, imprecando y matando. No se sabía cuántas muertes habían ocurrido; pero no se veía casi calle alguna sin señales de siniestros. La catedral católica había sido saqueada, todos los altares destruidos, indescriptibles atrocidades perpetradas: las turbas habían desenterrado los cadáveres para hacerlos instrumentos de juegos macabros; un sacerdote desconocido que se puso a consumir las hostias del tabernáculo fue descubierto y estrangulado; el Arzobispo, con once sacerdotes y dos obispos, habían sido colgados en el pináculo Norte de la iglesia; treinta y cinco conventos habían sido destruidos; la basílica de San Jorge, quemada hasta los cimientos; y había sido comentado por los diarios el hecho de que, por la primera vez desde la introducción del Cristianismo en Inglaterra, no quedaba un solo tabernáculo en doscientos kilómetros a la redonda de la Abadía, si es que quedaba alguno en toda la isla... «Londres, - proclamaba *El Pueblo* en gruesos titulares - se ha desinfectado al fin de esa fantasmagórica porquería.»
Se supo a eso de las quince y media que por lo menos sesenta voladores habían partido para Roma; y una hora después, que se habían unido a otros sesenta de Berlín, con algunos pocos más de otras naciones. A medianoche, cuando ya por fortuna la policía había logrado arrear las turbas a una especie de orden, fueron proyectadas esplendorosamente en las nubes y en los tableros las nuevas de que la agria tarea estaba cumplida y Roma no era más. Los diarios de la mañana añadieron muy pocos pormenores, señalando, eso sí, la coincidencia de la destrucción de la Urbs con el cierre del año; y la de que, por una suerte asombrosa, prácticamente todas las cabezas de la llamada jerarquía, ese poder oscuro, oculto y maléfico, estaban congregadas en el Vaticano, que había sido el primer blanco de las

bombas; y cómo todos ellos, o por desesperación, o por la esperanza de algún fantasioso milagro que es lo mismo habían rehusado abandonar la Urbe, aun cuando sus radiorreceptores ya los habían enterado de la llegada inminente de la armada punitiva. No quedaba un solo edificio en pie en Roma: el entero ejido urbano, la Ciudad Leonina, las pobladas Colinas, el Trastevere, los suburbios... todo había sido liquidado en forma. Se había trabajado a la vez con bombas incendiarias y arrasantes; y los veleros, inmóviles a una inmensa altura, se habían repartido al pelo la ciudad debajo de ellos con matemática precisión; de modo que pocos minutos después del primer trueno abajo, y el inmenso hongo de humo y escombros, el quehacer quedó terminado.
Los voladores se habían dispersado entonces a los cuatro vientos, persiguiendo y ame trallando las rutas y ferrovías por las cuales la población en pánico había tratado de salvarse cuando la noticia había llegado; y las pesadas naves de guerra no habían agotado todavía las municiones, cuando no quedaba nada: operación modelo.
Se calculaba que no menos de ciento treinta mil fugitivos retardados habían hallado la muerte. Cierto es, - comentaba *El Telégrafo*, - que muchos tesoros artísticos de gran valor habían perecido; pero esto era un precio insignificante que pagar por la exterminación de la peste católica. «Llega un momento decía que incendiario todo es el único remedio contra una casa empiojada», y observaba en seguida que el total Colegio de Cardenales, encabezados por el Papa, todos los ex—monarcas de Europa, todos los más frenéticos religionistas del mundo entero, que habían fijado su morada en la “Ciudad Santa” cuya santidad, por lo visto, no le sirvió de mucho habían sido liquidados de un solo golpe; y que, por ende, una recrudescencia de la superstición era desde ahora más imposible, o poco menos, en el resto del orbe. Sin embargo, no había que aflojarles en ningún modo. Los católicos (si quedaba todavía algún audaz para pretenderlo) debían ser excluidos de todas las actividades de la vida civilizada. De acuerdo a los mensajes que se recibían de todas las naciones cultas, un universal coro de aprobación había acogido la severa y exitosa medida.
Unos pocos órganos de la opinión lamentaban el incidente, o más bien el espíritu con el cual se lo había llevado. No era hermoso, decían, que los Humanitaristas debieran hacer recurso a la violencia; pero ninguno pretendía sentir otra cosa que acción de gracias en cuanto a los resultados. Irlanda también debía ser puesta en vereda; y eso, pronto. No más contemplaciones.
Estaba aclarando ya rápidamente, y más allá del río, a través de la ligera neblina invernal, uno o dos arreboles cárdenos anunciaban una pesada aurora. Todo estaba sorprendentemente quieto, porque esta muchedumbre, cansada con los excesos de la noche, helada por el intenso frío, y tendida hacia lo que había de venir, había cesado de

alborotar. Solamente desde cada apiñada casa y avenida y calleja venía un murmullo hondo y constante, como el son del mar a lo lejos, roto de vez en cuando por la bocina y el golpeteo de un motor y su rápido paso, al abrirse camino en el círculo exterior del templo, y desvanecerse hacia la ciudad. Y el albor aumentaba, y los globos eléctricos empalidecían, y la neblina comenzó a clarear, dejando ver, no el azul intenso que prometiera la helada de la noche, sino un bajo y cenado nublo, pintado de gris y rosa claro, cuando el sol surgió, como un disco de cobre, más allá del río.
A las nueve, la excitación subió un tanto. Los policías entre Whitehall y la Abadía, desde sus altas garitas a lo largo de la ruta, desde donde controlaban las alambradas, mostraron una cierta agitación; y un momento después un auto policial silbó por entre la plaza a través de las palizadas y desapareció hacia las torres. La turba murmulló, y onduló, y redobló la atención; y un aplauso estalló cuando, un momento después, aparecieron cuatro coches más, con las insignias del gobierno, y se perdieron en la misma dirección. Eran los funcionarios, se dijo, encaminándose al Patio del Deán, donde había de organizarse la procesión.
A las diez menos cuarto, la multitud en la parte Oeste de la calle Victoria levantó su voz en el Himno Masónico; y cuando éste terminó, y las campanas comenzaron a ronronear en las torres de la Abadía, un rumor comenzó a correr, no se sabe cómo, de que Felsenburgh iba a estar presente. No había razón alguna todavía, ni tampoco más tarde, para suponerlo; de hecho, Noticias Gráficas declaró después que era un ejemplo más del maravilloso instinto de la psicología colectiva; porque solamente una hora después los miembros del Gobierno recibieron en secreto la noticia. Pero es un hecho que a las diez y media reinaba allí un incesante bramido sordo, que ahogaba incluso al broncíneo clangor de las campanas - y llegaba más allá de Whitehall, nada menos que a los atestados pavimentos de Westminster-Bridge -, reclamando a Julián Felsenburgh. Sin embargo, hasta entonces no se tenía le menor noticia cierta del Presidente de Europa desde hacía una quincena, si no es una conjetura no confirmada de que estaba con un grave asunto en el Oriente.
Y en todo este tiempo, los motores convergían veloces desde todas direcciones hacia la Abadía y desaparecían bajo el Arco en el Patio del Deán, conduciendo a los afortunados que poseían tarjetas para su admisión dentro del Templo. Aplausos cundían y se extendían por la masa al ser reconocidos los personajes: Lord Pemberton, Oliver Brand y su mujer, Mister Caldecott, Maxwell, Snowford con los delegados de Francia y Germania... incluso el lánguido Mister Francis, el «*Ceremoniarius*” del Gobierno, cosechó un aplauso. Pero cuando el campaneo hizo pausa, a las once menos cuarto, cesó del todo la

afluencia de coches; las barreras bajaron para cerrar las rutas, las alambradas fueron retiradas; y la multitud por un instante, cesando su gritería, suspiró con el alivio de la presión aflojada, y comenzó a moverse lentamente hacia delante. Mas apenas se asentó otra vez, comenzó de nuevo el griterío por Julián.
El sol estaba alto ahora, todavía un disco de cobre, más pálido que una hora antes: la blancura de la Abadía, el gris oscuro del Parlamento, los mil tintes de las fachadas, los rostros, las banderas y los cartelones se hicieron distintos.
Una campana separada dio los cinco minutos para las once; y al cesar los cinco golpes, para los que estaban al alcance de oír contra los portales del Oeste, vino el primer grito del inmenso órgano, reforzado por los clarines. Y entonces, repentino y profundo como el soplo de la muerte, se aplornó un inmenso silencio.

## II

Cuando la campana de los minutos comenzó, fundiéndose en nota continua en los ecos de las inmensas bóvedas, solemne y persistente, Mabel suspiró y se arrellanó en su asiento, dejando la posición rígida que había guardado media hora mientras contemplaba el espectáculo estupendo. Le parecía que lo había asimilado al fin, que había vuelto a ser ella misma, que había bebido su hartazgo de triunfo y de belleza. Era como uno que mira el mar azul de la mañana después de la tormenta. Y ahora venía el clímax.
De altar a portal y de lado alado, el interior de la Abadía era un rugoso mosaico de rostros humanos: planos vivientes, declives, recodos, paredes, ángulos y curvas. El transepto Sur, inmediatamente ante su vista, era una sábana de caras; el piso estaba empedrado de ellas, cortadas por el vivo escarlata del amplio pasaje enverjado que venía de la Capilla de Santa Fides; ya la derecha, debajo del espacio abierto cabe el tabernáculo el Capítulo era una masa de figuras blancas, con sobrepellices, como esculpidas; la alta galería del órgano, de la cual se habían abierto las cortinas, estaba repleta de ellas; y allá lejos, abajo, la umbrosa nave extendía el mismo interminable pavimento viviente hasta la sombra misma del pórtico, y más allá, al infinito. Entre cada grupo de columnas detrás de los sillones fraileros del Capítulo, delante de ellas, a derecha, izquierda y detrás, plataformas habían sido empotradas en las mismas paredes; y el exquisito techo, los ventanales nervados y las volantes bóvedas eran para el ojo el único escape de aquella masa de humanidad. El vasto espacio quedó inundado de golpe por la delicada luz solar que estalló de los tubos escondidos bajo todos los altos rebordes, y derramó el rubí y el púrpura y el celeste desde los altos vitrales en radios de color a través del aire pulverulento, y en rotas

pinceladas sobre los rostros y vestidos de abajo. El murmullo de las diez mil voces henchía los ámbitos, proporcionando el solemne acompañamiento a las melodiosas notas que ahora rodaban sobre él. Y, finalmente, más significante que todo, el vacío presbiterio alfombrado a sus pies, el enorme altar con su vuelo de gradas, la suntuosa cortina de la imagen, y el troneto con su dosel todavía inocupado…
Mabel necesitaba embriagarse de amor, porque anoche, antes de la llegada de Oliver, su alma se había sumergido en el horror. Desde el primer choque de lo que había visto desde la capillita, a lo largo de esas horas de espera en casa, sospechando que éste era el modo .con que el Espíritu de Paz manifestaba su dominio, hasta el momento en que había sabido, en los brazos de su esposo, el final de Roma, le había parecido como si su nuevo mundo se hubiera corrompido de repente bajo sus pies. Era increíble, se había dicho, que este monstruo rabioso, chorreando sangre de garras y dientes, que había surgido rugiendo en la noche, pudiera ser la Humanidad que era su Dios. Siempre había pensado que el desquite, la crueldad y la matanza eran el caldo de la superstición cristiana, muerta ya y sepultada por el nuevo ángel de luz; y ahora le parecía que el monstruo que le habían enseñado a odiar vivía más que nunca. Toda la tarde, desde que su chofer la arrancó del dédalo de las turbas, se había sentado, caminado, tumbado en la cama de su casa, quieta, con el horror posado sobre sus débiles hombros, abriendo de tanto en tanto la ventana en el aire helado para escuchar con las manos aferradas al barrote los clamores y rugidos de la revuelta desencadenada abajo, los golpes, los alaridos y las bocinas de los trenes del Enlace, que volaban desde la campaña a acrecer con sus cargas humanas el frenesí de la ciudad; y para mirar fascinada las manchas rojas y trémulas y los volúmenes de humo denso que se alzaban de las iglesias y casas incendiadas.
Ella había discutido, dudado, resistido a sus dudas, arrojando al cielo frenéticos actos de fe, intentando recobrar la confianza que había creado con su meditación. ¡Santo cielo!, ¿esto era la paz del alma, esa tormenta? Se había dicho así misma que las tradiciones son tenaces para morir; se había arrodillado, clamando al Espíritu de Paz que mora en el corazón del hombre, como ella lo sabía, aunque arrollado en este momento por las malas pasiones. Unas viejas líneas corrían en su mente de un viejo poeta victoriano:
Nadie ose atar la vida, | Nadie se oponga en réplica o en ruego: | Rama seca o podrida. | Pichón deforme o ciego | ¡Perezca por el hacha o por el fuego!
Ella se había sentido, helás, deforme y ciega. Había incluso contemplado la muerte, como dijo a Oliver: el quitarse la vida, en un gran tedio de todo. Seriamente había pensado en eso: era un escape perfectamente dentro de sus ideas morales. .Por común consentimiento

de todos, se ponía ahora fuera de este mundo a los incurables y a los agonizantes: las casas de eutanasia cuidaban de eso. ¿Por qué ella no entonces? ¡Ella no podía tragarlo! ... Después Oliver había venido, y con su dulce ayuda se había abierto camino a través de su congoja y retornado a la cordura; y el fantasma había desaparecido.
Cuán sereno y sensible había estado él, pensó ella, cuando la poseyó la majestuosa influencia de esta multitud recogida en este glorioso lugar de adoración; cuán razonable en su explicación de que el hombre era todavía un convaleciente expuesto a recaídas. Toda la tarde, ella se había estado repitiendo eso, pero fue diferente cuando se lo dijo él; y el nombre de Felsenburgh, nombre de salvación, había concluido la obra.
- ¡Oh, si estuviera aquí! - suspiró; pero se acordó en seguida de que Él estaba muy lejos.
No fue sino hasta cerca de las once cuando ella supo que las turbas afuera estaban clamando también por él; y esto la consoló todavía más. Ellos conocían también, pues, dónde estaba la salvación; ellos sabían dónde estaba su ideal, aunque acababan de traicionarlo. Oh, si estuviera aquí no habría más problemas; las olas se aquietarían debajo de sus pies divinos, el nublado se disiparía y el ventarrón moriría en el silencio. Pero él estaba muy lejos; quién sabe dónde, en alguna extraña tarea. Bien, Él sabía lo que tenía que hacer. Algún día vendría a sus hijos, que lo necesitaban tan tremendamente.
Había tenido la suerte de quedar solitaria en medio de la multitud. Un viejo semicanoso, con sus dos hijas detrás de él, era su único vecino, franceses al parecer. A su izquierda se alzaba la partición, colgada de terciopelo rojo; por sobre la cual podía ver el santuario y la estatua encortinada; y su asiento en la tribuna, levantado unos tres metros del suelo, le hacía imposible la conversación. Estaba contenta de esto; no quería conversar, quería poseer sus potencias en silencio, reafirmar su fe, mirar esa enorme concurrencia congregada para pagar tributo al gran espíritu al que habían traicionado, renovar su coraje y su fidelidad. Se preguntó qué diría el predicador, si habría un llamado a la penitencia. El tema era la Maternidad —ese aspecto benigno de la vida universal -: ternura, amor, pasión quieta, receptiva, protectora, el afecto que aquieta en lugar de excitar, que se afana en menesteres pacíficos, que enciende las luces y el fuego del hogar, que procura el sueño, la comida, la salud, el bienestar...
Las campanas callaron, y un instante antes de comenzar la música, oyó claramente, sobre el murmullo de adentro, el rugido de los de afuera que reclamaban su Dios. Entonces con un rasguido se despertó el órgano en la cumbre, mechado por el clangor de las trompetas y el sacudido rodar de los tambores. Ningún delicado preludio, ningún lento moverse de la vida a través del laberinto del misterio hacia la cima del éxtasis... sino más bien el cenit de la vida, el mediodía del conocimiento

y del poder, la plena canícula amaneciendo de golpe en la mitad del cielo. Su corazón se apresuró a acogerla, y su revivida confianza, todavía convaleciente, levantó la cabeza y sonrió, al desatarse arriba las notas en pleno triunfo. Dios era el Hombre, en definitiva, un Dios que anoche había tropezado por un momento, no un Dios impecable; pero que se alzaba de nuevo esta mañana de un nuevo año, disipadas las nieblas, dominando su pasión momentánea, dominador y bienamado. El Hombre era Dios, y Felsenburgh su encarnación. ¡Sí, debía creer eso! Sí, creía eso.
Entonces vio cómo por fin la larga procesión se desarrollaba desde el portal del Oeste y con delicado artificio la luz crecía más y más esplendorosa. Ya venían, pues, esos ministros de un culto puro: graves varones que sabían en lo que creían; y que, si no estremecidos como ella de emoción en este instante (pues de su marido, por lo menos, sabía que no lo estaba), sin embargo creían en los principios de ese culto, y reconocían la necesidad de su expresión sensible para las mayorías; ya venían en cuaternas, de a tres y de a uno, conducidos por guías revestidos, ondulando por las graderías y emergiendo de nuevo en el coloreado ámbito, en toda su pompa de mandiles masónicos, insignias y joyas. Seguramente esta espléndida visión era para corroborar a cualquiera.
El presbiterio tenía ahora dos o tres figuras. El rostro ansioso del ex-Padre Françis, en sus ropas rituales, bajó gravemente las gradas y pasó, aguardando la cabeza del cortejo, dirigiendo con gestos casi imperceptibles a sus satélites que rebullían en las naves, prestos a dirigir el movimiento del río que avanzaba; y los extremos de la sillería habían ya comenzado a llenarse... cuando de repente ella sintió que algo estaba ocurriendo.
Hasta ahora mismo el rugido de la muchedumbre externa había estado prestando una especie de bajo a la música de adentro, imperceptible casi, a no ser a la subconsciencia, pero claramente discernible en su ausencia; y ahora esta ausencia era un hecho.
Primero pensó que la señal del comienzo de la ceremonia los había acallado; pero en seguida, con una indescriptible emoción, recordó qué, en toda su experiencia, una sola cosa había valido siempre para acallar una turba en tumulto. No estaba segura; podía ser una ilusión halagüeña. Quizá la turba estaba gritando todavía, y ella sorda; pero de nuevo, con un sobrecogimiento que llegaba casi a la angustia, percibió que incluso en el interior el murmullo había cesado de golpe; y que, a modo de una gran ola, una emoción estaba agitando los planos y pendientes de caras a su vista, como el viento agita un trigal. Un momento después estaba de pie, aferrada al parapeto, con su corazón como un motor acelerado mandando pulsos de sangre furiosos e insistentes a cada una de sus venas; porque, con un gran impulso

rumoroso que sonó como una brisa, perceptible incluso sobre el trémulo tumulto de la música, toda la enorme concurrencia se había puesto, como ella, de pie.
Una confusión pareció romper en el ordenado cortejo. Vio a Mister Francis correr hacia delante, gesticulando como un director de orquesta, y a sus señas la larga línea retrocedió, se rompió, sé amontonó… y volvió a resbalar rápidamente hacia adelante, rompiéndose en veinte riachos que se filtraron por entre la sillería y la llenaron en un momento. Los hombres corrían y empujaban, los mandiles volaban, las manos señalaban, todo sin una palabra.
Hubo un redoble de pies, un tumbo de sillas volteadas, chistidos y empujones; y entonces, como si un dios hubiese alzado el índice, la música cesó en seco, enviando un eco perdido que desmayó y murió al momento; un gran suspiro llenó su lugar; y, en la coloreada luz-solar que bañaba la inmensa longitud del pasaje abierto de Este a Oeste… se vio avanzar pausadamente una figura solitaria.

## III

Lo que Mabel vio y oyó y sintió desde las once hasta hora y media después del mediodía en la primera mañana del año nuevo, jamás pudo rememorarlo ordenadamente. Durante ese tiempo, perdió la continuidad de la conciencia y el poder de reflexión; porque quizá estaba todavía débil de su lucha. Se suspendió en ella el proceso por el cual los hechos son alma cenados, clasificados y recordados; era ella como un ser que vive un solo largo acto, fuera del tiempo, en el cual la consideración no jugaba sino a intervalos inciertos. Ojos y oídos parecían su única vida, comunicados con un corazón ardiendo.
Ni siquiera se dio cuenta en qué punto sus sentidos le dijeron que Aquel era Felsenburgh. Parecía que lo hubiese sentido aún antes de que entrara; y sus ojos estuvieron colgados de él mientras en completo silencio cruzó posadamente la alfombra roja, soberbiamente solo, alzándose uno o dos escalones a la entrada del coro, y pasando delante de ella. Venía en su toga judicial inglesa escarlata y negra, aunque ella lo advirtió apenas. Para ella no existía ya nada más que su persona; la vasta asamblea había desaparecido, fundida y transfigurada en la vibrante atmósfera de una inmensa humana emoción. No había nadie en ninguna parte, fuera de Julián Felsenburgh. La paz y la luz ardían como una aureola en torno de él.
Un instante después de pasarla desapareció detrás del púlpito y luego reapareció, subiendo las gradas. Llegó a su sitio… Ella podía ver su perfil debajo de ella, ligeramente a la izquierda, puro y filoso como la hoja de un cuchillo, debajo de sus cabellos de nieve. Levantó una manga orlada de armiño, hizo un simple gesto, y con un rumor de

rompiente, los diez mil se sentaron. Hizo otro gesto, y con un rugido ahogado estuvieron otra vez de pie.
Hubo un nuevo silencio. Estaba allí erguido, perfectamente quieto, sus manos ligera mente posadas sobre la barra, el rostro mirando imperturbablemente delante; no parecía sino que Él, que había atraído todos los ojos y acallado todas las voces, aguardaba que su dominación se consumara; y que no hubiera sino una voluntad y un deseo; y ésos, en las manos de Él. Y después comenzó a hablar…
Aquí tampoco, como después reflexionó Mabel, no quedó grabación literal ni precisa dentro de ella, de lo que Él dijo; no hubo proceso consciente por el cual ella recibiera, acrisolara y aprobara lo que oía. La imagen más aproximada con la cual ella pudo más tarde describir a sí misma su impresión, era que no fue El quien habló, sino ella misma. Sus mismos pensamientos, predisposiciones, aprensiones, querellas, su triste desencanto, su pasión, sus esperanzas… su mundo interior apenas conocido para ella misma, hasta llegar a los más tenues remolinos y pliegues del pensamiento, fueron asumidos por este genio, limpiados, encendidos, satisfechos y preconizados. Por primera vez en su vida, se dio cuenta cabal de lo que “natura humana” quería decir; porque era su propio corazón el que se hacía manifiesto, asumido por esa inmensa voz. De nuevo, como la otra vez por pocos segundos en la Casa de Pablo, parecía que la antes balbuciente creación había roto a hablar palabras articuladas - por fin - había llegado a la adultez, al pensar coherente y al lenguaje perfecto. No era Él hablando a los hombres: era el Hombre mismo quien hablaba; el Hombre, consciente, por fin, de su origen y de su destino, y de la larga peregrinación intermedia; el Hombre cuerdo después de una breve demencia, consciente de su fuerza, declarando su ley, lamentando en una voz tan penetrante como un acorde de viola su imperfecta correspondencia. Era un soliloquio, más bien que un discurso. Roma había caído, Italia y Gran Bretaña y Germania habían visto sus calles salpicadas de sangre, el humo y las llamas se habían alzado al cielo, porque en el hombre por un momento se había despertado la fiera. Pero estaba hecho, gritó la gran voz, y no había que arrepentirse; estaba hecho, y en las edades por venir el hombre iba a hacer penitencia y a ponerse rojo de rubor al recordar que una vez había vuelto sus espaldas al amanecer.
Esto no era ya oratoria, ni elocuencia, ni arte alguno: no había recurso a lo estridente, ninguna pintura de los palacios desplomándose, las criaturas huyendo, las roncas explosiones, el temblor de la tierra y la agonía de los condenados. Él se las había más bien mano a mano con esos borrascosos corazones rugientes en las calles inglesas o germanas o exaltados en el aire vernal de Italia, con las feas pasiones que allí guerrearon, mientras los voladores oscilaban en sus estaciones, preñados de venganza, devolviendo conjura por conjura y violencia por

violencia. Porque allí, gritó la voz, estaba el hombre como había sido… precipitado en un instante a las crueles edades antiguas, aun después de haberle sido revelado lo que él era.
No hay arrepentimiento, declaró otra vez la potente garganta, pero hay algo mejor… y al deshacerse los tonos duros y metálicos, los ojos de la niña; secos antes de vergüenza, se arrasaron en lágrimas… Había algo mejor: el conocimiento de qué crímenes era capaz todavía el hombre, de una y otra parte; y la voluntad de aprovechar ese conocimiento. Roma no era más, y eso era lamentable y vergonzoso. Roma no era más, y el aire estaba más limpio por eso; Roma… y entonces en un instante, en un imprevisto vuelo de alondra, el orador estuvo arriba y lejos, lejos de la hórrida charca que miraba un momento hacía, de los cuerpos destrozados y carbonizados, de las casas en escombros y ruinas, y de todas las huellas de la Infamia del hombre, hacia la pura luz y el limpio ambiente adonde ya el hombre levantaba de nuevo la cabeza. Mas Él llevaba consigo, en ese vuelo maravilloso, el rocío de las lágrimas y las aromas de la tierra. No había ahorrado palabras para quebrantar y fustigar el desnudo corazón huma no, y no ahorró palabras para levantar la sangrante y desmayada cosita, y sanarla y corroborarla con la divina visión del amor.
- ¡Oh Maternidad! - exclamó -. Madre de todos nosotros.
(“Si hubiera un cristiano aquí…” pensó Mabel en un relámpago de reflexión.)
Entonces, para los allí congregados, sucedió una especie de milagro… Porque pareció de golpe que ya no era un hombre quien hablaba, sino un ser en el plano de lo sobrehumano… El cortinado se descorrió, y no se supo nunca quién tiró de los cordones y allí se irguió la Madre sobre el altar, blanca grandiosa protectora, cara a cara con el Hijo, hecho una apasionada encamación del amor, que la apostrofaba desde la tribuna.
- ¡Madre de todos nosotros y Madre mía!
- Y así canto tu prez en tu cara, sublime principio de la Vida; declaro tus glorias y tu poder, tu Inmaculada Maternidad, las siete espadas de angustia en tu corazón por el frenesí y las locuras de tus hijos - y comenzó a prometerle grandes cosas: el reconocimiento de todos los hombres, la bienvenida en nombre de los que aún se formaban en el vientre. La llamó Sabiduría del Altísimo, ese dulce orden de todas las cosas; Torre de Marfil, Consoladora del Afligido, Puerta del Cielo, Reina del Mundo; y a los ojos en delirio de los que extáticos miraban la escena, pareció un instante que la grave y hermosa faz lo miró sonriente…
Un gran resuello como de un organismo inmenso comenzó a llenar el aire mientras la voz torrencial se derramaba y la multitud comenzaba a moverse en masa hacia ella, como atraída por un imán. Olas de emoción la recorrían, el grito de un hombre fuera de sí mismo allá entre

los apiñados asientos, el rodar de un banco, y luego de otro y otro; y los pasadizos se llenaron, porque Él ya no los tenía pasivos escuchando, sino que los iba levantando hacia algún supremo acto. La marca se arrastró más cerca, y las caras miraban, ya no al Hijo, sino a la Madre; la niña de la galería se sujetó a la barandilla y cayó de rodillas sollozando... Y sobre todos ellos la voz subyugante resonaba y las largas manos de cera se alargaban de las anchas mangas de armiño, como para abrazar a todo el santuario.

Era una nueva historia la que estaba diciendo ahora, y toda a la gloria de Ella... Venía de Oriente, ya todos lo sabían, de un gran triunfo. Había sido aclamado como Rey, adorado como Deidad, porque era manso y humilde de corazón Él, el humilde hijo sobrehumano de una madre humana Él, que no traía la Espada sino la Paz, no la Cruz sino la Corona. Esto parecía que estaba diciendo; pero nadie allí sabía ya si lo decía o no; si acaso su voz lo proclamaba o eran sus propios corazones.

Estaba en las gradas del santuario ahora, todavía con los brazos extendidos y el torren te de palabras apasionadas; y la multitud caminó hacia él en el rumor de diez mil pasos y el suspiro de diez mil pechos... Estaba contra el altar... estaba sobre el altar. Y de nuevo en un supremo clamor, al topar la turba con la gradería, la aclamó Reina y Madre suya.

El final vino entonces, veloz e inevitable. Por un momento, antes que la niña de la galería cayera de rodillas, ofuscada en lágrimas, ella vio la fina figura suspendida allí sobre las rodillas de la enorme estatua, entre sus blancos brazos extendidos que parecían vivientes, silente y transfigurada en el incendio de las luces. La Madre había encontrado por fin a su Hijo, Isis, Cibeles, María. Por un momento lo vio todo, el vuelo de las columnas, las doraduras y colores del techo, las cabezas arracimadas, las manos levantadas; era un mar que se hinchaba, las luces parecían oscilar como locas, el rosetón abigarrado girar sobre sí mismo, el cielo abrirse, presencias invisibles llenar el aire, y la tierra caer en éxtasis.

Entonces en la luz transfigurada, al sonar de los tambores, por encima del batir de pies y de los gritos y sollozos de las mujeres, en un trueno unánime de adoración y rendimiento, diez mil voces lo aclamaron Señor... y Dios.

# LIBRO TERCERO. LA VICTORIA

## CAPÍTULO PRIMERO

### I

La salita donde el nuevo Papa estaba escribiendo era un modelo de sencillez. Los muros eran de cal, el techo tirantes sin desbastar, y el piso de adobe. Una mesa ocupaba el centro, con una silla; un brasero

listo para encender estaba en la ancha chimenea; y un estante con una docena de libros, arriba. Había tres puertas, una que daba al oratorio privado, otra a la antesala, la tercera a un pequeño patio. Las ventanas al sur estaban cerradas, pero a través de los desajustados marcos se filtraban cuchillos de fiera luz del ardiente día oriental.

Era el tiempo de la siesta; y excepto el tenaz chirrido de las chicharras en la colina detrás de la casa, el más hondo silencio.

El Papa, que había almorzado una hora antes, había cambiado apenas de postura en todo el tiempo, tan absorto estaba en su lectura. Por un momento, todo había sido dejado de lado: su memoria de estos tres últimos meses, su amarga ansiedad, el peso agobiante de su responsabilidad. El libro que sostenía era una edición barata de la famosa biografía de Julián Felsenburgh, publicada un mes antes, y que él ya estaba terminando.

Era un libro nítido y bien escrito, de mano anónima, y se había conjeturado incluso que era la obra oculta del mismo Felsenburgh; pero la opinión común consideraba que había sido compuesto, sin excluir el consenso y aun la participación del Presidente, por uno del pequeño cuerpo de íntimos que él admitía bien avaramente a su trato - grupo que ahora conducía bajo su dirección los grandes asuntos de Occidente y Oriente. Por el estilo del libro era casi seguro que su autor era un occidental - francés o inglés.

El cuerpo del libro versaba sobre su vida, o más bien sobre esos tres o cuatro años conocidos de ella, desde su rauda ascensión en la política yanqui con su mediación en el Oriente, hasta el éxito de cinco meses atrás, cuando en rápida sucesión había sido aclamado Mesías en Damasco y formalmente adorado en Londres; y de resultas elegido por una abrumadora mayoría para el Tribunado Perpetuo de las dos Américas.

El Papa había pasado rápido los ojos sobre estos hechos externos, que ya conocía demasiado, y estaba estudiando con total atención la síntesis de su carácter; o mejor, como el autor se expresaba pretenciosamente, de su “manifestación al mundo”. Leyó la exposición de sus dos características capitales, el dominio sobre los hechos y el dominio sobre las palabras: «Las palabras, hijas de la tierra, se habían copulado en este hombre con los hechos, hijos del cielo; y el Superhombre era su retoño». También sus otros rasgos eran notados, su apetito de literatura, su estupenda memoria, su facilidad lingüística de políglota…

Parecía poseer a la vez el ojo telescópico y el microscópico - discernía líneas y movimientos de alcance universal y a otra mano tenía una apasionada exigencia del pormenor último. Varias anécdotas suyas ilustraban estas observaciones, y unos cuantos tersos aforismos suyos eran recordados. «Ningún hombre perdona decía -, solamente

comprende»… «Se necesita una enorme Fe para renunciar a un Dios Trascendente»… «Un hombre que cree en sí mismo es casi capaz de creer en el prójimo»… Esta sentencia, al sentir del Papa, era típica de ese supremo egotismo que es el único capaz de enfrentar al espíritu cristiano. Y además: «Perdonar un error es tolerar un crimen»; y «El hombre fuerte no es accesible a ninguno, pero todos son accesibles a él».
Había una cierta afectación en esta gavilla de observaciones; pero venía, como el Papa veía bien, no del orador sino del escriba. Para el que hubiera visto el orador era llano cómo habían sido proferidas, - sin pontificatura ninguna, sino en un fiero ventarrón de elocuencia; o dejadas caer con esa impresionante y extraña simplicidad que había caracterizado su primer ataque en Londres. Era posible odiar a Felsenburgh o temerlo; ignorarlo no era posible.
Pero el gran deleite de su biógrafo era visiblemente trazar el parangón entre su héroe y la Natura. En uno y otro existían las mismas aparentes contradicciones: la combinación de una total ternura con una total rigidez inexorable. «El poder que cura heridas también las infiere; el que cubre el muladar de suaves matas y hierbas, también revienta en volcanes y terremotos; el que incita al faisán a morir por sus crías, también hace al aguilucho con su cruel despensa viva…». Lo mismo con Felsenburgh: el que había llorado sobre Roma caída, un mes después había hablado del exterminio como instrumento que podía ser manejado, aún ahora en servicio de la Humanidad. Solamente: «Manejado con deliberación, no con pasión».
Esta "Declaración" había suscitado vivísimo interés, desde que parecía tan paradojal en uno que proclamaba tolerancia y paz; y una discusión había roto en todo el mundo. Pero fuera de urgir la dispersión de los Irlandeses católicos, y la ejecución de unos cuantos cabecillas, no se había puesto por obra. Con todo, el mundo tomado en conjunto la había recibido; y estaba como en expectación sobre su cumplimiento.
El biógrafo argüía que el universo físico debía sin duda acoger y favorecer a uno que seguía sus preceptos, uno que había sido, en verdad el primero en introducir en el código de las relaciones humanas leyes naturales tan obvias como la Supervivencia del más apto y la Inmoralidad del Perdón. Había misterio en el Universo; había misterio en su Hijo; y ambos debían ser aceptados como eran, si el hombre había de ir adelante.
Y el secreto de todo parecía cifrado en Su Personalidad. Verle a Él era creer en Él; o mejor dicho, aceptarlo como irrefragablemente verdadero. «Nosotros no razonamos a la naturaleza ni escapamos de ella por razones de sentimiento: la liebre grita como un niño, el ciervo herido llora gruesas lágrimas, el churrinche da muerte a sus padres… la vida existe en función de la muerte; yeso todo existe por más teorías, que no

cambian nada, y podamos nosotros urdir. La vida debe ser aceptada en estos términos; no podemos errar si seguimos la natura; y aceptarlos es justamente encontrar la paz: nuestra gran Madre sólo revela sus secretos a quien la toma como ella es»… Así también Felsenburgh. «No nos compete discriminar; su personalidad es de tal condición que no lo admite. Él es suficiente y completo para quienes confían en Él y aceptan el sufrir por Él; y un oscuro y odioso enigma para los que no. Debemos prepararnos para el desemboque lógico de esta doctrina. La sensiblería no debe dominar la razón.»

Como conclusión, el autor mostraba cómo a este Hombre competían propiamente todos los títulos otrora prodigados a imaginados Seres Supremos. Fue simplemente en preparación de Él por lo que todos esos títulos surgieron en los reinos del pensar y modelaron las vidas humanas.

Él era el *Creador,* porque a Él le estuvo reservado traer al ser la perfecta vida de unión hacia la cual el mundo había gemido largamente en vano: Él solo había hecho al hombre a su imagen y semejanza.

Mas era también el *Redentor,* porque esta semejanza había preexistido siempre en cierto modo debajo del tumulto del error y la disensión. El había sacado al hombre de la oscuridad y la sombra de la muerte, guiando sus pies por la vía de la paz; y por esa misma causa era el *Salvador.* Era el *Hijo del Hombre,* porque sólo Él era perfectamente humano; era el *Absoluto,* porque contenía en sí todos los ideales; el *Eterno,* porque había preexistido siempre en las virtualidades de la Natura como un plasma vital germinativo que había asegurado la continuidad de su evolución; el *Infinito,* porque todas las cosas hasta ahora tenidas por infinitas se cifraban en Él; y aún quedaban cortas, pues Él era mayor que la suma de ellas.

Era pues el *Alfa* y *Omega,* el Principio y el Fin, el Primero y el Último. Era el *Dominus Deus Noster* (como había sido Domiciano, pensó el Papa). Era tan simple y tan complejo como la vida misma; simple en su esencia, complejo en sus manifestaciones.

Y por sobre todo, la suprema prueba de su misión estaba en la naturaleza inmortal de su mensaje. No había nada que añadir a lo que Él había traído a luz; porque en Él todas las líneas divergentes encontraban al fin su origen y su foco. Traer en cuestión de si Él había de resultar personalmente inmortal o no, era impertinente; sería enteramente congruo que a través de Él el eterno Principio Vital descubriese su último secreto; el individuo no estaba ya separado de sus iguales; la muerte no era más que una arruga yendo y viniendo sobre un océano inmutable. El humano había aprendido al fin que la especie era todo y él nada; la célula había descubierto la unidad del “soma”; más aún (los pensadores más excelsos lo declaraban): la conciencia individual había rendido el título de personalidad al cuerpo

comunitario del hombre - y el desasosiego del átomo se había sumergido en la paz corporativa del todo; pues nada fuera de eso podía explicar la maravillosa cesación de la lucha de partidos y naciones; y ésta había sido ante todo obra de Felsenburgh.

«Heme aquí para siempre con vosotros - el autor citaba para concluir, de uno de los más admirables monumentos de la lengua inglesa - desde ahora hasta la consumación de los siglos; y el Consolador os ha llegado… Yo soy la puerta - el camino, la verdad y la vida - el Pan de Vida y el Vino - de la Inmortalidad. Mi nombre es el Esperado, el Príncipe de la Paz, el Padre Perenne. Yo soy el Deseado de todas las naciones, el Hermoso entre los hijos de los hombres - Y mi reino no tendrá fin… ».

El Papa se echó para atrás y dejó caer el libro cerrando los ojos.

## II

Cuanto a él, ¿qué tenía contra todo esto? Un Dios Trascendente que se escondía, un Salvador Divino que no venía, un Consolador no visto ni oído más que en el viento impetuoso y el fuego de lejanos tiempos.

Allí, en el cuartito contiguo, había un altarcillo de madera, sobre él un cofre de hierro, dentro de él una copa de plata, y en la copa de plata… Algo. Fuera, a unos cien metros, dormían las bóvedas y azoteas de una aldehuela llamada Nazaret; el monte Carmelo a la derecha, a unos dos kilómetros, el Tabor a la izquierda, la llanura de Esdrelón al frente; y detrás, Caná y la Galilea, el lago quieto y el monte Hermón. Y muy lejos, al sur, Jerusalén…

A esta diminuta faja de tierra santa había caído el Papa: la tierra donde la fe había brotado dos mil años antes, y que, a menos que Dios hablara en truenos desde el cielo, sería amputada quizás de una vez como un estorbo del mundo. Era en esta misma tierra material donde Uno había caminado, que todos los hombres creyeron sería el que redimiría a Israel - en esta aldea Él había ido por agua, y clavado cajas y sillas; en este mismo lago había caminado sobre el agua; en aquel alto monte se había iluminado en gloria; en aquella montaña roma del norte había prometido que los mansos eran benditos y que iban a heredar la tierra; los pacificadores, llamados Hijos de Dios; los que tenían hambre y sed, saciados…

Y ahora se había llegado a esto. La cristiandad se había disipado en Europa como un atardecer sobre picos oscurecidos; Roma eterna era un montón de escombros; en el Este y el Oeste a la vez un hombre había sido puesto sobre el altar de Dios, y reconocido como divino. El mundo había adelantado a saltos; la ciencia social reinaba; los hombres habían aprendido la coherencia. Y habían aprendido también las lecciones sociales del Cristianismo, al margen de un Divino Maestro; o más bien, como decían, a despecho de él. Habían quedado quizás tres, quizás cinco, a lo más diez millones - era imposible saberlo - en todo el globo

habitado que todavía veneraban a Jesucristo como Dios. Y el Vicario de Jesucristo, en su salita encalada de Nazaret, vestido tan simplemente como Él, esperaba el fin.

Había hecho lo que había podido. Hubo una semana, cinco meses hacía, en que no se sabía qué cosas se podían hacer. Quedaron tres Cardenales vivos, él mismo, Steinmann y el Patriarca de Jerusalén; el resto yacía entreverado allá en las ruinas de Roma. No había precedentes que imitar; así que los dos europeos se juntaron con el oriental en la única ciudad donde todavía parecía haber sosiego. Con la desaparición de la Iglesia Griega Ortodoxa, allí habían desaparecido también los últimos rescoldos de la guerra intestina de la Cristiandad; y por una suerte de consentimiento tácito, los cristianos eran dejados en paz en Palestina. Rusia, de quien dependía ahora la región, tenía suficiente sentimiento para acordarles una moderada libertad; aunque ciertamente los lugares sacros había sido desecrados, y quedaban solamente como curiosidades arqueológicas; los altares habían desaparecido, aunque sus sitios quedaron marcados; y aunque la misa no podía celebrarse en ellos, era supuesto que los oratorios privados no estaban prohibidos.

En este estado habían encontrado los dos Cardenales europeos la Ciudad Santa; habían visto que no era cuerdo llevar insignia de ninguna clase en público; y era prácticamente cierto que el mundo ignoraba su existencia; porque a los pocos días de su llegada el viejo Patriarca había pasado de esta vida, aunque no antes de que Percy Franklin, seguramente en las condiciones más extrañas desde el primer siglo de la Iglesia, hubiese sido elegido para el Sumo Pontificado. Todo había sido hecho en breves minutos, al lado del lecho de un enfermo. Los dos ancianos habían insistido. El germano había incluso recurrido una vez más al extraño parecido entre Percy y Julián Felsenburgh; y había musitado su balbuceante observación acerca de la "antítesis" y el "Dedo de Dios"; y Percy, espantándose de su agorería, había terminado por aceptar, y la elección fue registrada por un "cadí" musulmán, escribano público. Había adoptado el nombre de Silvestre, el último santo del año, y era el tercero de este titulo. Después se había retirado a Nazaret con su capellán; y Steinmann había retornado a Germania, y había sido ahorcado en un tumulto a las dos semanas de su llegada.

Su primer asunto fue la creación de nuevos Cardenales; y a veinte personas, con infinitas precauciones, les fueron dirigidos Breves. Nueve declinaron; y tres más fueron requeridas, de las cuales una sola aceptó. Había pues, en ese momento, doce personas en el mundo que constituían un disperso "Sacro Colegio": dos ingleses, de los cuales uno era Corkran; dos americanos, un francés, un alemán, un italiano, un hispanoamericano, un polaco, un chino, un griego, y un ruso. Les habían

sido confiados distritos inmensos, sobre los cuales su autoridad era extrema, sujeta solamente a la del Padre Santo.
En lo que mira a la vida del Papa, poco había que decir. Parecía en sus adjuntos exteriores, pensaba él, la de un León el Magno, sin su mundana pompa e importancia. Teóricamente, el mundo cristiano estaba bajo su dominio; prácticamente empero los asuntos eclesiásticos eran administrados por las autoridades locales. Le era imposible por cien razones, hacer su deseo con respecto a las comunicaciones. Una complicada cifra había sido combinada, y una estación radiotelegráfica privada erigida en su azotea, y comunicada con otra en Damasco, donde el joven Cardenal Corkran se había radicado; y desde este centro, se despachaban irregularmente mensajes a las otras autoridades por doquiera; pero, por lo general, poco se podía hacer. El Papa empero tenía la satisfacción de que un pequeño progreso se había efectuado, con increíble dificultad, en la reorganización de la jerarquía en todas partes. Se habían consagrado Obispos libremente: había no menos de doscientos en todo; y de sacerdotes, un número desconocido. La Orden del Crucificado estaba trabajando bien, y los relatos de unos cuatrocientos martirios habían llegado a Nazaret en los últimos dos meses, perpetrados casi todos por mano de las turbas.
En todos los respectos, lo mismo que en el principal objeto de la Orden (a saber, ofrecer a todos los que amaban a Dios una oportunidad de dedicarse a Él más perfectamente), los nuevos religiosos estaban trabajando bien. Los encargos más peligrosos - comunicaciones entre prelados, comisiones a personas de integridad suspecta -, todos los negocios que de hecho eran llevados a riesgo de la vida del agente, eran encomendados solamente a los miembros de la Orden. Instrucciones estrictas desde Nazaret urgían que ningún Obispo osara exponerse innecesariamente: cada uno debía mirarse a sí mismo como el corazón de su grey, el cual debía ser protegido a toda costa, menos la del honor cristiano; y en consecuencia cada uno estaba rodeado de un grupo de los nuevos religiosos - hombres y mujeres - que con obediencia extraordinariamente generosa emprendían todas las tareas peligrosas de que eran capaces. Era llano actualmente que de no ser por la Orden, la Iglesia hubiese quedado poco menos que paralizada bajo las nuevas condiciones.
Facilidades extraordinarias habían sido concedidas en todo sentido. Todo sacerdote perteneciente a la Orden tenía jurisdicción universal sujeta al visado del Obispo de la Diócesis en que versara, si lo había. Todos los días podía decirse la Misa de las Cinco Dagas, la Resurrección o Nuestra Señora; y todos tenían el privilegio del altar portátil, incluso de madera. Todos los requisitos litúrgicos habían sido aflojados; cualquier vaso decente para el cáliz, incluso vidrio o porcelana; ninguna vestidura obligatoria, excepto el cordoncillo que representaba la estola;

los cirios no eran esenciales; y mucho menos los talares; y el rosario, rezado incluso con los dedos, era permitido siempre como sustitución del Breviario.
Los sacerdotes habían sido habilitados para ofrecer el Santo Sacrificio y los sacramentos al riesgo menor posible - Percy recordaba su misión a la señora Brand -; y estas facilidades se mostraron de enorme ayuda en las cárceles europeas, donde millares de católicos pagaban reata por haber rehusado el culto oficial.
La vida privada del Papa era tan simple como su casa. Tenía un sacerdote sirio por capellán, y dos sirvientes árabes. Decía misa cada mañana, llevando ornamentos y el hábito blanco debajo; y oía después otra misa. Tomaba café, después de cambiarse en el albornoz usado en la comarca, y pasaba la mañana en su trabajo. Almorzaba, dormía un rato, y salía a caballo, pues la comarca medio perdida del mundo conservaba costumbres antañonas. Volvía al atardecer, cenaba y trabajaba de nuevo hasta muy alta la noche.
Esto era todo. Su capellán despachaba los mensajes necesarios a Damasco. Sus sirvientes, ignorantes por su parte de su dignidad, trataban con el mundo vecinal en lo estrictamente necesario; y lo más que sus convecinos parecían conocer de él era que vivía en la casa del viejo “sheik” un europeo excéntrico con un trasmisor radiotelefónico. Sus sirvientes, devotos católicos, lo tenían por un obispo y nada más. Se les había informado que todavía había un Papa viviente en alguna parte; y con esto y los sacramentos vivían tranquilos.
En suma, pues: el mundo católico conocía que su Pontífice vivía bajo el nombre de Silvestre; y de toda la raza humana, trece personas sabían que su nombre había sido Franklin; y que el trono de Pedro estaba en Nazaret.
Era como un escritor había dicho un siglo antes: el catolicismo sobrevivía, pero nada más.

## III

Su vida interior…
Él se reclinaba ahora en su silla de madera, pensando con los ojos cerrados. Su vida interior…
No podía describírsela ni a sí mismo en forma clara, porque apenas le prestaba atención: obraba en vez de examinarse. Pero el núcleo de su estado era la pura fe. Su pensamiento seguía siendo que la Religión Católica daba la única explicación adecuada del universo; que no abría todas las incógnitas, pero sí mucho más que cualquier otra llave conocida. Sabía también perfectamente bien que era el único sistema de pensamiento satisfactorio en su conjunto, que daba cuenta del hombre en toda su naturaleza. Veía bastante claro que su fracaso en el unir los hombres unos con otros, radicaba no en su debilidad sino en su

fuerza; que había sido rechazado y no usado justamente porque sus líneas se unían no en lo temporal sino más allá. Y con esto, por otro lado, él… creía.
Pero sobre este sustrato firme había otros estados de ánimo cuyas variaciones estaban fuera de su control. Tenía días de pesadez y días de exaltación; y lo curioso era que en los días de pesadez no se equivocaba nunca. En sus humores exaltados, que venían sobre él como una brisa del paraíso, el horizonte se abrillantaba de drama y de esperanza: se veía a sí mismo y a sus compañeros como Pedro y los apóstoles se pudieron ver a sí propios, cuando proclamaban a los cuatro vientos, en sinagogas, suburbios, plazas públicas, mercados y casas de familia, la fe que había de sacudir y transformar al mundo. Ellos habían tocado al Señor de la Vida, habían visto el sepulcro vacío y tanteado las manos perforadas del que era su Dios y los llamaba hermanos. Era verdad radiante, no importa que ningún hombre la admitiera: la montaña aplastante de incredulidad no podía destruir un hecho que era más duro que el diamante, como el sol en los cielos para un mundo de ciegos. Sobre eso, lo desesperado mismo de la causa era ocasión de entusiasmo. No había tentación de apoyarse sobre el brazo de la carne. No había más apoyo que el poder de Dios - el milagro. Su desnudez era su armadura, sus lenguas duras eran su elocuencia, su debilidad apelaba a la fuerza divina - y la obtenían. Sin embargo, había una diferencia y era capital; pues el mundo espiritual para Pedro tenía la firma y la garantía de los hechos externos que él había presenciado: él había tocado al Cristo resurrecto; lo externo corroboraba lo interno. Pero para Silvestre no era así. Él tenía que aferrar de tal modo verdades invisibles del plano sobrenatural que los hechos, como los milagros de Cristo o la Resurrección, en vez de probados tenían que ser probados por ellas. Claro que históricamente hablando esos hechos eran ciertos; pero no presentes y tangibles: había que probados laboriosamente, y aún para eso se necesitaba la gracia. El mundo conocía los efectos de la Resurrección (aparentemente nulos hoy día) y por tanto Cristo había resucitado.
Y así su alma caía a veces bruscamente en el otro extremo. Había períodos, a veces de varios días, que lo ensombrecían desde que despertaba, lo acosaban cuando quería dormir, le quitaban hasta el gusto del Sacramento del Altar: tiempos en los cuales la oscuridad se hacía tan espesa que hasta los más sólidos objetos de la fe empalidecían como sombras, en que una parte de su mente quedaba ciega no sólo acerca de Cristo sino hasta de Dios, de la existencia de Dios - en que su tremenda dignidad le parecía las hopalandas de un loco. ¿Era concebible, preguntaba su discurso terreno, que él, y su séquito de doce, y unos cuantos millares de hombres, tuvieran razón y que el consenso universal del mundo entero estuviera equivocado? Ya

no era que el mundo entero no hubiese oído el mensaje del Evangelio con todas sus nuevas y pruebas; no había oído casi otra cosa durante dos mil años... y lo había declarado falso - falso en sus credenciales, y por ende falso en su contenido. Era una causa perdida por la cual estaban sufriendo; él no era el último de una augusta dinastía, sino el pabilo fétido de una candela de locura: era la reducción al absurdo de un silogismo ridículo de premisas imposibles. Él y sus compañeros eran los chiquillos castigados con orejas de burro, de rodillas en un rincón de la escuela; la cordura se sentaba en los sólidos bancos del materialismo...

Y esta desolación se hacía a veces tan oscura, que él casi se persuadía de que había perdido la fe; los clamores de la imaginación y el discurso eran tan válidos que el susurro del corazón y de la inteligencia no se oían; los anhelos de un poco de felicidad en esta vida, de un descanso, eran tan acres que silenciaban todas sus ambiciones sobrenaturales; tan densa era la cerrazón que, esperando contra toda esperanza, creyendo contra la ciencia, y amando irrazonablemente, gritaba como Otro había gritado un día: *¡Eli, Eli, lama sabachtani!* Pero esto por lo menos jamás dejaba de gritar.

Una sola cosa, al menos en cuanto él podía verle daba el poder de continuar: su oración. Había andado mucho en ese camino desde sus antiguos esfuerzos deliberados. Ahora no hacía descensos deliberados dentro de sí mismo; de golpe, alzando las manos sobre la cabeza, como si dijéramos, se dejaba caer en lo inespacial. La conciencia lo sacaba hacia arriba, como a un corcho, pero él no hacía más que repetir el abandono, hasta que una cesación de actividad, que era en realidad otra suprema actividad, lo dejaba suspendido en el reino de lo trascendente. Y allí Dios trataba con él, ahora con una sentencia inteligible, ahora con una espada de pena, ahora con un airecillo como la vivífica brisa del mar; algunas veces después de la Comunión, otras veces al ir a dormirse, e incluso en el remolino del trabajo. Sin embargo estos toques resbalaban en la superficie de su conciencia; poco rato después, a veces, estaba luchando de nuevo con los importunos duendes de su discurso y su imaginación.

Y así estaba ahora allí, en su silla, revolviendo las impertérritas blasfemias que acababa de leer. Su cabello blanco era ya ralo en sus doradas sienes, sus manos eran casi transparentes, y su rostro juvenil estaba afilado y hundido por las penas. Su pie desnudo asomaba debajo de la túnica blanca, y el viejo poncho gris estaba en el suelo a su lado.

Había pasado una hora así, y el sol había remitido su rigor cuando sonaron afuera las pisadas de los caballos en el patiecito enlosado. Entonces se levantó, deslizó los pies en las sandalias y alzó el poncho árabe del suelo, al abrirse la puerta y entrar el preste cenceño.

- Los caballos, Santidad - dijo.

El Papa habló una sola palabra esa tarde, y ésa cuando los dos al atardecer llegaron al sendero de cabras que enlaza Nazaret con el Tabor. Habían hecho su vuelta habitual por Caná, subiendo una loma desde donde se veía el largo espejo del Genesaret y adelantando, siempre hacia la derecha, bajo la sombra del Tabor, hasta que Esdrelón se abrió debajo de ellos como un vasto círculo color cardenillo, treinta kilómetros de ancho, salpicado solamente de grupos de chozas, azoteas y paredes blancas, con Naím visible al otro lado, el Carmelo alzando su pesada mole allá lejos a la derecha, y Nazaret cobijándose a unos dos kilómetros de la meseta sobre la cual frenaron.
Era una vista de extraordinaria paz, y parecía arrancada de algún viejo libro de paisajes. No había allí apiñamiento de casas, hormigueo de humanidad agitada, ni férreas exposiciones de civilización industrial e incesante infructífero trajín. Unos pocos judíos cansados se habían quedado en su quieto terruño, como los ancianos se quedan en sus casas viejas, sin esperanzas de renovadas, sin resurrección de sus ideales, con ese sentimiento instintivo que prevalece sobre todos los motivos lógicos; y unos cuantos barracones enormes abandonados, mal unidos a los vetérrimos pueblitos, testimoniaban el vano esfuerzo del Reino de Israel dos generaciones antes. Mas los pueblitos seguían como habían sido veinte siglos antes.
La meseta estaba bajo la sombra del monte Carmelo, y bajo la luz de oro pulverulento, mitad y mitad. En el cenit el claro cielo oriental estaba teñido de rosa, como lo estuvo para Abrahán, Jacob y David - y el hijo de David. Pero ahora no había en el cielo una nubecita del tamaño de una mano, cargada a la vez de promesa y amenaza; ni el ruido de carros de guerra del cielo o de la tierra; ni visión de caballos con alas, como un joven profeta había visto allí treinta centurias hacía. Aquí estaba la vetusta tierra y el vetusto cielo, inmutados e inmutables; el paciente y volvedor verano había estrellado el ligero humus con las florecillas de Belén; y esos fulgentes lirios con los cuales la púrpura de Salomón no podía parangonarse. No había ruido de alas desde el Trono, como cuando Gabriel cortó ese mismo aire para saludar a la bendita entre todas las mujeres, ni soplo alguno de las antiguas promesas o esperanzas... a no ser el que Dios envía a través de la viviente abigarrada túnica de su creación sensible.
Cuando los dos frenaron, y los caballos otearon con serios y escrutantes ojos la inmensidad debajo de ellos, un suave grito gutural vino de abajo, y un pastor comenzó a pasar lentamente la ladera a la vista de ellos, arrastrando su larga sombra detrás de él; y al suave tintineo de los cencerros su rebaño lo siguió, una pequeña grey de dóciles ovejas y ariscos cabríos, ramoneando, y corriendo, y ramoneando de nuevo, al ir hacia el aprisco, llamadas por su nombre en la voz triste y baja del que las conocía cada una, y las precedía en lugar de arrearlas. El suave

tintineo se atenuó, la sombra del pastor les tocó los pies al tramontar el filo de la loma y se desvaneció al descender del otro lado; y su llamado se hacía imperceptible; y desapareció.
El Papa levantó la diestra a sus ojos y después se la pasó por la cara.
Indicó con el mentón un borroso parchecito de casitas blancas, que parpadeaban a través de la neblina violeta del crepúsculo.
- Aquel lugar, Padre - dijo -, ¿cómo se llama?
El preste sirio miró allá con vivacidad, volvió el rostro al Papa, y miró de nuevo. - ¿Aquello entre las palmas, Santidad?
- Sí.
- Aquello es Meggido - dijo -; algunos lo llaman Armaggedón...

## CAPÍTULO SEGUNDO

### I

Antes de la medianoche el sacerdote sirio se despertó y salió para esperar la llegada del chasqui de Tiberíades. Unas dos horas antes había escuchado la sirena de la aeronave rusa que unía Damasco con Tiberíades y Tiberíades con Jerusalén. Evidentemente, el chasqui estaba en retardo.
Eran comodidades muy primitivas, porque Palestina estaba al margen del mundo - una faja de tierra estéril - y era necesario que un jinete viniera de Tiberíades a Nazaret cada noche con papeles del Cardenal Corkran al Papa, y retornara con su correspondencia. Era tarea peligrosa; y los miembros de la nueva Orden que circundaban al Cardenal la cumplían por turnos. De esta manera todos los asuntos que requerían la atención personal del Pontífice, y que eran muy largos o no muy urgentes, podían ser vistos con holgura; y las respuestas podían volver a las veinticuatro horas.
Era una clara noche de luna llena. El gran címbalo de oro estaba subiendo sobre el Tabor y volcando su extraña luz metálica sobre las pendientes y sobre la campaña fragosa que partía hacia arriba desde la misma puerta trasera de la casa, troquelando sombras negras que parecían más macizas y reales que las bruñidas tajadas de las rocas y aun que los guiños de diamante enviados por el cuarzo y el cristal que salpicaban el sendero pedregoso. Comparado con este blanco esplendor, la luz amarilla de la mal cerrada casita parecía caliente y oleosa; y el preste, apoyado en la jamba de la puerta, brillantes como de gato los ojos en el moreno rostro, comenzó por fin con una especie de oriental sensualidad a bañarse en la luz tibia, y extendió las dos manos hacia ella.
Era un hombre del todo sencillo, en su fe como en su vida.
Para él no existían ni los éxtasis ni las desolaciones de su jefe. Era un inmenso y solemne gozo para él, vivir aquí en el rinconcito de la

encarnación del Verbo, y en el servicio de su Vicario. En cuanto a las agitaciones del mundo, las miraba como desde un barco un hombre puede mirar el bailoteo de las olas abajo. Por supuesto el mundo andaba inquieto, algo de eso percibía; porque, como dijo un doctor latino, inquietos están todos los corazones hasta que descansen en Dios. *Quare fremuerunt gentes... adversus Dóminum et adversus Christum ejus?* ¿Por qué andan clamando los pueblos contra de Dios y contra su Cristo? - había leído en la misa de la mañana. El fin de todo eso no le preocupaba. Podía ser que el barco fuera arrollado, pero el momento de la catástrofe iba a marcar también el fin de todas las cosas terrenas. Las puertas del infierno no prevalecerán; si Roma cae, el mundo cae; y si el mundo cae se manifiesta Cristo: basta. A él le parecía que el fin no debía de estar lejos. Cuando había nombrado a Meggido ese atardecer, eso pasó por su mente; para él era natural que en la consumación de todas las cosas, el Vicario de Cristo tenía que morar en Nazaret, donde su Rey comenzó su carrera mortal y que el "Armaggedón" del profeta Juan tenía que estar a la vista del escenario donde Cristo había reclamado su cetro terrenal - y donde retornaría a buscarlo. Después de todo, no sería la primera batalla para Meggido: Israel y Amalek habían chocado aquí; Israel y Asiria; y Sesostris había cabalgado soberbiamente, y también Sennaquerib. Los cruzados y los turcos se habían encontrado atronadoramente, como Miguel y Satán, sobre este suelo que el Niño Dios había pisado. En cuanto al método exacto de la campaña, no tenía ideas claras; sería alguna especie de batalla... y ¿qué campo podía encontrarse más evidentemente apto que el plano valle redondo de Esdrelón, de quince kilómetros de radio, suficiente para abrazar todos los ejércitos del mundo? Para su mente sencilla, ignara de las estadísticas del presente, el mundo estaba dividido en dos grandes secciones, cristianos e infieles, más o menos de la misma dimensión. Y entonces iba a pasar algo, vaya a saber, tropas desembarcarían en Jaifa, y se desbordarían hacia el sur desde Tiberíades y Damasco; hacia el norte desde Jerusalén, Egipto y África; hacia el este desde Europa y hacia el oeste desde el Asia y las lejanas Américas. y seguramente este suceso no podía andar lejos, porque aquí estaba el Vicario de Cristo; y como decía la misa que había leído esa mañana: *Ubicumque fuerit corpus, illic congregabuntur et aquilae.*
De más sutiles interpretaciones de las profecías no tenía noticia. Para él las palabras eran cosas y no lábiles signos de las ideas. Lo que Cristo y San Juan y Daniel habían dicho, eran cosas. Él había escapado del todo, debido a su aislamiento y su limitación, al vasto contagio de las ideas "modernistas" que durante la última centuria había provocado en tantísimos el rechazo de todo credo inteligible. Para muchos ésta había sido la piedra de tropiezo: la dificultad de conciliar los dos hechos de que las palabras no son cosas sino signos, por un lado; y sin embargo

las cosas que ellas representan son objetivas. Todo lo que es dogma es fórmula; y las fórmulas son palabras, no cosas... Pero para este hombre simple sentado ahora en la tibia calma del plenilunio, esperando el repicar de los cascos sobre la piedra del mensajero que venía de Caná, la fe era tan simple como una ciencia exacta. Aquí Gabriel había descendido sobre anchas alas de pluma desde el Trono de Dios asentado en las estrellas; el Espíritu Santo se había posado como una faja de inefable luz sobre María, y el Verbo se había hecho carne al cruzar la Virgen los brazos e inclinar la cabeza a la Voluntad del Omnipotente. Y aquí también, pensó - aunque no era más que una conjetura sin embargo le parecía que el rodar de los tanques ya era audible - el tumulto de las cohortes de Dios congregándose en el campo de los buenos - pensó que ya detrás de los velos de la noche, el Arcángel había puesto los labios en la trompa de guerra y el cielo se movilizaba. Podía equivocarse en este tiempo, como otros se habían equivocado en otros tiempos, pero el fin debía venir algún día; y ni él ni los otros se equivocarían siempre; un día se acabaría la paciencia de Dios... aunque esa paciencia fuese uno de los atributos de su esencia inmutable.

Se levantó al ver en el blanco sendero enlunado, unos cien metros allá, la pálida silueta de un jinete con una bolsa de cuero atada al recado; y salió a su encuentro.

## II

Serían las tres de la mañana cuando el preste se despertó de nuevo en su cuartito de adobes, y oyó un paso subiendo lentamente la escalera: a medianoche había dejado a su jefe como de costumbre abriendo la pila de cartas del Cardenal Corkran. Había ido derecho a la cama y caído como un tronco. Esperó un minuto o dos, todavía adormilado, oyendo el taqueo de los pasos, y después se sentó bruscamente, porque un golpe decidido sonó en su puerta y sonó de nuevo. Saltó entonces de la cama, ciñéndose de prisa el camisón blanco con una correa, fue a la puerta, y abrió.

El Papa estaba allí de pie, con una linternita en la mano, pues la aurora apuntaba apenas, y un papel en la otra.

- Le pido mil perdones, Padre; pero aquí hay un mensaje que debe ser expedido al instante a Su Eminencia.

Juntos cruzaron el cuarto del Papa, el preste todavía medio dormido, subieron las escaleras y salieron por la trampilla al frío relente de la azotea. El Papa apagó su lámpara y la dejó sobre el parapeto.

- Va a agarrar frío, Padre: vaya a buscar su poncho.

- ¿Y usted, Santidad?

El otro se encogió de hombros y cruzó al galponcito provisorio que protegía el instrumental telegráfico.

- Vaya a buscar el albornoz - dijo por sobre el hombro -. Yo llamaré entretanto.
Cuando el sirio volvió poco después en chancletas y manto, con otro manto para su jefe, el Papa estaba sentado inmóvil en la mesita. No movió la cabeza al llegar el otro, mas oprimió de nuevo la palanca, comunicada con la antena de siete metros que se alzaba a través de la boharda y arrojaba la temblorosa energía etérea a través de los ciento treinta kilómetros que separaban Nazaret de Damasco.
El sencillo sacerdote no se había acostumbrado del todo todavía al extraordinario artificio inventado casi dos siglos antes y perfeccionado durante este tiempo hasta la precisión suma - el mecanismo en que, por medio de un poste, un rollo de alambre y una caja con ruedas, algo, que se había demostrado estaba en la raíz de la materia, si es que no era la raíz de toda la vida física, hablaba a través de todos los espacios del mundo a un diminuto receptor sintonizado al calibre de un pelo a la onda con la cual estaba en relaciones.
El aire estaba bravamente frío, después del calor del día, y el sacerdote tiritó al entrar en la azotea y mirar a su jefe moviendo las rueditas; y encima la vasta bóveda del cielo que pasaba de su fría luminosidad lunar a un tierno tinte amarillo, con la aurora detrás del Tabor. Desde el pueblo a diez cuadras se oyó el canto del gallo, como una trompetilla; ladró un perro; volvió el silencio; y de golpe un súbito timbre lo llamó y le dijo que su trabajo comenzaba.
El Papa movió dos veces la palanca; y tras una pausa, otra vez aún; esperó un momento la respuesta; y cuando vino, se levantó, indicando al sacerdote que ocupara su sitio,
El Sirio pasó el manto a su jefe, se sentó, y esperó que el otro se acomodara en la silla, puesta en tal ángulo al lado de la mesita que los rostros de ambos eran mutuamente visibles. Entonces lo miró a la cara, posadas sus dedos sobre el teclado. Esa cara, pensó, enmarcada por la capucha, parecía más cérea aún que en la tarde, las negras cejas arqueadas acentuaban su palidez, y hasta los firmes labios, al entreabrirse para hablar, parecían exangües. Tenía un papel en la mano, y sus ojos no se apartaban de él.
- Asegúrese que es el Cardenal - dijo.
El otro tecleó una contraseña y comenzó a leer la inmediata respuesta, que como por arte de magia se precipitó sobre la blanca faja de papel que corría delante de él.
- Es Su Eminencia, Santidad - profirió muy bajito -. Está solo en la máquina.
- Bien. Entonces, comience:
«Hemos - recibido - la - carta - de - su - Eminencia (dictó) y nos hemos impuesto de la noticia… Tenía que haber sido adelantada por telégrafo. ¿Por qué no lo fue?»

La voz pausó, y el sirio que había tecleado el mensaje más rápido de lo que una mano pudiera escribirlo, leyó en alto la respuesta que vino al punto:

«Era de noche; y yo no entendí que fuera urgente. Pensé que sería uno de tantos ataques más. Me propongo comunicarle más, en cuanto sepa más.»

«Por supuesto que era urgente» - siguió la voz del Papa en el tono de canto llano que era usual para los mensajes a transmitir -. «Recuerde que todas las noticias de esa índole son urgentes.»

«Recordaré» - leyó el sacerdote -. «Lamento mi error.»

«Nos dice usted - prosiguió el Papa, sus ojos sin moverse del papel - que esta medida ya está decidida. Nombra solamente tres autoridades. Deme ahora todas las autoridades que tenga, si tiene más.»

Hubo un momento de pausa. Después una lluvia de letritas mayúsculas se precipitó sobre el papel.

«Además de los tres Cardenales que nombré - leyó el operador pausadamente -, los Arzobispos del Tibet, del Cairo, Calcuta y Sydney han demandado si la noticia es cierta; y por instrucciones concretas en el caso de serlo. Además, hay otros nombres que daré enseguida si puedo apartarme un instante del aparato.»

«Hágalo» - dictó el Papa.

De nuevo una pausa; y otra vez crepitó la lluvia de letras. «Los Obispos de Bucarest, las Islas Marquesas, y de Terranova. Los franciscanos del Japón, los hermanos beduinos de Marruecos, los Arzobispos de Manitoba y Portland y el Cardenal Arzobispo de Pekín. He despachado dos miembros de Cristo Crucificado a Londres para averiguaciones.»

«Diga cuándo llegó primero la noticia y cómo.»

«Fui llamado al aparato ayer tarde pasadas las veinte. El Arzobispo de Sydney preguntaba, a través de la estación de Bombay, si la noticia era verdadera. Repliqué que nada había oído. A los diez minutos, cuatro interrogaciones más al mismo efecto; y tres minutos después el Cardenal Rúspoli mandó la noticia confirmada desde Turín. Inmediatamente vino un mensaje similar del Padre Petrowski en Moscú. Entonces… »

«Un momento… ¿Por qué no la comunicó el Cardenal Dolgorowsky?»

«La comunicó tres horas después.»

«¿Por qué no antes?»

«Su Eminencia no la había oído.»

«¿Estaba enfermo acaso?»

«No sé.»

«Averígüeme a qué hora la noticia llegó a Moscú; no ahora mismo, sino más tarde.»

«Lo haré.»

«Siga.»

«El Cardenal Malpás me la comunicó unos cinco minutos después de Rúspoli y de Petrowski; y el resto de los que he nombrado, antes de la medianoche. De Pekín llegó a las veintitrés.. Entonces escribí la carta y la despaché. Siguen llegando comunicaciones y llamados urgentes.»

«¿Cuándo supo usted que la noticia se hizo pública?»

«Fue decidido en la reunión secreta de Londres, ayer, a eso de las dieciséis, del tiempo de Europa Oeste. Los plenipotenciarios firmaron a esa hora. Después fue comunicada a los gobiernos. Fue publicada aquí media hora después de medianoche.»

«¡Y usted me manda una carta! ¿Estaba Felsenburgh en Londres?»

«No estoy seguro aún. El Cardenal Malpás me dijo que Felsenburgh había dado su consentimiento provisorio el día anterior.»

«Muy bien. ¿Esto es todo lo que sabe?»

«Me llamó de nuevo hace una hora Monseñor Rúspoli. Dice que teme un atropello en Florencia; y que va a ser el primero de una serie.»

«¿Indicó algo?»

«Pidió instrucciones.»

«Dígale que le envío mi bendición apostólica, y que voy a emitir instrucciones de aquí a dos horas. Elija doce miembros de la Orden para inmediato servicio.»

«Lo haré.»

«Comunique este mensaje también, no bien hayamos acabado, a todo el Sacro Colegio; y mándeles comunicado con toda precaución a todos los metropolitanos y obispos, para que el clero y los fieles sepan que estoy al tanto de todo.»

«Lo haré, Santidad.»

«Dígales finalmente que habíamos previsto esto hace mucho; que los ponemos en las manos del Eterno Padre, sin cuya providencia no cae un pajarillo al suelo. Mándeles quedarse quietos y confiados; no hacer nada, salvo confesar su fe si fueren cuestionados. Todas las otras instrucciones serán emitidas a los pastores de inmediato.»

«Bien, Santidad.»

Hubo una nueva pausa.

El Papa había estado hablando con la máxima serenidad, como en un sueño, sus ojos estaban posados en el papel, su cuerpo tan inmóvil como una estatua. Pero para el sacerdote que atendía, despachando los mensajes en latín, y leyendo en alto las respuestas, parecíale, aunque tan poco inteligible era todo, que algo muy extraño y grande estaba en el aire. Aunque no sacaba conclusiones del hecho obvio de que todo el mundo católico estaba en frenética comunicación con Damasco, sin embargo recordó su meditación de hacía algunas horas, cuando esperaba al chasqui. Parecía como si las potestades de este mundo prepararan un nuevo paso; qué paso, ni lo sabía, ni le tocaba a él saberlo.

El Papa se dirigió a él en su voz natural.
- Padre - le dijo -; lo que voy a dictar ahora es para usted como dicho en confesión. ¿Entiende? Bien. Ahora comience.
De nuevo comenzó el canto llano:
«Eminencia: Nos vamos a celebrar misa del Espíritu Santo dentro de una hora. Al cabo de este tiempo usted procurará que todo el Sacro Colegio esté en contacto con usted, dispuesto a nuestras órdenes. Esta nueva decisión es diferente de todo lo que ha precedido hasta hoy; usted entiende eso ahora. Hay dos o tres planes en nuestra mente, pero todavía Nos no sabemos cuál de ellos es del beneplácito divino. Después de la misma, Nos le comunicaremos lo que el Señor nos diere a entender más conforme a su Santísima Voluntad. Le rogamos que diga misa también, inmediatamente, a nuestra intención - si cree que tiene tiempo. Lo que hay que hacer, hay que hacerlo rápido. Queremos saber el resultado de sus averiguaciones, especialmente en Londres, antes de mediodía. *Benedicat te Omnipotens Deus. Pater, Filius, et Spiritus Sanctus.*»
- *¡Amen! -,* murmuró el preste sirio, después de leer en voz alta el último mensaje.

## III

La capillita de la planta baja no era mucho más dignificada que el resto de la casucha: adornos ninguno, salvo los enteramente esenciales a la liturgia. En el revoque de las paredes estaban encastradas en bajorrelieve las catorce estaciones del Vía-Crucis; una figurilla de piedra de la Madre de Dios en un rincón con un candelero de hierro delante; y sobre el sólido altar de piedra sin labrar en la base, y de madera arriba, levantado sobre un solo escalón granítico, había seis candeleros más y un crucifijo. El Tabernáculo, también de hierro, velado por cortinillas de hilo, estaba detrás de la cruz; y una repisita de piedra emergente de la pared servía de credencia. Había una sola ventana, que daba al patiecillo al abrigo de las miradas extrañas.
Le parecía al preste sirio al estar haciendo su oficio - preparando los ornamentos en la estrecha sacristía al lado del altar, llenando las vinajeras, y quitando el cubrealtar - que incluso ese ligero trabajo era cansador. Había una opresión en el aire. No sabía si era de resultas de su sueño interrumpido, más bien temía que se venía uno de esos agobiantes días de sirocco. El tinte amarillento del alba no había cambiado con el amanecer; aun ahora, mientras iba silenciosamente del altar a la credencia con los pies descalzos delante de la blanca figura inmóvil en su reclinatorio, veía de vez en cuando, sobre el muro y a través del patiecito, una porción de aquel opaco firmamento color arena, que era amenaza de calor y de galbana.

Terminó al fin, encendió las velas, genuflectó al medio y se volvió con la cabeza inclinada, esperando al Padre Santo. Los pasos de un sirviente que venía a oír la misa sonaron en el patio, y al mismo tiempo el Papa se levantó y se dirigió a la sacristía, donde los rojos ornamentos del Dios de las lenguas de fuego estaban preparados para el sacrificio.
El talante de Silvestre Tercero en su misa no era ostentoso en lo más mínimo. Se movía prestamente como cualquier joven sacerdote, su voz era llana y baja, su paso ni veloz ni pomposo. De acuerdo a la tradición, empleaba media hora justa *ab amictu ad amictum;* y aun en esta vacía capillita se observaba que tenía siempre los ojos bajos. Y sin embargo el sirio no le ayudaba misa jamás sin un tremor que se parecía un poco al miedo; y no era sólo el conocimiento de la tremenda dignidad del celebrante; era, aunque ciertamente él no lo hubiera expresado así, como el aroma de una emoción profunda desde el cuerpo revestido, que lo afectaba casi físicamente - una entera falta de auto conciencia, y en su lugar la conciencia de otra Presencia; y una precisión de gestos aun en los pormenores, que sólo podían resultar de un recogimiento total. Aun en Roma en aquellos lejanos días era un espectáculo ver al padre Franklin decir misa; y los seminaristas en las vísperas de su ordenación eran enviados a veces a esa misa para que aprendiesen las rúbricas.
Hoy era como de costumbre; pero a la comunión el sirio levantó de golpe la cabeza en el momento de consumir, con una media impresión de que un gesto o un medio sonido lo había llamado; y al mirar, su corazón comenzó a dar saltos en la base de su garganta. No había sin embargo a la vista nada desacostumbrado. La figura estaba allí con la cabeza gacha, el mentón descansando sobre las yemas de los largos dedos juntos, el cuerpo absolutamente tieso, y como suspendido sobre esa curiosa pisada que parecía no tocar el suelo. Pero algo era perceptible para el sentido interior: el sirio no podía formulárselo, pero después reflexionó que él había mirado como esperando alguna manifestación visible o audible. Era una impresión la que esperaba que podía ser puesta en términos de luz o bien de sonido; en cualquier momento aquella delicada y vívida energía del alma que ardía bajo la roja casulla y el alba blanca podía irrumpir afuera en un reventón de luz, trasluciendo no sólo la limpia carne dorada debajo de la blanca cabeza, sino incluso la muerta gruesa teñida estopa que la cubría. O podía mostrarse en el vibrar de una bardana o cuerda o viento, como si la unión del alma consagrada con la inefable Divinidad y Humanidad de Jesucristo dejara percibir un atisbo de la armonía perpetua del río de la vida que corre bajo el Trono del Cordero. O todavía más podía declararse en forma de un perfume - esa última esencia de floral suavidad - a la manera del hálito que fluyendo a través de la grosera

envoltura del cadáver de un santo, sugiere a los presentes un milagro de rosas...
Los minutos pasaron en esa ráfaga de pureza y paz; los ruidos iban y venían allá fuera, el cascabeleo de un carricoche, el chirrido de la primera chicharra en el garabatal más allá del muro; alguien detrás del sirio estaba resollando rápido y corto como presa de una intolerable emoción... y no obstante la figura permanecía estatuaria sin la menor moción u oscilación que quebrara los pliegues del alba o el alígero posar del calzado blanco. Cuando se movió al fin para descubrir, las manos sobre el altar, y genuflectar, pareció una imagen que cobrara vida; y el ministrante sintió como una especie de choque.
Silvestre alargó el cáliz.
Con rodillas que temblaban y ojos rasgados de expectación, el sirio se incorporó, genuflectó, y fue a la credencia.
Era costumbre que después de la misa del Papa el sirio ofreciera el Santo Sacrificio en su presencia; pero hoy tan pronto como los ornamentos fueron puestos uno por uno en el armario, Silvestre se volvió vivamente.
- Ahora mismo - dijo amablemente -; suba enseguida al aparato, Padre, y dígale al Cardenal que se apreste. Estaré allí en cinco minutos.
Era ciertamente un día de siroco, como vio al desembocar en la azotea. Arriba, en vez del tenue celeste propio de esa hora de la mañana, había un cielo amarillo sucio que se ensombrecía hacia el horizonte. El Tabor delante de él colgaba distante y sombrío, y al mirar hacia atrás al través del llano, fuera del blancuzco mogote de Naím, nada era visible más que la casi fantasmal silueta de los topes de la colina contra el cielo. Aun en esta hora matinal el aire era bochornoso, roto solamente por los pesados soplos del sudoeste que a través de los incontables kilómetros de arena del Egipto, recogía el calor del agostado continente negro, y lo volcaba con malignidad, sin un mar que lo absorbiera, sobre esta pobre faja de arenisca. El Carmelo también estaba borrado en su base con una niebla cargada de arena y humedad, mientras la cima mostraba su cabeza de toro desafiando al cielo del oeste. La misma mesa que tocó quemaba; y hacia el mediodía el acero inoxidable se iba a poner insoportable.
Oprimió la palanca dos veces, separadas por una espera; y al llegar el timbre respuesta, tecleó a través de los kilómetros de aire fosco, que su Eminencia era requerido al aparato al instante. Pasaron algunos minutos; y entonces, después de un nuevo chicharreo de aviso, una línea se formó sobre la hoja nueva.
«Aquí estoy. ¿Es su Santidad?»
Sintió una mano sobre su espalda, y allí estaba Silvestre en capucha y albornoz blanco.
- Diga que sí. Pregunte si hay más nuevas.

El Papa fue a su silla y se sentó, y un minuto después el preste, con excitación creciente leyó la respuesta:
«Pedidos de informes cunden. Muchos esperan que Su Santidad responda. Mis secretarios están afanados desde las cuatro de la mañana. La ansiedad es indescriptible. Algunos están negando que haya un Papa. Hay que hacer algo con urgencia.»
«¿Es todo?» - dictó el Papa.
De nuevo el sirio leyó la inmediata respuesta:
«Sí y no. La noticia es indudable. Va a ser puesta en fuerza inmediatamente. Algunos gobiernos se mueven ya. A menos que un paso sea dado inmediatamente, habrá extendidísima e irremediable apostasía.»
- Muy bien - murmuró el Papa en su voz oficial -. «Ahora escuche atentamente, Eminencia.»
- Quedó en silencio un momento, las manos unidas bajo la barbilla, como durante la misa. Después dictó:
«Vamos a ponemos incondicionalmente en las manos de Dios. La prudencia humana no debe ya estorbarnos. Le damos orden, pues, de comunicar, con toda la discreción posible, estos deseos nuestros a las personas que diré, bajo el más estricto sigilo; y a ninguna otra en absoluto. Los miembros del Sacro Colegio en número de doce; los Metropolitanos y Patriarcas del mundo entero, veintidós en todo; los Generales de las órdenes Religiosas, Compañía de Jesús, Frailes, Monjes Activos y Monjes Contemplativos, cuatro. Estas personas, treinta y cuatro en todo, con el Capellán de su Eminencia, que actuará de notario, y el mío propio que lo asistirá, y yo mismo - cuarenta y uno en todo - estas personas deberán presentarse aquí en nuestro “palacio” de Nazaret antes de la víspera de Pentecostés. Nos nos sentimos indeseosos de decidir los pasos necesarios en referencia al nuevo decreto, a menos de oír primero el consejo de nuestros consultores, y darles la oportunidad de conferir unos con otros. Estas palabras que hemos dictado, tal cual, deben ser transmitidas a todas las personas que hemos nombrado; Su Eminencia las prevendrá después de que nuestras deliberaciones aquí no ocuparán más de cuatro días.
«En lo que mira a las cuestiones de alojamiento del Concilio y similares, su Eminencia despachará hoy mismo al Capellán ya nombrado, quien con el mío propio se dedicará a su arreglo; y su Eminencia se pondrá en camino, dejando al Padre Marabout como sustituto en ausencia, no después de cuatro días desde hoy.
«Finalmente, a todos los que han pedido instrucciones explícitas con respecto a este nuevo decreto, comunique usted esta sola sentencia y nada más: *“No perdáis vuestra confianza que tiene un gran galardón. Porque un poquito más,* y *el que ha de venir vendrá,* y *no tardará”.* Silvestre Obispo, Siervo de los siervos de Dios.»

## CAPÍTULO TERCERO

### I

Oliver Brand descendió la galería de la Sala de Reuniones de Westminster el viernes a la tarde, tan pronto como el asunto estuvo terminado y los Plenipotenciarios se habían levantado de la mesa, más preocupado del efecto que la noticia iba a tener sobre su mujer que sobre el mundo entero.

El comienzo del cambio en ella lo había ido rastreando hasta aquel día cinco meses ha en que el Presidente del Orbe había declarado por primera vez el desarrollo de su política; y mientras Oliver había asistido a esa política y a fuerza de defenderla en público se había ido corroborando acerca de su necesidad, Mabel en cambio, por primera vez en su vida, había dado muestras de obstinación.

En su opinión la mujer había caído en una especie de perturbación. La declaración de Felsenburgh había tenido lugar unas dos semanas después de su proclamación en Westminster; y Mabel había recibido la noticia al principio con absoluta incredulidad.

Después, cuando ya no quedó sombra de duda de que él había declarado que el exterminio de los sobrenaturalistas era posiblemente una *necesidad*, había habido una terrible escena entre marido y mujer. Ella dijo que había sido engañada; que la esperanza del mundo era una monstruosa burla; que el reino de la paz universal estaba tan lejos como nunca; que Felsenburgh había abusado de su confianza y roto su palabra. Fue una escena desgarradora; y Oliver no tenía ganas de rememorarla ni aun ahora. Ella se había calmado después; pero sus argumentos, expuestos con infinita paciencia, no parecían hacerle mella. Ella se encerraba en el silencio, respondiendo apenas. Una cosa parecía moverla, la mención del nombre del Presidente. A él se le iba volviendo llano que no era más que una mujer… a la merced de una personalidad fuerte, pero enteramente fuera del alcance de la lógica. Estaba muy desencantado. Pero no obstante esperaba que el tiempo la sanaría.

El gobierno de Inglaterra había dado rápidos y hábiles pasos para asegurar a los que, como Mabel, se encabritaban ante la inevitable lógica de la nueva política. Un ejército de oradores atravesó la comarca explicándola y defendiéndola; la prensa fue manejada con extraordinaria destreza, y se podía decir que no había una sola persona entre los millones de ingleses que no tuviera fácil acceso a la eulogía del gobierno.

Brevemente, podados de retórica, sus argumentos eran como sigue: - y no se puede negar que, en conjunto, tenían la virtud de aquietar la ingenua revuelta de los más sentimentales…

La paz se había vuelto por primera vez en la historia del mundo un hecho universal, decían. No había un solo Estado más, siquiera pequeño o remoto, cuyos intereses no coincidieran con los de una de las tres grandes Secciones del mundo, de la cual él era súbdito; y este primer tramo había sido cumplido ya hacía un medio siglo. Mas el segundo tramo, la reunión de estas tres grandes secciones bajo una común cabeza - una hazaña inmensamente mayor, ya que los intereses en conflicto eran incalculablemente más vastos - éste había sido consumado por una sola Persona, que, como estaba visto, había emergido de la Humanidad en el mismo instante en que su carácter fue necesario. No era seguramente mucho pedir que todos cuantos se beneficiaban de esta hazaña adhirieran a la voluntad y al juicio de Aquel que la había logrado... Todo esto venía a ser como se ve un llamado a la fe.

El segundo argumento capital estaba dirigido a la razón. La persecución, como toda persona iluminada confesaba, era el método de una mayoría de salvajes en orden a imponer por fuerza sus opiniones a una minoría que no las compartía espontáneamente. Mas la particular malignidad de la persecución en el pasado estaba no tanto en el uso de la fuerza sino en su abuso. Que cualquier Reino impusiera opiniones religiosas a una minoría de sus miembros, era una incalificable tiranía, pues ningún Estado poseía autoridad para imponer por ley universal algo cuyo contrario podía sostener el Estado vecino; ni los protestantes el protestantismo ni los católicos el catolicismo, como en otras épocas; pues esto venía a ser, en disfraz, pura y simplemente el individualismo de las naciones, una herejía más desastrosa todavía a la ecumenicidad que el individualismo de los individuos. Pero... con la llegada de la ecumenicidad de los intereses, toda la situación cambiaba. La impersonación de una Unidad de todo el género humano había sucedido a la incoherencia de las diversas unidades, y con este coronamiento - que podía llamarse la mayoría de edad - una serie de derechos enteramente nuevos había nacido. El género humano era ya una entidad unificada con una suprema responsabilidad hacia sí misma; no había ya ningún derecho privado, como en el período anterior ciertamente pudo haberlo. El hombre adquirió ahora dominio sobre cada una de las células que componen su Cuerpo Místico; y donde una de esas células quisiera autoafirmarse en detrimento del cuerpo; los derechos del cuerpo sobre ella se volvían incondicionales.

Ninguna religión fuera de una reclamaba iguales derechos de jurisdicción universal y ésta era la Católica. Las sectas del Oriente, mientras cada una retenía sus credos y características, habían empero hallado en el Nuevo Hombre la encarnación de sus ideales; y habían por ende rendido pleitesía a la autoridad del Cuerpo del cual Él era Cabeza. Pero la misma esencia de la Religión Católica era la traición a la natura

del hombre - lo que ellos llamaban Trascendencia. Los cristianos rendían homenaje a un supuesto ser Sobrenatural, que no solamente - según ellos - estaba fuera de este mundo, sino que lo trascendía. Los cristianos pues - dejando aparte la fábula de la encarnación, con la cual se podía tener paciencia hasta que muriese sola - se cortaban deliberadamente del Cuerpo del cual por la humana generación habían sido hecho miembros. Eran como miembros muertos, acogedores de la dominación de una fuerza externa diferente de la que constituía su propia vida - de la cual una especie de símbolo concreto era la ridícula institución del Papado italiano - y por este mismo acto ponían en peligro todo el cuerpo. Esta demencia era lo único que todavía merecía el nombre de “crimen”. El homicidio, el robo, el rapto, la anarquía misma, eran como faltas veniales en parangón con este monstruoso pecado, porque los otros, aunque herían el Cuerpo, no tocaban el corazón: células individuales sufrían, por lo cual estos criminales menores debían ser sancionados; pero la misma Vida no era tocada. Pero en el Cristianismo existía un veneno efectivamente mortal. Toda célula infectada por él quedaba infectada en el enlace mismo con la fuente de la Vida. Éste y sólo éste era el supremo crimen de alta traición contra el Hombre - y nada fuera de la pena de muerte podía ser adecuado remedio…

Éstas, pues, eran las razones principales aderezadas para ese sector del pueblo que todavía se encabritaba ante la meditada proposición de Felsenburgh; y su efecto había sido notable. Por supuesto que su lógica, en sí misma indisputable, había sido revestida de variedad de ropajes teñidos con retórica, encendidos con afectos, ordenados en dialéctica; y había hecho operación en forma tal que, al comenzar el verano, Felsenburgh había anunciado en privado su resolución de proponer un decreto que llevara a su lógica conclusión la política que había anunciado.

Y ahora esto había sido cumplido. Y Mabel…

## II

Oliver abrió él mismo la puerta y se encaminó derecho, escalera arriba, al cuarto de Mabel. No quería que ella oyera la noticia de ninguno antes que de sus propios labios. Ella no estaba; y al inquirir, le contestaron que había salido una hora antes.

Esto lo alarmó. El decreto había sido firmado con media hora de anticipación; y a una pregunta de Lord Pemberton había sido determinado que no había razón alguna para el secreto, y que se podía comunicar de seguido a la prensa. Oliver se había precipitado fuera en orden a asegurar que Mabel tuviera la noticia de él mismo; y ahora ella estaba en la calle, y en cualquier momento los tableros luminosos podían, si es que ya no lo habían hecho, decirle lo que pasaba.

Extremadamente inquieto, vaciló sin embargo una hora más, porque no sabía qué hacer. Al fin alzó el tubo y comenzó a inquirir abajo, pero el mucamo no tenía idea del paradero de la señora; quizá había ido a la iglesita; a veces lo hacía a esta hora. Envió a la cocinera a ver y él se sentó de nuevo en el vano de la ventana de la alcoba, contemplando desconsoladamente el laberinto de techos en la luz del poniente, que le pareció extraordinariamente hermosa y nueva. El cielo no era ese puro cristal que había sido cada noche durante esta semana; había un toque de rosa en la entera bóveda de Este a Oeste. Él recordó con ironía lo que había leído poco ha en un librote antiguo: que la abolición del humo iba a dañar los colores del crepúsculo... Había habido dos tremendos terremotos en estos días en América; quién sabe si había relación... Después, sus pensamientos volaron de nuevo a Mabel...

Unos diez minutos después oyó su inconfundible paso en la escalera, y se alzó al entrar ella.

Su rostro le dijo inmediatamente que ella estaba enterada; y su rígida palidez lo sobrecogió. No había en su faz furia ninguna - nada más que blanca desesperación y una determinación absoluta. Sus labios eran una línea recta, y sus ojos, a la sombra del amplio sombrero de paja, contraídos a dos perlitas. Se detuvo allí, cerrando maquinalmente la puerta detrás, y no hizo ningún movimiento hacia él.

- ¿Es verdad? - dijo.

Oliver respiró profundamente y se sentó de nuevo.

- ¿Qué cosa, querida?

- ¿Es verdad - repitió ella - que todos van a ser interrogados si creen o no en Dios, y que van a matar a los que crean?

Oliver lamió sus labios secos.

- ¡Qué manera de ponerlo! - dijo -. La cuestión es, querida, si el mundo tiene o no derecho...

Ella sacudió bruscamente la cabeza.

- Es verdad, pues. Y tú lo firmaste.

- Querida, no tengamos una escena. Te lo ruego. Estoy cansadísimo. Y no te contestaré hasta que escuches lo que tengo que decirte. Estás excitada.

- Dilo, pues.

- Siéntate primero.

Ella negó con la cabeza.

- Bien, como quieras... Ahora bien, ¿cuál es el punto? El mundo ahora es uno, no múltiple. El individualismo ha muerto. Murió cuando Felsenburgh devino Presidente del Orbe. Tú tienes que ver que una condición absolutamente nueva surge ahora; nunca ha habido una cosa como ésta. Lo sabes tan bien como yo.

De nuevo vino el sacudón de impaciencia.

- Si me haces el favor de escucharme un poco… - dijo él cansadamente -. Bueno, ahora que esto ha llegado, hay una nueva moralidad; es exactamente como un niño que llega a uso de razón. Estamos obligados, por tanto, a proveer que eso continúe (nada de marcha atrás, mutilación ninguna), que todos los miembros se mantengan en salud. “Si tu mano te ofende, córtala y échala de ti”, dijo Jesucristo. Bien, eso es lo que decimos nosotros… Ahora bien, para cualquiera, decir que cree en Dios (yo dudo mucho que haya ninguno que realmente crea, ni que entienda siquiera lo que dice), pero solamente el decirlo, bien, es el peor crimen que se pueda concebir: es alta traición. No me interrumpas. No va a haber ninguna atrocidad. Todo será razonable y benigno. Caramba, tú siempre has aprobado la eutanasia, como todo el mundo. Eso es lo que se va a emplear. Por otra parte, la decisión es libérrima; y…

Hacía pequeños movimientos con la cabeza; el resto de ella era como una estatua. - No me sirve - dijo.

Oliver se enderezó. No pudo aguantar la dureza de su voz.

- Mabel, amor mío…

Por un instante sus labios batieron; después ella lo miró de nuevo con ojos de hielo.

- No necesito eso - gimió - No me sirve… ¿Así que tú firmaste?

Oliver tuvo un sentido de total desolación al devolverle la mirada. Hubiese preferido infinitamente que ella gritara y pateara.

- Amor mío… - exclamó de nuevo, irresoluto.

- ¿Entonces has firmado?

- Claro que firmé - dijo al fin.

Ella se volvió hacia la puerta. Él corrió.

- Mabel… ¿dónde vas?

Entonces, por primera vez en su vida, ella mintió a su marido absolutamente.

- Voy a recostarme un momento - le dijo -. Te veré en seguida, a la hora de cenar. Él vaciló todavía, pero encontró sus ojos, duros aún, pero tan honrados y fieles que se rindió.

- Muy bien, querida… ¡Mabel, trata de comprender!

Bajó al comedor media hora más tarde, acorazado de lógica, y hasta encendido de afectos. El argumento le parecía ahora irrebatible; dadas las premisas que los dos aceptaban y vivían, la conclusión era simplemente irrefragable.

Esperó unos minutos, y al fin se movió al tubo que comunicaba con el departamento del servicio.

- ¿Dónde está la señora? - preguntó.

Hubo un ratito de silencio y después una voz de mujer:

- Dejó la casa hace media hora, señor. Creíamos que usted lo… lo sabía.

## III

Esa misma tarde, Mister Francis estaba ocupadísimo en su oficina con los pormenores de la función para la fiesta de la Convivencia, que había de tener lugar el primero de julio. Era la primera vez, y estaba empeñado en que tuviese tanto éxito como las dos festividades anteriores. Había bastantes diferencias: la aclamación de la divinidad de Felsenburgh había cambiado muchas cosas, y era necesario que los "*ceremoniarii*" estuvieran bien impuestos.

Así, con su modelo delante - una reproducción en miniatura de la Abadía con diminutos muñecos de plomo como piezas de ajedrez -, estaba concentrado en añadir en una escritura de patas de mosca notitas litúrgicas al ejemplar interfoliado de su "Ordo". De modo que cuando el portero llamó de abajo a eso de las veintiuna anunciando una visita, respondió con impaciencia al tubo que era imposible, que estaba fuera de casa, que no estaba para nadie. Pero el llamado se repitió y el portero, hablando precipitadamente, le dijo que era la señora de Brand y que no pedía más que diez minutos de atención... Eso era otra cosa. Brand era un pez gordo en el actual estado de cosas y seguramente lo sería por mucho tiempo; y recordó a la joven con simpatía. Así que pidió disculpa e indicó que la acompañase a la antesala, levantándose con un suspiro de sobre su Abadía y sus oficiales.

Ella parecía muy calma esta tarde, pensó, al estrechar su mano un minuto después; llevaba un velito caído, de modo que no podía ver bien sus facciones, mas su voz carecía de su alegre vivacidad, le pareció.

- Lamento interrumpido, Mister Francis - dijo -. Deseo solamente preguntarle una o dos cosas.

Él le sonrió, animándola.

- El señor Brand, sin duda...

- No - dijo ella -. No me envía mi marido. Es enteramente asunto mío. En seguida va a ver mis razones. Comienzo en seguida. Sé que no debo detenerlo.

La cosa parecía un poco rara, pero él aguardó en silencio.

- Primeramente - comenzó ella -, creo que usted conoció al Padre Franklin. ¿Fue hecho Cardenal, no es así?

Mr. Francis asintió, sonriendo.

- ¿Sabe usted si vive todavía?

- Oh no, murió - dijo él -. Estaba en Roma, sabe usted, en el momento del bombardeo.

- ¡Ah! ¿Es seguro?

- Completamente. Sólo un Cardenal escapó, Steinmann. Fue ahorcado en Berlín; y el Patriarca de Jerusalén murió más o menos por el mismo tiempo.

- Ah, comprendo. Bueno, ahora viene una pregunta un poco rara. Se lo pregunto por un motivo particular, que no puedo explicar, pero usted me disculpará… Es esto: ¿por qué creen en Dios los católicos?
Fue tan inesperado que él quedó con la boca abierta.
- Sí - dijo ella, tranquilamente - es una pregunta más bien rara. Bueno… - - vaciló un momento -. Bueno, se lo diré a usted: se trata de una amiga que trata… en fin, de hecho es católica… y que va a tener una buena apretura con el nuevo decreto… peligro, de hecho… peligro de muerte. Yo quisiera discutir con ella; y quiero conocer sus razones. Usted es el único sacerdote - quiero decir, que ha sido sacerdote - que yo he conocido, excepto el Padre Franklin. Así que me pareció que usted no tendría inconveniente…
Su tono era perfectamente natural, no había temblor ni tropiezo alguno. Mister Francis sonrió cordialmente, frotándose suavemente las manos.
- ¡Ah! - dijo -. Sí, ya veo. Bien, es una cuestión bastante larga. ¿No sería mejor que tal vez mañana… .
- Yo querría una respuesta corta, la más corta - insistió ella -. Es importantísimo para mí saberlo hoy mismo. Ya ve, el decreto es puesto en vigencia…
Él asintió.
- Bueno, muy brevemente, yo diría esto: los católicos dicen que Dios puede ser descubierto por la razón; que del orden del mundo se puede concluir que debe haber habido un Ordenador: una Mente, se entiende. Y luego dicen que ellos deducen otras cosas acerca de esa mente: que ella es amor, por ejemplo, porque la felicidad…
- ¿Y el dolor? - interrumpió ella.
- ¡Ah, ahí está la cuestión, justamente! Ése es el punto flaco.
- Pero ¿qué dicen acerca de él?
- Bueno, brevemente; dicen que el dolor es efecto del pecado…
- ¿Y el pecado? Usted ve, no sé nada absolutamente, Mister Francis.
- Bueno, el pecado es la rebelión voluntaria del hombre contra Dios.
- ¿Qué quieren decir con eso?
- Bueno, vea usted: dicen que Dios quería ser amado por sus criaturas, y así las hizo libres; de otro modo no pudieran amarlo de verdad. Pero si son libres, eso significa que si quieren pueden rehusar amar y obedecer a Dios, pueden desobedecerlo; y esto es lo que llaman pecado. Usted ve qué bobadas…
Ella sacudió un poquito sus rizos castaños.
- Sí, sí - dijo -, pero realmente quisiera llegar a lo que ellos piensan… ¿Entonces, esto es todo?
Francis pensó en su Abadía. Después frunció los labios.
- Ni de lejos - dijo -. Esto es lo que ellos llamarían religión natural. Los católicos creen mucho más que eso…
- Perdóneme. ¿No podría usted…?

- Cara señora mía, es imposible ponerlo en dos palabras. No es que no quiera complacerla. En fin, brevemente, ellos creen que Dios se volvió un hombre… que Jesús era Dios, y que hizo tal cosa en orden a salvarlos del pecado, muriendo…
- ¿Soportando el dolor, quiere decir? .
- Sí, muriendo. Bueno, esto que llaman la encarnación es realmente el punto. Todo lo demás fluye de esto. Y una vez que un hombre cree esto, le prevengo que todo lo demás (hasta los escapularios y el agua bendita) se sigue lógicamente.
- Mister Francis, no entiendo una sola palabra de lo que me está diciendo.
Él sonrió con indulgencia.
- Por supuesto - dijo -. Son bobadas increíbles. Pero, ahí tiene usted, yo una vez creí en todo eso.
- Pero es irrazonable - dijo ella.
Él hizo un pequeño son de carraspera.
- Sí - dijo -, en un sentido, por supuesto, del todo irrazonable. Pero en otro sentido… Ella se inclinó rápidamente, y él pudo ver sus ojos chispeantes a través del velo.
- Ah - dijo casi sin aliento -, dígame el otro sentido. Eso es la que yo necesito. Dígame cómo lo justifican ellos.
Él se quedó un momento meditando.
- Bueno - dijo lentamente -, en cuanto yo lo recuerdo, dicen que hay otras potencias además de la razón; facultades, quiero decir. Dicen, por ejemplo, que el corazón a veces alcanza cosas que la razón no alcanza: intuiciones, digamos. Por ejemplo, dicen que tales cosas como la abnegación, la caballerosidad… el arte incluso, todo viene del corazón y la razón marcha con ellas (con las reglas de la técnica artística, verbigracia) pero no puede probadas. Ellas son enteramente aparte.
- Me parece que entiendo…
- Bueno, dicen que la religión es como eso; en otras palabras, simplemente confiesan que es un asunto de sentimiento - calló un momento, tratando de ser leal -. Bueno, esto quizá no llegarían a decirlo, aunque es así. Pero, en resumen…
- ¿Sí?
- Bueno, afirman que hay algo llamado “fe”, una especie de profunda convicción diferente de toda otra, sobrenatural, que se supone Dios da a los que la desean: a los que ruegan por ella, llevan vida buena, etcétera, etcétera, etcétera…
- ¿Y esa fe?
- Bueno, esa fe, apoyada en lo que llaman preámbulos (argumentos, digamos), esa fe los hace ciertos en absoluto de que hay un Dios, de que se hizo hombre, etcétera, con la Iglesia y el Papa, etcétera, etcétera, etcétera. Dicen también que todo es corroborado todavía por

el efecto que su religión hizo en el mundo, y por la manera como ella explica al hombre su propia naturaleza. Ya ve usted, es exactamente un caso de autosugestión…
La oyó suspirar y se detuvo.
- ¿Está un poco más claro, señora?
- Le agradezco mucho - dijo ella -. Ciertamente, más claro… ¿Y es verdad que muchos cristianos han muerto por esta fe, sea ella como fuera?
- Millares de ellos… millares y millares. Lo mismo que los mahometanos por la suya.
- ¿Los mahometanos creen en Dios también, no es así?
- Creían; y supongo que algunos pocos creen todavía. Pero la mayoría se han vuelto *esotéricos,* como dicen ellos ahora.
- Y… Y ¿quién diría usted que es la gente más civilizada: el Este o el Oeste?
- ¡Oh, el Oeste, sin duda! El Este piensa enormemente; actúa poco. Y esto siempre lleva a la confusión, incluso del pensar mismo, al estancamiento de la mente.
- ¿Y el Cristianismo ha sido verdaderamente la religión del Oeste hasta hace unos cien años?
- Sí, por cierto.
Ella estaba callada ahora; y Mister Francis tuvo tiempo de reflexionar de nuevo qué raro era todo esto. Ciertamente, debía ser muy unida con esa amiga católica…
Entonces ella se incorporó; y él se levantó con ella.
- Le agradezco mucho, Mister Francis. ¿Entonces esto sería el esquema?
- Sí, bueno… en cuanto uno puede ponerlo en pocas palabras.
- Muchas gracias… No quiero detenerlo.
Él la acompañó a la puerta. Pero un paso antes, ella se volvió.
- ¿Y usted, Mister Francis? Usted fue criado en todo eso. ¿No le reviene alguna vez? Él sonrió.
- Nunca - dijo -, a no ser como un sueño.
- ¿Y cómo explicaría eso, entonces? Si es autosugestión, usted ha tenido treinta años de ella…
Esta vez él se quedó cortado un rato. Meneó la cabeza.
- ¿Cómo lo explicarían sus ex-cofrades los católicos? - insistió ella.
- Dirían que yo flaqueé en la fe… y que la fe me fue retirada.
- ¿Y usted?
De nuevo pensó un poco. Después sonrió.
- Yo diría que hice una autosugestión más fuerte… en sentido contrario.
- Ya veo… Buenas noches, Mister Francis.
No lo quiso dejar acompañarla en el ascensor, de modo que cuando la pulida caja desapareció sin ruido, él volvió a su modelo de la Abadía y a

sus muñequitos. Pero antes de empezar a manipularlos estuvo unos momentos con los labios fruncidos, mirando al vacío.

## CAPÍTULO CUARTO

### I

Una semana después, Mabel se despertó al alba, y por un momento olvidó dónde estaba. Incluso llamó a Oliver en voz alta, recorriendo con los ojos la inusitada pieza, y pensando qué hacía allí. Entonces recordó y guardó silencio.

Era el octavo día que estaba en este Hogar; su probación había terminado; hoy quedaba en libertad de hacer o no aquello que había venido pidiendo. El sábado de la semana anterior había pasado su interrogatorio privado ante el oficial, deponiendo bajo la usual condición de absoluto secreto su nombre, edad, condición y señas, no menos que sus razones para demandar la eutanasia; y todo había ido bien. Había elegido a Manchester, como ciudad suficientemente grande y remota para librarse de toda importunación de Oliver; y su incógnito había sido guardado admirablemente. No había una señal de que su marido conociese algo acerca de su intención; porque, además, en estos casos, la policía estaba obligada a ayudar al fugitivo. Del individualismo había quedado bastante para asegurar a los cansados de la vida el derecho de abandonada. Había elegido este método; naturalmente, los demás le eran imposibles. El cuchillo requería práctica y tremenda resolución, las armas de fuego no las podía ver; y el veneno, bajo los reglamentos actuales, era inobtenible. Además, ella quería pulsar seriamente sus intenciones y estar bien segura de que no había más salida... ¿No había sido demasiado apresurada? ¿No sería mejor buscar un poco más al fantástico Padre Franklin, o Cardenal Franklin, el que se parecía a Felsenburgh?

No, estaba tan cierta como nunca. El designio se le había presentado a la mente en aquel día abominable de las violencias del final de año, por primera vez.

Después se había disipado, molificado por el argumento capcioso de que el hombre era aún pasible de recaídas.

Después la idea del suicidio había retornado, esta vez un fantasma frío y perentorio, no en la ofuscación de la noche, sino en el mediodía de la "Declaración Felsenburgh". Había tomado morada en ella, pero todavía lo resistía, esperando contra esperanza que la tal Declaración no sería puesta por obra; revolviéndose contra el duende a veces en espasmos de horror. Pero jamás lo había dominado al espectro insistente, y al fin cuando la política se encarnó en ley calculada, ella se había abandonado a él. Esto fue ocho días antes; y no había tenido un instante de vacilación desde entonces.

Pero había cesado de juzgar y condenar, en una gran laxitud de su juicio. La lógica la había silenciado. Lo único que sabía era “que no podía tragarlo”; que ella había mal entendido la Nueva Fe; que para ella, sea lo que fuera para los demás, no quedaba esperanza… Ni siquiera tenía un hijo propio.

Estos ocho días, requeridos por la ley, habían pasado apaciblemente. Había traído consigo bastante dinero como para poder entrar en uno de los hogares privados provistos de la comodidad suficiente para los acostumbrados a ella; las enfermeras habían sido agradables y simpáticas; no podía quejarse de nada.

Naturalmente, había sufrido un cierto grado de reacción. La segunda noche después de su llegada había sido terrible, cuando, estando en la cama en la sofocante oscuridad, toda su vida consciente de golpe se había puesto a debatirse contra el sino que su decisión le imponía; había reclamado las cosas familiares: la promesa de comida y descanso y trato humano; se había retorcido de horror contra la ciega tiniebla a la cual era conducida tan inevitablemente; y en esa agonía sólo había sido tonificada por una especie de tácita promesa de una voz profunda, de que la muerte no era el fin. Mas con la luz de la mañana volvió la cordura; la voluntad retomó el timón, y con un golpe de él apartó explícitamente la implícita esperanza de existencia continuada.

Ella había sufrido también una o dos horas de un temor más tangible; le vino el recuerdo de los escándalos que diez años antes habían conmovido a Inglaterra y traído la imposición del control gubernativo sobre esos “hogares”: aquella revelación de que durante años en los grandes laboratorios de vivisección se había estado operando con sujetos humanos, personas que con las mismas intenciones que ella se habían cortado del mundo en casas de eutanasia, a las cuales se había administrado un gas que solamente quitaba el sentido y no la vida… Pero esto también se había disipad9 al despertar. Tales cosas no eran ya posibles con el nuevo sistema, por lo menos en Inglaterra; y justamente por eso había evitado ella huir al continente. En Francia, donde el sentimiento era más débil y la lógica más imperante, el materialismo era más consistente. Si el hombre no era sino un animal evolucionado, entonces…

Y había sufrido un estorbo corporal, el calor insoportable día y noche. Parecía, según los hombres de ciencia, que se hubiera generado una ola de calor enteramente sin precedentes ni causas conocidas; había sobre eso una docena de teorías, excluyentes casi todas las unas de las otras. Era vergonzoso, pensó ella, que hombres que profesaban tener en un puño las llaves del universo, tuvieran que confesarse derrotados en esa forma. Esta condición de la atmósfera había sido acompañada de cataclismos, quizá más de los que los diarios anunciaban. Había habido terremotos numerosos y muy violentos; un maremoto había arruinado

no menos de veinticinco pueblos en la costa de América; dos islas del Caribe habían desaparecido; y el viejo desconcertante Vesubio parecía estar preparándose un espectacular desenlace. Nadie conocía la explicación: un sabio había salido con la fantasía de que en el centro de la tierra había sucedido algún desastre… así se lo había contado su enfermera; no le interesaba mucho. Era fastidioso, empero, no poder salir al jardín, y resignarse a permanecer en su alcoba refrigerada del segundo piso.

Había un solo asunto sobre el cual había preguntado, a saber, los efectos del nuevo decreto; pero la enfermera no parecía conocer mucho. Parecía que había habido una o dos ejecuciones, pero la ley no había sido urgida todavía; una semana era poco tiempo, en realidad; y aunque el decreto era efectivo sin dilación, los magistrados tenían que hacer los censos y padrones…

Le pareció, al despertar esa mañana, que el calor era peor que nunca. Un momento pensó que había dormido de más; pero al apretar su repetidor, él le dijo que, al contrario, eran las cuatro de la mañana. Bueno, no iba a tener que soportarlo muchas horas; había pensado que hacia las ocho era tiempo de terminar.

Tenía que escribir una carta a Oliver, y enterarse del manejo del aparatito.

En cuanto a la moralidad de lo que iba a hacer - es decir; la relación que su acto tenía con el conjunto de la vida del hombre -, no sentía comezón alguna. Era su creencia, lo mismo que la de todo el mundo humanitarista, que exactamente como el dolor físico prolongado o extremado justificaba el suicidio, así igualmente el dolor moral. Había ciertos grados de desdicha en los cuales el individuo ya no era útil ni al mundo ni a sí mismo; era la cosa más caritativa que podía hacerse, solamente que ella nunca había pensado pudiera tocarle a ella; su vida había sido tan interesante… Bien, le había tocado; no había discusión posible…

Lo menos una docena de veces esta semana había traído a la memoria su conversación con Mister Francis. Su visita había sido un impulso repentino; deseaba simplemente oír la otra campana… ver si el Cristianismo era tan grotesco como le habían dicho. No le pareció grotesco; más bien, terriblemente patético. Era como un cuento de hadas, poesía. Sería hermoso creer en él; pero ella no creía. No - un Dios trascendente era imposible -, como si dijéramos: un hombre que no tuviera límites, ilimitado. En cuanto a la encarnación… ¡vaya!

No había vueltas que darle. La Religión-Humanidad era la única. El hombre era Dios, o por lo menos su manifestación más alta; y con ese Dios, ella no quería tener ya nada que ver. Había ido perdiendo sus amigos sucesivamente, cada vez más aislada, hasta que sólo le quedaban Oliver y Felsenburgh… Esos nuevos instintos sutiles que le

dijo el ex-cura, con objetos que no eran ni razón ni emoción, no eran más (ella lo sabía perfectamente) que un refinamiento de emoción.
Había pensado enormemente sobre Felsenburgh, empero, y estaba asombrada de sus sentimientos. Era ciertamente lo más impresionante que jamás había visto; le parecía probable que fuera en verdad lo que él proclamaba, el primer producto perfecto de la Humanidad; pero su lógica no era para ella.
Vio ahora que Él era perfectamente lógico; que no había sido inconsecuente al condenar la destrucción de Roma, y una semana después hacer su Declaración. Lo que Él condenó era el furor de un hombre contra otro, de una secta contra otra: esto era suicida para la raza. Él condenaba, pues, la pasión, no la acción judicial. Por tanto, este acto judicial por parte de un mundo unificado contra una risible minoría - las palabras de Oliver venían solas a sus labios - que estaba amenazando la fe y la razón de la vida; acto judicial que iba a ser puesto por obra con extrema misericordia… no había allí pasión ni fanatismo, ni venganza, desde el principio al fin; como un hombre no es apasionado ni vengativo al amputarse un miembro gangrenado. Sí, era todo macizamente lógico. Y porque era macizamente lógico, no podía tragarlo.
Pero ¡ah! qué criatura sublime era Felsenburgh; solamente recordar su palabra y su presencia era un júbilo. Cómo le hubiera gustado vedo otra vez. Pero ahora ya… Lo mejor era irse lo más tranquilamente posible. Y el mundo seguiría muy bien sin ella. Lo que no podía aguantar más eran los hechos; justamente el nombre de un diario que había estado leyendo ayer tarde. *¡Los Hechos!*
Se adormeció de nuevo aquí, y le pareció habían pasado apenas cinco minutos cuando abrió los ojos de nuevo para ver un suave rostro sonriente con cofia blanca inclinado sobre ella.
- Son casi las seis, querida - dijo la enfermera -, la hora que usted me dijo. Le traigo el desayuno.
Mabel respiró profundamente. Después se incorporó en la cama, tirando la sábana.

## II

Las seis y cuarto sonaron en el relojito del armario cuando dejó caer la pluma. Recogió los dos plieguezuelos cubiertos de apretada escritura, se recostó en el diván y comenzó a leer:
HOGAR DE REPOSO N° 3 A | Manchester, Oeste
«Querido:
«Lo siento mucho, pero *me ha vuelto.* Yo no puedo realmente tirar más, así que voy a escapar por la única salida que queda, como una vez te dije. He tenido unos días felices y descansados aquí, un poco aburridos;

todos han sido buenos y considerados conmigo. Naturalmente, por el membrete sabes lo que quiero decir…
«Siempre te he querido; te quiero ahora también. Tienes derecho a saber mis razones, por lo menos hasta donde yo misma las sé. A mí misma me es difícil entenderme; pero yo diría que no soy bastante fuerte para vivir. Mientras estuve alegre y excitada, todo fue bien; especialmente cuando Él vino. Pero yo creo que yo lo esperaba de otro modo.
«Yo no entendí, como entiendo ahora, que la cosa tenía que llegar a donde llegó; que es lógico y justo. Yo la pude aceptar cuando pensé que obraban por pasión, pero ahora es del todo deliberado. La paz tiene sus leyes y tiene que defenderse a sí misma. Sí, pero esa paz no me gusta. En realidad, lo que anda mal en mí es el haber nacido. Oliver, no puedes imaginar lo débil que soy; tú que siempre me llamabas fuerte.
«Después hay esto otro: yo sé cuán netamente de acuerdo estás tú con el nuevo estado de cosas; y es natural: tú eres talmente más fuerte y más lógico que yo; pero si yo soy tu mujer, tengo que ser una contigo. Y no lo soy, no lo soy más, por lo menos con el corazón, aunque pienso que tienes razón. ¿Entiendes, querido'?
«Si tuviésemos un hijo, quizá fuera diferente. Entonces yo querría por él seguir viviendo. Pero por la Humanidad y así… no, Oliver, no puedo.
«Conozco que tienes razón, y que yo no; pero así es; no puedo cambiarme. Y así estoy enteramente segura de que hay que acabar.
«Después tengo que decirte que no tengo el menor miedo; nada, nada. No entiendo por qué hay que tener miedo, a no ser que uno sea cristiano. Estaría terriblemente asustada, claro, si fuese uno de ellos. Pero tú y yo sabemos ¿no es verdad? que no hay nada más allá. “Yo no tengo miedo a los muertos, sino a los vivos”, decía mi padre. ¿Por qué vaya tener miedo? Tendría miedo, por supuesto, si no fuese sin dolor; pero el doctor me dijo que es absolutamente indoloro; es simplemente irse a dormir. Los nervios mueren antes que el cerebro. Con razón la han bautizado eutanasia, “buena muerte”, Vaya hacerla yo misma. No quiero que nadie esté en el cuarto. Dentro de unos minutos, la azafata - Sor Ana, de quien me he hecho gran amiga - me traerá el aparatito y me dejará sola.
«“Lo que ahora llevamos en resignación, un día será gloria”, decía el misalito: no creo en esa gloria; me basta convertirme en nada, en cenizas. La cremación tendrá lugar mañana al medio día, de modo que puedes estar presente, si quieres; o si no, dar orden de que te envíen la urna; la de tu madre la pusiste en el jardín, así que quizá te plazca hacerlo conmigo. Haz exactamente como te plazca con todas mis cosas. Por supuesto, te las dejo todas.
«Ahora, querido, necesito decirte esto: que lamento muchísimo ahora haber sido tan cansadora y tan idiota. Yo creo que yo siempre creí todos

tus argumentos a pie juntillas. Lo que pasa es que en el fondo no deseaba creerlos; por eso fui tan cansadora.
«Oliver, amor mío, has sido extraordinariamente bueno conmigo... Sí, .estoy llorando ahora, pero por otra parte creo que soy realmente feliz. Es un fin hermoso. Desearía no haber tenido que inquietarte con mi fuga durante esta semana; pero tenía que ser... yo sabía que si me encontrabas me ibas a convencer de nuevo, y entonces todo recomenzaba para peor. Siento también haberte dicho aquella mentira. Te juro que fue la primera vez en mi vida.
«Bien, me parece que no queda nada más que decir. Oliver, mi amor, adiós. Te mando mi amor con toda mi alma.
Mabel.»
Se quedó inmóvil después de haber leído, con los ojos todavía húmedos de lágrimas. Sin embargo, decía la verdad. Era mucho más feliz así que si tuviera esperanza de volver atrás. La vida le parecía un puro vacío; la muerte un escape tan fácil; su alma rabiaba por ella, como una lengua sedienta.
Escribió el sobre, con la mano siempre perfectamente firme, lo dejó sobre la mesa, y una vez más se reclinó, mirando a su desayuno intacto.
Entonces, de golpe, comenzó a rememorar literalmente su conversación con Mister Francis; y por una extraña asociación de ideas, la muerte de la viejita Brand, la caída del volador en Brighton, el asunto del cura Franklin, y las cajas de la eutanasia...
Cuando Sor Ana volvió unos minutos después, lo que vio la dejó estupefacta. La niña estaba agachada en la ventana, las manos en el marco, oteando hacia afuera en una actitud de inequívoco terror.
Sor Ana cruzó rápidamente, dejando al pasar algo sobre la mesa; y tocó a la joven en el hombro.
- Querida, ¿qué pasa?
Hubo un largo suspiro entrecortado, y Mabel se volvió, enderezándose, y agarró a la empleada con una mano temblona, señalando afuera con la otra.
- ¡Allá! - dijo -. Mire allá...
- Bien, querida, ¿qué hay? - dijo la otra -. No veo nada. Está un poco oscuro.
- ¡Oscuro! - gritó Mabel -. ¿Oscuro lo llama? Pero si es negro, ¡negro!
La enfermera la llevó otra vez al sillón, suavemente, dándolo vuelta contra la ventana. "Hiperestesia... miedo nervioso, - pensó - y nada más". ¡Lo había visto tantas veces! Pero Mabel se desprendió con brusquedad, y giró el sillón.
- ¡Usted llama a eso oscuro! ¡Pero mire, hermana, mire!
Mas no había nada especial que mirar. Enfrente se erguía la frondosa copa de un olmo, después las ventanas cerradas en torno del patio, la

cornisa, y encima de ella el cielo matinal, un poco pesado y fosco como antes de una tormenta; y nada más que eso.
- Bueno, ¿qué hay, querida? ¿Qué es lo que usted ve? Dígamelo.
- Pero, ¡mire, mire! … allí, escuche eso.
Un sordo retumbo muy lejano como el rodar de un vagón - tan lejano que podía tomarse por una ilusión acústica… Pero las manos de la niña tapaban sus orejas, y su rostro era una blanca máscara de horror. La enfermera la tomó en sus brazos.
- Querida - le dijo -. Usted está fuera de sí. No hay nada más que una tormenta de calor. Siéntese tranquila.
Ella podía sentir el cuerpo joven sacudiéndose bajo sus manos, pero no, hubo resistencia cuando la volvió al sillón.
- ¡La luz, la luz! - sollozó Mabel.
- ¿Me promete primero quedarse bien quietita?
Ella asintió; y la empleada cruzó a la puerta, sonriendo maternalmente; no era nuevo para ella. Un momento después, el cuarto se inundó de exquisita luz-solar, al oprimir el botón. Cuando se volvió, notó que Mabel había girado de nuevo el sillón, y con las manos enclavijadas estaba todavía mirando afuera, al cielo sobre los techos, pero parecía bastante más tranquila. La enfermera volvió, y le puso la mano sobre el hombro.
- Está fatigada, querida… Ahora tiene que creerme. No hay nada de qué asustarse. Es nerviosidad solamente. ¿Quiere que cierre el postigo?
Mabel levantó hacia ella el rostro… Sí, ciertamente, la luz la había calmado. El rostro estaba todavía pálido y descompuesto, pero la mirada firme volvía a sus ojos; aunque mientras habló, una vez más ellos se escaparon hacia la ventana.
- Hermana - dijo, más tranquila ahora -: por favor, mire atentamente y dígame lo que ve; si me dice que nada, vaya creer que me estoy volviendo loca. No, no quiero que cierre el postigo. ¡Quiero afrontar todo lo que venga!
- Claro que está un poco feo, cerrazón, medio oscuro - dijo la otra rápidamente. Pero no había nada. El cielo estaba un poco negro, como si amenazara chubasco; pero había solamente un colchón de nubes, y la luz un poco fuliginosa, sulfurosa. Exactamente el cielo de una tormenta de verano. Así se lo dijo, clara y enérgicamente.
- Puede ser - dijo Mabel; y su cara se serenó más -; entonces…
Retornó a la mesita en la cual Sor Ana había posado lo que había traído al cuarto.
- Enséñeme, por favor.
- ¿Está segura de no estar muy asustada, querida? ¿Quiere que le traiga bromuro, o algo?
- No hay más que hablar - respondió Mabel firmemente -. Enséñeme, por favor. Sor Ana se arrimó resueltamente.

Sobre la mesita descansaba una caja de esmalte blanco, delicadamente pintada con flores. De ella emergía un tubo blanco flexible con un ancho bocal, munido de dos agarres acolchados en cuero. Del lado de la caja cercano a la silla, salía una manija de porcelana.
- Ahora, querida - comenzó la nurse quietamente, notando que los ojos de la otra espiaban de vez en cuando la ventana -; ahora usted queda sentada como está. La cabeza bien atrás, por favor. Cuando esté dispuesta, pone esto sobre la boca, y sujeta los resortes detrás de la cabeza… Así…. esto juega fácil… Entonces empuja la manija hacia allá, todo lo que dé. Yeso es todo.
Mabel asintió en silencio. Entendía bien, y había recobrado su dominio, aunque incluso cuando habló, de nuevo sus ojos vagaron a la ventana.
- Eso es todo - dijo -. ¿Y después qué?
La nurse la inspeccionó de nuevo vacilante.
- Entiendo perfectamente - aseguró Mabel -. ¿Y después?
- Después, nada. Respire naturalmente, caerá dormida al instante. Cierre los ojos… y eso es todo.
Mabel dejó el tubo sobre la mesa, y se irguió, esbelta y serena.
- Deme un beso, hermana - dijo.
Sor Ana le cabeceó y sonrió de nuevo desde la puerta. Pero Mabel no lo notó; tenía los ojos clavados en la ventana.
- Volveré dentro de media hora - dijo la nurse. Entonces percibió el cuadradito blanco sobre la mesa -. ¡Ah, una carta! - dijo.
- Llévela, por favor - dijo la niña, como ausente.
La nurse la alzó, miró la dirección, y de nuevo a Mabel. Todavía vacilaba. ¡Oliver Brand!
- Dentro de media hora - repitió -. No hay ninguna prisa. Si se le ocurre otra cosa, me llama. Eso es cuestión de cinco minutos… ¿Nada más? Adiós, querida.
Pero Mabel miraba a la ventana, y no respondió nada.

## III

Quedó enteramente inmóvil hasta que oyó cerrar la puerta y retirar la llave. Después volvió de nuevo a la ventana, y se asió del marco.
Desde donde estaba era visible, para ella, primero el patio de abajo, con su cantero en el centro, y un par de árboles que allí crecían - todo claro en la brillante luz que ahora salía de su ventana; y segundo, sobre los techos, un tremendo manto color cárdeno. Era más tremendo todavía por el contraste. La tierra parecía capaz de luz; y el cielo no.
Parecía además reinar un silencio extraño. La casa habitualmente estaba quieta a esa hora; los que moraban en ella no estaban en humor de jarana; pero ahora estaba más que quieta; parecía muerta; esa especie de aviso mudo que precede al súbito estallar del trueno. Pero los momentos pasaban y el estallar no venía; una vez solamente se oyó

de nuevo el solemne rolido, como de un gran carro remoto; estupendamente extraño, pues con él los oídos de la niña creían percibir el murmullo fantasmal de innumerables voces, aplausos y gritos, como un coro de millares de hombres. Y después el silencio caía de nuevo como un colchón. Mabel no se preocupaba ya de distinguir entre lo objetivo y lo subjetivo. Había comenzado a entender. La tiniebla y las voces no eran para todos los ojos y oídos. La enfermera no oía ni veía nada extraordinario, y seguramente el resto del mundo tampoco. Para ellos no había más que el indicio de una próxima tormenta.
No le importaba absolutamente que esa vista y sonidos fuesen engendrados por su propio cerebro; o bien percibidos por algún sentido raro, de los que dijo el padre Francis. Para ella era real. Le parecía estar aparte de ese otro mundo que había conocido; se estaba apartando de ella, lo mismo que todas sus amistades; o mejor dicho, mientras permanecía donde siempre, se estaba transformando, derritiéndose, pasando a otro modo de existencia… Y las voces extrañas no eran más extrañas que todo lo demás, no más extrañas… que la cajita pintada sobre la mesa.
Entonces, casi sin saber lo que decía, mirando firmemente a aquel tremendo cielo, comenzó a hablar:
- ¡Oh Dios! - dijo -; si realmente estás allí, realmente…
Los ojos se le llenaron de lágrimas, la voz tropezó, y ella apretó el marco para serenarse. Pensó vagamente qué le había dado por hablar así; no era ni emoción ni conocimiento. Y sin embargo, continuó:
- Oh Dios, yo sé que no estás allí… por supuesto. Pero si estuvieras allí, yo sé bien lo que te diría. Te diría qué cansada y mareada estoy. No, no necesitaría decírtelo, porque Tú lo sabrías. Pero yo te diría qué triste estoy de todo esto. ¡Oh, también lo sabrías! No necesitaría decirte nada, y sin embargo… ¡Oh Dios, no sé lo que tendría que decirte! Bueno, me gustaría que cuidaras de Oliver y también de tus pobres cristianos… ¡Qué tiempo van a tener ellos ahora! … Dios…. tú me entenderías, ¿no es verdad?
De nuevo vino el pesado retumbo y el solemne bajo de millones de voces; parecía un tanto más cerca, pensó ella… Pero nunca había amado las tormentas y los tumultos: le daban dolor de cabeza…
- Vaya, vaya - dijo -. Adiós. Adiós, todo.
Estaba ya en el sillón. El bocal… sí; éste era…
Se enfureció del temblor de sus manos; dos veces los resortes resbalaron de sus sedosos rizos… Después se fijaron… y como si una brisa la abanicara, se sintió aliviada.
Encontró que podía respirar como siempre; menos mal: no había asfixia ni sofocación… Estiró la mano izquierda buscando la manivela, y sintió menos su súbita frescura que el insoportable calor en que la pieza parecía haber caído de golpe. Podía oír el golpeteo del pulso en sus

sienes y también el lejano coro de voces… Dejó la manija y con las dos manos tiró el chal de encaje que tenía suelto sobre los hombros… Sí, ahora se sentía mejor; respiraba mejor. De nuevo sus dedos buscaron y hallaron la manija; pero el sudor hacíalos resbalosos y por un momento… De repente la manivela cedió y giró de golpe.

Por un momento el penetrante olor dulzón la sacudió como un golpe, porque ella lo reconoció como el aroma de la muerte. Pero luego la firme voluntad que hasta allí la había llevado, se impuso; y ella dejó las manos suavemente en el regazo, respirándolo firme y holgadamente.

Había cerrado los ojos al girar la manija, pero ahora los abrió, curiosa de observar la desaparición del mundo. Había decidido hacerlo así el día antes, no quería perderse ni una pizca de esta última y única experiencia.

Pero no había cambio alguno. Allí estaba el coposo penacho del olmo, el techo de plomo allá enfrente, y el formidable cielo encima. Ella vio una paloma, blanca contra la negrura, volar y descender de nuevo en curva en un instante fuera de su vista.

… Entonces sucedió lo siguiente:

Hubo una rápida sensación de extática gravidez en todo su cuerpo. Trató de levantar la mano y no pudo; intentó bajar los ojos de aquella franja de cielo color turba, y sus miembros ya no le pertenecían. Se dio cuenta de que la voluntad se había desconectado del cuerpo y que el mundo desmoronándose se retiraba a una infinita distancia - que era lo que ella había previsto, pero lo sorprendente era que su mente permanecía aún activa. No era “dormirse”. Es verdad que el mundo tal como lo había conocido se había separado del campo de su conciencia, lo mismo que su cuerpo - excepto, eso es, quizá el sentido del oído que permanecía aún alerta; pero conservaba todavía memoria bastante para recordar que existía ese mundo: que había otras personas en existencia, que todos iban a sus negocios sin saber nada de lo que le estaba pasando; aunque, nombres, rostros y lugares se habían ido. De hecho, de sí misma tenía conciencia en una forma que nunca había tenido antes; le parecía haber penetrado en un receso de su ser que antes ella había visto solamente de afuera y como a través de un cristal empañado. Era muy extraño, y por otra parte esto también parecía familiar; había entrado, parecía, en un centro alrededor de cuya circunferencia había estado dando vueltas toda la vida; y no era un simple punto, sino una región distinta, limitada y como envuelta… Al mismo tiempo sintió que el oído también había desaparecido.

Entonces sucedió algo asombroso - y sin embargo también parecía que ella supo siempre que había de suceder, aunque nunca de una manera reflexiva y articula da. Esto fue lo que sucedió:

La envoltura se disolvió con una especie de rasguido y un espacio infinito la circundó - infinito, diferente de cualquier otra cosa, y viviente

y semoviente. Era vivo como un cuerpo animado, percibido desde adentro - era predominante y por sí mismo evidente - era uno y sin embargo múltiple - era inmaterial y no obstante absolutamente real - real en un sentido en que jamás ella había pensado la realidad...

Y también esto era familiar, como un lugar visitado muchas veces en sueño. Y entonces, sin ningún aviso, algo que no era ni luz, ni sonido, ni soplo, pero que tenía de todo eso, algo que reconoció como absolutamente único, repentinamente se hizo presente.

Entonces ella vio, y comprendió...

## CAPÍTULO QUINTO

### I

Oliver había pasado los días desde la desaparición de Mabel, en un horror indescriptible. Había hecho todo lo posible: la había rastreado hasta la estación Victoria, donde había perdido el rastro; se había comunicado con la policía, y la respuesta oficial, enteramente inútil, era siempre que estaban atentos, pero no tenían noticias; y no fue hasta el martes siguiente cuando Mister Francis, oyendo por caso su angustia, le telefoneó para decide que había hablado con ella el viernes antes. Pero no tuvo mucho consuelo de él - realmente la noticia le pareció más bien mala, porque no pudo sino desfallecer a la reseña de esa conversación; a pesar de las seguridades de Mister Francis de que Mabel de ningún modo había tomado la defensa de los cristianos.

Dos hipótesis le quedaban solamente: o bien ella realmente había volado al auxilio de alguna desconocida amiga católica; o bien - y su corazón desmayó al pensado - había ido a requerir quién sabe dónde la aplicación de la eutanasia, como una vez había insinuado, y estaba ahora bajo la protección de la ley; suceso bastante común desde la aprobación de la Ley Bountifull en 1988... y lo peor es que él no podía condenarla. La ley era buena... ¡pero no para Mabel!

En la tarde del otro martes, mientras sentado cansadamente trataba por centésima vez de encontrar un hilo en el laberinto de sus conversaciones con Mabel en los últimos dos meses, el teléfono llamó bruscamente. Era la ficha roja de Whitechapel la que se había encendido; y por un instante su corazón se levantó en la esperanza de noticias de ella. Pero cayó de nuevo a las primeras palabras.

- Brand - llegó la brusca vocecilla. - ¿Es usted?... - Sí, Snowford aquí. Lo necesitamos con urgencia; ahora mismo, ¿entiende? Hay una reunión extraordinaria de Consejo a las veinte. El Presidente estará. Ya comprende la urgencia. No puedo decide más. Venga inmediatamente a mi cuarto. Ahora mismo.

Pero aún este mensaje lo movió apenas. Ya estaban acostumbrados, él lo mismo que todos, a los bruscos descensos del Presidente. Él llegaba

y desaparecía sin preaviso, viajando y trabajando con increíble energía; y sin embargo, parecía en la calma más imperturbable.
Eran más de las diez y nueve; Oliver cenó rápidamente y al cuarto para la hora se presentó en el escritorio del Primer Ministro, donde media docena de sus colegas estaban ya congregados.
El Ministro se adelantó a recibirlo, con una gran excitación pintada en el rostro; y tomándolo de un botón del saco, lo llevó aparte.
- Mire, Brand: es preciso que usted hable el primero, inmediatamente luego del secretario de Felsenburgh, que abrirá la sesión; están ahora llegando de París. Es un asunto novísimo. Ha tenido información acerca de la situación del... (resulta que había uno) ¡del Papa!... Oh, enseguida se va a enterar de todo. Y de paso - continuó, mirando con curiosidad a la cara tensionada - comparto su sentimiento por su desgracia; Pemberton me acaba de contar...
Oliver alzó bruscamente la diestra.
- Infórmeme - dijo -. ¿Qué es lo que tengo que decir?
- Bien, el Presidente hará una propuesta, me imagino. Usted conoce perfectamente nuestra posición. Simplemente, explique nuestro pensamiento sobre los católicos.
Los ojos de Oliver se contrajeron rápidamente a dos líneas bajo los párpados. “Muy bien”, dijo.
Cartwright llegó en ese instante, un inmenso anciano encorvado con una cara como pergamino, como convenía a un justicia Mayor, el jefe de la Ley en Inglaterra.
- Hola Brand - dijo -. Óigame, ¿qué sabe usted de un hombre llamado Phillips? Parece que ha mencionado su nombre...
- ¿Qué le pasa? Fue mi secretario hace tiempo - dijo Oliver, cautamente.
- Creo que está loco. Se ha presentado a la justicia, pidiendo, ser examinado enseguida. El magistrado ha consultado... Usted sabe, apenas estamos moviendo el Decreto.
- Pero, ¿qué ha hecho?
- Esa es la dificultad. ¡Dice que no puede negar a Dios, y que no puede afirmado tampoco! ¿De modo que fue secretario suyo?
- Hace tiempo. Yo sé que se inclinaba al cristianismo. Por eso lo despaché.
- Bien, lo hemos sobreseído por una semana. Veremos si asienta la cabeza.
Entonces la conversación se generalizó. Dos o tres se arrimaron, mirando con curiosidad a Oliver; la historia de que su mujer lo había abandonado, había corrido. Querían ver cómo reaccionaba.
Cinco minutos antes de las veinte sonó un timbre, y la puerta se abrió de par en par.
- Vengan, caballeros - dijo Snowford.

La Cámara del Consejo era una alta sala alargada del primer piso; las paredes desde el techo al piso estaban cubiertas de archivos. Una mullida alfombra mataba los ruidos. No había ventanas; la pieza tenía luz artificial. Una larga mesa corría en el centro del piso, flanqueada de sillones, ocho de cada lado; y el tablado presidencial, coronado de un baldaquín, se alzaba a la cabeza.

Cada consejero se fue derecho a su sitio, y se paró allí, en silencio.

El cuarto estaba deliciosamente fresco, a pesar de la falta de ventanas, y en contraste con el horno de fuego de afuera, por el cual los más habían pasado. Ellos también se habían admirado de aquel increíble clima, y habían sonreído de la perplejidad de la Ciencia infalible. Pero no pensaban en eso ahora; la presencia del Presidente era una cosa que hacía silenciosos a los más locuaces. Además tenían la impresión de que el asunto era más serio que de ordinario.

Un minuto antes de la hora, sonó la campana de nuevo, cuatro veces, y cesó; ya esta señal cada uno de ellos se volvió instintivamente hacia la metálica puerta corrediza detrás del troneto del Presidente. Había un silencio de muerte, dentro y fuera; la vida misma parecía haber cesado; pues los inmensos e innumerables edificios del gobierno estaban provistos hasta con lujo de los dispositivos amortiguadores que la técnica había hecho comunes en los últimos años; y ni siquiera el rodar de los trenes a cien metros era capaz de enviar una simple vibración a través de las capas de caucho sobre que las paredes se asentaban. Había un solo ruido que podía penetrar, y era el estallar del trueno. Hasta el presente los técnicos no lo habían domado.

El silencio parecía ir ahondándose por momentos. Entonces corrióse bruscamente la puerta y una figura se introdujo rápida, seguida de otra en escarlata y negro.

## II

Él... se fue derecho a su trono, acompañado de dos secretarios, se inclinó ligeramente a un lado y otro, se sentó, e hizo un ligero ademán. Todos ellos se sentaron también, tiesos y atentos. Oliver dirigió sus ojos al Presidente, maravillándose por centésima vez de su asombrosa personalidad. Estaba en el ropaje judicial inglés usado durante centurias - negro y escarlata, con anchas mangas armiñadas y un ancho cinto de cuero carmesí - que últimamente había sido adoptado como uniforme presidencial en Inglaterra para el que estaba a la cabeza de los tres poderes. Pero era en Él mismo, en su persona, y en la atmósfera que parecía traer consigo, donde residía la maravilla. Era como el olor del mar en la natura física - regocijaba, limpiaba, excitaba, embriagaba. Era tan sutilmente atractiva como un huerto florido en primavera, tan hiriente como el son de instrumentos tañidos, tan imponente como una tormenta. Así se expresaban los escritores. Lo comparaban a un correr

de agua clara, al fulgor de una gema, al amor de una mujer. A veces abandonaban todo recato, y decían de él que respondía a todos los temples como el océano o el cielo estrellado; y lo llamaban explícitamente, y no una sola vez, la Encarnación completa e impecable de todo lo divino…
Mas las reflexiones de Oliver cayeron de él como un manto, porque el Presidente, con la cabeza echada atrás y los ojos bajos, había hecho un ligero gesto al rubicundo secretario a su derecha; y éste, sin un movimiento, había comenzado a recitar impersonalmente, como un actor que ensaya su parte.
- Excelencias - dijo el secretario inglés, con voz llana y resonante -: El Presidente ha venido directo de París. Esta tarde; Su Alteza estaba en Berlín; esta mañana temprano, en Moscú; ayer, en Nueva York. Esta noche, Su Alteza estará en Turín; y mañana comenzará una gira a través de España, Nordáfrica y Grecia hacia los Estados del Sur.
Era la forma usual con que comenzaban estas alocuciones. El Presidente hablaba ahora raras veces; pero era cuidadoso de tener informados a sus súbditos de todos sus movimientos. Sus secretarios estaban entrenados admirablemente, y este truchimán no hacía excepción. Después de una ligera pausa, continuó:
- Este es el asunto, Excelencias:
El jueves pasado, como es notorio, los Plenipotenciarios firmaron en esta misma sala el Decreto de Represión e Higiene Mental, que fue comunicado de inmediato al Universo Mundo. A las dieciséis del mismo día, Su Alteza recibió un mensaje de un tal Dolgorowsky, que es, se ha sabido, uno de los Cardenales de la Iglesia Católica. Esto él pretendió; y una encuesta rápida probó que es un hecho. Esta información confirmó lo que ya se sospechaba, a saber, que hay un hombre que pretende ser el Papa, el cual ha creado (esta es la expresión) otros Cardenales, muy luego tras la destrucción de Roma; subsiguiente a la cual su propia elección había tenido lugar en Jerusalén. Parece ser que este Papa, con no pequeña habilidad política, discurrió guardar su propio nombre y residencia en total secreto, incluso para sus seguidores, excepción hecha de los doce Cardenales; que ha logrado muchísimo, por la instrumentalidad de uno de sus Cardenales primero, y luego de esa nueva Orden de que se ha hablado, al efecto de una reorganización de la Iglesia; y que en estos momentos sigue trabajando, escondido del mundo y en completa seguridad.
Su Alteza se reprocha el no haber hecho más que sospechar algo por el estilo, engañado, piensa, por la creencia de que, si un Papa subsistiera, habrían llegado noticias o indicios de los cuatro vientos, porque, como es bien sabido, la entera estructura de la Iglesia reposa sobre él como sobre una roca. Además, Su Alteza piensa que habrían de haberse hecho perquisiciones - y en esto el gobierno ruso parece haberse

descuidado - en la misma región donde sabemos que ahora el Papa está viviendo.
El nombre del sujeto, Excelencias, es Franklin…
(Oliver se sobresaltó incontrolablemente, pero se compuso al punto en una ojeada de inteligencia, al mirarlo un instante el Presidente desde su inmovilidad.)
- Franklin - repitió el locutor -, y está viviendo en Nazaret, donde se dice que el Fundador del Cristianismo pasó su juventud: *“In civitatem Nazareth”.*
Ahora bien, esto, Excelencias, Su Alteza lo supo el jueves de la otra semana. Ordenó pesquisas, y el viernes de mañana recibió más informes de Dolgorowsky acerca de que este Papa había convocado en Nazaret una reunión de Concilio (que así lo llaman) de todos sus Cardenales y otras autoridades de sobre toda la sobrehaz de la tierra, para deliberar qué medidas van a tomar contra la nueva Ley. Esto, Su Alteza lo considera una burda falta de habilidad política, difícil de conciliar con sus hábiles medidas anteriores. Todas estas personas han sido conminadas por mensajeros especiales a reunirse el próximo sábado; y comenzarán sus deliberaciones, después de ciertas ceremonias cristianas, la mañana siguiente.
Ustedes desearán saber, Excelencias, los motivos de Dolgorowsky para dar a conocer todo esto. Su Alteza está satisfecho de que son reales. El hombre ha ido perdiendo la fe en su religión; de hecho ha llegado a considerar a su religión como el supremo obstáculo a la consolidación del género humano. Es curioso, como paralelismo histórico, recordar que la misma clase de incidente marcó el comienzo del cristianismo, que va a marcar ahora, esperamos, su extinción definitiva: la información por parte de uno de sus principales secuaces del lugar y del modo dónde y cómo el principal personaje podía ser abordado. Es también sin duda muy sugestivo que el escenario mismo de la extinción del cristianismo sea exactamente el de su lanzamiento…
Bien, Excelencias, la propuesta de Su Alteza, que consuma su conocida Declaración aprobada por todos vosotros, es como sigue: que una fuerza sea despachada durante la noche del próximo sábado hacia Palestina; y en la mañana del domingo, que esa fuerza dé término, tan rápida como misericordiosamente sea posible, a la magna obra a que los pueblos y sus reyes han puesto mano. Hasta el presente, el asentimiento de los gobiernos ya consultados ha sido unánime; y no queda duda de que el resto será lo mismo. Su Alteza siente que no puede proceder en tan grave negocio bajo Su única responsabilidad; no es asunto particular o nacional; es una Católica Administración de justicia; y va a tener resultados más dilatados de todo lo que ahora sea posible profetizar…

No es necesario que decante sobre las razones de Su Alteza; son enteramente conocidas por sus Excelencias; pero antes de requerir vuestra opinión, Él desea que yo indique cómo ha de ser, en el caso de ser aprobado, el método de acción.

La propuesta es que todos los gobiernos del mundo deberán participar en el acto final, porque este acto es una especie de gran símbolo; y a este efecto se ha pensado que cada uno de los Tres Universales Departamentos del Mundo, Europa, Asia, América, deben enviar voladores en el número exacto de las naciones que los constituyen - exceptuando en todo caso a los Estados extremos de Sudamérica, que llegarán tarde - ciento veintidós en todo. Estas aeronaves de guerra no tendrán punto de encuentro común; de otro modo la noticia se abriría paso seguramente a Nazaret; pues todos saben que esta nueva Orden de Cristo Crucificado tiene altamente organizado un sistema de espionaje. La cita pues no será otra que Nazaret mismo; y el tiempo de reunión debería ser, se ha pensado, no más tarde que las nueve en el tiempo de Palestina. Estos pormenores empero pueden ser reconsiderados y confirmados una vez que la determinación final se haya dado acerca del plan conjunto.

Con respecto a la ejecución final del esquema, Su Alteza estima altamente desaconsejable, y en el fondo menos misericordioso, entrar en negociaciones, trámites o ambages de ningún género. La sola presencia de los aviones será aviso a los moradores de los pueblos vecinos para escapar si lo desean; mas en cuanto a las personas concernidas, el fin debe ser imprevisto e instantáneo; lo cual se logrará seguramente con los explosivos proyectados, que son los del máximo poder compatible con el evitar perturbaciones meteorológicas de importancia.

En cuanto a Su Alteza, es Su alto propósito estar allí en persona; y más aún, que la primera descarga sea efectuada desde su propio aéreo. Es enteramente propio que el mundo que ha hecho a Su Alteza el honor de elevarlo a la Universal, Suprema Magistratura, obre en esta ocasión por medio de Sus manos; y esto puede ser también al menos una ligera prenda de respeto a una superstición que, aunque infame, ha durado más de veinte siglos, y es todavía la única y sola barrera al verdadero Progreso del hombre.

En nombre de Su Alteza puedo prometeros, Excelencias, que si este plan es aprobado, no seremos más estorbados por el Catolicismo. Por de pronto el efecto moral de la Ley de Represión e Higiene Mental ha sido simplemente prodigioso - como es patente en el caso de Dolgorowsky. Estamos en conocimiento de que, por docenas de millares, los católicos, incluso miembros profesas de esta nueva y fanática Orden, han estado renunciando a su insensatez en los últimos días; y un golpe decisivo dado ahora mismo a la misma cabeza y

corazón de su estructura política, al eliminar como de hecho lo hará el cuerpo personal sobre el que la entera organización consiste, volverá su resurrección imposible. Es un hecho conocido que, puesta una vez la extinción de la línea de los Papas, junto con los funcionarios necesarios para su continuación, no puede haber más cuestión, incluso para el más ignorante, de que la promesa de Jesús ha cesado de ser posible y razonable. Aun la Orden que ha proveído el nervio de este último movimiento, cesa de existir.
Dolgorowsky es la dificultad, naturalmente; y por eso Su Alteza se siente forzado a sugerir, aunque repugnantemente, que a la conclusión del asunto, Dolgorowsky, - que por supuesto no estará con sus cofrades en Nazaret -, sea misericordiosamente puesto... fuera de estado de hacer daño y de la más remota sombra de tentación de reproducir la línea de esta grotesca dinastía, si es que la especie puede ser reproducida (cosa que no sabemos) por un solo individuo en reproducción endogenética.
En nombre de la so-bre-hu-ma-na visión del Hijo del hombre (la voz del locutor había dejado un momento antes el canto llano y se hinchaba en locución oratoria) lo que será el mundo después de esta santa, universal y definitiva limpieza, aseguro a sus Excelencias que no lo pueden ni imaginar siquiera: NADIE lo puede imaginar; obra de limpieza en que se unen en estrechísimo abrazo la justicia y la misericordia.
Su Alteza pues solicita de sus Excelencias que, lo más brevemente posible, formulen sus vistas sobre los puntos que he tenido el alto privilegio de exponerles...
La voz nítida y resonante se apagó en un hilo.
Había hablado hasta el final de la manera como había comenzado; sus ojos bajos todo el tiempo; su voz, excepto en la peroración final, articulada y contenida. Su talante había sido admirable.
Hubo un momento de silencio y todos los ojos se posaron de nuevo en la estatuaria figura en negro y escarlata del rostro marfilino.
Entonces Oliver se puso de pie. Su faz estaba blanca como el papel; sus ojos ardientes y dilatados:
- En nombre del Gran Consejo de Inglaterra - dijo, tremendamente nervioso y al mismo tiempo reprimido -, conociendo perfectamente la mente de mis honorables colegas, estoy conforme y complacido con la propuesta de Su Alteza Suprema; y contento de dejar en sus manos todos los pormenores.
El Presidente levantó los ojos y los paseó lentamente sobre cada uno de los rígidos rostros hacia él tornados.
Entonces, en el silencio incomparable, aquella su extraña voz tan conocida, sonó por primera vez, tan desapasionada como un río de hielo.
- ¿Hay algo que objetar o proponer?

Hubo un unánime murmullo negativo al ponerse de pie todos.
- Muchas gracias, Excelencias - dijo el Secretario.

## III

Era poco menos de las siete de la mañana del sábado cuando Oliver bajó del automóvil que lo había llevado al parque de Wimbledon y comenzó a subir las escaleras del viejo aeródromo, abandonado cinco años antes. Había sido tenido por bien, en vista del riguroso secreto que debía guardarse, que la representación de Inglaterra en la operación de limpieza partiese de un punto lo más desconocido; y esta vieja plataforma, ahora en desuso, - salvo para eventuales pruebas de nuevos aparatos del Gobierno -, llenaba como ninguna las condiciones. Incluso el ascensor había sido retirado y era necesario trepar a pie los ciento y pico escalones.
Con una cierta malquerencia había aceptado este puesto entre los cuatro delegados, porque no sabía nada de su mujer y era terrible para él dejar Londres mientras su suerte estaba en duda. Todo mirado, se inclinaba menos a la hipótesis de la eutanasia: había hallado a varios amigos, que todos le habían asegurado no haberle oído jamás a ella insinuación alguna en ese sentido. Y además, aunque bien enterado de la ley de los ocho días, aun en el caso de que ella hubiese tomado tan fatal determinación, nada inclinaba a creer que estuviese aún en Inglaterra, siendo más probable que en ese trágico caso hubiese volado al Continente, donde había más facilidades; de modo que. en suma, de nada servía que permaneciese asándose vivo en Londres; y la tentación de estar presente al acto de justicia más grande de la historia del mundo, cuyas dimensiones ni la imaginación podía abarcar, contra lo que había sido causa al menos indirecta de sus sufrimientos; y con ellos Franklin - Franklin, esa odiosa parodia del Señor del Mundo - añadida a la insistencia de sus colegas en el Ministerio y la curiosa impresión, nunca ausente de su mente, de que la voluntad de Felsenburgh era una cosa para morir por ella si era preciso, todo esto había prevalecido sobre su repugnancia.
Era terriblemente calurosa esa mañana, y al llegar sudoroso al tope vio que el monstruo en su red de acero había sido ya colocado en el tobogán bruñido y que los ventiladores en el corredor y los salones estaban en funcionamiento. Entró enseguida al salón en busca de un rincón fresco, dejó su bolso en un asiento con ventanilla, y después de cambiar unas palabras con el guarda, charlero y vivamente curioso éste de su destinación aun ignorada, salió de nuevo sin poder estarse quieto a la plataforma a esperar a los otros… y cavilar en paz.
Londres estaba bien extraño esta mañana. Aquí debajo yacía el parque o *“common”,* medio quemado por el intenso calor de la semana, extendido por veinte cuadras - tierra removida, parches de césped

amarillentos y copas de mustios árboles - hasta el comienzo de los primeros techos, también emergentes de arcos de follaje. Después más allá comenzaba el cerrado alineamiento de casas, fila tras fila, roto en el medio por el brillo del río, y después siguiendo hasta desvanecerse fuera de vista. Mas lo que desconcertaba era el aspecto del aire, como lo que los libros viejos describían de los tiempos del reinado del humo. No había ni la frescura ni la transparencia de la mañana; era imposible apuntar en ninguna dirección el origen del pesado nublo, porque era parejo en todas partes. Incluso en el cenit faltaba el azul; parecía pintado con una brocha fangosa, y el color mostraba apenas una opaca aureola roja. Sí, pensó, esto parece uno de esos cuadros modernos; no había el tinte del misterio de una ciudad nublada, sino más bien inverosimilitud, irrealidad. Las sombras parecían carecer de límites, las figuras y los conjuntos de coherencia como en la obra de un paisajista chabacano. Hace falta una buena tormenta, pensó; o bien, podía ser, un terremoto más en otra parte del mundo podía, en sarcástica demostración de la unidad del globo, aliviar la tensión en esta parte. Bueno, la jornada '(alía la pena de emprenderse, más no fuera que por el fresco y por el interés de observar los cambios climáticos; pero iba a ser sofocante, pensó, cuando pasasen el Sud de Francia.

Entonces sus pensamientos recularon de nuevo a su roedora miseria, que había estado en realidad allí presente siempre. Pensó que estaba yendo personalmente a dar el último golpe al corazón de Mabel, donde quiera ella estuviese. No sabía que sobre la mesa de su gabinete yacía una carta sin abrir, timbrada en Manchester Oeste...

Pasaron diez minutos antes de que divisara el coche rojo-sangre del gobierno resbalando a los bocinazos por la carretera desde la dirección de Fulham; y cinco minutos más, antes de que los tres hombres sofocados aparecieran con sus sirvientes detrás de ellos Maxwell, Snowford y Cartwright, todos iguales, como el mismo Oliver, en tropicales de seda blanca de la cabeza a los pies.

No hablaron una palabra de su negocio, porque los oficiales andaban de aquí para allá, y era aconsejable guardarse incluso de la mínima posibilidad de indiscreción o traición: nadie sabía dónde podía haber un católico. El piloto había sido informado de que se necesitaba la nave para tres días de vuelo, con vituallas para ese tiempo; y que debía tomar la dirección de la línea recta Londres-Southampton y su prolongación, hasta nueva orden; sin parada alguna, por lo menos en un día y una noche.

Habían recibido instrucciones ulteriores debidamente protocolizadas del Presidente el día anterior, tiempo en el cual Él había completado su gira y recibido el asentimiento de los Consejos de Emergencia del Mundo entero. Era una cosa grandiosa, nunca vista. Esto comentó Snowford en

voz baja; y añadió algunas palabras de los últimos pormenores, mientras los cuatro estaban allí contemplando la borrosa ciudad.
En suma, el plan en la parte concerniente a Inglaterra era como sigue: el volador debía abordar a Palestina desde la dirección del Mediterráneo, cuidando de entrar en contacto con Francia a su izquierda y España a su derecha, en un radio de diez kilómetros sobre la isla de Chipre. La hora aproximada fue fijada en las veintitrés, tiempo oriental. En este punto debía encender su señal nocturna, un relámpago carmesí sobre campo blanco; y en el evento de no percibir la de sus vecinos, debía demorarse en círculos en ese punto a la altura exacta de 300 metros, hasta que fuesen ubicados, o recibidas nuevas instrucciones. Con el fin de proveer a emergencias, el aéreo del Presidente sería acompañado por un volador ayudante de campo, de velocidad supersónica, cuyas señales debían recibirse como de Felsenburgh mismo.
Tan pronto como el círculo de naves de guerra estuviese completo (y se habían calculado todos los tiempos con holgura) teniendo como centro a Esdrelón con un radio de mil kilómetros, los voladores debían avanzar descendiendo gradualmente hasta doscientos metros sobre el nivel del mar, disminuyendo su separación mutua de cuarenta kilómetros, en la cual se encontrarían al hacerse el círculo, hasta la distancia mínima que la seguridad permitiera - o sea prácticamente codo con codo. De esta. manera el avance a paso de marcha desde el momento en que el círculo fuese cerrado los llevaría sobre la aldea Nazaret cerca de las nueve de la mañana del domingo; la cual quedaría cubierta de una espesa nube de monstruosas langostas de aluminio y acero exactamente a las nueve.
El guarda se presentó a los cuatro que guardaban ahora silencio.
- Estamos listos, caballeros - anunció.
- ¿Qué le parece el tiempo? - preguntó Snowford.
El guarda frunció los labios en bolsa.
- Tendremos truenos, me parece, Milord.
Oliver lo miró interrogativamente.
- ¿Nada más que ruido? - preguntó.
- Quiero decir una tormenta, señor - observó el guarda secamente.
El Primer Ministro se dirigió al portalón.
- Bueno, lo mejor es que larguemos, entonces; podemos perder tiempo después, si queremos.
Cinco minutos después todo estaba a punto. De la proa del bote venía un leve olor de cocina, pues el desayuno sería servido al momento; y un gorro blanco asomó la cabeza un instante para interrogar al guarda. Los cuatro delegados se arrellanaron en el fastuoso salón de borda; Oliver silencioso, aparte; los otros cuchicheando juntos. Una vez más el guarda pasó hacia su departamento de proa, mirando por el ventanal a

ver si estaban acomodados; y un instante después tañó melodiosa la señal. Entonces todo a lo largo del casco del volador de guerra más veloz de Gran Bretaña, pasó el tiritón de una hélice que comenzaba a subir velocidad; y simultáneamente Oliver, que miraba de reojo por el ventanal de estribor, vio el barrote del tobogán hundirse repentinamente y el lejano serrucho de Londres, pálido bajo el cielo sombrío, salir flechado para arriba, oscilar, hundirse. Cazó un atisbo de un grupito de hombres que miraban hacia arriba, y ellos también se hundieron en espiral vertiginosa, y desaparecieron. Entonces como un relámpago de verde sucio, desapareció el parque, y el pavimento de techos y azoteas corrió como un río delgado, las largas líneas de la calle de este lado y el otro girando como rayos de una rueda gigante; y después este mismo pavimento adelgazó, dejando ver manchitas verdes como un adoquinado viejo; y después esto mismo desapareció, y debajo de ellos estuvo un vacío oscuro.

Snowford se incorporó, tambaleando un poco.

- ¿Trajeron sus armas? - dijo -. Le voy a dar al guarda el trayecto ahora mismo, mejor. Así después no hay interrupciones. Atentos.

## CAPÍTULO SEXTO

### I

El sirio despertó de una pesadilla en que millares de rostros estaban mirando el suyo, ávidos, inmóviles y horribles - en su rincón de la azotea; y se sentó sudando y boqueando por aire. Por un instante, pensó que estaba muriendo y viendo el otro mundo. Al sacudirse, sus sentidos tomaron y se enderezó, aspirando grandes sorbos de un aire sofocante.

Arriba de él el cielo era como un averno, negro y vacuo; no había un rayo de luz, aunque la luna seguramente había salido. Él la había visto cuatro horas antes trasponer lentamente el Tabor, una hoz roja. A través del valle, mirando desde el parapeto; no había nada; pues por unas pocas yardas yacía sobre la tierra irregular una lanza quebrada de luz de un postigo mal cerrado; y debajo de ella, nada. Hacia el norte, nada tampoco; hacia el oeste un fulgor, pálido como ala de polilla, de los techados de Nazaret; hacia el este, nada. Podía estar sobre una columna en el espacio, excepto por esa línea de luz y ese fulgor gris casi indiscernible.

En la azotea sin embargo era posible formarse siluetas al menos, porque la trampa había sido dejaba abierta en el tope de la escalera y de por ahí en las profundidades de la casa se colaba una débil refracción de luz.

Había un bulto blancuzco en el otro rincón; debía ser la almohada del Abad Benedictino. Lo había visto acostarse allí hacía un tiempo....

¿fueron cuatro horas o cuatro siglos? Había una figura gris alargada contra el parapeto - El General de los Frailes, pensó; y había otras siluetas irregulares aquí y allá, rompiendo el frente del parapeto.
Muy despacito para no molestar, pues conocía los caprichos del sueño, caminó con los pies desnudos sobre las baldosas al otro lado de la baranda y se inclinó sobre ella, pues todavía lo asediaba un deseo de asegurarse de que estaba en compañía de carne y sangre. Sí, realmente estaba todavía en la tierra; porque allá había un real y distinto fuego ardiendo entre las rasgadas rocas, y al lado, delicado como una miniatura, la cabeza y los hombros de un hombre escribiendo. Y en el círculo de luz otras figuras, rotos parches pálidos sobre los cuales yacían hombres; un poste o dos, levantados con el designio de armar tiendas; un montón de bagaje con una alfombra encima; y más allá del círculo otras siluetas y bultos se diluían en la estupenda tiniebla.
Entonces el hombre que escribía movió la cabeza, y una sombra disforme se proyectó sobre la tierra; un gañido como de un perro estrangulado rompió de golpe justo a su lado, y al volverse, una silueta se sentó en el suelo, sollozando al irse despertando. Otro se movió al ruido, y al dejarse caer de nuevo el primero, suspirando, pesadamente contra la parecilla, el sacerdote sirio regresó a su lugar, de nuevo como in creyente de la realidad que estaba viendo, y el silencio sin aire cayó otra vez como una espesa manta…
Despertó de nuevo de un sueño sin ensueños, y había un cambio. Desde su rincón, al levantar los ojos cargados, topó con lo que le pareció un intolerable brillo; que, al mirar, se resolvió en la luz de una candela y detrás de ella una manga blanca y más allá una garganta y rostros dorados. Entendió y se levantó trastabillando: era el mensajero que venía a buscarlo, según lo convenido.
Al caminar hacia la trampa miró en torno de nuevo y le pareció que el amanecer había llegado, pues aquel horroroso cielo era visible al fin. Una enorme bóveda, opaca y color humo, parecía curvarse hacia los espectrales horizontes a los dos lados donde las lejanas sierras alzaban sus agudos filos como recortadas en papel. El Carmelo estaba delante de él, o al menos le pareció: cabeza y paletas de toro que se echaban hacia adelante y terminaban en abrupto descenso; y más allá de esto el cielo lívido. No había nubes, ninguna forma que rompiese el enorme, liso, turbio techo debajo de cuyo centro esta azotea parecía suspendida. A través del antepecho, al mirar a la derecha antes de bajar la escalera, se extendía Esdrelón, sombrío y color de arena en la metálica lejanía.
Parecía todo irreal, como una fantástica pintura hecha por un ciegonato que nunca hubiese visto la luz. El silencio era hondo y total.
Caminó derecho a través de las sombras vacilantes, siguiendo a su encapuchado acompañante por la escalera y a través del estrecho

pasadizo, tropezando una vez con los pies de uno que dormía todo descuajeringado como un perro exhausto; los pies se encogieron maquinalmente y un pequeño quejido salió de la sombra. Entonces siguió, pasando al sirviente que se había apartado; y entró. .
Había media docena de hombres congregados: silenciosas, blancas estatuas separadas unas de otras, que genuflectaron al entrar el Papa simultáneamente por la puerta opuesta y pararse allí enfrente, céreo y sereno. El sirio paseó los ojos atentos sobre ellos, después de situarse detrás de la silla de su jefe: había dos que él conocía, recordándolos de la noche anterior, el moreno Cardenal Rúspoli y el delgado Arzobispo de Australia - además del rostro familiar del Cardenal Corkran, que estaba de pie junto a su taburete, cerca de la mesa del Papa, con papeles listos a mano.
Silvestre se sentó y con un gesto de la cabeza hizo sentar a los otros. Después habló de golpe, con esa quieta voz cansada que su familiar conocía tanto.
- Eminencias, estamos todos, creo. No hay que perder tiempo, pues… El Cardenal Corkran tiene algo que comunicar..: - Se volvió hacia atrás -. Padre, siéntese si gusta. Esto va a llevar un ratito.
El preste cruzó el vano de piedra de la ventana; desde donde podía ver el rostro del Papa a la luz de los dos cirios de sobre la mesa, entre él y el Cardenal Secretario. Entonces el Cardenal comenzó, ojeando sus papeles.
- Santidad, es mejor que lo tome de un poco atrás: sus Eminencias no conocen todos los particulares.
- Yo recibí en Damasco, viernes de la otra semana, interrogaciones de varios prelados de diferentes partes del mundo acerca de la actitud exacta concerniente a la nueva política de persecución. Al principio no podía decir nada positivo, pues no fue antes de las veinte cuando el Cardenal Rúspoli, desde Turín, me informó de los hechos. El Cardenal Malpás los confirmó pocos minutos después, y el Cardenal Arzobispo de Pekín a las veintitrés. Antes del mediodía del sábado recibí plena confirmación de mis enviados a Londres.
- Al principio me sorprendió que el Cardenal Dolgorowsky no lo comunicara; pues casi simultáneamente con el mensaje de Turín recibí otro de un sacerdote de la Orden del Crucificado en Moscú; al cual, naturalmente, no presté atención. (Es regla nuestra, Eminencias, tomar así toda comunicación privada.) Su Santidad empero me ordenó inquirir, y yo averigüé, del Padre Petroswsky y otros, que los tableros del Gobierno publicaron la noticia a las veinte - de nuestro tiempo. Era curioso, por tanto, que el Cardenal no lo supiera; si lo sabía era naturalmente su deber comunicármelo al instante.
- Desde ese tiempo, pues, han venido a luz los hechos siguientes: está establecido sin género de duda que el Cardenal Dolgorowsky recibió un

visitante desconocido en el curso de esa tarde; su propio Capellán que, como sus Eminencias no ignoran, ha sido muy celoso en Rusia en el servicio de la Iglesia, me lo aseguró privadamente. Sin embargo el Cardenal declaró, en disculpa de su mutismo, que estuvo solo durante esas horas, y con órdenes de que nadie fuese introducido en su presencia. Esto confirmó las sospechas de Su Santidad, pero yo recibí órdenes suyas de proceder como si nada ocurriera, y mandar al Cardenal hacerse presente aquí con el resto del Sacro Colegio. Ayer, empero, poco antes del medio día, recibí un mensaje ulterior del dicho Cardenal informando que su Eminencia había sufrido un ligero accidente, pero que confiaba llegar a tiempo a las deliberaciones. Desde entonces no sabemos nada más de él…

Siguió un mortal silencio.

El Papa miró al preste sirio.

- Padre - dijo -. Usted es el que recibió los despachos de Su Eminencia. ¿Tiene algo que añadir a esto?

- Nada, Santidad.

Se volvió al otro lado.

- Hijo mío - dijo -: reséñenos públicamente lo que ya nos ha reseñado en privado.

Un moreno petiso de ojos brillantes salió de la sombra.

- Santidad, yo soy el que llevó la noticia al Cardenal Dolgorowsky. Primero rehusó recibirme. Cuando pude entrar y se la comuniqué, él quedó en silencio; después sonrió; luego me dijo que retornara y anunciara que iba a obedecer.

El Papa guardó silencio.

Entonces, bruscamente, se levantó el alto australiano.

- Santidad - dijo -. Yo he sido en otro tiempo íntimo de ese hombre. Fue en parte por mi intermedio que él ingresó a la Iglesia. Esto fue hará por lo menos unos catorce años, cuando la suerte de la Iglesia parecía prosperar… Nuestras relaciones amistosas cesaron hace años; y yo puedo decir, por lo que de él conozco, que no hallo dificultad en creer…

A] tartamudear de emoción y callar, Silvestre levantó la mano.

- No deseamos recriminaciones - dijo -, incluso la evidencia es, ahora inútil; pues lo que debía ser hecho, ha sido hecho. Para Nos no cabe duda alguna acerca del caso… Es a este hombre a quien Cristo le dio el bocado con su mano, diciendo: *Quod facis, fac citius. Cum ergo accepisset ille buccellam, exivit continuo. Erat autem nox.*

De nuevo cayó el silencio, y en la pausa sonó una especie de gañido desde fuera. Vino y cesó, al darse vuelta un dormido - pues el pasadizo estaba repleto de hombres exhaustos como pudiera suspirar un alma al pasar de la luz a las tinieblas.

Entonces Silvestre habló de nuevo. Y al hablar, Él comenzó a romper, como inconscientemente, el largo papel, cubierto de la lista de nombres, que estaba delante de Él.
- Eminencias, estamos a tres horas después del alba. Dentro, de dos horas diré la misa en presencia de sus Eminencias y les daré la Comunión. Durante estas dos horas comisiono a todos que comuniquen todos estos datos a 1os que están aquí congregados; y además otorgamos a todos y cada uno jurisdicción general fuera de todos los límites usuales de lugares y personas; concedemos una indulgencia plenaria a todos los que confiesen y comulguen hoy. Padre - dijo, volviéndose al sirio -; exponga el Santísimo Sacramento en la capilla, después de lo cual bajará sin demora al poblado e informará a los moradores que si desean salvar sus vidas deben dejarlo inmediatamente. Inmediatamente, ¿entiende? .
El sirio despertó de su absorción.
- ¡Santidad! - balbuceó, extendiendo la mano -. ¡Las listas! ¡Son las listas! - Había reparado en el papel.
Pero Silvestre sonrió solamente, al arrojar los fragmentos sobre la mesa. Entonces se enderezó.
- No hay por qué se moleste, hijo… No las necesitamos más.
Una última palabra, Eminencias… - prosiguió -. Si hay un corazón que duda o está temeroso, tengo una palabra que decir. Calló; y con extraordinaria solemne deliberación paseó sus ojos sobre los tensos ojos vueltos hacia él.
- He tenido una revelación de Dios - dijo con suavidad -. Ya no camino por fe, sino por visión.

## II

Solamente desterrados en este mundo… Una hora más tarde el sacerdote sirio se abrió camino cuesta arriba desde la aldea en la tupida media luz, seguido por media docena de lugareños silenciosos, veinte metros detrás de él, en los cuales la curiosidad excedía a la credulidad. Había dejado unos cuantos más a las puertas de los ranchos de adobe; y había contemplado más o menos un centenar de familias, cargadas con sus míseros tesoros domésticos, desbordarse como un torrente cuesta abajo de la rocosa senda que lleva a Jaifa. Había sido maldecido por unos, incluso amenazado; interrogado por otros; befado por algunos pocos. Los fanáticos dijeron que los cristianos habían acarreado la ira de Alah sobre el lugar, y la oscuridad en el cielo; que el sol estaba muriendo, porque no se podía mirar sobre esos perros y vivir. Otros en cambio parecían no ver absolutamente nada de realmente extraordinario en el estado del tiempo.
Y ahora, cumplido su encargo, volvía despacio a su lugar, jadeante.

No había cambio alguno en aquel cielo de una hora antes, excepto quizá que se había aligerado un poco al trepar el sol más arriba, detrás de aquel impenetrable filtro de polvo impalpable.
Colinas, césped, rostros humanos ~ todo llevaba a los ojos del sirio ese misterioso sello de irrealidad; eran como cosas vistas en un sueño por ojos que se debaten detrás de párpados de plomo.
Pensó vagamente que quizá así era la sensación de los que se morían; pero no se afligió mucho ni prosiguió el pensamiento. También para los otros sentidos corporales la irrealidad se imponía; y una vez más pensó en su pesadilla, dichoso de que ese horror al menos estuviera ausente.
Mas el silencio parecía otra cosa que la negación del sonido, era una cosa en sí misma, una afirmación, irrompible por el leve sonar de los pies, los flojos ladridos de los perros, el irreal bisbiseo de las voces.
Parecía como que el silencio de lo eterno hubiese caído y abrazado la actividad del mundo; y como si este mundo, en un desesperado intento de afirmar su propia realidad, se hubiese plantado en un fijo, mudo, inmóvil, desalentado esfuerzo por mantenerse en su existencia.
Lo que Silvestre había dicho un momento antes, devenía verdad también para este hombre; lo espiritual parecía volverse visible.
El tacto del polvo áspero y los calientes guijarros debajo de sus pies desnudos eran como una cosa aparte de la conciencia, la cual sin embargo de sólito mira las cosas del sentido como más reales y más íntimas que las del espíritu.
La materia todavía tenía realidad, todavía ocupaba sitio, pero era de naturaleza casi subjetiva, el resultado de internas y no de externas fuerzas.
Le parecía que él mismo era apenas algo más que un alma, serena y concentrada, unida sólo por un hilo al cuerpo, y al mundo corporal, con el que éste estaba en relaciones.
Sabía perfectamente que había un calor horroroso: incluso una vez un terrón de tierra arada crujió y chirrió como agua que toca un fierro rusiente al pisarla sus pies desnudos. Podía sentir el calor sobre su frente y manos, todo su cuerpo estaba envuelto y empapado en él; pero lo miraba como desde un punto afuera, como un hombre con neuritis percibe que el dolor ya no está en su cara sino en la almohada que la sostiene. Así lo mismo con sus ojos y lo que miraban, sus oídos y lo que oían; así lo mismo con el leve gustito de polvo reseco que había en su lengua y en sus narices.
No había ya más temor en él, ni siquiera pasión de esperanza.; miraba a este mundo, a sí mismo, e incluso a la circundante y tremenda Presencia del Espíritu, como hechos con los que tenía muy poco que ver. Estaba apenas interesado; mucho menos acongojado.
Allí estaba el Tabor delante de él - al menos lo que una vez había sido el Tabor, y ahora no era más que una colosal y oscura forma de perol

ahumado que se imprimía sola en su retina e informaba a su pasivo cerebro de su silueta y existencia; aunque su existencia no parecía mucho más que la de un duende disolviéndose.
Le pareció entonces casi natural -, al menos tan natural como todo lo demás -, al atravesar el pasadizo y abrir la puerta de la capilla, ver que el piso estaba cubierto de figuras inmóviles cara a tierra. Así estábamos en la otra guerra, pensó.
Allí yacían ellos, todos iguales en los blancos albornoces que él les había dado anoche; y, con la frente sobre los brazos, como en el canto de las letanías de los santos en una ordenación, estaba la figura que conocía mejor y amaba más que al mundo entero, los hombros y el blanco cabello ligeramente elevados sobre el único peldaño de piedra.
Sobre el mismo altar ardían los seis altos cirios; y en el medio en el ordinario nicho de madera, estaba la custodia de metal blanco, con su blanco centro...
Y entonces él también se arrodilló y se postró todo a lo largo.
No supo cuánto tiempo transcurrió antes de que los círculos de la conciencia clara, el flujo de las lentas imágenes, el espejeo de los pensamientos particulares cesaran y enmudecieran como un estanque se hamaca mansamente a la quietud, después que la arrojada piedra yace hace un rato en el fondo. Pero ella llegó al fin - esa soberbia tranquilidad que mientras vivimos con los sentidos despiertos solamente es posible cuando Dios, quizá una vez en toda una vida, recompensa las almas confiadas y porfiadas - ese punto de completo reposo en el corazón de la Fuente de toda actividad con que un día Él galardonará perennemente a los espíritus de sus hijos.
No había el menor conato en él por articular esa experiencia, por analizar sus elementos, o manipular esta o la otra trenza de extático gozo. Bastaba que estuviera allí.
El tiempo de mirarse a sí mismo era ido. Bastaba que estuviera allí, sin la menor sombra de actividad en el alma para reflectar sobre ella misma.
Había pasado el círculo desde el cual el alma mira hacia adentro, y también el círculo desde el cual el alma se absorbe en la belleza objetiva... hacia el mismo centro en el cual ella reposa - y el primer signo de que este tiempo había pasado, era el murmullo de voces oídas y entendidas distintamente pero con esa separación con que un borracho percibe lo que suena allá fuera, todo glorioso en la absorción de sus pensamientos; - oídas como a través de un velo que nada si no es la más sutil esencia puede traspasar.
«Spiritus Domini replevit orbem terrarum... El Espíritu del Señor henchió el orbe de la tierra; y El, que lo contiene todo, tiene la ciencia de la voz, aleluya, aleluya, aleluya.

«Exsurgat Dominus… (y la voz de Silvestre se levantó un grado). Levántese el Señor y sean dispersados sus enemigos; y que huyan delante su faz todos los que lo odian…
*«Gloria Patri… »*
Entonces levantó su cargada cabeza; y una figura diáfana estaba allí en ornamentos rojos, pareciendo flotar más bien que estar de pie, con las flácidas manos extendidas, el blanco solideo sobre los cabellos blancos en la serena luz de los cirios; y otra, toda de blanco arrodillada en el peldaño. .
*Kyrie eléison… Gloria in excelsis Deo…*
Estos objetos se movían como sombras chinescas, con rumores y cambios; pero él percibía más bien la luz en que estaban moldeados. Oyó la oración *Deus qui hodierna die…* pero su mente pasiva no dio un pulso de reacción refleja, ni un parpadeo de comprensión hasta llegar a las palabras: *Cum complerentur dies Pentecostes…* ¡Era el día de Pentecostés!…
"Cuando se cumplió el día de Pentecostés, todos los discípulos con un mismo corazón estaban en el mismo lugar; y entonces vino del cielo repentinamente un sonido, como de un viento poderoso acercándose, y llenó la casa donde estaban congregados…"
Entonces recordó y entendió… ¡Era Pentecostés, entonces, el día de la revelación del Espíritu! Y con la memoria vino una trenza de reflexión. ¿Dónde estaba, pues, el viento y la llama y el terremoto y la voz sobrenatural? Todavía el mundo estaba mudo, rígido en su último esfuerzo de auto defensa; no había temblor de tierra que mostrara que Dios recordaba; ninguna lengua de fuego todavía, rompiendo la horrorosa bóveda sepulcral que yacía sobre tierra y mar, para revelar que allí Él ardía eternalmente, trascendente y dominante; ni siquiera una voz…
Y entonces entendió más; entendió que este mundo, cuya monstruosa parodia se le había mostrado en su pesadilla, este mundo de los hombres, era diferente de lo que él temía que fuese: era dulce, no horrible; era an1igable, no hostil; era claro, no asfixiante; hogar, y no destierro. Había presencias en él, pero no esas glotonas lascivas cosas que lo habían mirado la noche pasada… Bajó de nuevo la cabeza sobre las manos, a la vez avergonzado y contento; y de nuevo descendió a los hontanares de la líquida paz interior. Una transformación increíble, le fue revelado, estaba en tren de hacerse en este mundo en que vivía. *"Rapientur cum Christo in aera…"* ¿Era esto, pues?
Y no percibió por un rato lo que hacía o pensaba o lo que pasaba allí a pocos metros sobre el peldaño. Una vez solamente una arruga corrió sobre el mar de cristal, una arruga de luz y sonido como una estrella naciente lanza una línea de fuego a través de un lago dormido, o como el delgado hilo temblante de una cuerda herida en el silencio de la

noche; y él conoció en un instante, como en un espejo sin forma, que una naturaleza inferior había sido llevada allí mismo de golpe a la visión y a la unión con la naturaleza divina… alguno había muerto. Y después volvió la gran mudez acompasada, el sentido del más íntimo seno de la realidad, hasta que se halló a sí mismo arrodillado en el comulgatorio y conoció que Aquello que sólo Él tiene real existencia en el universo, se acercaba a su alma con la rapidez del pensamiento y toda la ternura del primer amor…

Entonces al acabar la misa, y al alzar su alma pasiva y feliz para recibir de Dios la última bendición, hubo un grito, un subitáneo clamor en el pasillo… y un hombre apareció a la puerta, barbotando exclamaciones en árabe…

## III

… Pero aun a este ruido y vista, su alma apenas estiró un poco, los lánguidos lazos que la unían aún a través de las fibras de su cuerpo con el mundo sensible.

Vio y oyó el tumulto en el pasillo, ojos desencajados y bocas vociferantes, y en extraño contraste las pálidas extáticas caras de esos príncipes que se volvían para mirar; y aun dentro de la pacífica cámara de audiencia del espíritu, donde dos seres desemejantes, un Dios encarnado y un hombre casi desencarnado se unían en un abrazo, un pequeño proceso de pensamiento tuvo lugar.

Pero todo era, empero, tan aparte de él, como un escenario con candilejas, y la comedia de él, para un espectador medio distraído. En el mundo material, ahora tan adelgazado como un espejismo, los eventos sucedían; pero para su alma, supremamente equilibrada en la realidad y despierta a los hechos verdaderos, estas cosas externas no eran más que un espectáculo…

Se volvió al altar de nuevo, y allí, como él ya sabía, en el medio de la clara luz, todo estaba en paz; el celebrante, visto como a través de vidrio derretido, se arrodilló al murmurar el Evangelio del Verbo-hecho-Carne, se levantó, y pasando otra vez al centro, cayó de rodillas.

De nuevo el sirio entendió; porque su pensamiento no era ya sucesión de ideas de una mente sino como ojeadas de un espíritu. Conoció todo lo que pasaba fuera; y con un inevitable impulso comenzó a cantar fuerte palabras que, al cantarlas, se abrían por primera vez como flores diciendo su secreto al sol.

*O Salutaris Hostia | Quae coeli pandis ostium…*

Todos estaban cantando ahora; incluso el catecúmeno mahometano que había irrumpido con la noticia un momento antes, cantaba con los demás, la cabeza echada delante y los brazos fuertemente cruzados sobre el pecho; la diminuta capilla resonaba con las cuarenta voces; y el vasto mundo se estremecía ante ellas…

Todavía cantando, el preste sirio vio que una especie de fantasma arrojaba un paño alargado sobre los hombros del Pontífice: hubo un movimiento, una especie de danzar de sombras en el medio de la sustancia.

*… Uni Trinoque Domino…*

Y el Papa se enderezó, Él mismo una palidez en el corazón de la luz, con espectrales pliegues de seda cayendo desde su espalda; sus manos se envolvieron en ellos e igualmente su inclinada cabeza escondida por los radios de plata de la Custodia y Lo que ella llevaba…

*… Qui vitam sine termino | Nobis donet in patria…*

… Y ellos estaban volando allá arriba, allá fuera; y el mundo de la vida oscilaba con ellos; de esto era consciente. Estaba fuera en el pasillo, entre las pálidas faces frenéticas, que con los blancos dientes descubiertos miraban hacia arriba a la vista para ellos espantable, silenciada para él por el trueno del *Pange lingua;* y las centellas de los que alrededor suyo pasaban a la vida eterna. Caminó como en sueños; y al doblar la esquina se volvió por un instante a ver las seis pálidas llamitas, unos doce metros detrás, que brillaban como hojas de lanza en torno a su Rey, y en el medio los rayos de plata y el blanco Corazón de Dios… Y en seguida estuvo fuera, y vio la miserable batalla dispuesta…

El cielo, al que había mirado una hora antes, había pasado de la tiniebla trabajada por la luz a una luz empapada de tiniebla; el día de la Ira de Dios; y esa luz era roja.

Desde atrás del Tabor a la izquierda hasta el Carmelo en la lejana derecha, sobre las colinas treinta kilómetros más allá, descansaba una enorme masa de color; no había gradaciones en él desde el cenit al horizonte, todo era un profundo derretimiento carmesí, como de hierro candente. Era un color corno el que los hombres habían visto en el poniente después de una lluvia, mientras las nubes, más traslúcidas cada instante, parecen desbordar la gloria que no les cabe. Aquí también estaba el sol, pálido corno la Hostia, puesto corno un frágil panecillo sobre el monte de la Transfiguración; y allá lejos sobre el Oeste, donde los hombres una vez habían clamado a Baal en vano, colgaba el yatagán de la blanca luna. Pero todo eso para él no era más que algo como los reflejos quebrados que se refractan de los vericuetos de una piedra esculpida.

*…In suprema nocte coenae*

cantó dentro un millar de voces,

*Recumbens cum fratribus | Observata lege plene | Cibis in legalibus | Cibum turbe duodenae | Se dat suis manibus…*

… Él vio también, suspendidas como motas en la luz, aquel anillo de extrañas aves pisciformes, blancas como la leche, excepto donde la airada luz teñía sus dorsos como llama, con alas blancas como polillas, desde el minúsculo bulto allá en el Sur, no mayor que una langosta,

hasta el monstruo a mano allí arriba, a no más de quinientos metros; y aun al estar mirando, y cantando mientras miraba, percibió que el cerco se iba apretando; y conoció que ellos arriba todavía no sabían nada.
*… Verbum caro panem verum | Verbo carnem efficit…*
… Ellos estaban más cerca aún, hasta que ahora a sus mismos pies, allí, resbaló sobre el suelo la sombra de un monstruoso pájaro, pálida y desdibujada, al pasar entre el descolorido sol y él mismo, el vasto bulto que un momento antes había traspuesto el Monte… Entonces retrocedió y aguardó…
*Fitque sanguis Christi merum | Et si sensus deficit | Ad firmandum cor sincerum | Sola fides sufficit…*
Él se había detenido y vuelto, yendo en medio de sus compañeros, y creyendo oír, por sobre sus voces, las arpas y los clarines de los ejércitos celestes; y a través de un espacio que parecía interminable, titilaban las seis llamitas como recortadas en acero en esa estupenda suspensión de cielo y tierra; y en su centro la plateada estrella con la blancura de Dios hecho hombre…
… Entonces estalló el trueno interminablemente, rebotando de círculo en círculo de aquellas tremendas Presencias - Tronos y Dominaciones - que, siendo al mundo lo que la sustancia a las sombras, ellas mismas eran como sombras a la faz del foco y centro del anillo del Ser Absoluto…
… El trueno se desencadenó, sacudiendo a la tierra, que ahora crujía en el tembloroso filo de la disolución…
*Tantum ergo sacramentum | veneremur cernui*
*Et antiquum documentum | novo cedat ritui…*
Oh, sí: era Él aquel a quien Dios esperaba ahora; Aquel que allá arriba, debajo de esa temblorosa apariencia de cielo, que no era sino lamentable corteza de inimaginables esplendores, venía en su carroza veloz, ciego a todo lo que no fuera la meta en que había fijado los ojos desde siempre, e ignaro de que Su mundo se corrompía en torno de Él; su sombra moviéndose como pálida nube sobre la llanura espectral donde Israel había combatido y Senaquerib fanfarroneado, esta llanura alumbrada ahora con un esplendor más hondo, cuando el cielo, encendido en gloria más allá de la gloria de la más fiera llama del espíritu, reprimía todavía un momento su poder aplicado al fin al consuelo de la final revelación; y por la última vez las voces cantaron:
*Praestet fides supplementum | sensuum defectui…*
…Estaba llegando ahora, más veloz que nunca, el heredero de las edades temporales y el Exiliado de las eternas, el último lamentable Príncipe de los Rebeldes, la creatura alzada contra el Creador, más ciego que el sol que palidecía y la tierra que temblaba; y al llegar Él, pasando a través del último plano de la materia a la sutileza del primero del espíritu, el anillo de aves flotando se agitó detrás de él,

picando y dando bordadas como gaviotas fantasmales en la estela de un navío fantasma… Él llegaba, y la tierra suya, desgarrada una vez más en su pleitesía, se convulsionaba y deshacía en la agonía del inconciliable doble homenaje…
Él llegaba; - y ya su sombra barrió el llano y desapareció, y las blancas alas articuladas se alzaban para frenar; y la gran campana retiñó, y la larga cuerda melodiosa cantó - y eran como chirridos de imperceptibles insectos en el arrebatador huracán de la interminable loa: *…Genitori genitoque | laus et jubilatio | salus honor virtus quoque | sit et benedictio | procedenti ab utroque | compar sit laudatio…*
y de nuevo: *Procedenti ab utroque | compar sit laudatio…*
Entonces este mundo pasó y la gloria de él.